



~~Impossible~~

Una novela de

LENA WOLF

~~Impossible~~

LENA WOLF

Copyright © 2019 Lena Wolf

1ª Edición de noviembre 2019

Corrección: María Arribas

All rights reserved.

El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento bajo sanciones establecidas.

ISBN: 9781709883873

Sello: Independently published

Voy a morir.

No es algo que haya decidido a la ligera, supongo que hace tiempo que ronda mi cabeza, pero hoy me he atrevido a ponerle nombre y fecha. Quiero morir, es curioso, en cierta forma me siento liberado. Voy a terminar con mi vida y esa idea, por fin me ha hecho sonreír.

OTOÑO

Shouta

Casi ha concluido el verano, queda poco para que llegue el otoño, tan solo hace unas semanas que las clases han empezado y ya estoy hasta los mismísimos. Estamos en el último año, por fin habremos terminado el instituto y, aunque sé que no es del todo cierto, siento que este año es algo así como mi última oportunidad.

Termino de ajustarme los auriculares y dejo caer el peso de mi cuerpo contra la pared dispuesto a esperar, mientras me ofrezco a mí mismo la oportunidad de pasar de nivel. Adoro los juegos, soy lo que vulgarmente se conoce como un *gamer*, un adicto a todas las tecnologías y las múltiples posibilidades que ofrecen para jugar y evadirme del mundo. La mayor parte del tiempo el mundo real me parece una puta mierda.

—¡Eh! Shouta —grita alguien. Resoplo y pauso el juego, para descubrir quién me habla. Es Mei, una de las chicas de mi clase—. Vamos a ir a la heladería, ¿te animas?

—Lo siento, tengo planes —me disculpo. Técnicamente no estoy mintiendo, aunque lo que tengo que hacer no sea realmente un plan.

—¡Oh, vaya! —Parece lamentarse, aunque no entiendo porqué—. Puede que otro día —añade, y me parece una acotación absurda. Nunca he salido con ellos, nunca nos hemos visto fuera de los muros del instituto, no veo el motivo por el cual en el último año eso iba a cambiar.

—Puede —replico vagamente.

Observo como Mei y otro par de chicas se alejan por la avenida, pero no tengo tiempo que perder, miro el reloj, llega tarde aunque no me importa, siempre me toca esperarla. Reanudo el juego, ayer por la noche me atasqué en esta pantalla y no he logrado superarla, creo que es porque estoy descentrado, y el motivo es ella. El elevado ruido a mi alrededor hace que de nuevo pierda el hilo de lo que estaba haciendo, son Ray, Haru y el resto de impresentables de nuestro curso. A pesar de que nunca he tenido problemas con ellos, tampoco es que me apasione la idea de cruzarme en su camino. No soporto la estupidez humana y, ellos son el claro ejemplo de que el control de natalidad a veces debería ser más estricto. Pasan de largo por mi lado sin tan siquiera percatarse de mi presencia, cosa que agradezco, supongo que con el tiempo me he acostumbrado a ser invisible, además este año parecen haber elegido nueva víctima, un chico recién llegado al que ya les he visto un par de veces martirizando, al pobre lo compadezco.

—¡Shouta! —chilla alguien de nuevo a mi espalda—. ¿Esperas a Aiko? La he visto hace un rato con Kota.

Mierda. Me han matado otra vez. El día no podría haber ido a peor, empezando porque me he dejado el almuerzo y continuando con esto. Alzo la mirada para encontrarme con los ojos de otro de mis compañeros de clase, aunque la verdad no recuerdo su nombre, siempre he visto al resto como «uno más». Intento hacer memoria, sin embargo me he quedado en blanco, como el personaje de Clash Royale que acaban de matarme.

Pero de pronto sus palabras llegan a mi cerebro, a veces proceso algo despacio la información no digitalizada. Maldito Kota, ¿qué debe querer de Aiko?

—Gracias —digo, volviendo a descender la mirada a la pantalla de mi teléfono móvil.

Es inútil, guardo la partida, voy a estar atascado en ese nivel al menos hasta la noche. Me quito los auriculares y lo guardo todo, incluido el móvil, en el bolsillo de la mochila. Conozco a Aiko de toda la vida, somos vecinos y nuestras habitaciones dan una al lado de la otra. De pequeños nos inventamos un sistema de comunicación propio, parecido al morse, y así

hablábamos durante horas, golpeando nuestra pared, ahora tenemos el *WhatsApp*. Siempre hemos estado juntos y desde que tengo uso de razón he estado enamorado de ella. Suspiro. Una sonrisa acude a mis labios cuando la veo aparecer corriendo en mi dirección, agitando los brazos y chillando mi nombre. Y es que no nos parecemos en nada. Aiko es divertida, ruidosa y alocada, le cae bien a todo el mundo, es imposible encontrar a alguien que sienta antipatía por ella. Le gusta salir y hacer cosas, vivir, estar con gente... disfruta con todo lo que yo más detesto.

Aún así estoy enamorado de ella.

—Lo siento —se disculpa al llegar a mi altura, está acalorada y le falta el aliento por la carrera—, ¿llevas mucho rato esperando?

—No demasiado —miento.

—Oye, ¿pasamos por la heladería de camino? —propone echando a andar, y aunque no he dicho que sí, la dirección que toma no nos lleva a casa.

—Vale. —¿Qué voy a decir? Soy incapaz de decirle que no a nada.

Caminamos en silencio un buen trecho, cada uno enfrascado en su mundo particular. No puedo evitar fijarme en el llavero que cuelga de su mochila, se lo regalé yo en su último cumpleaños. Ella celebró una gran fiesta a la que no fui, aunque lejos de enfadarse, cuando todo había terminado, me la encontré en mi habitación, sentada en mi cama con un trozo de tarta y una enorme sonrisa.

—¿Qué quería Kota? —pregunto de pronto, en un impulso.

—Invitarme a salir.

—Ah. —Intento mostrarme indiferente, sin embargo creo que no lo consigo, nada que tenga que ver con Aiko lo logra—. ¿Y qué le has dicho? ¿Vas a salir con él?

—No —afirma sonriente colgándose de mi brazo—. Le he dado las gracias, pero que ahora mismo no estoy interesada en salir con nadie —suelta como de carrerilla, igual que si lo tuviese estudiado—. Además, los chicos apestan, aunque eso no se lo he dicho. —Sonríe divertida.

—Vaya, pues gracias por la parte que me toca...

—¡Venga Shouta! Tú no cuentas, tú eres mi mejor amigo.

Mejor amigo, jamás dos palabras habían significado tanto: mi sentencia y mi condena. Mejor amigo, estoy harto de ser solo su amigo, pero no me atrevo a nada más. La realidad se me antoja demasiado complicada, si esto fuera como un juego solo tendría que descubrir el patrón para llegar a su corazón. Sin embargo, la gente de carne y hueso no sigue ninguna pauta, es como si todo el mundo actuara por diferentes impulsos y, así es imposible anticiparse a nada, ni saber cual es la jugada ganadora.

—¿Te pasa algo? Estás inusualmente callado, incluso para ser tú.

—Llevo atascado en la parte del castillo desde ayer —contesto.

Aiko estalla en una carcajada y de pronto suelta mi brazo, dónde ha estado colgada el último tramo del camino.

—Eres un *friki* —me espeta.

—Puede —respondo encogiéndome de hombros—. Antes también te gustaba jugar. De hecho, lo hacíamos durante horas.

—Sí, en primaria —replica Aiko con ironía.

—Tonta.

Cuando llegamos a la heladería la cara de Aiko se ilumina mirando todas las posibles opciones que se ofrecen ante sí, a pesar de que después de mucho pensarlo terminará eligiendo chocolate, como siempre.

—Dos conos medianos, uno de chocolate y... —me mira con una enorme sonrisa—, uno de

limón.

—¿Y si algún día quiero probar algo nuevo y no me apetece limón? —me quejo cuando salimos de nuevo a la calle.

—¿No te apetecía limón? —pregunta con cara de sorpresa—. ¿De qué ibas a pedirlo entonces?

—No sé... ¿fresa?

—¿En serio? —pregunta enarcando una ceja.

Doy un primer lametazo a la bola de helado y no lo puedo evitar, me encanta el sabor ácido en mi boca, no concibo un sabor de helado mejor que el de limón.

—Vale... —murmuro entre dientes—. Puede que tengas razón —concedo.

—Volvamos al principio —se burla ella divertida—. ¿De qué querías el helado? Mira que voy y te compro otro ¿eh?

—De limón —digo en un susurro y ella suelta una enorme carcajada.

—Si es que las mejores cosas de esta vida son las que no cambian —afirma satisfecha echando a andar, ahora sí en dirección a casa.

No puedo dejar de pensar que tiene algo de razón, yo tampoco quiero que nada cambie entre nosotros, puede ser que por eso no me atreva a confesarle lo que siento. Ya me he acostumbrado a que ese amor solo esté en mí. Soy un jodido cobarde que algún día la va a perder, y lo peor de todo será que nunca la habré tenido.

Haru

Bla bla bla...

Cuando uno de los profesores me habla, no lo puedo evitar, solo escucho como el ronroneo de un ventilador en mi cabeza. Estoy hasta los cojones de todo esto, ¿a quién mierda le importan los exámenes, graduarse, la universidad...? Estoy harto de que todos los adultos se crean que saben qué es lo mejor para mí, aquello que me conviene... Solo necesito terminar el instituto, cumplir la mayoría de edad y buscarme un trabajo.

Salgo del despacho de mi tutor y voy directo al baño, necesito refrescarme un poco, tampoco me apetece ir a la siguiente clase, pero si no lo hago puede que a alguien le explote la cabeza. Mientras me humedezco la cara me consuelo a mí mismo con la idea de que solo queda un año, un año y desapareceré. Es en lo único que puedo pensar desde hace un tiempo, marcharme. Desaparecer.

En algún momento decidí desperdiciar mi vida, estoy metido en un círculo vicioso en el que nadie espera nada bueno de mí, no sé en que momento tiré mi futuro a la basura... o puede que sí lo sepa. Salgo del baño echando para atrás el pelo, no con deseos de peinarme, sino de que las manos se sequen.

—¡Haru! —gritan a mi espalda.

—Hola Ray —lo saludo sin demasiado entusiasmo.

Ray fue el primero en tenderme una mano cuando entré en el instituto, y desde un principio seguí su estela, me dejé embaucar por su sonrisa, por esa aura casi ilegal que lo rodeaba. Ray es como una arena movediza, crees que es segura y podrás salir, sin embargo una vez dentro te hundes y por más que intentes alejarte, él te engulle más y más hasta que te ahogas rodeado de fango y mierda. Así me encuentro ahora, hasta el cuello.

—¿Tutor o director? —pregunta Yuto, que se ha unido a la conversación.

—Tutor —afirmo, y es una suerte, una llamada de dirección dos semanas después de empezar las clases habría sido demasiado hasta para mí.

—Entonces aún tienes una nave que quemar —exclama Ray feliz—. ¿Nos saltamos la siguiente clase? Tengo un par de trapicheos cerca de la estación.

—Creo que voy a comportarme durante unas semanas, como vuelvan a llamar a mi madre...

Sin duda otra «charla» con mis progenitores como la de la vez pasada, no es algo que quiera repetir. Y es que parece que buscan cualquier pretexto para echarse toda la mierda acumulada encima... Estoy harto de todo. De ellos, del instituto, de mis «amigos».

Camino tras Ray y los otros en dirección a la clase, supongo que en algún momento han decidido no marcharse, puede, no sé... la verdad es que no prestaba demasiada atención. ¿Cuándo va a terminar todo esto? Al principio era divertido, ver como todos se giraban al pasar, el miedo en sus ojos... Ese falso respeto ganado a base de golpes y peleas. Aunque no sé si es que a estas alturas tengo un concepto diferente de diversión. Resoplo.

Cuando alzo la mirada, Ray ríe a carcajadas mientras sostiene una manzana en mi dirección, por un momento me siento aturdido, no sé qué pretende hasta que a un par o tres de metros frente a mí, el chico nuevo, del que ni recuerdo el nombre, nos mira con cara de circunstancias. Entonces me encaja todo. Es lo que se espera de mí, nada bueno. Me lo he ganado a pulso. Tomo la manzana de la mano de Ray.

—¿Qué soy, la jodida Blancanieves? —inquiero malhumorado.

Cuando paso por al lado del chico nuevo le devuelvo lo que supongo es su desayuno. No dice nada, solo baja la mirada intimidado, porque es lo que se espera de mí, que dé miedo. Sigo por el pasillo tras los chicos, que ríen divertidos de mi ocurrencia. Cuando me giro hacia atrás Kenzo ya no está, ¡eso es! Kenzo, es así es como se llama el nuevo. Llegó este año y como buenos compañeros se lo hemos puesto difícil para adaptarse, así que ahora mismo no sé si es que le gusta estar solo o qué se ha acostumbrado al hecho, de que nadie le haya hablado aún.

Las clases terminan sin que me haya dado cuenta de ello, por suerte o para mi desgracia, nunca me ha hecho falta atender demasiado para después sacar buenas notas. El problema es que no me importa sacarlas o no porque no cambia nada, parece que a todo el mundo le da igual, a decir verdad creo que cuando mis calificaciones empezaron a bajar a todos le encajó más. Era lo obvio. De nuevo era lo que se esperaba de alguien como yo.

—Hola Haru. —Yuna me intercepta en medio del pasillo, cuando casi podía ver la luz del sol, es la chica más guapa de primero, o eso dicen. La novata a la que todos mis amigos quieren hincar el diente. Todos menos yo. Es bonita, pero de esa clase superficial que no aporta nada. Me mira entornando los ojos, sonriente, está claro que coquetea conmigo—. Esto yo... Estaba pensando... ¿Te apetece que nos veamos un rato esta tarde? Mis padres están de viaje y...

—¿Tus padres no están? —pregunta Ray que ha aparecido como ave de rapiña ante la presencia de nueva carnaza—. Entonces podemos hacer una pequeña fiestecita...

—¡Oh! No, yo...

—Deja a la novata, no la lées —advierto a mi amigo.

Todos sabemos como suelen terminar las reuniones informales de Ray, la última fue conmigo pasando la noche en el calabozo. Tampoco tengo derecho a culparlo de todo a él, aquí el primer imbécil soy yo.

—Ohhhh vengaaaaa... seguro que entre todos nos lo pasamos muy bien, qué te parece... ah... Yuna, ¿verdad? Solo unos cuantos amigos, Haru, tú, yo... Te prometo que te dejaremos a Haru para ti solita.

—No sé... —parece dudar, no es para menos, pero de pronto me mira y su expresión cambia—. Bueno, vale... sí.

Cuando salimos del instituto todos van riendo y comentando a voz en grito sobre cómo han

liado a esa pobre novata. Yo les sigo un par de pasos por detrás en silencio, no me apetece, ya veré que excusa encontraré más tarde. Justo en la puerta, apoyado en la pared de la entrada, está Shouta, compartimos clase el primer año, un tipo curioso, solitario y de pocas palabras. Al pasar por su lado puedo ver la pantalla de su móvil. Sonrío. Parece que él también se ha enganchado al Clash Royale.

—¡Vamos Haru! —Llaman mi atención

—Pedazo de friki está hecho ese —añade Ray mirando despectivamente en dirección a la entrada—. Es un imbécil que se cree mejor que el resto.

Yo también miro en dirección a Shouta, que sigue con la atención fija en la pantalla de su móvil, por su lado van saliendo el resto de los estudiantes, sin embargo él parece ajeno a todos. A veces siento envidia, me gustaría poder ser igual que Shouta, lograr que no me importara nada de lo que dicen o piensan los de mi alrededor. Mi vida habría sido más sencilla.

Sigo avenida abajo tras mis amigos, aunque sin hacerles demasiado caso, hasta que algo capta mi atención, o puede que sea porque Ray me golpea en el brazo para que no pierda detalle de lo que se está diciendo en ese momento.

—Repítelo —le ordena a uno de los chicos.

—Mi primo estudió en primaria con el nuevo, y dice que es maricón.

—¡Os han metido a un moñas en clase! —lamenta Ray alzando la voz—. ¡A ver si nos lo va a pegar!

—No seas gilipollas —gruño.

—Ya salió el defensor de los pobres —ríe Ryu—. La verdad es que tiene toda la pinta de serlo.

¿Qué pinta se supone que debe tener un gay? No añadido nada más, la verdad es que me he fijado poco en ese chico, aunque las veces que lo he hecho lo que me ha parecido es que es un triste. Siempre con cara larga, cabizbajo, callado... La verdad es que ahora que me paro a pensarlo con un poco más de detenimiento, parece que siempre esté a punto de romper a llorar.

—Nos vemos después en casa de la novata —se despide Ray, dándome un puñetazo en el brazo para hacerme reaccionar.

—Sí, claro, nos vemos en un rato...

—Trae condones porque esta noche pillas fijo, la tienes loquita por tus huesos —añade divertido, por que a esto se reduce todo, trapichear y follar.

—Genial...

¿Cuándo empezó a importarme todo una mierda? No lo sé. Solo quiero que todo esto termine de una vez. Estoy harto.

Kenzo

Lo odio, lo odio con toda mi alma. Odio esta ciudad, este instituto, esta clase... Odio mi vida en general. Desearía que todo volviera a ser como antes, cuando aún tenía sentido vivir. Trago las ganas de llorar que aprietan mi garganta y me impiden hasta respirar, a veces siento que me voy a ahogar con todo lo que atenaza mi pecho. Quiero gritar muy fuerte, pero me quedo callado viendo otro día pasar. Es una auténtica mierda ser un cobarde como yo, sin cojones a plantarle cara a nada ni a nadie, agachando la cabeza y poniendo la otra mejilla por temor a más. Yo antes no era así, aunque eso fue en otra vida.

Escucho las risas a mi alrededor, esas voces fuertes y seguras que se alzan y se sobreponen a todo, mi madre decía que la estupidez siempre grita. Apago el grifo de la ducha y cojo la toalla que he entrado conmigo. En mi otro instituto no había duchas, y creo que era mejor. Siempre eres más vulnerable cuando no llevas la ropa puesta. Empiezo a secarme sin prisa, aún falta un buen rato para la siguiente clase y, no me importa si no tengo tiempo de desayunar. Fuera, las voces ya se han callado y tan solo se escucha el grifo de la última ducha, la que está más al fondo. Creo que el que esté allí y yo nos hemos quedado solos, mejor.

Cuando salgo al vestuario lo primero que llama mi atención es que, mi taquilla está abierta a pesar de que la había dejado cerrada con el candado. La verdad es que es algo que llama mi atención pero que en realidad no me sorprende demasiado, era algo que tenía que pasar, demasiado habían tardado.

Mi ropa no está. Solo han dejado las deportivas.

Me derrumbo sobre el banco de madera y suspiro. Ahora comprendo las risas y los jaleos de hace unos minutos. Me quedo enrollado en la toalla, debería pensar en qué hacer ahora, sin embargo no me apetece, simplemente dejo caer la cabeza atrás hasta que impacta contra los baldosines de la pared y cierro los ojos. Debería enfadarme, gritar, maldecir... puede que liarme a puñetazos contra todos esos imbéciles, pero no tengo ánimos ni para eso.

—¿Pasa algo? —Escucho que me pregunta alguien.

Desciendo la cabeza y abro los ojos para descubrir una increíble mirada verde, que me escruta con curiosidad. Es Haru, el chico más popular de todo el instituto. Todas las chicas lo aman y todos los chicos le temen. Ser su amigo es como si te tocara la lotería: un premio, algo que da extrema felicidad. A mí me parece un imbécil más.

Sigue frente a mí, esperando a que le responda. Vuelvo a suspirar. Creo que paso tantas horas callado que mi voz ya no sale con fluidez, me cuesta hasta hablar.

—No —miento. No sé porque lo hago, seguramente porque lo único que quiero es que se vaya y me deje solo.

No obstante no parece tener intención de moverse, sigue ahí plantado, con unos vaqueros puestos y sin nada más, con el pelo aún empapado mojando su pecho y espalda. Haru mira mi taquilla y después a mí. Voltea sobre sí mismo mirando alrededor y finalmente suelta un gruñido, como si algo lo hubiese molestado de sobremanera. No dice nada más y se dirige hacia dónde está su ropa. Tiene la taquilla sin cerrar con llave, no le hace falta, a nadie se le ocurriría hacerle nada a él. La superioridad del macho alfa.

—Lo siento, están sudados —se disculpa lanzándome los pantalones de deporte. Después se enfunda una camiseta limpia y saca del interior de la mochila lo que parece ser una sudadera que tira también en mi dirección—. Toma, pónelo.

Su voz es firme, como si me lo ordenara, pero sus ojos y su mirada transmiten amabilidad. Nunca me había fijado en ello, bueno, de hecho nunca me había atrevido a mirarlo a los ojos.

—Gracias —balbuceo a media voz.

No entiendo nada, tengo que mirarlo dos veces para asegurarme que realmente él es Haru, el gilipollas, engreído, vacilón y hasta delincuente, porque los rumores dicen que ha estado dos veces en comisaría, aunque las teorías del por qué fue detenido son inciertas y van desde que robó algo, a que mató a alguien en un combate clandestino.

—Lo siento —se disculpa de nuevo, sentándose a mi lado mientras se calza las deportivas.

—Bueno, tú no has hecho nada —respondo, mientras me pongo sus pantalones sin ropa interior.

—Esta putada te la han hecho mis amigos, así que me disculpo por ello.

—Supongo que no importa —murmuro.

Después de esa mínima conversación nos quedamos callados, al tiempo que terminamos de vestirnos. No puedo evitar mirarlo de reojo, Haru tiene el pelo algo largo, de color castaño oscuro y muy lacio, hay mechones que llegan a cubrirle parte de la frente. Mi pelo es de un tono mucho más claro, sin embargo se ve más áspero e indomable al lado del suyo. Desde siempre he peinado mi flequillo, para que caiga sobre parte de mi ojo derecho, lo que te hace diferente al resto también es lo que te puede hacer más vulnerable.

—Oye Kenzo, ahora cuando salgas... —Haru se ha plantado delante mío y como antes, su voz suena ruda, pero no la forma de mirarme, la verdad es que, si no fuera por lo que se dice de él, parecería un tipo normal, hasta amigable—, se fuerte, no les des el gusto de ver que te han hecho daño.

—Claro —balbuceo, aunque no tengo muy claro cómo voy a lograr hacer eso.

—Si quieres saltarte la siguiente clase puedes irte por la ventana del lavabo de chicas que hay al lado del aula de informática, es la que acostumbro a usar yo.

—¿Por qué me ayudas? —inquiero, y me sorprende hasta yo de realizar esa pregunta.

Haru alza los hombros por toda respuesta.

—Yo voy a salir —me anuncia—. Ya nos veremos.

—Gracias —consigo decirle de nuevo antes que se marche.

A pesar de que intuyo qué es lo que me espera, no puedo evitar pensar en lo surrealista de la situación. Me miro al espejo, los pantalones de Haru me alcanzan por debajo de las rodillas, y su sudadera me queda visiblemente ancha, él es mucho más corpulento que yo. Paso las manos por el pelo para recolocararlo y lograr cubrir del todo el ojo derecho. Tomo aire un par de veces, cargaría con mi bolsa de deporte si no fuese porque esta también ha desaparecido. No sé si es la hospitalidad habitual o la han tomado conmigo por algún motivo en especial, puede que sea el aura que me rodea, soy un puto pringado, puede que lo haya sido siempre y ese estigma me acompañará hasta que muera.

Cuando salgo del vestuario todo transcurre como debía suceder. La gran decepción de todos por verme vestido y no haber logrado su objetivo termina con un par de empujones que hacen que me tambalee, así como insultos y alguna maldición. Consigo llegar físicamente ileso hasta el baño indicado y, con cierto temor salto a la calle, para salir corriendo en dirección a ninguna parte.

Lo odio.

Los odio a todos.

Pero no puedo evitar pensar en Haru y eso me deja totalmente confundido, su comportamiento no ha sido para nada lo que me esperaba de él.

Haru

Vale, me lo había prometido a mí mismo, no más pellas, no más peleas, no más broncas, pero... es que no puedo evitarlo. Es superior a mí. Sabía que Ray estaría enfadado por haberlos dejado plantados, aunque aún no me ha dicho nada sobre eso yo se lo noto. Está molesto, de hecho, creo que intuye que algo pasa, que ya no es como antes, que poco a poco yo necesito poner distancia, o no, ya no sé ni qué es lo que necesito. Puede que también identificaran que la sudadera con la que salió del vestuario el chico nuevo era mía. No lo sé, no me han dicho nada sobre eso tampoco.

Joder, y que calor sigue haciendo aún, es horrible. Justo entrando por la puerta del instituto ya me interceptan, se nota que me estaban esperando. Ryu ríe divertido de algo que le han dicho y todos desvían la mirada hacia un punto concreto, aunque no identifico qué es lo que les hace tanta gracia.

—Espero que no te importe pero... me la follé por ti —dice Kuro de pronto, sin poder evitar la sonrisa de oreja a oreja y golpeándome con fuerza en el hombro.

Todos me miran, ¿qué esperan? No sé qué es lo que esperan de mí, es como si fuese incapaz de cumplir las expectativas de nadie. ¿Quieren que me enfade? La mirada de Ray se vuelve vidriosa con un ligero tinte de esperanza, sin embargo de mí no sale nada más que indiferencia.

—Te ha levantado a la chica —añade Ryu, para intentar provocar en mí esa reacción que no llega.

Paso las manos por el pelo, echándolo atrás. Creo que estoy cansado, en casa las cosas cada vez están peor y llevo días que apenas puedo conciliar el sueño. Cuando no son gritos es el llanto de Maiko y odio escuchar a mi hermana llorar. Me obligo a regresar mi escasa atención a lo que están intentando decir mis amigos.

—Lo único que sé de ella es su nombre, así que no es mi chica, de hecho no me parece ni guapa y después de follarse a Kuro, me demuestra que muy lista tampoco es.

—Ya, claro... —dice Kuro encarándome—. Dirás lo que quieras, pero me la he follado yo —afirma ufano.

Estoy por felicitarlo y darle un par de palmaditas en la espalda, no obstante me contengo, como siga tensando la cuerda va a terminar por partirse, y no sé si realmente quiero eso tampoco.

Todos nos separamos en ese punto del pasillo, hay tres clases en cada curso, A, B y C. Ryu y yo estamos en la B, mientras los otros están dispersados por las otras dos. Creo que es la primera vez en días que logro llegar antes de que empiecen las clases, cuando entro solo hay un par de personas en el aula, entre ellas Kenzo. No levanta la mirada, que mantiene pegada a la mesa, como si la madera de su escritorio escondiera un gran secreto que solo él pudiera descifrar. Estoy tentado de acercarme y saludarlo, hablarle, decirle algo, pero Ryu se encarga de tirar de mí en dirección a una de las ventanas que aún mantenemos abiertas por el calor.

—Ray está mosca contigo —me informa mi amigo.

—Lo sé.

—Tus excusas cada vez son peores —me dice, aunque me consta que no son palabras de Ryu, sino que repite lo que Ray debe haberles dicho, sin embargo, debo reconocer que tienen razón, no estoy tan ingenioso como de costumbre.

—Lo peor es que la mayoría de las veces no son ni excusas —digo sin más—. Ya se le pasará.

—Supongo —responde encogiéndose de hombros, como si él no lo tuviera tan claro—. ¿Te

pasa algo? —inquiérese, y ahora sí, esa preocupación sí es propia de Ryu.

—Muchas cosas y nada en concreto, una mala racha, solo necesito un poco de tiempo.

—Sabes que puedes contar conmigo —afirma poniendo su mano en mi hombro.

—Gracias —replico sin más.

Por la puerta nos interrumpe un jovial saludo seguido de una fuerte risotada, son un par de chicas de clase que siempre están bromeando y riéndose por todo, me gustaría que mi vida fuese así: divertida. No recuerdo cuando fue la última vez que tuve realmente ganas de reír.

—Es guapa —comenta Ryu, que se ha girado y ahora observa hacia el interior del aula.

—¿Quién? —pregunto, a pesar de que no me interesa demasiado.

—Aiko.

Desvíó mi atención hasta la susodicha para descubrir una chica menuda de estatura y corpulencia, con una larguísima melena rubia recogida en una trenza, y de pronto tengo como un *flash*, y es que no me había fijado nunca, pero Aiko me recuerda a una muñeca que tenía mi hermana de pequeña. Se la llevaba a todos lados, nunca se separaba de ella, hasta que un día se la rompí. Joder, llevo siendo un gilipollas desde niño.

—¡Eh, eh! No me seas mamón —gruñe de pronto Ryu verdaderamente molesto conmigo—. Ni se te ocurra.

—¿Qué? —pregunto confundido, no he podido seguir el hilo de sus pensamientos.

—Tienes a cualquier tía que quieras, no se te resiste ninguna, no me jodas con Aiko ¿eh? — Parece una súplica, aunque creo que se acerca más a una auténtica amenaza.

—No pensaba hacerlo —le aseguro—. Es guapa, pero no es mi tipo.

—Yo no sé de que tipo me gustan, sin embargo a Aiko le daría fuerte hasta hacerla llorar —suelta con total naturalidad.

Lo miro casi horrorizado. Todo era más fácil cuando esas bromas me hacían reír, de hecho creo reconocer esas mismas palabras, dichas por mí, refiriéndome a otras muchas chicas, y ahora me arrepiento de ello, y no tengo ni puta idea de cómo enmendar todas esas cagadas que he ido acumulando desde que empecé el instituto. Tomo asiento en mi pupitre esperando que empiece mi infierno particular, de nuevo mi atención se desvía al nuevo, que sigue con la mirada perdida en algún punto de esa madera, como si temiera alzar la cabeza. Fijándome con más detenimiento, creo intuir un ligero temblor en sus hombros, parece desconsolado

—¿Por qué crees que siempre parece tan triste? —pregunto a Ryu, sentado en el pupitre justo enfrente de mi.

—No sé, le habrá dejado el novio y no tiene quien le de por culo —suelta elevando un poco el tono de voz.

Tengo ganas de partirle la cara, pero me contengo. Cada día intento sacar la mejor versión de mí mismo, pero es que no me lo ponen nada fácil, estoy rodeado de gilipollas.

Las dos primeras horas pasan de manera lenta y tediosa, por momentos me he agobiado tanto que he estado a punto de saltar por la ventana abierta, y es que es un riesgo dejarla así, estoy seguro que más de una vez han perdido a algún estudiante saltando al vacío desde allí.

Doy vueltas al lápiz, mi mente se ha evadido y la voz del profesor es un molesto zumbido dentro de mi cabeza. A la hora del desayuno tengo claro que ya no puedo más. Una de las ventajas de haber madrugado hoy ha sido que, he podido pasar por Gino's a por uno de sus famosísimos bocadillos de jamón. Se me hace la boca agua solo pensar en él. La clase ha quedado medio desierta, algunos habrán ido a la cafetería, otros puede que hayan salido del instituto para poder ir a la tienda que hay enfrente... Ryu ha desaparecido nada más sonar el timbre, seguramente ha ido corriendo a lamerle el culo a Ray. En clase solo quedamos cuatro solitarios que no tenemos con

quien ir. Y eso hace que automáticamente mi cabeza se ladee hacia la derecha, buscando a Kenzo, allí sigue, solo, no se ha movido ni en los descansos entre clase y clase. Suspiro y me levanto, no sé ni qué pretendo con eso pero antes de cuestionarme nada, estoy frente a él, arrastro la silla del pupitre contigo y me siento con las piernas abiertas, apoyando ambos codos en el respaldo. Lo miro, sin embargo él sigue sin hacerlo.

—Gracias por lo de ayer —susurra con un hilo de voz tan suave, que me cuesta hasta escuchar sus palabras.

—No hay de qué —le digo, no podía dejarlo así, joder y pensar que antes yo también participaba de esas cosas. Mi lista de malas acciones aumenta cada vez que me paro a pensar en ello.

—No he tenido tiempo de lavarte la ropa, mañana sin falta te la devolveré.

—Tranquilo, no tengo prisa. —¿Qué esconde? Sé que hay algo, pero soy incapaz de saber el qué. Transmite algo, puedo sentirlo, pero no consigo ponerle nombre—. ¿Quieres? Es de jamón —comento de pronto, alzando el bocadillo.

—Ah... no, gracias, soy vegetariano.

—Joder tío, lo siento, que putada —exclamo.

Una carcajada. De pronto Kenzo suelta una enorme risotada y, por primera vez en todo ese rato alza la cabeza para mirarme. Sonríe de un modo sincero, no es una de esas sonrisas falsas y ensayadas, sino que es totalmente franca. Es la primera vez en esas casi tres semanas que le veo sonreír.

—Será mejor que me vaya, no creo que a tus amigos les haga gracia que hables conmigo —apunta Kenzo ocultando esa sonrisa que se había instalado en su cara.

Kenzo se levanta y sale por la puerta de atrás del aula, justo en el momento exacto en que Ray y el resto aparecen por la otra, armando jaleo como de costumbre.

—¿Qué cojones haces aquí? —pregunta Ray.

—Comer mi bocadillo de jamón, sin que gorriones como tú estén todo el rato pidiéndome un poco.

—¿Es de Gino's?

—No, me lo ha hecho mi madre —suelto.

—Los cojones —exclama, y sus palabras salen mezcladas con su risa de incredulidad—. Tu madre no te hace el bocadillo desde la guardería.

—No ha colado ¿no?

—Últimamente tus mentiras dejan bastante que desear, a ver si al final va a resultar que no eres tan listo como pensábamos todos —se burla Ray, tirando de mi hacia el exterior de la clase—. Anda, dame la mitad y te perdono.

Kenzo

Solo han sido unos pocos segundos pero por un momento me he reído. Lo noto sobre todo por que me duelen las mejillas del esfuerzo. No he podido evitarlo ante una frase tan... tan... ridículamente sincera.

Yo antes no era así, o no lo recuerdo. No era un tipo popular como Haru, tampoco un matón como Ray, puede que no llegara ni a un Ryu, aunque sin duda no era el paria social que soy ahora. ¿Cómo he llegado a esto? Supongo que ha sido algo que no he podido evitar. Un día empecé por odiarlo todo, odiaba a aquellos que me rodeaban, a los que ya no lo hacían, odié a mi hermano por obligarme a mudarnos, pero lo peor de todo fue cuando toqué fondo, ahí me di cuenta de que lo que más odiaba por encima de todo y de todos era a mí mismo.

Supongo que un tipo como yo atrae a tipos como él. Ray espera paciente al final del pasillo, su

mirada se cruza con la mía tan solo unos segundos, pues enseguida la desvío, dicen que los machos Alpha se sienten fácilmente provocados, y no es mi intención cabrearlo.

Burlas, golpes, empujones... No importa. Nada importa.

Si muriera nadie me echaría de menos. Ni mi hermano. Puede que estuviese triste un tiempo, sin embargo pronto vería que simplemente se había librado de una responsabilidad que él no había pedido. Porque solo soy una carga. Y así termina un día más, me prometo a mí mismo que voy a intentar que sea el último.

Esa mañana ya me había levantado con mal pie. Puede que dicho así parezca absurdo, ¿qué puede hacer que alguien de mi edad piense que ya su día no puede ir a peor? Pues la verdad es que son tantas cosas, que si quisiera enumerarlas me aburriría hasta yo. Las clases han ido sucediéndose una tras otra, creo, porque desde que me he sentado en mi sitio a primera hora hasta que ha sonado el timbre, simplemente he dejado a mi mente volar. Y lo ha hecho lejos, fuera de estos muros, esta ciudad y esta vida de la que ya no disfruto ni me hace sentir nada más que cosas negativas.

Desciendo la cabeza y mi mirada se queda imantada en esa bolsa.

Maldita bolsa.

Llevo toda la mañana mirando la bolsa de plástico dentro de mi mochila, la ropa de Haru está en ella, pero soy incapaz de encontrar un momento para poder devolvérsela. ¿Cómo era eso de crear el momento apropiado? Definitivamente yo soy incapaz de crear nada, solo destruyo, aniquilo y dejo perder... ¡maldita sea! Resoplo hastiado. Solo quiero devolverle la ropa y perderme de nuevo. Me gustaría haber sido capaz de pasar más inadvertido, sin embargo supongo que tengo un imán, una atracción fatal, un putito cartel en la espalda que dice que soy un pringado sin esperanzas que se deja pisotear sin oponer resistencia y, sin duda, energúmenos como esos no van a dejar pasar esta oportunidad. No les culpo.

A la hora de la comida poco a poco el aula empieza a quedar despejada, todos van saliendo en pequeños grupos, se reencuentran fuera en el pasillo con amigos de otras clases y van todos juntos a comer. Me pregunto si ser nuevo en este colegio es tan duro para todos o solo para mí.

—Hola, perdona...

Escucho una voz pero supongo que no es a mí, desde que entré pocas veces me han dirigido la palabra, puede que mi hermetismo haya inducido un poco a ello pero, es que yo no quería estar aquí, de hecho no quiero estar en ningún lado. Ya no.

—¡Eo! —exclama un chico frente a mí. Lleva el pelo bastante corto aunque lo que llama la atención son sus profundos ojos negros. Muy muy negros—. ¿Has visto a Aiko?

—¿Quién?

El chico me mira con cara de sorprendido, como si yo tuviera que saber quién es esa chica, como si debiera conocer todos los nombres de mis compañeros de clase ¿debería? El chico parece impacientarse, se le nota en el temblor de esa mano que sujeta el móvil como si le fuese la vida en ello.

—Bajita, pelo muy largo y rubio, habla casi chillando...

—Ah sí. —Con esa descripción localizo en mi memoria de quién puede estar hablando, es la chica que se sienta tres pupitres delante de mí, siempre está riéndose, puede que por eso me desagrade tanto—. Ha salido hace un rato con una pelirroja.

El chico pone cara de circunstancia, puede que yo no sea el único con habilidades sociales nulas.

—Si la ves dile que Shouta la está buscando.

—De acuerdo.

Desaparece sin añadir nada más. Me giro para coger mi comida y de nuevo me topo con la maldita bolsa, nunca un trozo de plástico me ha torturado tanto, al menos que yo recuerde. Esto es absurdo, solo tengo que dársela, incluso podría dejársela sobre su mesa y así no tener ni que hablar con él... Me levanto para hacerlo, solo tengo que caminar diez pasos, dejar la bolsa allí encima y marcharme, sin más... Puede que no sea tan difícil para alguien normal, no obstante yo dejé de serlo cuando me encontré a mi madre muerta en el suelo de la cocina. Desde ese día todo se me hace demasiado cuesta arriba. No debería pensar en eso, no tendría que dejar que esos recuerdos volvieran a mi mente, pero a veces se hace muy difícil sepultarlos. Pensar en mi madre me hace daño, tanto que siempre que lo hago termino por llorar, y esta creo que no será la excepción. Cuando me levanto para poder salir del aula me topo de frente con Haru, que si no fuera porque me sostiene, daría de bruces contra el suelo. Tengo que devolverle la ropa, pienso, sin embargo ya es tarde para eso, ahora mismo lo único que necesito es salir de allí.

—Eh, ¿estás bien? —pregunta con preocupación.

—¡Suéltame! —exclamo, y no se si estoy más furioso que asustado o una perfecta combinación de ambas.

—Vale, tranquilo —dice Haru, que levanta las manos y se aparta de mi camino.

Yo salgo deprisa en dirección al baño, necesito refrescarme un poco y recobrar la poca compostura que me queda.

Aiko

Me gusta este tiempo entremedias del verano y el otoño, cuando los días son calurosos pero en cuanto el sol desaparece todo toma un aire casi gélido, que te obliga a echar mano de una cazadora. Puede que lo que realmente me guste sea poder ponerme la cazadora.

Solo llevamos cuatro semanas de clase y ya se me están acumulando los deberes y las cosas por repasar, nadie dijo que el último año fuera a ser fácil. Y mi meta es alta, soy consciente de ello. Me estiro para intentar sacarme la pereza de encima y de pronto mi mirada se desvía al móvil, alargo la mano, lo cojo y voy directa a la carpeta de imágenes. Ahí me salta la última fotografía realizada, aun no sé ni de dónde he sacado el valor para hacerlo, ¡estoy loca!

Ray. Llevo pillada por él desde hace mucho tiempo. Es guapo, divertido, fuerte... Puede que un poco demasiado canalla, aunque creo que en el fondo tiene buen corazón. No sé si lo que me atrae es ese punto de maldad tan diferente a como soy yo... Un polo opuesto. A veces me gustaría ser un poco más atrevida, desafiar un poco a la autoridad, ese subidón de adrenalina cuando sabes que haces algo que está prohibido. Al menos eso es lo que dicen, realmente no lo sé. Puede que sea por eso que Ray ejerza ese poder de atracción en mi, es como que una vocecilla me dice que nada bueno puede salir de eso, y por eso tengo aún más ganas de intentarlo. Él me empujaría a hacer todo lo que yo no soy capaz de hacer, y yo lo ayudaría a retomar el camino de lo correcto. Suspiro y me dejo caer sobre la cama. La imaginación me pierde, está claro.

Mi primer chute de adrenalina fue la primera vez que salté el muro del balcón. Sonrío al recordarlo, ahora ese pequeño salto se ha convertido en algo habitual para mí. De hecho, cierro el libro de mates y abro la corredera, me encaramo al muro y me impulso para quedar sentada a horcajadas sobre él, creo que cada vez estoy menos ágil. Después solo tengo que dejarme caer al otro lado y abrir la corredera de su habitación.

—¡Bu! —exclamo al hacerlo.

—Joder Aiko, te he dicho mil veces que no entres sin avisar —me reprende Shouta molesto. Últimamente parece enfadado por todo, si fuera una chica le daría un tampón, dando por hecho que tiene la regla.

—¡Uhhh, cuidaaaaaadoooo! —digo con el tono de voz más sarcástico que puedo modular—. Podría encontrarte haciendo algo diferente a lo que haces todos los días —me burlo de él.

—Pues sí —responde, ya estamos de nuevo con esa tontería, como con el helado de limón.

No dice nada más, simplemente me ignora y vuelve a centrar la atención en lo que estaba haciendo, que no es otra cosa que jugar. Está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el colchón y a su lado reposa una bolsa de patatas vacía.

—Claro, algún día en vez de a la *play* te encontraré jugando al ordenador —apunto con el tono de burla.

—O haciendo algo inapropiado —suelta de pronto, y yo tengo que reprimir las ganas de reírme de él.

—Inapropiado, ¿tú? —Vale, no puedo evitarlo más, de pronto estallo en una carcajada, debe estar de coña, Shouta es el tío menos inapropiado que conozco.

—Vete a la mierda —se queja clavando su oscura mirada en mí, pero de pronto se gira y vuelve de nuevo su atención al juego.

Me pregunto cuántas horas jugará al día. Nunca sale con nadie, ni queda con amigos después de clase, incluso en los trabajos grupales solicita poder realizarlos solo. La verdad es que hemos

tenido mala suerte y llevamos todos estos años en clases separadas, puede que de estar en la misma clase, Shouta se hubiera abierto un poco más, yo le habría obligado a ello. Lo observo con detenimiento, no sé por qué le cuesta tanto relacionarse, es un chico estupendo. De pronto el sonido de unos nudillos en la puerta, hacen que ambos desviemos la atención hacía allí, aunque no me pasa inadvertida la mirada de Shouta, esa que dice: «¿ves?, así es como se entra en una habitación».

—Shouta cariño... ¡oh! Aiko, no te había visto.

—Hola —saludo a la madre de Shouta, que de hecho es como una segunda madre para mi.

—Voy a ir a la compra, ¿necesitas algo? —pregunta mirando a su hijo, al de verdad.

—No —responde escueto Shouta.

—Vale, está bien. —Resopla y de pronto me clava la mirada—. Aiko, a ver si tú logras desengancharlo de la dichosa maquina esa, por favor.

—¿Lo desenchufa? —pregunto divertida—. Voy a practicarle una eutanasia tecnológica.

—Toca el cable y te arrepientes —me amenaza Shouta, aunque tiene el tono menos amenazador que he escuchado jamás.

—Venga, que os divirtáis —dice su madre antes de desaparecer.

La habitación de Shouta es muy parecida a la mía, debe ser que nuestras madres la eligieron en la misma tienda. Pero a diferencia de mí, él ahora tiene infinitud de pantallas, juegos, mandos y cables... Ha cambiado los posters de los dibujos que veíamos cuando éramos pequeños, por otros de juegos que yo ya ni conozco. Aunque el corcho sigue allí, ese trozo acartonado dónde año tras año él ha ido colgando algunas fotografías, y en casi todas ellas aparezco yo. Sonrío. Somos casi como hermanos.

—¿Vamos a tomar un helado? —propongo de pronto, sentándome a su lado en el suelo y empezando a tirar de su camiseta para distraerle.

—¿Quieres helado? —inquiere sin apartar la mirada de la televisión—. Dile a mi madre que te compre uno.

—No quiero helado —replico—, solo quiero salir. ¿Vamos a la biblioteca?

—No —contesta tajante.

—Tengo que ir a comprar unas deportivas nuevas, ¿me acompañas? —insisto una vez más

—No.

—¡A la playa!

—Aiko, vivimos a más de cinco horas del mar —comenta Shouta con sorna.

—¡Me aburro! —exclamo de manera exagerada.

Shouta me mira exasperado, sin embargo de pronto sonrío, la verdad es que no intimida a nadie porque siempre termina sonriéndole. Por eso no me explico que le cueste tanto hacer amigos, tiene una sonrisa encantadora. Suspiro cuando veo que alza un mando de la *play* y lo tiende en mi dirección.

—¿Uno contra uno? —pregunta.

—Vale, pero déjame ganar —digo al cogerlo con desgana.

—¿Qué gracia tiene eso? —indaga levantando una ceja.

—Perder siempre tampoco es que sea muy divertido —bufo resignada.

Una tarde más, como las de siempre, puede que él tenga razón y las mejores cosas de esta vida son las que llevamos haciendo desde que tenemos uso de razón. Después de perder siete veces termino por rendirme y dejarle a él la acción, así que me tumbo en su cama, donde tantas horas he pasado dispuesta a verlo jugar, mientras mi mente se evade por momentos viajando al pasado, intentando descifrar el futuro... Mientras, el personaje de Shouta va avanzando pantallas. A veces

creo que su vida sería más fácil si todo se tratara de un juego, él comprende perfectamente todo ese mundo virtual, pero está perdido en el real y por más que intento tirar de él, casi siempre soy yo la que se ve arrastrada a su terreno. No me importa, es mi mejor amigo y mi vida no sería la misma sin él, por eso no pasa nada si mis tardes son en esta habitación encerrada, sin apenas hablar, solo viéndolo jugar, reír y divertirse. No pasa nada por eso...

—¿Vamos a por un helado? —murmura de pronto sin mirarme.

—¡Sí! —chillo como si fuera una niña con zapatos nuevos.

Suelta una enorme carcajada y antes de que termine de guardar los datos de la partida ya estoy en la puerta, solo me falta mover el rabito de felicidad ¡aire puro!

—Serás idiota —se queja—. Si tantas ganas tenías de salir, no hacía falta que te quedaras aquí conmigo.

—Pero es que lo que yo quiero es salir contigo, cabeza de alcornoque —le digo.

—Pues no veo por qué. —Lo dice en serio, a veces Shouta parece idiota.

—Cuando seas grande lo entenderás —suelto abriendo la puerta y precipitándome escaleras abajo.

—¡Joder! ¡Espera que coja la cartera! ¡Aiko!

Kenzo

La primera vez que me acorralaron intenté tomarlo con filosofía, era el chico nuevo, estaban midiendo sus fuerzas, aunque debería haberme defendido no lo hice, porque en realidad no tenía mucho sentido, no iba a estar mucho por allí. Esa era la idea. Desaparecer. Lo pensaba ese día y lo sigo pensando meses después, mientras vuelvo a estar acorralado recibiendo golpes e insultos. Tengo que ponerle fin a esto, es lo que deseo, es lo que llevo tiempo pensando, entonces... ¿Por qué no puedo? Ellos chillan en tanto yo trago la rabia y la impotencia que me produce ser como soy, me odio a mí mismo.

Cuando todo termina y me quedo solo, escupo la sangre y la rabia que amargan dentro de mi boca. Las clases cada vez son más odiosas. Todo ese instituto me resulta sumamente insufrible. Solo quiero que todo termine.

Me estoy ahogando, eso es lo que me pasa. De pronto mi vista se nubla y empiezo a ver borroso, pero a diferencia de las primeras veces que eso me ocurrió, ahora sé que lo puedo controlar, solo es un ataque de ansiedad. Simplemente necesito tomar aire fresco e intentar tranquilizarme, y en ello estoy cuando salgo de la clase a trompicones, chocando de frente con la chica de pelo largo, la que buscaba ese tal Shouta el otro día y a la que no di el mensaje porque, de nuevo, no supe crear la oportunidad para ello.

—¡Cuidado! —exclama Aiko—. ¡Eh! ¿Estás bien? ¡Kenzo, oye! ¡Espera!

Necesito salir y respirar. Estas paredes me están asfixiando, este maldito instituto me ahoga, mi vida entera hace que quiera explotar.

No pienses en eso Kenzo... no lo hagas...

Subo corriendo las escaleras que llevan a la azotea del edificio, una pequeña y que suele estar poco frecuentada. Al salir al exterior, me dejo caer contra una de las paredes y poco a poco voy deslizándome hasta quedar sentado en el suelo. Inspira, expira, inspira, expira... Es algo de lo más angustiante saber que necesitas oxígeno y no puedes hacer nada por conseguirlo, por que por más que abro la boca e intento tomar aire, es como si mis pulmones se cerraran a ello. Y siento unas tremendas ganas de llorar, de gritar que todo es injusto, de cagarme en Dios y el destino, de maldecirlo todo y a todos.

Dejo que esa primera lágrima resbale por mi mejilla, la primera siempre es la que más me duele y la que más me avergüenza, como si me quemara, porque se supone que los hombres no lloran, aunque yo no puedo dejar de hacerlo, no sé qué les pasa a mis lagrimales, pero fabrican una cantidad ingente de lágrimas, además eso de que los hombres no tienen derecho a llorar me parecer una frase de lo más absurda e injusta. Noto la humedad de esa lágrima cruzando mi rostro, y cuando llega al mentón, se precipita hasta caer sobre mi camisa dejando un pequeño círculo de humedad. Después de la primera las otras suelen llegar seguidas, amargas, serenas y constantes. Hace poco menos de medio año que mi madre murió y yo tuve que mudarme a esta ciudad a vivir con mi hermano. Lo quiero mucho, y sé que él me quiere e intenta hacer lo mejor para mi, pero echo de menos a mi madre, a mis amigos y mi vida anterior. Siento que por momentos nada merece la pena y tengo ganas de terminar con todo. Este es uno de estos momentos. Sería tan fácil... Solo tendría que saltar. Cuando pienso en esta vida sin mi, siento un gran alivio, seguramente eso fuese lo mejor, irme lejos, desaparecer.

Todo terminaría.

Las burlas, los golpes, los insultos... Las lágrimas, el miedo y la sensación de que ya no me queda nada. Todo borrado de un plumazo y tan solo tengo que tomar carrerilla y saltar. Parece mucho, sin embargo en realidad no es tanto. Llevo tiempo pensándolo y sé que sería capaz de hacerlo. Por eso me pongo en pie. Tan solo es un salto, no tiene más. La verdad es que pensar en mi propia muerte me hace feliz. Alzo las manos para pasarlas por mi rostro, arrastrando los rastros de frustración y melancolía convertidos en pequeñas gotas saladas. Sacudo mis hombros, y con los dedos hecho el pelo hacia atrás para poder enjuagarme los ojos que hace ya rato me escuecen. Lo he decidido, hoy me parece tan buen día para morir como cualquier otro.

Salgo corriendo en dirección a la barandilla, no quiero ni pensarlo, no me lo voy a replantear, no voy a dejar que la duda se instaure en mi y no me permita hacer aquello que debo hacer. Corro directo a la muerte, porque no me asusta, porque es lo que deseo, lo hago de manera rápida hasta que algo se interpone en mi camino, un grito seguido de un golpe seco que hace que de prono dé con mis huesos en el suelo, aunque no el suelo de la calle después de caer esos cinco pisos, si no los de esa maldita azotea. Intento zafarme de esas manos que me agarran con fuerza, gruño como si fuese un animal, puede que en este momento lo sea, esa decisión es más primitiva que razonada, lo sé, pero no me importa.

Lucho contra el peso de ese cuerpo que me atrapa, estoy totalmente fuera de mi, gritando y pataleando, llorando como nunca antes he llorado, porque he visto la salida, la he tenido enfrente y alguien ha cerrado la puerta de golpe y no sé cuando conseguiré tener la fuerza suficiente para volverla a abrir.

De pronto algo me golpea con fuerza en el rostro. Me quedo quieto. Sorprendido. Asustado.

—¡Joder! —De nuevo esa voz ruda que araña mis oídos cada vez que la escucho—. Tienes un ojo de cada color.

Me quedo totalmente petrificado, sin saber reaccionar con ambos ojos muy abiertos observando esa mirada tan verde que está clavada en mí. Sentado a horcajadas sobre mi cintura Haru sujeta mis manos sobre mi cabeza, sus ojos me observan con detenimiento y lo que parece sincera fascinación.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto, y me gustaría poder esconder las lágrimas que he derramado, pero me temo que no va a poder ser.

—Salvarte la vida pedazo de gilipollas, ¿se puede saber en qué cojones pensabas?

Haru

Ha sido la primera vez que he visto llorar a alguien, alguien que no sea mi hermana o alguien de mi familia. Yo estaba tan tranquilamente fumándome un cigarrillo cuando he escuchado que la puerta se abría. Quería haberle dicho algo, de hecho he intentado llamar su atención, pero Kenzo estaba como ido y de pronto, ha empezado a llorar.

¿Qué clase de expresión ha sido esa? Nunca había visto a nadie tan devastado, emanando tristeza por todos los poros de su piel, totalmente roto. Joder, y yo debo ser una especie de enfermo mental porque verlo llorar de ese modo me ha dejado totalmente fascinado, no he podido dejar de mirarlo y ha logrado que algo se estremeciera en mi interior.

Cuando se ha levantado con la mirada fija en la barandilla de la terraza he sabido perfectamente la idea que estaba cruzando por su cabeza, lo que me ha costado más saber ha sido qué podía hacer yo para evitarlo. ¿Llamarlo? ¿Cogerlo? ¿Reducirlo por la fuerza? No se me ha ocurrido nada mejor, he actuado solo dejándome llevar por un impulso.

Jamás había visto a un hombre tan desolado. De pronto ha sido como si todas las fuerzas y ganas de vivir lo hubieran abandonado, no sé que clase de situación puede llevar a alguien a desear su propia muerte, lo que sí sé es que en ese momento me he acojonado.

No me lo he pensado mucho cuando he saltado sobre él para derribarlo. Sentía que tenía que hacerlo, de lo contrario tarde o temprano me arrepentiría de haber sido un mero espectador.

—Voy a soltarte —le digo con precaución—. Pero si te acercas a la barandilla juro que te pateo el culo.

No dice nada, se mantiene callado y demasiado sereno, me estoy empezando a preocupar, no sé si debería ir a buscar a alguien, a uno de esos adultos que se supone que están ahí para vigilar que cosas como estas no ocurran, que gente como yo no se aproveche de gente como él. Para eso se supone que están esos adultos.

Inicio el gesto de levantarme, lo hago despacio, primero desmontando de su cintura, dónde había quedado sentado. Lo observo por si hace algún gesto en falso, sin embargo parece que se ha quedado como en *shock*, pues no dice nada.

—Oye tío, lo siento, pero no podía dejar que lo hicieras —le comento buscando una reacción en él.

De pronto, esa mirada bicolor se queda pegada a la mía, su cara es una mezcla de estupefacción e ira, podría asegurar sin miedo a equivocarme que están casi a partes iguales. Sus ojos, uno color azul y el otro parecido al tono de la miel, se oscurecen de pronto y su boca se tuerce en una mueca, parece que está a punto de saltarme encima y empezar a golpearme. Puede que fuera bueno para él hacerlo, descargar todo eso que parece que oprime su interior, mas se retiene, de pronto descende la mirada, se levanta con tranquilidad y da media vuelta, dispuesto a marcharse. Ese tío es como una jodida bomba de relojería a punto de estallar, y en el momento en que lo haga, arrasará con todo a su alrededor, conozco perfectamente esa sensación.

Podría dejarlo así, ya que hacerme el loco sería lo más sensato. No lo conozco de nada, no es mi amigo, realmente no tendría porqué ayudarlo no obstante, no puedo dejar que se marche así.

—Morir es fácil, vivir es lo que realmente requiere valor —le grito, antes de que alcance la puerta y, así es como consigo que se detenga.

—Que profundo —murmura sin girarse.

—No es mío, es de Samurai X —le aclaro.

No se gira, no dice nada, solo se queda ahí plantado, dándome la espalda con la mano agarrando el pomo de la puerta, pero sin terminar de abrirla. Sé que quiere marcharse, perderme de vista, aunque no lo hace. En este momento, sin decir ni hacer nada, Kenzo está gritando, pidiendo auxilio y me pregunto si solo yo lo puedo escuchar. Puedo ser un macarra y un gilipollas, sin embargo reconozco cuando alguien está en las últimas y ese chico, sin duda, ha tocado fondo.

—No voy a decirle nada a nadie —le digo—, pero mi silencio tiene un precio.

—¿Vas a extorsionarme? —pregunta con un hilo de voz.

Ahora sí se ha girado, y ha alzado la cabeza, puedo leer esa expresión que me dice que es exactamente lo que esperaba de mí. Su rostro aún está enrojecido por el llanto, pero ha hecho descender el pelo hasta taparle el ojo derecho de nuevo, el que debe haber decidido llevar oculto.

—No le diré nada a nadie, si me prometes que no lo harás... —declaro muy despacio para que le quede bien claro—. Llevo demasiada mierda a mis espaldas, no me cargues con tu muerte también.

—No puedo prometerte esto —susurra.

—¿Qué no puedes? ¡Cómo que no puedes! —exclamo.

—Yo quiero morir —sentencia Kenzo.

De pronto todo él empieza a temblar, sucumbiendo de nuevo al llanto, y quiero decirle que todo está bien, que nada importa, que seguro que lo que sea que le pasa tiene una solución, ¡maldita sea! Hasta me siento tentado de anular la distancia que nos separa y abrazarlo, pero no me muevo y veo como se derrumba frente a mí, cayendo de rodillas al suelo, sollozando e hipando, derritiéndose en ese mar de lágrimas en que ha convertido sus extraños ojos.

—Y lo harás, todos moriremos, no obstante este no es el momento ni el lugar, así que más te vale prometérmelo —amenazo agravando mi voz—. Y ni se te ocurra intentar joderme tío raro... No quiero despertar mañana y, ver que te has pegado un tiro sabiendo que yo lo habría podido evitar. Tu mierda es tuya hasta que me salpica.

—Para ti todo es muy fácil —me escupe.

—Tú no sabes nada de mí —replico, agachándome delante de él. He acertado la distancia que nos separaba y aún no sé cómo lo he hecho. Mis pies se han movido por inercia.

No sé qué cojones me está pasando, pero su tristeza me atrae y me atrapa. En estas pocas semanas que lleva entre nosotros no me había fijado mucho en él, hasta el día del vestuario. Creo que es un tipo atractivo, con muy buen físico, el pelo dorado cubriendo su rostro, piel pálida, facciones marcadas... Tal vez, si dejara ver su mirada bicolor, todas las chicas del instituto perderían la cabeza por él. Tiene pinta de *Teen Idol*. Sin ser muy consciente de ello ni del motivo, alargo la mano y atrapo una de sus lágrimas con la punta del dedo, que inmediatamente después acerco a mis labios para saborearla. Su llanto es salado y, la expresión de su rostro toda una sorpresa.

—Nos vemos mañana —le afirmo, antes de levantarme para irme, dejándolo solo.

—¿Y si no soy capaz de llegar a mañana? —pregunta a mi espalda, aún tirado en el suelo. Su voz suena entrecortada por el llanto.

—Ya has llegado hasta aquí, creo que puedes soportarlo un día más, sino, será una gran decepción para mí.

Ahora soy yo el que tomo la puerta para volver a adentrarme en la jungla en la que nos hemos empeñado en convertir el instituto. Joder, es la pausa para comer más surrealista de toda mi vida. Me precipito escaleras abajo y las salto deprisa, de dos en dos y hasta de tres en tres, llego al aula B como una exhalación y sé que, por más que me esfuerce no voy a poder centrarme. No después de esto. Cojo la cartera que cuelga del respaldo de mi silla dispuesto a marcharme, cuando Aiko

me intercepta justo al salir de nuevo al pasillo.

—Yo que tú no lo haría, tienes ya dos avisos —comenta mirándome a los ojos.

—¿Qué eres, mi secretaria? —La miro de manera ruda.

Creo que es la primera vez desde que empezamos el curso que Aiko me habla, lamento que tenga que ser justo ahora, soy incapaz de responderle mejor. Estoy demasiado agitado como para preocuparme por las formalidades, así que ignorando su consejo salgo de nuevo para largarme del instituto.

Necesito tomar el aire y aclarar mis ideas. ¿Cómo puede haberme alterado tanto verlo llorar? Es absurdo. Últimamente en mi casa todo son llantos y lamentaciones, pero ver a Kenzo tan triste... Estoy seguro que algo anda mal en mi cabeza, definitivamente me he vuelto loco, como muchos andan insinuando desde hace tanto tiempo. Una vez leí en algún sitio que solo aquellos que han sufrido lo suficiente son capaces de ver luz en las sombras. Puede que ver a Kenzo llorar, solo me haya hecho recordar que a veces soltar lastre y dejar salir afuera todo lo que llevamos dentro no está tan mal. Puede que yo también debiera llorar un poco, solo por probar qué se siente, aunque no lo haré, soy consciente de ello, tengo una vía de escape a la que estoy más acostumbrado.

Después de saltarme la última clase y de vagabundear por el centro como un perdido, llego a casa justo para dormir. Hace un tiempo que la hora de la cena en mi hogar se ha convertido en una batalla campal llena de reproches y acusaciones. Puede que mi hermana deba soportarlo, pero yo no, estoy harto de toda esa historia, cuento los días para ser mayor de edad y marcharme de allí.

—Haru, te ha llamado... —No la escucho, voy directo a mi habitación—. ¡Oye! —grita tras la puerta—. No soy tu jodida secretaria, ¿estamos? Diles a todos esos gilipollas que no vuelvan a llamar a casa. ¡Maldito niñato desagradecido!

Esa es mi madre, puro amor, ternura y comprensión. Desprende instinto maternal por todos lados.

Me dejo caer en la cama y hundo la cabeza en la almohada, estoy cansado, necesito dormir un día entero, puede que dos. Estoy física y mentalmente agotado, en las últimas, solo quiero dormir... aprieto con fuerza los ojos. Descansar, tengo que lograr dormirme... Alzo la cabeza para mirar el reloj encima de la mesilla, ya son las tres de la madrugada y sigo sin pegar ni ojo. ¿Qué debe ser lo que le pasa a Kenzo? ¿Debería habérselo preguntado? ¿Y si se mata? Sacudo la cabeza. El muy gilipollas es capaz de tomar el camino fácil y quitarse de en medio, no parece la clase de tíos dispuesto a luchar por todo y contra todo. ¡Será cobarde! Gruño y doy una nueva vuelta sobre el colchón.

Cuando despunta el sol creo que he sido incapaz de dormirme, y si lo he hecho, no me he dado ni cuenta. Me incorporo sobre la cama, sigo vestido con la ropa del día anterior, el pelo revuelto y en mi cara se refleja la noche en vela. Parezco un *zombie*, y me siento como tal. Remoloneo por la habitación, me cambio de camiseta dejando la sucia en el suelo y miro el reloj, a esa hora mi madre ya no debe estar. Abro la puerta con cautela, todo está en silencio, solo el sonido de la cafetera a lo lejos y ese inconfundible aroma a café.

—La cafeína en tu estado no es buena —le digo a mi hermana cuando entro a la cocina.

—Los disgustos tampoco, dicen que hacen que el niño nazca pequeño. —Maiko se gira, todavía no se le nota el embarazo.

—Entonces necesitaremos una lupa para verlo —bromeo.

—¿Joder Haru! ¿Qué te ha pasado? Vaya cara...

—¿Tanto se nota? —exclamo preocupado, llevando ambas manos a mi rostro—. No he pegado ojo en toda la noche.

—¿Problemas con las chicas? —se burla Maiko.

—No me jodas hermanita... Oye, ¿cómo se quita esto? —dijo señalando mis ojeras.

—Durmiendo.

—¿Y algo que pueda hacer antes de ir a clase?

—Un poco de corrector, base de maquillaje... —Se emociona, me consta que siempre quiso una hermana.

—¡Una mierda! —gruño sirviéndome más café.

—¿Está todo bien? ¿Tengo que preocuparme por algo? —inquire curiosa.

—Solo por esto —respondo poniendo la mano en su tripa—. ¿Cuándo empezará a dar patadas?

—Creo que aún es pronto para eso. —Sonríe—. Vas a llegar tarde como no te des prisa —añade girándose para coger su taza.

Salgo a la calle, parece que empieza a refrescar, ahora sí hace temperatura de otoño.

Kenzo

Cuando abro los ojos ya ha amanecido. No recuerdo cuando me dormí, pero ahora al despertar me noto descansado como hacía tiempo que no me pasaba. Mi vida sigue siendo una mierda, pero siento como si el peso sobre mis espaldas fuera un poco menor, es una sensación casi imperceptible, pero que ahí está. Paso las manos por mi pelo echándolo atrás y no puedo evitar que pequeños flashes del día anterior vuelvan a mí, como la expresión de Haru al ver mis ojos, esa manera de hablarme, como el día de los vestuarios... Sacudo mi cabeza y es aún peor, porque lo que veo es a Haru arrodillado frente a mí y el toque de la yema de su dedo sobre mi mejilla.

—¡Mierda! —gruño, tirando la colcha a un lado y saltando de la cama.

Después de la hora de comer, Haru desapareció y no pude devolverle la ropa que sigue en mi mochila desde hace días. Nada de lo que hace ese chico encaja con su apariencia ni con lo que dicen todos sobre él, es como si fuera dos personas en una y me pregunto cuál debe ser la verdadera.

—¿Pero que estoy diciendo!? —exclamo enfadado conmigo mismo.

¿Qué me importa a mí? Solo tengo que devolverle la ropa y olvidarme, seguir como hasta ahora... aunque... en cierto modo... Intento apartar todas esas ideas, no le debo nada a Haru, aunque si él no hubiese estado en esa terraza justo en ese momento, puede que yo... No, no puede, habría saltado.

—Kenzo, ¿estas levantado? ¿Puedo entrar? —me pregunta mi hermano.

—Supongo... —murmuro.

Taiki abre la puerta con cautela y entra con el mismo sigilo, desde que vivimos juntos él ha demostrado ser muy respetuoso con mi intimidad y todas mis cosas, supongo que está tan perdido como yo en eso de que ahora seamos la única familia que tenemos. Ya no soy ese hermano pequeño con el que jugar a veces, ahora soy una carga para él, aunque Taiki lo llame responsabilidad, yo sé que no soy más que una molestia, algo que no planeaba en su vida y que le ha hecho tener que modificar todos sus planes. ¿Quién planea tener que ocuparse de un hermano pequeño?

—Joder, que limpio tienes todo esto —dice Taiki observando a su alrededor—. Yo a tu edad era un cerdo.

—Tú tenías a mamá que recogía todo por ti.

Lo he hecho otra vez, hablar sin pensar, también es duro para él, a veces estoy tan centrado en mi propio dolor que me olvido del de los otros.

—Cierto —dice con pesar en la voz—. Oye, ¿necesitas algo? No sé, desde que estás aquí no me has pedido nada, y bueno... me preguntaba... ¿Todo bien en clase? ¿Debería ir a hablar con tus profesores o...?

—Está todo bien Taiki, de verdad. No he tenido ningún problema para adaptarme. —Siempre he sido malo mintiendo, pero por alguna extraña razón Taiki siempre ha creído mis mentiras.

—Ya veo —murmura—. Está bien entonces, aunque si necesitas algo... lo que sea.

—Lo sé, gracias.

—¿Aún no le has devuelto la ropa a ese chico? Mira que olvidarte el repuesto...

¡Maldita ropa!

—Ayer no fue a clase, volveré a llevármela hoy para dársela —replico.

—Perfecto, te he dejado dinero para que compres algo para la cena y para emergencias, yo no

volveré hasta el domingo, si tienes algún problema estaré localizable y...

—No soy un niño —me quejo—, puedo quedarme solo un fin de semana, de verdad.

—Lo sé, es solo que... Tengo la sensación de que algo anda mal y me preocupa. Puedes confiar en mi Kenzo —comenta echándome una mirada triste.

—No tienes porque preocuparte.

¿Desde cuando se ha vuelto tan perceptivo? Suspiro. No quiero angustiarme más. También es duro para él. Sonríe con desgana, esa sonrisa meticulosamente ensayada durante horas frente al espejo y así es como Taiki parece quedarse más tranquilo.

Empieza a notarse el cambio de estación, el tiempo es más frío y húmedo, ya están llegando los días cortos, las noches largas y la melancolía empañándolo todo. Otoño es una estación para nostálgicos. Cuando cruzo la carretera que da acceso a la avenida peatonal que lleva hasta el enorme edificio que comprende nuestro querido instituto, puedo ver algo que por desgracia no llama demasiado mi atención. Ray y sus secuaces ya andan extorsionando a uno de los de primer año, y eso solo me hace pensar que tengo suerte de que hoy no sea yo. Igualmente, y solo por pecar de prevenido, me quedo apartado, esperando a que terminen de joderle la vida a ese muchacho. Un día Haru no estará en esa azotea y puedo ser yo, o tal vez algún otro, pero finalmente alguien saltará.

—Me gusta ver que eres un tío de palabra —dice Haru parándose frente a mí.

—En mi casa no hay armas —replico sin pensar, aunque inmediatamente me arrepiento.

Haru sonrío, no obstante no dice nada, solo me observa, puede que con un poco más de atención de lo que sería lo normal, hasta el punto de que me pone incómodo, aunque cómodo, lo que se dice cómodo, nunca estoy. Pero su verde mirada consigue alterarme, de hecho todo él lo hace, es bastante más alto que yo y mucho más corpulento, su voz siempre suena dura sin un ápice de simpatía, todo lo contrario de sus ojos, pues si logras fijarte bien, puedes ver en ellos bondad. O eso es lo que mi mente se ha empeñado en empezar a creer.

—¿Por qué lo tapas? —pregunta mirándome.

De pronto siento el tacto de sus dedos apartando el mechón de pelo que cubre mi ojo. Mi primer impulso es apartarlo de un manotazo, está demasiado cerca de mí y, nunca me ha gustado que nadie me toque sin embargo, mi cuerpo no obedece las ordenes de mi cerebro, pues nada se mueve, y finalmente es Haru el que suelta mi pelo apartándose un poco para darme espacio.

—Es diferente. —No consigo que mi voz salga nítida, sino que es un susurró entrecortado, como si me costara respirar—. Lo diferente te hace blanco fácil, algo que no es divertido ser.

—Pues no veo que te haya funcionado muy bien hasta ahora —se burla—. A mí me gusta, es curioso, pareces un dibujo animado.

—¿Y a ti que te ha pasado? —De nuevo ese atrevimiento y familiaridad impropio en mí, ¿qué diablos me sucede? Haru es el malo, no puedo ni debo perder de vista eso. Pero está claro que debe estar enfermo, tiene realmente mala cara.

—Que un gilipollas intentó saltar ayer de la azotea. Eso le quita el sueño a cualquiera.

Ambos nos miramos y al menos yo no sé qué decir. Estoy desconcertado. Los últimos meses de mi vida han sido un auténtico infierno, llegar a este instituto solo supuso agravar mi situación. Para mí todo terminó en el mismo instante en que me rendí y ahora no sé si puedo o quiero remontar. Un día desperté feliz pensando en que todo tendría final, y ahora que sé que no lo tiene, me siento mal por haberme fallado a mí mismo y a la decisión que tomé. Soy tan miserable que ni fuerza para quitarme de en medio tengo, a pesar de saber que seguramente todo sería mejor. Nadie

me necesita y esa certeza es la que de nuevo vuelve a estrujarme el corazón.

—Habría sido un funeral muy triste —susurro con un hilo de voz.

—¿Crees que nadie te echaría de menos? —pregunta con curiosidad, creo que está intentando analizarme o algo, pues me mira demasiado fijamente.

—No lo creo, lo sé —afirmo rotundo.

—Vaya, a ti sí que te han jodido bien el coco... —suelta con tal naturalidad, que no puedo más que asentir como un completo imbécil—. Aguanta unas horas más, tipo raro.

Sin añadir nada más echa a andar, dejándome ahí plantado, seguramente con el gesto descompuesto y sin saber qué pensar. Por mi lado van pasando chicos y chicas en dirección a lo que yo he rebautizado como mi limbo personal, pero mi mirada sigue fija en ese cuerpo que se aleja calle arriba, y que de nuevo, me ha regalado tiempo para intentar vencer a mi soledad. ¿Puede que él se sienta tan solo como yo? No puedo apartar la mirada de Haru hasta que mis ojos lo pierden de vista, a veces su rostro también transmite el frío de un corazón que ha conocido la infelicidad.

—Mierda, la ropa —me lamento empezando a andar.

Puedo intentar dársela después, seguro que puedo ser capaz de encontrar un instante para acercarme a él y devolvérsela. Sí, esas pequeñas metas pueden ser lo que me hagan aguantar un poco más. Tengo que vivir, al menos hasta que le devuelva la ropa.

Haru

Estoy parado frente a la puerta del instituto, terminando de dar la última calada a mi cigarrillo, aunque porque no decirlo, esperando ver si Kenzo decide ir a clase o no, hace un momento he visto que dudaba si hacerlo. No me extraña, ayer estuvo a punto de... y hoy vuelve a levantarse, vestirse y empezar un día con fingida normalidad. Está jodidamente mal de la cabeza.

—Esto... Haru... ¿podría hablar contigo un momento? —dice una dulce voz a mi lado.

Tardo un poco en reaccionar, realmente me siento muy cansado, casi exhausto, y no solo es por la mala noche que he pasado, eso solo ha sido algo así como la guinda del pastel, el colofón a todos los desastres y destrozos que he hecho con mi vida los últimos años. Sonríe a esa bonita chica que se me acaba de acercar, por nuestro lado pasan «mis amigos» riéndose y alentándola, golpeándome en el hombro, haciendo todo el jolgorio que merece tal ocasión, «la tienes en el bote» «no la dejes escapar» palabras bacías que no significan nada.

—Dime, ahhhh... —la animo a hablar cuando nos quedamos solos en el pasillo, pero he olvidado su nombre, si es que en algún momento me lo dijo.

—Shana —me ayuda sin perder la sonrisa—. Yo... bueno, me preguntaba si te gustaría tomar algo conmigo después de clase.

—¡Vaya! —Paso las manos por mi pelo echándolo atrás, confiriéndome unos segundos de tiempo para poder pensar—. ¿Te gusto? —pregunto de pronto, sin medias tintas. Directo al grano.

—¡Claro! —se apresura a responder—. Bueno eres el chico más guapo del colegio y... no sé... creo que eres perfecto y...

—Lo siento Shana, pero te voy a decepcionar —suelto, la expresión de su rostro cambia por completo, de la bonita sonrisa a la incertidumbre—. No soy un buen tipo, además... Ahora mismo no puedo salir con nadie.

—Oh, no sabía que ya te gustaba alguien.

Me encojo de hombros como respuesta.

—Te agradezco que hayas sido sincero —dice, lo que me deja totalmente descolocado. No me esperaba tal reacción, la verdad—. Eso solo me hace pensar que yo tenía razón y no eres como todas dicen que eres. Si saliéramos, no creo que me decepcionaras.

—Gracias, aunque la respuesta sigue siendo no —replico, cogiendo la mochila del suelo y colgándomela en el hombro.

—Voy a seguir insistiendo —asegura a mi espalda.

—Y yo seguiré rechazándote, lo siento.

A una mierda de noche solo le puede seguir una mierda de día, es un hecho irrefutable. Cuando por fin el profesor abandona la clase mi cuello no aguanta más el peso de mi cabeza y mi frente se estrella, de manera poco delicada, sobre el pupitre. Me permito cerrar los ojos un instante, solo será un segundo para descansar un poco y...

—Y así es como pasa sus días un pasmarote —gruñe alguien frente a mi, después de haber estrellado un libro de texto contra la mesa—. Buenos días bella durmiente, ¿necesitas algo? ¿Café, té... un pase a dirección? —dice el profesor al que ya se le ha hinchado la vena del cuello.

—Lo siento —me disculpo alzando la cabeza y frotándome los ojos, frente a mi Ryu no aguanta las carcajadas a las que se unen la mayoría de compañeros—. No volverá a pasar —añado bajando la voz casi avergonzado.

Las risas siguen y no sé porque mi mirada se desvía hacia Kenzo, él sigue con la vista fija en

el libro, ni tan siquiera una simple sonrisa asoma de sus labios. La siguiente hora pasa aún peor que la primera, más cansado, más agobiado, mucho más aburrido si es que eso es posible. Estoy desando que sea la hora de comer a ver si eso me despeja un poco. Todos poco a poco van saliendo de la clase, pero a mi me cuesta más despegarme de la silla, de hecho, no sé en qué momento mi cabeza ha vuelto a apoyarse sobre la madera, si cierro los ojos podría volver a dormirme.

—Lo siento —dice Kenzo, dejando una bolsa sobre la mesa junto con una pastilla—. Esto es la ropa, y esto un analgésico.

—¿Y la disculpa? —pregunto.

—Porque por mi culpa no has podido dormir.

—Joder, no digas eso muy fuerte, que parece otra cosa —gruño.

—Pe... perdona... yo... lo decía por...

Estallo en una carcajada y su ojo, el único que se ve, se abre mostrando sorpresa e incredulidad.

—Invítame a comer —le digo poniéndome en pie.

—¿Qué? ¡No! —exclama horrorizado.

—¿No? —pregunto desconcertado. Creía que se sentía solo, puede que lo haya juzgado mal y sea una soledad buscada.

—No creo que sea buena idea —añade bajando la voz.

Empiezo a entenderlo.

—Bueno, entonces te invito yo —replico, nunca me ha gustado que nada ni nadie me diga qué puedo o no puedo hacer—, aunque solo me llega para un solo bocadillo, espero que no tengas mucha hambre.

—¿Por qué haces esto? —pregunta de pronto, interceptándome el paso.

—Porque me da la gana —escupo.

—No lo entiendo. —Kenzo parece sobrepasado, puede que se haya acostumbrado tanto a estar solo que ahora le cueste estar con alguien—. No voy a subir a la azotea, si es lo que te preocupa —me informa con un hilo de voz.

—Me parece una sabia decisión —le digo y, mi mano se mueve como por un acto reflejo para acariciar su cabeza, como si estuviese felicitando a un niño pequeño, pero lejos de molestarse las mejillas de Kenzo se enrojecen—. Vamos, tengo hambre.

Al final he conseguido convencerle, aunque no ha consentido en que bajáramos juntos a la cafetería, me ha dado el dinero y ha desaparecido escaleras arriba, después de prometerme que no saldría fuera. No hay rastro de Ray y el resto, puede que hayan salido del instituto y casi lo prefiero así. Cojo dos bocadillos de queso, dos latas de refresco y subo los escalones de dos en dos, cuando llego al último tramo puedo verle ahí esperando, al lado de la puerta, pero como bien ha dicho, sin salir afuera.

—Queso sí, ¿no? —pregunto, mi desconocimiento del tema de qué diablos come un vegetariano es total.

—Haré una excepción —responde.

Quiero preguntarle muchas cosas, pero sé que no tengo el valor ni la confianza de hacerlo. Me gustaría saber si habría sido capaz de saltar. Es algo que supongo nunca sabremos ninguno de los dos, y es mejor que sea así. Comemos en silencio, sin embargo no se vuelve uno de esos incómodos, la verdad es que transitamos en esa fina línea que divide la calma, de la tristeza o del aislamiento, y a veces simplemente compartir algo en silencio es reconfortante.

—No estoy loco —dice de pronto, y no creo que sea por llenar el vacío, sino porque

realmente le apetece hablar—. No he estado en un psiquiátrico, ni mi padre abusó de mi cuando era pequeño, como he escuchado que dicen por ahí.

—Pero si no es verdad, ¿por qué no dices algo? —pregunto con incredulidad.

—Y qué voy a hacer, ¿pelearme con todo el que diga algo sobre mí?

—Claro, yo lo haría —afirmo.

—Lo sé —responde y de pronto una sonrisa, joder sus sonrisas son caras de ver—. Además, solo son rumores, todos tenemos de esos, como el de que a ti te han detenido un par de veces.

—Ahhh no, eso es verdad —respondo sonriente.

—¿En serio? —exclama mirándome—. ¿Por qué?

—Pues porque me pillaron, está claro —suelto sin difuminar la sonrisa—. Entonces, ¿tampoco eres homosexual?

—Oh, sí, eso sí es cierto, me gustan los chicos —dice con pasividad—. ¿Eso te molesta?

¿Me molesta? Nunca me lo había planteado pero, supongo que no. Con quien se acueste cada uno no es de mi incumbencia.

—Me parece peor lo de que no comas jamón, eso sí es una subnormalidad.

Kenzo suelta una carcajada, una fuerte y ruidosa que se alza por encima de nuestras cabezas y, hace que se me contagien las ganas de reírme con él. Es agradable, reír sienta bien así que me abandono a esa risa y a esa sensación de tranquilidad aunque solo sea por un momento.

Joder, vaya par de tarados mentales nos hemos ido a juntar.

Kenzo

Según los varemos mentales de Haru, es peor ser vegetariano que gay. Lo miro con una mezcla de incredulidad y algo que podría semejarse a la felicidad, sin llegar a serlo. No puedo parar de reír, y pronto Haru se une a mi carcajada, se le ve relajado, lo demuestra dejándose caer de espalda al suelo donde queda tumbado con ambas manos enlazadas tras su nuca. Por un momento, solo por unos segundos, he olvidado todo lo desagradable de mi vida, y simplemente he reído como un chico de mi edad.

—Gracias —le digo poniéndome serio por un momento.

—Has pagado tú —me recuerda.

—No lo decía por el bocadillo, sino por hacerme reír, me hacía falta.

—Pues ya somos dos —replica incorporándose un poco y, parece que quiera decirme algo más, pero no lo hace.

Sé que es un espejismo, tan irreal como un oasis en el desierto, que seguramente mañana todo volverá a ser como era, sin embargo en este preciso momento, me alegra el haber podido hacer algo tan estúpido como comer un bocadillo y reír con un compañero. Es una mentira amable que me ofrezco a mí mismo, porque la realidad es tan cruel, que duele. ¿Qué hay de malo en dejarme creer por un rato que puedo volver a tener una vida normal? Solo tengo que no dejarme engañar por mis propias mentiras. No lo haré.

—Es casi la hora de volver a clase —comento alzándome del suelo y, sacudiéndome la ropa. Ya empieza a hacer frío.

—Pfffffff —sopla Haru, dejando los ojos en blanco—. Menuda mierda.

No entiendo que problema puede tener Haru, tiene amigos, que aunque a mí me parezcan todos unos energúmenos, seguro que a él no. Es lo que se consideraría un chico atractivo: alto, atlético, buen pelo y esos hipnóticos ojos verdes tan llamativos. Las chicas caen rendidas a sus pies, lo sé porque lo he visto y las he escuchado hablar. Además, por lo que he observado sus calificaciones, a pesar de no ser perfectas, tampoco son malas.

—Bueno pues... —empiezo, sin saber muy bien como continuar esa frase, ¿ya nos veremos? ¿Hasta mañana? ¿Hasta nunca?

—Venga tipo raro, no me mires así —suelta levantándose y dándome un puñetazo en el brazo—. ¿Vamos?

Todo esto es muy extraño, como que un león se apiade de una cebra herida que le han dejado a tiro. Sigo a Haru escaleras abajo, lo hago detrás de él, dejando que la distancia entre los dos vaya aumentando, hasta que ya nadie pueda decir que estamos haciendo el camino juntos. Ha sido reconfortante tomar aliento entre *round* y *round*. Pierdo de vista a Haru por un momento y ya no sé dónde está, encamino mis pasos hacia el aula, dónde el murmullo va *in crescendo* a medida que me acerco y al llegar puedo verlo, todo, absolutamente todo lo de mi mesa está esparcido y roto por el suelo de la clase y, la chica rubia del pelo largo está arrodillada intentando, supongo, recogerlo.

—Kenzo —exclama ella al verme—. Lo siento, cuando he llegado todo estaba así —me dice, y parece realmente apenada por eso.

Mientras ella intenta recomponer mis libros, el resto de compañeros simplemente mira sin decir nada. Me arrodillo a su lado y me pongo a coger las hojas arrancadas de uno de mis cuadernos cuando de pronto se me ocurre, cuando abro la mochila mi cartera no está. Suelto un

suspiro, y es casi un milagro que no me eche a llorar. Una enorme pintada en la madera de mi mesa, ese «Maricón de mierda» garabateado con permanente. Suelto un suspiro y me obligo a no llorar.

—Eres Aiko, ¿no? —le pregunto, ella asiente con un ligero gesto de cabeza, mientras me tiende todo lo que tiene entre las manos—. Gracias, no te preocupes, ya termino yo.

Metó todo de cualquier manera dentro de la mochila sin prestar demasiada atención, tampoco importa mucho, la mayoría de las cosas no tienen solución, lo han roto todo.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado aquí, vientos huracanados? —Su voz se clava en mi espalda como un afilado cuchillo.

Haru. Así que su «misión» solo era entretenerme. Me levanto, aún quedan hojas esparcidas por el suelo, pero no me importa, solo quiero salir de allí, y lo hago abriéndome paso entre toda esa panda de mirones, algunos sonrían divertidos, otros parecen aliviados de esta vez no ser ellos. Empujo a todos y me precipito al final del pasillo, solo quedan unos minutos para que empiece la siguiente clase, tengo que largarme antes de que suene la campana.

—¡Espera joder! —Una mano me agarra con fuerza del brazo e intercepta mi alocada carrera.

—¡Suéltame! —grito sacudiéndome a Haru de encima.

—Yo no he tenido nada que ver —dice alzando ambas manos.

—Y una mierda —escupo lleno de dolor, dejando que esa primera jodida y amarga lágrima salte de uno de mis ojos. No puedo, no puedo estar ahí, tengo que largarme, así que doy la vuelta para echar a correr.

—¡Mierda! —La voz de Haru llega a mi amortiguada por mis propias pisadas.

Joder, si es que soy imbécil, un total y completo idiota... Llevo tanto tiempo sumido en la oscuridad que soy incapaz de valorarme, puede que eso sea porque no hay nada que alabar, si solo hace falta un poco de luz para poder vivir, creo que estoy condenado a no hacerlo. Enjuago mis lágrimas al tiempo que empiezo a descender avenida abajo, me gustaría no ser como soy, ser más fuerte, pelear con el mundo, pisarlo en vez de ser él el que me pise a mi, pero desde que murió mi madre, todo se me hace cuesta arriba, hasta seguir vivo. El simulacro de normalidad ha terminado mucho antes de lo que me habría gustado, o de lo que habría necesitado. Debí haberlo visto venir, ¿qué podía pretender Haru si no con su comportamiento? En cierto modo le debo la vida, y en cierto modo ya no.

Cuando llego a casa dejo caer la mochila en la entrada y me precipito a mi habitación. Todo está a oscuras y silencioso, Taiki no volverá y tengo mucho miedo de lo que pueda pasar, de lo que puedo llegar a hacer.

—¡Abre la puerta gilipollas!

Me echo las manos a la cabeza, estoy tan desesperado que hasta escucho voces. En el fondo me duele, me jode haber sido engañado tan vilmente, porque por un momento pensé que a lo mejor todo iba a cambiar, que se abría una pequeña brecha por donde poder colarse el sol. Un nuevo ruido, esta vez más fuerte que el anterior, me levanto de la cama sobresaltado y miro a mi alrededor. Hay alguien en la puerta golpeándola. Salgo de la habitación con sigilo para encaminarme al recibidor del apartamento.

—¡He dicho que me abras! —grita Haru, sin darle tregua a la madera, que aporrea con fuerza.

—¿Haru? —Paso el dorso de la mano por mi rostro y, doy un par de pasos hacia la puerta, parece que los golpes se han calmado un poco ahora.

—Abre —me ordena con voz fría desde el otro lado.

—No.

—Te juro que no he tenido nada que ver —repite. ¿Se ha saltado las clases y ha venido hasta

aquí solo para repetirme eso? ¿Aún sabiendo que no le voy a creer?—. ¡Abre o tiro la puerta abajo!

—No voy a abrirte... —repito.

—Joder Kenzo... ¿Eres gilipollas o qué? —vocifera.

—Haru —mi voz suena entrecortada por el llanto y porque no decirlo, el miedo—, a riesgo de que la represalia por tu parte sea aún peor... ¡Vete a la mierda! —grito con todas mis fuerzas, apretando los puños.

El corazón me late con fuerza y la garganta me arde, debe de ser uno de los efectos secundarios de haber dejado casi de hablar. Me tiemblan las manos, de hecho todo yo lo hago de manera incontrolable, tengo miedo de que verdaderamente derribe la puerta o que rompa una de las ventanas para entrar, o...

Silencio. Lo único que se escucha en este momento es el estrepitoso latir de mi corazón.

Dudo un poco, pero finalmente me armo de valor y me acerco a la mirilla para observar que Haru ya no está, parece que se ha marchado.

Dejo caer la frente contra la puerta y me pongo a llorar.

INVIERNO

Aiko

Las vacaciones de invierno han sido, ¡fantásticas! La Navidad, ¡me encantan estas fechas! Intento vivirlas con intensidad, pues eran las fiestas favoritas de mi padre, es la manera de decirle que no me olvido de él. Durante esas semanas mi madre y yo hacemos un sinfín de cosas juntas: preparamos dulces, vamos a patinar, al cine... Es divertidamente triste, pues ambas nos acordamos mucho de él, aunque ninguna de las dos quiera decirlo en voz alta. Mi madre, todos los años compra un regalo para mí de parte de mi padre y siempre niega haber sido ella, cuando era pequeña ese pequeño acto milagroso me dejaba fascinada, y ese regalo se convertía en lo más preciado para mí. Ahora ya soy mayor, pero ese pequeño regalo de parte de mi padre sigue abriendo brecha en mi corazón.

—No entiendo porqué te presentaste a eso —murmura Shouta que camina a mi lado.

—Pues porque nadie más levantaba la mano, me agobié y al final me presenté voluntaria.

—Mira que eres tonta.

—Deja de llamarme tonta —gruño molesta, a lo que él amplía su sonrisa—. Gracias por la camiseta, me ha encantado.

Como cada año Shouta me ha hecho mi regalo de Navidad, este año es una camiseta preciosa que vimos un día en el escaparate de una tienda, supongo que después volvió a por ella. Lo miro y no puedo evitar sonreír.

—Bah... es una chorrada —dice quitándole importancia, pero veo cómo me mira de reojo y amplía su sonrisa. Ese estúpido asocial se hace querer.

Una vez en clase empiezan a invadirme los nervios, puede que Shouta tenga razón, solo una tonta se presentaría a eso. ¿Organizar el baile? No sé dónde me he metido. No sé cómo son el resto de clases de nuestro curso, pero la mía, la clase B, es de todo menos colaboradora. Suspiro agobiada.

Vale, respira, respira... No pasa nada, solo tienes que hablar delante de la clase, no es para tanto, los conoces a todos desde hace mucho tiempo, así que no pasa nada. Va a salir bien, además lo he ensayado con Shouta un montón de veces durante las fiestas, así que no hay nada que temer. Salvo que me abucheen, que me ignoren, que nadie se presente voluntario que...

—Puedes salir Aiko —dice el tutor acercándose a mi mesa y, golpeándola un par de veces con los nudillos.

La hora de la verdad, desde ahí delante todo se ve diferente, da miedo, pero también es interesante verlos a todos desde esa nueva perspectiva. Todos me observan, bueno, todos no, Haru tiene la mirada perdida en la ventana, ya antes de Navidades empezó a estar ausente de un modo extraño, inusualmente callado y silencioso, muy raro, pues suele ser de los que siempre arman follón. Otro que tampoco parece nada interesado en lo que tengo que decir es Kenzo, aunque en su caso lo entiendo, supongo que el baile de final de curso para alguien que solo lleva unos meses entre nosotros no importa.

—Bueno pues... —empiezo, espero no tartamudear ni hablar demasiado deprisa—, empezamos el segundo trimestre y como cada año el último curso se encarga de preparar el baile, eso significa pensar un tema, la decoración... Somos tres clases y tenemos que ponernos de acuerdo entre todos. Desde el comité de fiestas...

—¿Por qué estás tú en ese comité? —pregunta Shana alzando una ceja.

—Porque nadie más quiso apuntarse —replico entornando los ojos, maldita gracia me hace a

mí estar en este comité y perder el tiempo, ni que me sobrara—. Como decía, desde el comité de fiestas queremos hacer un primer tanteo de temas sobre los que os gustaría que fuera el baile, y también quién estaría interesado en ayudar en todas las cosas que tendrán que hacerse. —Ahí es cuando todos desvían la mirada, ¡serán cabrones! Suerte que sé que a pesar de todas las pegas y lloriqueos, puedo contar con Shouta—. Voy a dejar una caja en la mesa del profesor para que vayáis aportando ideas, a final de semana nos reuniremos en el comité y decidiremos las más factibles, después terminará de elegirse por votación.

—¿Pero es obligatorio participar? —pregunta Ryu.

Anda, ya salió el gracioso de turno, el que espera que los demás trabajemos para que él solo disfrute, como me asquea la gente así, con tanta cara. Pero recuerdo el consejo de Shouta «sonríe y no mandes a nadie a la mierda» así que no me queda otra que forzarme a sonreír.

—Bueno, no es obligatorio —empiezo—, pero va a ser lo último que hagamos juntos, estaría bien que participáramos todos.

—Puede ser divertido —dice el tutor para tenderme un cable.

—Los temas pueden ser los que queramos, ¿no? —pregunta Maya.

—Claro, se aceptan todas las propuestas, después veremos cuál es la más votada.

¡Bien por mí! Estoy satisfecha de como ha ido, y al menos parecen animados con la idea, ya hablan de posibles temas y cómo se repartirían las tareas. Respiro tranquila. Me veía haciéndolo todo sola con los de las otras clases.

—Aiko, ¿comes con nosotras?

—Lo siento —me disculpo, cogiendo la bolsa donde mi madre siempre me pone la comida—. He quedado con Shouta, pero después de clase si queréis podemos ir a tomar algo.

—Genial.

La clase A se encuentra al final del pasillo, cuando voy acercándome los gritos de la gente van aumentando, es la clase más animadas de todas las de último curso, cosa que Shouta odia profundamente, estoy casi segura que, de haber podido, habría preferido estudiar a distancia, aunque sus padres jamás lo habrían permitido. Sonríe ante ese pensamiento, la verdad es que mi mejor amigo dónde más cómodo se le ve es encerrado en su habitación. Cuando estoy a punto de alcanzar la puerta una imagen me atraviesa e impacta directa a mi retina, dejándome petrificada en el acto y casi sin aliento, ¿cómo puede Ray ser tan perfecto? Suspiro sin poder evitarlo. Me quedaría horas admirándolo en todo su esplendor, como una auténtica acosadora.

—Genial, ya has llegado —dice Shouta apareciendo a mi lado, aunque no me he dado ni cuenta de cómo ha llegado, me coge del brazo y tira de mí en dirección opuesta—. Vamos venga, esto es insoportable.

—¿Qué pasa? —pregunto aun con la mirada perdida en Ray, mientras mi amigo me arrastra de manera bastante literal, para que me aleje del objeto de mi deseo y el protagonista de todos mis sueños, algunos hasta demasiado subidos de tono.

—¡Joder camina! —exclama dándome una voz enfadado.

—Jolines pero ¿qué te pasa?

—A mí nada, es el resto del mundo que da pena —se lamenta.

Está de mal humor.

—Por cierto, la exposición me ha ido bien —digo empezando a caminar de frente, pues hasta ahora lo hacía de espaldas intentado seguir viendo a Ray—. Gracias por preguntar.

—Ya sabía que lo harías bien, no me hace falta preguntártelo tonta. —Shouta mira alrededor y lanza un gruñido al aire—. ¿Podemos salir del insti?

—Caro... ¿ha pasado algo?

—Estoy del gilipollas de Ray hasta las mismísimas... —Me mira y suspira haciendo movimientos de negación con la cabeza—. Nada. No es nada.

Ray es un tema tabú entre nosotros, creo que el único. Shouta sigue caminando a una velocidad anormalmente rápida, tanto que me cuesta trabajo seguirle. Sale de instituto y empieza a descender por la avenida, no sé dónde pretende ir, aunque como se aleje mucho no nos dará tiempo de comer. Intento seguir su paso, sin embargo sus piernas son casi el doble de largas que las mías, la verdad es que me saca más de una cabeza, ahora que me fijo realmente es muy alto... Me quedo sin aliento intentando ponerme a su lado para no caminar tras él, joder, necesito que afloje el ritmo.

—¡Te quiero! —grito de pronto haciendo que la gente a nuestro alrededor se detenga a mirarnos. Shouta frena en seco y se gira para mirarme, su cara es un poema.

—¿Pero qué coño dices? —inquire molesto, lo sé por la arruga de su frente y ese imperceptible movimiento en sus hombros.

—Sorprenderte haciendo lo contrario de lo que esperabas —estallo en una carcajada—. Tendrías que haberte visto la cara. Al menos has parado —digo alegre.

—Aiko, eres idiota —suelta sin más.

—Ehhh sin faltar —refunfuño. ¡Joder! Shouta está verdaderamente de muy mal humor y no sé por qué—. ¿Te has enfadado conmigo?

—No —niega, acompañándolo de un gesto de su cabeza.

—Haré como que te creo.

Me esconde algo, lo sé, lo conozco, son muchos años. Por eso sé que es mejor no decirle nada más. Nos sentamos en un banco de la avenida y empezamos a comer. Pronto Shouta saca los auriculares y me alcanza uno, por suerte tenemos gustos parecidos en música. Y así nos quedamos, comiendo en silencio, escuchando música, la verdad es que no echo de menos nada, estar así también es agradable.

—Shouta, ¿qué pasará el año que viene cuando ya no estemos juntos?

No dice nada, solo alarga el brazo para pasármelo sobre los hombros, me acerca a él hasta que mi cabeza reposa sobre su hombro y me embarga esa sensación de calidez como siempre que estamos así. No quiero que llegue el año que viene, no quiero que nada cambie entre nosotros, no quiero que desaparezca de mi vida nunca.

Haru

No sé cómo acercarme a él, tampoco entiendo porqué me resulta tan necesario darle una explicación. No es mi amigo. No lo conozco de nada. No significa una mierda para mí. Me ha prejuizado y me ha culpado por algo que yo no he hecho, ha actuado conmigo como lo hace el resto, dando por sentado que lo peor siempre es la versión correcta. Aun así, algo me empuja a seguir intentándolo, porque cuando pienso en dejarlo estar, sus ojos vuelven a mí, así como su expresión tan triste y desolada. Vuelvo a verlo llorar y mi corazón se encoje como una jodida pasa.

Me siento un completo imbécil, pero ahí estoy de nuevo, esperando verle llegar.

Han pasado todas las vacaciones de Navidad desde el puñetero incidente, y en ese tiempo han cambiado muchas cosas, por ejemplo hace mucho frío y ha llovido casi todos los días, un hecho nada reseñable para lo que me atañe, pero bueno... Los otros cambios son más imperceptibles, a nivel interno, siento que ya no soy el mismo, aunque lo que es peor es que ya no quiero serlo.

—¡Eh! Haru, ¿qué pasa tío?

Mierda, Ray y los chicos. Resoplo hastiado, no lo puedo evitar, ¿qué me está pasando? Todo era más fácil antes. Desearía poder volver a ese momento de mi vida en que arrugué la hoja de papel de mi destino y, lo lancé marcándome tres puntos en una basura llena de mierda.

—Estás gilipollas tío —dice Ray sin quitarme la mirada de encima.

—Haru está enamorado —ríe Yuto, saltándome sobre la espalda y haciéndome tambalear—. Cómo se llama la morena esa... ¿Shana?

—¿Quién? —pregunto.

—¡Joder! ¡Imposible no fijarse en ella! Aunque solo sea por la delantera que gasta... podrías ahogarte entre sus tetas.

—Muy gráfico —digo, empezando a seguirles a desgana en dirección al instituto, sin embargo necesito quitármelos de encima y, tengo que hacerlo cuanto antes—. Mierda, lo había olvidado, tengo que hablar con... —Miro a mi alrededor un segundo hasta localizar una cara conocida—. ¡Shouta! Id tirando.

—¿El friki? —pregunta Ray, pero ya voy camino en dirección contraria a la que llevan ellos.

Shouta siempre me ha parecido un tipo interesante, muy fuerte, no esa fortaleza que dan los puños y las peleas, sino de la de verdad. Es diferente y no lo esconde, no se avergüenza, no hace nada, no pretende cambiar por intentar encajar con el mundo. Es como es y el resto se la trae floja. Ese tipo de fortaleza. Yo pego fuerte, aunque en el fondo soy un cobarde.

—¡Eh! —llamo su atención saludándolo con la mano—. Sígueme el rollo, ¿vale? —le susurro.

—A ti no te seguiría ni en el Mario Car —suelta, y sigue caminando, dejándome con cara de gilipollas y ganas de golpearlo por imbécil. Pero no lo voy a hacer. Estoy intentando cambiar, aunque el mundo no me lo ponga fácil.

—Detente un momento, ¡joder! —gruño cogiéndolo del brazo para que se quede quieto donde está—. Habla conmigo.

—¿Te has metido algo? —pregunta.

—No, solo necesito... —Miro a mi espalda, Ray y el resto ha reemprendido el camino al instituto—. Ya está, se han ido. Gracias por nada.

Shouta me mira con cara de incredulidad y con cierto gesto de asco. No le caigo bien, lo sé, nunca se ha molestado en esconderlo y eso me hace respetarlo.

—¿Pasa algo? —pregunta Aiko apareciendo en ese momento.

—Nada —responde Shouta, tomándola de la mano y llevándosela casi a rastras, supongo que el hecho de no caerle bien hace que prefiera que no me acerque a su amiga.

Orbito sobre mí mismo intentando localizar a esa alma en pena que camina con la cabeza agachada y arrastrando los pies, miro el reloj de la pantalla de mi móvil, solo faltan cinco minutos para que empiecen las clases, no puedo llegar tarde, ¿y si Kenzo ya está en el instituto? Cuando estoy a punto de emprender el camino de nuevo lo veo aparecer por el final de la avenida. Lo reconozco por la forma que tiene de moverse, pues la capucha de su anorak lo cubre casi por entero. No me lo planteo, ni tengo ningún plan tramado ni tampoco sé muy bien qué es lo que le quiero decir, sin embargo me apresuro a acercarme a él antes de que sea tarde y la campana empiece a sonar. Cuando me ve acelera el paso. No me ha dado ni una puta oportunidad para hablar con él, y yo como un gilipollas sigo insistiendo ¿por qué? Ni yo lo sé, pero se me están hinchando las pelotas. Ha tenido todas las vacaciones para que se le pase el puñetero cabreo.

—Tenemos que hablar —le digo al ponerme a su altura y, acoplarme a la velocidad de su marcha.

—No tengo nada que decirte y no quiero escuchar nada de lo que me digas —suelta de carrerilla.

Es un auténtico gilipollas, tengo ganas de cogerlo del cuello y estrellar mi puño contra su cara, me tiene danzando a su son como si yo fuese un maldito pelele.

—Joder, tienes muchos cojones para enfrentarte a mí y después te dejas pisotear por cualquiera, no es justo.

—Lo que no es justo es que... —empieza, pero se calla de pronto.

—¿Qué? —le reto—. No venga, tipo raro. —Lo freno cogiéndolo de la chaqueta y lo zarandeo un poco, esperando que de ese modo hable.

—Nada —responde, volviéndose a dejar envolver por su habitual cobardía y retomando el camino al instituto.

No me lo puedo creer, esto es absurdo. Lo suelto de pronto, consciente de que perder los nervios no va a funcionar.

—A la hora de comer, en la azotea. Te esperaré —le digo, antes de apretar el paso y perderlo.

Cuando terminan las clases, no me detengo mucho a pensarlo. Cuando suena la campana alzo la vista para mirarlo, sin embargo él, al igual que siempre ha hecho desde que llegó, me ignora por completo. Salgo de la clase y me dirijo al tramo de escalera que da a la terraza exterior, dónde lo vi llorando aquella vez. Solo pensar eso me acelero.

—Su puta madre, ¡qué frío! —exclamo al salir a fuera.

Soy un poco idiota y con las prisas me he dejado la chaqueta en la clase. No importa. Camino hasta detrás de uno de los muros y me siento allí para fumarme un cigarrillo de los legales, básicamente es para lo que sirven esos lugares «prohibidos» en el instituto, para fumar o para meterle mano a alguna de las chicas, a veces las dos cosas sin orden específico. Miro la pantalla del móvil, está tardando, pero no importa.

Hoy mi hermana tenía revisión por el embarazo, así que me entretengo en leer los mensajes que me ha mandado y mirar la foto de esa ecografía, que dónde ella ve algo «mono» yo veo un manchurrón deforme sin mucho sentido. Voy a ser un tío horrible, un mal ejemplo a seguir lo estoy viendo. Estas navidades han sido extrañas, sin embargo a pesar de la adversidad hemos conseguido celebrarlas, aunque solo haya sido entre ella y yo en una hamburguesería de mierda. Cuando cumpla la mayoría de edad voy a sacarla de esa casa. Es algo que decidí hace ya tiempo. Solo necesito juntar algo más de dinero y podremos alquilarnos algo.

Suelto el aire del pitillo y observo como el humo se va disipando por encima de mi cabeza, cuando la primera gota de lluvia cae justo sobre mi mejilla izquierda. La segunda no se hace esperar, y tras esas, un sinfín más. De pronto el cielo, que no estaba tan oscuro cuando he salido, se parte en dos por la luz mortecina de un rayo, al que le sigue el estruendo de un trueno que hace que me quede casi sordo. Lo que me faltaba para terminar de redondear el día. Me levanto con lentitud, de nuevo observo el reloj, han pasado casi veinte minutos y no hay rastro de Kenzo. A estas alturas supongo que, si fuera a venir, ya lo habría hecho. Suspiro cansado, dejo caer el cigarrillo de entre mis labios y lo piso con la punta de la deportiva al pasar. Llevo el pelo totalmente mojado y pegado a la cara, toda la ropa empapada, y me ha empezado a calar el agua en los zapatos. Cuando abro la puerta metálica para volver a entrar al rellano donde están las escaleras es cuando me doy cuenta. Soy un imbécil pasado por agua. No tengo remedio.

Al entrar en el aula todos me miran, me dan un repaso de arriba abajo, desde el pelo mojado al rastro de agua que dejo al caminar. Y por primera vez en toda la semana Kenzo levanta la cabeza y nuestros ojos se cruzan, y tiene que ser precisamente en ese momento, que lo único que siento es hostilidad hacia todo el mundo, pero en especial hacia él.

—¿Se puede saber que diablos estás haciendo Haru?! —La voz de nuestro tutor llega desde la puerta observándome con incredulidad.

Encima no he comido nada.

—Me he salpicado un poco —bromeo sin ganas.

—Joder —gruñe el pobre hombre hastiado, me consta que lo tengo hasta las narices, y no llevamos ni cuatro meses de clase—. ¿Tienes ropa de repuesto? —pregunta al acercarse a mi.

—No.

—¿Nadie tiene ropa para prestarle? —pregunta el hombre mirando alrededor—. ¡Maldita sea! —Me mira entornando los ojos, creo que está sopesando qué demonios hacer conmigo—. Vete a casa —dice al fin con un soplo.

No dejo que me lo repita dos veces, la verdad es que prefiero estar en cualquier sitio menos allí. Así que no necesito que me insista para obedecerle. Cojo la chaqueta que cuelgo sobre un hombro y tomo la mochila casi al vuelo para precipitarme hacia fuera de la clase.

—Lo siento —dice Kenzo cuando paso por detrás de su mesa.

—Vete a la mierda —gruño, sin poder ni querer evitarle el tono de enfado.

Si decide saltar a la azotea espero que lo haga pronto, y así me olvido ya de este maldito tema.

Kenzo

Soy gilipollas. Es lo primero que pienso cuando veo a Haru aparecer por la puerta totalmente empapado por la lluvia, su pelo cae lacio hasta cubrirle la nuca y el flequillo llega casi a taparle los ojos, esos ojos que por primera vez en toda esta semana no me buscan. Cuando el profesor le dice que puede irse a casa, él obedece sin pensar, lo veo recoger sus cosas y cómo se apresura a abandonar el aula. Quiero disculparme, pero me queda claro que un simple «lo siento» ya no va a bastar.

La siguiente hora la paso en blanco. No he logrado escuchar ni una sola palabra de lo que ha dicho el profesor. En mi mente solo está Haru, y la sensación de que no podría haberme equivocado más con él. No sé cómo podré disculparme, merecería que no me diera ni la oportunidad de hacerlo y cuando pienso eso, siento una fuerte presión en el pecho y muchas ganas de gritar.

Cuando llego a clase al día siguiente, lo hago bastante antes de que suene la campana con la esperanza de poder hablar con él antes de que lleguen los demás. Pero poco a poco el aula se va llenando y no hay rastro de Haru. Tampoco a segunda hora. No ha aparecido por el instituto y no

tengo a quien preguntarle el por qué y, la sensación de desesperación en mi interior crece a cada hora que pasa.

Esa noche me cuesta dormir, doy vueltas y vueltas sobre la cama, empiezo a estar desesperado, ¿dónde han quedado las noches dormidas del tirón, la sensación de descanso y bienestar? Me levanto cansado, sin energía y menos ganas que el día anterior de continuar con todo esto. Pero cuando llego a clase, justo cuando el timbre empieza a sonar, si quedaba algún resquicio en alguna parte oculta de mi cuerpo de esperanza, se evapora al instante al ver que Haru no está. La hora de la comida acostumbra a ser el peor de los momentos para alguien como yo, pues es cuando más cuenta me doy que estoy solo, sin nadie con quién hablar. Sin embargo, hoy siento una fuerte determinación, y tengo que aprovecharla, pues es como un cometa, nunca se sabe cuando volverá a aparecer. Me levanto decidido, sin embargo cuando doy un par de pasos hacia Ryu, uno de los amigos de Haru, se gira y pasa frente a mi golpeándome y haciendo que lo que llevo entre las manos caiga al suelo, no se detiene más tiempo que el de dedicarme una sonrisa burlona y de suficiencia, que me dice que así es como debe ser, él de pie y yo arrodillado a sus pies. Aprieto con fuerza los puños y me obligo a respirar con normalidad, intentando que no me traicionen los nervios. Veo como Ryu desaparece envuelto en una carcajada. No importa, ya estoy acostumbrado y ya apenas me duele.

—¡Espera! —exclamo, con un tono un poco más fuerte de lo que pretendía y puede que demasiada urgencia en la voz.

—Esto... ah... Dime —Aiko parece sorprendida de que me haya dirigido a ella, puede que sea toda una novedad que el nuevo sepa hablar.

—Lo siento —me disculpo por molestarla—. ¿Sabes dónde vive Haru?

—¿Haru? —pregunta extrañada mirándome de hito en hito—. Tipo alto, pelo castaño, ojos más fríos que el mismísimo polo norte...

Quiero rebatir lo de sus ojos, pero no digo nada, solo asiento con la cabeza.

—Sí —afirmo, por si no lo tiene claro.

—Haru, el tipo que boicotea las clases y está al borde de la expulsión...

Aiko sigue enumerando las incontables faltas de Haru, pero en el tiempo que le conozco, no he visto nada de eso en él, por lo que tampoco digo nada.

—Sí —vuelvo a afirmar—, Haru.

—¿Puedo preguntar por qué quieres saberlo? —inquieta curiosa.

—Puedes.

Silencio.

—Ah vale... entiendo... tengo un máster en tipos raros —dice Aiko, consciente que podría preguntarme, pero que yo no iba a responder.

—Te lo apunto en un papel —dice al fin, girándose hacia su mesa para arrancar una hoja de su libreta de unicornios.

—Gracias. —Y sin más me voy dejándola confundida, o esa es la sensación que me ha dado.

Dos días sin aparecer por el instituto, me pregunto si tendrá algo que ver con lo que ha pasado o si... o puede que... pero... ¡Mierda! No estoy acostumbrado a pensar en nada que no sea mis propios problemas, estoy desentrenado en interesarme por los de los demás. Creo que a eso lo llamaban empatía. ¿Y si su familia no sabe que está faltando al instituto? ¿Y si no está en casa? ¿Y si...? La cabeza va a estallarme.

El barrio donde vive la familia de Haru no se encuentra lejos del instituto, es un edificio de cinco plantas, y parece que de pocos vecinos en cada rellano. Da la sensación de que hace mucho que fue construido y que pocas remodelaciones se hayan hecho en los últimos años, no se ve muy

mal, pero sí da la sensación de ser algo viejo y destartado. Bonito no es. Miro el papel que me ha dado Aiko y me dirijo a la entrada principal del edificio, una vez allí es cuando más tengo que echar mano del valor y voluntad, pues mi cabeza me dice que cometo un error, uno de esos de los que más tarde me arrepentiré. Mi instinto de supervivencia me insta a echar a correr en dirección contraria sin mirar atrás, sin embargo me obligo a no hacerlo, me exijo respirar y aparentar normalidad, controlar esa ansiedad que está a punto de hacerme estallar. Puede que de manera literal.

Alzo la mano, alargo el dedo y presiono el botón. Algo tan absurdo como eso requiere un tremendo valor.

—¿Sí? —responde una voz de mujer por el interfono.

—Eso... hola, estoy buscando a Haru —tartamudeo.

No dice nada más, silencio, hasta que el sonido de la puerta abrirse me indica que puedo pasar. Joder, todo mi cuerpo tiembla de los nervios, y a pesar del frío, he empezado a sudar. Tengo que obligar a mis pies a moverse, pues por sí solos han decidido dejar de caminar, siempre han sido muy oportunos.

—Hola —saludo a una chica cuando abre la puerta del piso al que me dirijo—. Soy Kenzo, un compañero de clase de Haru... —Dudo... No quiero meter a Haru en un problema.

—Vaya, pensaba que conocía a todos los amigos de mi hermano, pasa... —dice haciéndose a un lado.

El parecido entre ambos es innegable, mismo color de pelo, tono de piel... y los ojos, no puedo evitar quedarme mirándola a los ojos, hasta que me obligo a bajar la cabeza, no quiero parecer un bicho raro.

—Siento mucho molestar, pero...

—Sabes, no das la sensación de ser uno de los amigos de Haru —apunta entrecerrando los ojos—, pareces una persona y no un animal sin modales.

Estoy a punto de estallar en una carcajada frente a tal comentario, a duras penas me puedo contener, puede que también sea por los nervios. Me da la sensación que esa chica y yo nos llevaríamos bien si piensa eso de Ray y los suyos.

—¡Maiko! ¿Quién es? —La voz de Haru llega muy amortiguada desde el final de un pasillo.

—La última puerta a la derecha —me indica ella sonriendo.

Camino hacia la puerta indicada, deteniéndome justo en frente al llegar, necesito de unos pocos segundos para reunir el valor de golpearla con los nudillos un par de veces antes de abrirla.

—Soy Kenzo —anuncio, y me preparo para cualquier maldición que Haru me quiera lanzar, incluso si es algo físico lo que hace volar en mi dirección, pero no ocurre nada. La habitación está a oscuras y no puedo ver con claridad, pero creo que hay algo en la cama, y un estornudo así me lo confirma—. ¿Estás enfermo? —pregunto.

—¿Tú qué crees? —gruñe desde debajo de las sábanas—. ¿Por qué pensabas que no había ido a clase estos días?

¿Detenido? ¿Fugado? ¿Haciendo algún encargo para la mafia?...

—No lo sé —respondo, adentrándome un par de pasos dejando la puerta abierta tras de mí, para que entre un poco de luz en la habitación.

—¿Qué quieres?, no espera ¿cómo has sabido dónde vivo? —pregunta intentando incorporarse.

—Le pregunté a Aiko tu dirección —confieso, y rápidamente rebusco dentro de mi mochila para extraer unas cuantas fotocopias—. Te he traído los apuntes de estos días. —Maldita sea, como excusa es patética, pero ha sido lo único que se me ha ocurrido.

—¿Has venido a traerme los apuntes? —Su pregunta sale acompañada de un par de estornudos.

—¿Ya los tienes? —Debí suponer que Ryu se los llevaría.

—No, no los tengo.

Haru termina de incorporarse y entonces es cuando puedo verlo. Ojos llorosos y enrojecidos, nariz escamada de tanto sonarse, ojeras, palidez extrema, despeinado... No puedo evitar estallar en una carcajada, una demasiado fuerte hasta para intentar disculparla.

—Perdona —digo entre risas—. Joder, que mala cara tienes.

—¿En serio? —pregunta ofendido—. ¿No te ríes nunca de nada y esto te hace gracia? —El tono de su voz es cercano a la indignación.

—Lo sé, no es de ser buena persona —me disculpo, haciendo un grandísimo esfuerzo por intentar dejar de reír.

—Vete a la mierda tipo raro —dice terminando de sentarse sobre el colchón y accionando la luz—. A ver, trae estos apuntes —añade alargando la mano.

Ahora con la luz encendida puedo verlo un poco mejor, y a su habitación, pequeña y desordenada. Llena de posters muy gráficos de violencia y sexo, así como de cosas ilegales. Hay ropa sucia en el suelo y una colección de pañuelos sobre el colchón y el suelo. Haru lleva un pijama desgastado de color azul y verdaderamente tiene muy mala cara. Pasa las hojas hasta que chasquea la lengua dejándolas a un lado antes de mirarme de una manera indescriptible.

—Joder, al ser gay deberías tener buena letra, ¿no?

Sus comentarios siempre me ganan por K.O. Técnico. Creo que en mi cara se refleja la perplejidad ante ese ¿tópico? No, no creo ni que sea un tópico, es un absurdo *by* Haru.

—¿Sí? ¿Eso dónde lo dice? —exclamo alucinado.

—¿No tenéis un manual o algo? —bromea, pero un inoportuno ataque de estornudos lo interrumpe, meto la mano en el bolsillo y le alargo un paquete de pañuelos.

—Lo siento, siento haberme portado así contigo... —empiezo, pero no sé como continuar, puede que sea porque me está mirando fijamente con esos ojos tan verdes.

—Me cabrea, aunque lo entiendo —dice dejando los pañuelos a un lado—. No sé que movidas tienes, pero nosotros no te lo hemos puesto fácil... Lo siento, estoy intentando cambiar —comenta y, no sé porqué cojones eso me conmueve.

—¿Por qué? —Mi pregunta sale casi sin darme cuenta, y me arrepiento de haberla formulado de inmediato.

—No quiero ser la clase de tío que he sido hasta ahora —responde Haru con una mueca, y sin añadir nada más.

Me gustaría preguntarle que clase de tío ha sido, aunque creo que conozco la respuesta, también me gustaría saber que clase de persona pretende ser ahora, aunque creo que nuestro grado de intimidad aún no me permite formularle tal cuestión, además, no sé muy bien por qué, pero creo que prefiero ir descubriéndolo poco a poco. Tenemos mucho que compartir.

—Yo tampoco quiero ser como he sido hasta ahora —digo.

Estoy harto de dejarme pisar, de llorar, de esconderme, de temer por todo, estoy harto de que mi vida sea una mierda. Si él está intentando cambiar, puede que yo deba hacerlo también.

—¿Amigos? —pregunta entonces Haru, alargando la mano en mi dirección—. No tengo mocos, si es lo que te preocupa —dice al ver la duda reflejada en mi rostro, porque estoy seguro que puede ver que estoy dudando.

¿Amigos? Hace mucho que no gasto de eso. Soñar con la amistad es abrir la puerta a que te traicionen, eso lo he aprendido a base de muchos palos, tantos que tengo una profunda cicatriz que

no se ve en mi piel pero sí en mi corazón. Sin embargo, puede que una decepción más no importe, no me va a matar o sí, aunque tampoco sería tan malo. Alargo la mano y la encajo con la de Haru. Amigos. Sin duda una extraña y curiosa amistad, empezada en el peor momento de mi vida. Puede que también de la suya, no obstante de nuevo no me atrevo a preguntar.

—Amigos —susurro.

Haru

Tres días en casa son el sueño de cualquier estudiante, a no ser que tengas un resfriado de tres pares de cojones por haber estado bajo la lluvia. Entonces ese merecido respiro de las obligaciones diarias se vuelve un tormento, sobre todo añadiendo el mal ambiente que hay en mi hogar. Lo único positivo es que pude solucionar las cosas con Kenzo, y no sé por qué eso es tan importante para mí, puede que él sea la clave de todo, es «mi buena acción», el tipo de camino que quiero comenzar a seguir. Dicho así es como si me estuviera aprovechando de él, un burdo intento de lavar mi conciencia haciendo un acto de caridad con ese pobre chico acosado. Sí, cuando lo pienso de ese modo aún parezco peor persona, pero en el fondo, hay algo en Kenzo que hace que parezca especial, puede que sea el modo tan absurdo de enfrentarse a su dolor, o la facilidad que tiene por mostrar sus emociones, no lo sé ¡qué mierda voy a saber yo! Lo único que tengo claro es que por algún tipo de motivo que escapa de mi comprensión, quiero ser su amigo y ayudarlo a superar lo que sea que le ha hundido tanto, eso me hace ser un poco mejor, ¿no?

He roto tantas cosas a lo largo de mi vida que al menos quiero arreglar algo por una vez, o puede que simplemente necesite rodearme de alguien más miserable que yo para sentirme un poco más feliz. Y eso vuelve a dejarme en la posición de ser un tipo de mierda. Estoy hecho un putito lío.

—Tienes mala cara —dice una voz a mi espalda.

—Siempre ha sido bastante feo.

Ryu aparece por mi derecha mientras Ray me flanquea por la izquierda, parece una emboscada, y puede que lo sea. Me pongo en alerta, casi sin ser consciente de ello me tenso por entero y aprieto los puños, son mis amigos, los conozco de hace unos cuantos años, y sé que puedo temerme lo peor.

—¿Has estado enfermo? —pregunta Ray.

—Resfriado —confirmo.

—Interesante —murmura mi amigo—. Tres días en casa, debe haber sido muy aburrido.

—Un poco... —tanteo, pero la paciencia nunca ha sido uno de mis fuertes—. ¿Intentas llegar a algún lado con esto? —inquiero, me gustan las cosas claras, andarse con rodeos es una pérdida de tiempo.

—Alguien vio al nuevo entrando en tu edificio —dice Ryu.

—¿Kenzo? Sí, me trajo los apuntes —comento con indiferencia.

—No me gusta —escupe Ray y, no puede evitar que toda su cara esboce un gesto de repulsa.

—¿No te gusta él o que me traiga los apuntes?

—Nos fallaste el viernes, eso es lo que no me gusta —gruñe Ray, alargando la mano y cogiéndome por la solapa de la cazadora en un claro intento de intimidación.

—Ya te he dicho que estaba enfermo —replico con voz neutra, sin mostrar ningún cambio, ni en el gesto ni en el tono.

—No intentes joderme Haru —susurra en mi oído—. A mí no intentes jugármela.

Cuando me suelta, lo hace de manera ruda, empujándome hacia atrás y haciendo que me tambalee un poco aunque sin llegar a caerme. Después, todos se giran y empiezan a caminar dejándome atrás. Nadie dijo que fuera a ser fácil, dicen que de «la familia» solo se sale con los pies por delante, y aunque obviamente es una licencia poética, sé que las cosas van a ser complicadas, puede que más de lo que imaginaba.

Tengo que jugar bien mis cartas, no quiero meterme en una batalla con Ray, ni arrastrar a

Kenzo más hondo de lo que ya está, pues hundirme, me voy a hundir. Nunca he sido capaz de nadar a contracorriente.

Tengo que pegarme una buena carrera por los pasillos para lograr entrar en el aula antes de que suene el último timbre, y lo consigo, no obstante eso me cuesta un estruendoso ataque de tos que hace que todos los compañeros de clase se giren y me observen entrar. Nunca he tenido problemas en que me miraran, de hecho según mis profesores, mi comportamiento siempre ha sido el típico para llamar la atención, sin embargo, ahora me molesta que no me quiten los ojos de encima.

—Buenos días —digo al pasar tras el asiento de Kenzo, pero él no dice nada.

Las horas pasan lentas en este infierno en el que alguien decidió meternos a todos, el precio a pagar para poder ser un adulto de provecho, alguien útil para la sociedad, cuando está claro que la sociedad se ha vuelto inútil en sí misma y lo único que impera es la ley del más fuerte, entendiendo por fortaleza el tener dinero. Cuando llega la hora de comer, a pesar del frío, y a pesar de que aún no estoy recuperado del todo, cojo mis cosas y salgo del aula en dirección a la azotea, sin embargo cuando estoy a punto de alcanzar el tramo de escaleras que dirige a esa terraza en concreto, soy interceptado por Yuto.

—¿Dónde vas? —pregunta cogiéndome de la manga de la chaqueta.

—A comer —le informo de lo que para mí es una evidencia.

—Vamos a la cafetería —dice tirando de mí.

—Quiero fumar.

—Vamos después —añade paciente.

—Es que tengo mono, quiero fumar ahora —apunto.

—No te entretendremos más de veinte minutos, Ray nos espera. —Aunque su tono y expresión son neutras y visto desde fuera casi amistosas, el ligero temblor de su mano y el brillo de sus ojos me hace tomar esa invitación como una amenaza.

—Vamos —respondo, empezando a caminar en dirección a la cafetería.

Las malas decisiones de la vida siempre vuelven. Y yo estoy prisionero en mis pésimas elecciones o puede que por mi carácter de mierda, que nunca he consentido que nadie se riera de mí, mi forma de solucionarlo todo siempre ha sido peleando. Cuando entré en el instituto hice lo lógico, busqué al más fuerte, pensé que sería divertido, y ahora me entristece decir que durante un tiempo lo fue, sin embargo todo cambió este verano, tras mi segunda detención. Esa mañana, después de que mi madre me dejara toda la noche en comisaría a modo de «lección», fue cuando me di cuenta de que algo andaba mal si ni mi propia madre venía en mi ayuda. Al llegar a casa me esperaba otra amarga noticia. A la desgracia de tener un hijo delincuente, un bala perdida, un cabeza hueca que solo sabe de meterse en follones, a mis padres se les vino encima el embarazo de Maiko con tan solo veinte años. Demasiadas emociones para un piso tan pequeño, puede que por eso mi padre se largara y mi madre solo se dirija a mí para recordarme todos los fracasos de mi vida, que no son pocos, de hecho, para tener solo diecisiete años son demasiados.

—¡Vuelve el hijo pródigo! —exclama Ray al verme entrar, y el chico que está a su derecha se aparta para abrirme un hueco. Su mano derecha, algo así como el arma ejecutora, el gilipollas que va por delante sin pensárselo dos veces, porque hubo un tiempo, que consideré que eso era la amistad—. ¿Recuperado? —pregunta cuando tomo asiento.

—Bastante —respondo sin demasiado entusiasmo.

—Eso es bueno, te necesitamos este fin de semana.

No sé cómo hacerlo, no tengo ni idea de cómo decir que no, que por más que me necesiten yo ya no puedo más, no más peleas, no más extorsiones, no más violencia... Todo eso se acabó. Solo

quiero ser una buena persona, alguien en quien Maiko pueda confiar, un ejemplo a seguir para el hijo que ella espera. Quiero terminar el instituto, encontrar un trabajo y ayudarla, quiero que mi madre no vuelva a mirarme con el desprecio que me miró ese día, y cada día después de ese y, que no se avergüence de la clase de hijo que ha criado, a pesar de ser una madre de mierda.

Cuando vuelvo a centrar la atención en todos los que me rodean, están ya hablando de los planes para el viernes, y eso que solo estamos a lunes y mi mente sigue en blanco, solo sé qué no quiero hacerlo, pero no sé cómo salir de esta, es como una puta arena movediza y temo que cuando más me mueva, más voy a hundirme. Termino de comer en relativo silencio, solo roto por un par de aportaciones, porque a pesar de que ya no quiero formar parte de eso, y que creo que los allí sentados no tienen ni puta idea de cuál es el verdadero significado de la palabra amistad, no puedo dejar que hagan algo tan estúpido como ir de frente sin tener, al menos, un plan de huida. Cuando regreso al aula lo primero que hago es buscar a Kenzo que, como era de esperar, sigue sentado en su mesa totalmente solo.

—Lo siento —digo al acercarme.

—No pasa nada. —En su rostro se intuye una pequeña sonrisa, tan solo dura un segundo y de hecho no sé si solo la he imaginado.

Estoy a punto de añadir algo más, pero de pronto una maldición dicha por una aflautada voz hace que me gire hacia la zona de la pizarra, Aiko parece molesta por algo y lo ha hecho saber con un gruñido seguido de un par de tacos poco malsonantes. Alguien debería enseñarle algunas palabrotas a esa chica.

—¿En serio? —sigue lamentando—. ¿Estas son las aportaciones de la clase B? —pregunta alzando los tres papeles que ha sacado de la caja de sugerencias.

—¿Qué quieres? —empieza a decir una chica—. Si es que es un marrón, nadie quiere perder su tiempo libre en preparar el baile.

—¡No te jode! Pero bien que queréis que haya un baile ¿no? Estoy flipando —exclama Aiko fuera de sí—. Panda de egoístas de mierda —murmura—. En serio, ¿nadie piensa echar una mano? —inquieta mirando a todos—. ¿Sora? ¿Yuki? En serio, ¿nadie?

—¡Yo! —exclamo desde el fondo alzando la mano, todos se giran a mirarme—. Yo me apunto y Kenzo también —añado.

—¿Qué? —susurra el aludido, alzando la mirada y clavándola en mí como si pretendiera matarme—. No, no, yo no...

—Sí, sí, tú sí —le digo en el mismo tono de voz casi inaudible.

—¿En serio? —cuestiona Aiko sorprendida.

—Sí, apúntanos a la mierda esa —confirmo con una sonrisa de oreja a oreja.

Parece dudar, pero finalmente escribe algo en un papel, supongo que nuestros nombres, repasa con la mirada el resto de compañeros, pero todos miran hacia otro lado, finalmente Aiko lanza un suspiro al aire y se marcha con la hoja entre las manos. Estoy seguro que no era lo que se esperaba, puede que incluso en el fondo, hubiera preferido tener que hacer todo el trabajo sola. Sin embargo, a mí esto me viene de cojones para poder tener una excusa con Ray y los chicos, además de suavizar un poco el ambiente con los profesores.

Aiko

El camino de vuelta a casa es silencioso y algo turbador, por ser amable y no decir mucho, como si de pronto Shouta fuese a saltarme encima en plan *psiko killer*. Lo miro de reojo, mantiene la vista fija enfrente sin siquiera pestañear, camina algo más rápido de lo normal y me cuesta seguirle el paso. Eso de que no pestañee es raro. No le ha gustado la idea de que los que se hayan presentado de la clase B para ayudar en el baile sean Haru y «el nuevo». No creo que mi mejor amigo tenga problemas con Kenzo, y nunca he entendido muy bien ese odio visceral que tiene hacia Ray, Haru y todos los demás. Que sí, reconozco que pueden llegar a ser molestos y a veces su actitud nos ha perjudicado a todos, pero lo de Shouta parece algo más profundo, mucho más arraigado y visceral.

—¡Cuidado! —exclama Shouta tirando de mí, he estado a punto de cruzar con el semáforo en rojo—. ¿Estás tonta o qué? —me regaña.

—Lo siento —me disculpo haciendo un puchero.

—No lo sientas y mira por dónde vas —añade molesto.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa? —pregunto ya cansada de la situación.

—¿A mí? Nada.

Lleva todo el curso muy raro, demasiado. Pero no digo nada, ya me lo contará cuando quiera, siempre nos lo hemos contado todo, no hay secretos entre nosotros, solo tengo que darle tiempo, a veces es cuestión de esperar. Sonrío, con Shouta siempre es todo muy fácil, él lo simplifica todo, ¿quieres reír? Ríe. ¿Necesitas llorar? Lloro. En ese sentido mi amigo siempre ha sido muy básico, a pesar de ser el tío más complicado y hermético que conozco. La verdad es que ahora está extraño de un modo diferente, sé que no tiene problemas en casa, en los estudios va más que sobrado, no se ha peleado con sus amigos porque yo soy la única que tiene... así que... todo se reduce a...

—¿Te gusta alguien? —inquiero de pronto, tiene que ser eso, es la opción más lógica.

—Pero ¡¿qué dices?! —exclama con mala cara.

—Estás raro, así que tiene que ser eso —le digo—, va ¡dime su nombre!

Puede que tenga un amor no correspondido y por eso parezca tan cabizbajo y esté tan irascible con todo. Dicen que el amor hace flotar, pero Shouta es un *friki*, puede que estar enamorado le ocasione lo contrario, quien sabe. Detiene el paso de pronto y se gira para quedar frente a mí, mirándome a los ojos, parece más serio de lo normal, cosa que hace que un escalofrío recorra todo mi espinazo de arriba abajo.

—Aiko...

—¿Qué? —pregunto extrañada.

—Aiko —repite con el semblante más serio aún.

—¡Eeehhhhhhhh! —Un grito nos sorprende a ambos por la espalda—. ¡Aiko! Qué bien que te encuentro —dice Mei al alcanzarme—. Joder me han ido genial, tienes unos apuntes super organizados, te debo una.

—Tranquila, no hay de qué —respondo cogiendo la carpeta antes que desaparezca. Entonces vuelvo a enfrentarme a la confusa mirada de Shouta, que ya se ha puesto a caminar de nuevo, dejándome atrás.

—¡Espera! —le grito corriendo—. Jolines —me quejo—, ¿qué ibas a decirme antes?

—Nada.

—Pero has dicho mi nombre...

—No era nada ¡joder! —exclama nervioso.

—Estás rojo —digo al mirarlo con atención—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Genial. —balbucea—. Vamos.

—¡Espera! —insisto, viendo que empieza a caminar de nuevo sin mí.

Lo miro con suspicacia, creo que está acalorado, a pesar del frío que hace, camina rápido y se ha puesto tan nervioso que todo su cuerpo tiembla, y entonces ato cabos, ¡claro! ¿Cómo no he sabido verlo antes? Qué boba soy, a Shouta le gusta Mei. Sonrío contenta, la verdad es que me daba mucho miedo que Shouta se enamorara de alguien, porque soy egoísta con él y me gusta nuestra relación demasiado como para que una tercera persona se entrometa, pero Mei es muy buena chica, es simpática y muy agradable, creo que es una buena elección, pienso satisfecha. Sí, me gusta como novia para Shouta.

—¿Quieres venir a merendar? —le ofrezco cuando llegamos al portal.

—Tengo que estudiar.

—Lo hacemos juntos —respondo poniéndole ojitos—, vaaaaa no quiero estar sola en casa y hoy mi madre no llega hasta la hora de cenar.

—Está bien —resopla como si me hiciera un favor, aunque sé que le gustan mis meriendas, su madre es un poco estricta con el rollo del azúcar, y yo siempre hago bocadillos de nocilla.

—¿Quieres que llame a Mei? —pregunto de pronto—. Podríamos estudiar juntos.

—¿Por qué iba a querer eso? —inquire extrañado, sacando las llaves del bolsillo de la mochila.

No sabía que pudiera ser tan buen actor, me está sorprendiendo esa nueva faceta suya. Lo sigo al interior del portal. Sospechoso, el comportamiento de Shouta es sospechoso.

—Val, vale... no he dicho nada.

Cuando nos despedimos a la hora de cenar vuelve a ser el de siempre, sonriente y divertido. Al final hemos merendado y visto una película, a ninguno de los dos nos ha llegado la llamada para hacer los deberes.

Esta mañana me he despertado relativamente pronto, puede que sea porque desde hace un rato en la habitación de al lado se escuchan ruidos y golpes, ¿qué diablos debe estar haciendo Shouta? Me visto rápidamente y bajo corriendo a desayunar, mi madre hace ya un par de horas que se ha ido al trabajo, pero me ha dejado la comida preparada. Desde que mi padre murió solo nos tenemos la una a la otra, a veces es un poco triste estar tan solas, aunque la verdad es que nos queremos mucho y casi nunca discutimos por nada. Yo tenía seis años cuando él falleció, no entendía muy bien qué era lo que pasaba, no obstante sabía que él no iba a volver, era lo que todos me repetían. Eso me tenía desconsolada y con ganas de llorar a todas horas, sin embargo cada vez que lo hacía alguien me regañaba: «no debes llorar, si lo haces tu madre aún se pondrá más triste», «tu padre no querría verte llorar». Así que intentaba sonreír a pesar de que no me apeteciera en absoluto, sonreír se convirtió en una auténtica tortura para mí. Una tarde que ya no pude soportarlo más, corrí a mi habitación y me encerré en ella, solo quería estar sola y llorar sin que nadie me dijera nada. Recuerdo que mi madre golpeaba la puerta para que la dejara entrar, pero yo no podía, no quería que me viera, no quería que por mi culpa se pusiera peor, solo necesitaba llorar a solas. Entonces lo vi. Shouta estaba al otro lado de la cristalera, sentado en el suelo del balcón, sin decir nada, ni siquiera me miraba. Lo observé con curiosidad, no tenía ni idea de cómo había llegado él a la terraza de mi habitación. Enjuagué las lágrimas y abrí la corredera, entonces Shouta se giró y me miró, no obstante siguió sin decir nada, siguió allí sentado

volviendo a perder la mirada en las vistas de la ciudad. Me senté a su lado y empecé a llorar desconsolada, él me abrazó y se quedó conmigo durante horas, hasta que mis ojos enrojecidos empezaron a cerrarse y el cansancio terminó por vencerme y hacerme dormir. Cuando desperté estaba en mi cama, mi madre dormía acostada a mi lado y por la cristalera podía verse un nuevo amanecer. Nunca volvimos a hablar de eso. Shouta ha estado siempre ahí para mí, no sé porque diablos pienso en eso ahora, pero algo me ha hecho recordarlo.

—¡Aiko! —grita desde el rellano—. Si no sales ya me voy sin ti —amenaza, aunque nunca lo ha hecho.

Salgo corriendo, cogiendo la mochila al vuelo y abro la puerta para descubrirlo ahí plantado frente a mi puerta como cada mañana. No puedo evitar saltar a sus brazos y rodearle el cuello acercándomelo mucho.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti ahora? —pregunta, sin poder evitar el tono de sorpresa en la voz.

Aunque no hace gesto de intentar apartarme, al contrario, pasados unos segundos es el propio Shouta el que me rodea con un brazo y hasta creo que ha acercado sus labios a mi pelo. Puedo escuchar su corazón, que late con mucha fuerza, seguramente como lo hace el mío.

—¿Y esto? ¡Qué tierno! —exclama la madre de Shouta, abriendo la puerta, cosa que hace que él me suelte casi de un empujón.

—¡Estás loca! —me grita mi amigo con cara de rabia, empezando a descender los escalones y yo empiezo a correr detrás de él.

—Que paséis un buen día chicos —exclama su madre entre risas.

—Graciaaaaaas —respondo, saltando por los escalones—. Tú capullo ¡espérame! —le grito a Shouta que ya ha emprendido el camino al instituto.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta sin parar de caminar.

—No lo sé, me apetecía abrazarte, ¿no puedo?

No dice nada, pero de pronto se detiene lo que hace que yo choque contra él, no esperaba que se detuviera de pronto.

—No, no puedes —dice de manera fría.

—Pues me da igual lo que digas —replico, y empiezo a correr tras él de nuevo—. Hago lo que me da la gana.

—Eso ya lo sé —declara y, parece un lamento, o una crítica... No se lo voy a tener en cuenta.

Kenzo

Un día más, si fuera optimista podría pensar que es un día menos. Solo queda poco menos de medio curso y el infierno habrá terminado, tampoco está tan mal. Creo que a estas alturas puedo empezar a pensar que podré sobrevivir. Una vez me gradúe... La verdad es que no he pensado qué quiero hacer, últimamente todos mis pensamientos se centraban en no llegar a la graduación, esto es un nuevo horizonte para mí, esa nueva dimensión en la que me están empujando a vivir. Vivir, esa es la palabra clave en todo eso, y se me hace muy extraño.

Mi paso se ralentiza a medida que me acerco a esa avenida que me lleva inexorable al matadero de sueños e ilusiones. Estoy tentado de dar la vuelta y escapar, cuando una mano se estampa de manera poco delicada contra mi hombro y lo aprieta con fuerza. No tengo que girarme para saber que es él. Me gusta su colonia mezclada con ese ligero aroma a tabaco.

—¿Pensabas en saltarte las clases? —pregunta, empezando a caminar a mi lado.

—¿Acaso eres brujo? —No puedo evitar que la sorpresa se refleje en mi rostro.

—Puede... —bromea—. Después de clase tenemos que quedarnos por la mierda esa del baile, por cierto, siento haberte arrastrado aunque, puede ser divertido ¿no?

—No.

—Bueno, Aiko estaba a punto de estallar, fue un acto de humanidad.

—Tampoco me vale, pero bueno.

Ambos caminamos callados, hasta que el carraspeo de Haru hace que le mire de reojo, tiene la mirada perdida en algún punto del suelo y la expresión de su rostro ha cambiado.

—No me apetece volver a casa —reconoce al fin, y me muero de ganas de preguntarle el por qué, sin embargo creo que no tengo derecho a ello.

—Puede ser divertido —miento entonces, y lo hago usando sus palabras, parece satisfecho, pues de pronto sonrío.

A pesar de todo, la hora de la comida sigue siendo el peor de los momentos. No importa cómo, pero Haru siempre es monopolizado por alguno de sus amigos y mi cabeza da vueltas y más vueltas a todo, hasta que me mareo y tengo que parar. Estar solo es divertido cuando tú has elegido esa opción, cuando te la imponen, solo te hunde un poco más en esa oscuridad que parece no quererte abandonar jamás.

Me siento solo.

Creo que es un paso importante ser capaz de reconocerlo, me he prometido intentar no mentirme más a mí mismo, es absurdo y solo termina conmigo en la azotea, lugar que no pienso volver a pisar, al menos no con ese fin. Se lo he prometido, es una promesa hecha a Haru y la voy a cumplir.

Mi móvil vibra en el bolsillo, lo que me ocasiona un pequeño microinfarto. Solo puede ser mi hermano, nadie más me llamaría o mandaría un mensaje. El timbre ha sonado y hace rato que todos han empezado su ritual social de la hora de las comidas. Saco el móvil del bolsillo del pantalón y no puedo evitar sorprenderme.

«Tiene buena pinta eso que comes»

Es la primera vez que Haru me manda un mensaje, no puedo evitar buscarlo con la mirada, está al otro lado del aula, hablando con un par de chicos, aunque sostiene su teléfono en la mano. Dudo si responderle o no, pero finalmente lo hago...

«¿En serio? No te gustaría, todo es verde».

«Me subestimas, ayer me comí una manzana»

No me lo puedo creer, Haru suelta una carcajada por algo que le ha dicho uno de sus amigos, pasa distraídamente la mano por su pelo, echándolo hacia atrás, y desvía la atención a su dispositivo de manera casual, como sin importancia, mientras sigue atendiendo a la conversación que ocurre a su alrededor. Estoy a punto de responderle cuando mi móvil vuelve a vibrar con un nuevo mensaje.

«Nos vemos en la azotea en diez minutos»

Mi corazón da un vuelco. Vuelvo a observarlo, ríe, habla, se divierte como una persona normal, ¿por qué alguien como él quiere malgastar su tiempo con alguien como yo? No lo entiendo, y por más explicaciones que intento encontrarle a ese extraño fenómeno, no soy capaz de dar con ninguna que no sea algo sacado de una película de ciencia ficción rollo una abducción extraterrestre. Llegados a este punto solo tengo dos opciones, confiar o huir, y aunque los últimos meses de mi vida me han servido para coger confianza en las huidas, algo dentro de mí me dice que debo confiar. Puede que él sea esa mano amiga que me ayude a salir del pozo en el que he caído, de querer salir de la oscuridad, Haru es el único que desprende luz suficiente para ello.

Miro el reloj y cuando vuelvo la vista al frente Haru ya no está. Me levanto para dirigirme a la azotea, puede que esta vez el destino me haya repartido una buena mano, siento que si apostara, podría ganar. Pero no cuento con que, por desgracia, la suerte siempre me ha sido esquiva y tengo un puñetero imán para los desastres. Antes de poder llegar siquiera al final del pasillo, Ray y el resto de chicos bloquean mi camino, en sus miradas se puede ver como destila la maldad. Intento escapar, cualquier persona cuerda haría eso, sin embargo, al dar media vuelta, otros dos chicos aparecen por detrás.

Al menos hoy no llueve, pienso cuando me alejan de la azotea para ser metido a empujones en el laboratorio.

—Llevo tiempo preguntándomelo, ¿eres el que da o el que recibe? —pregunta Ray con una sonrisa burlona.

No me pasa inadvertido el tono de asco que imprime en cada palabra, y cómo el resto ahoga una carcajada, supongo que son conscientes de que ante el menor ruido los van a descubrir, entonces, ¿debería chillar?

—¡Contesta! —dice alguien a mi espalda, acompañando esa exclamación con un fuerte agarrón de mi pelo, mis rodillas van cediendo al tiempo que él estira de mi cabello hacia abajo, hasta que consigue hacer que me arrodille frente a Ray—. Respóndele —susurra esa misma persona en mi oído.

—Depende —murmuro, pero mis dientes se mantienen tan apretados que esa simple palabra sale entrecortada. Siento rabia, no porque ellos abusen de mí, sino porque sé que no voy a hacer nada por defenderme.

—¿Y con Haru? —inquieta Ray destilando tanto odio que me hiela la sangre—. Yo creo que te la ha metido hasta el fondo.

La simple mención del nombre de Haru hace que todo mi cuerpo reaccione, intento zafarme del agarre, sin embargo ahora son dos los que me tienen sujeto y por más que intento soltarme, termino en peor posición, casi tendido en el suelo boca abajo mientras esos dos están prácticamente por entero encima de mí. Si consiguiera soltarme haría que se tragara sus palabras a puñetazos.

—Mira como lo defiende... que entrañable —se burla alguien, no puedo decir quién, para mí

los gilipollas son como los minions, todos iguales.

—Soltadme —pido, pero a quién pretendo engañar, no estoy en condiciones de exigir nada.

—Quiero ver que tal se defiende esa boquita —ríe Ray agachándose frente a mí—. Levantadlo —ordena.

No sé muy bien cómo ha ocurrido todo, pero de pronto siento el calor de la llama del mechero Bunsen muy cerca de mi rostro, así como diferentes manos que me alzan a la fuerza, ¿debería sentir ganas de llorar? Ray clava en mí su furibunda mirada, siento asco, puedo verlo en sus ojos y en la mueca que ha tomado su boca, aún así se sitúa frente a mí. El sonido de descenso de la cremallera de sus pantalones es el pistoletazo de salida, todos lo saben, por eso jalean a su líder y lo animan con comentarios soeces y sugerencias de lo que me debería hacer.

—¿Sabes? Si haces un buen trabajo y consigues que me guste, puede que después no vaya a que me la chupe Haru —susurra cerca de mi oído.

El calor de la llama me hace sudar. Esas manos me aprietan con fuerza y siento dolor en las sienes por los tirones de pelo que me obligan a mantener la cabeza alta, en una posición nada natural.

—Abre la boca maricón —gruñen a mi espalda.

Obedezco, ¿qué más puedo hacer? Su polla está dura y húmeda, puede que Ray y yo seamos más parecidos de lo que a él le gustaría. Acerca el glande hacia mí y lo restriega contra mi cara antes de introducirse dentro de mi boca, no lo pienso dos veces y en cuanto está por entero dentro de mí, aprieto con todas mis fuerzas los dientes, haciéndolo gritar de dolor. Es el alarido más fuerte y agónico que he escuchado en mi vida. El sabor a sangre y líquido preseminal se mezclan en mi boca.

Haru

Llevo más de diez minutos en la azotea y no hay rastro de él, por lo que, sin duda alguna, lo voy a matar. No hará falta que salte porque yo mismo lo voy a lanzar al vacío. Eso es lo que pienso cuando, muerto de frío, vuelvo a entrar en el interior del edificio y empiezo a descender los escalones de dos en dos. Tengo el culo helado. Cuando llego al aula Kenzo no está, y eso es... raro.

—¿Has visto a Kenzo? —pregunto a un compañero.

—¿Quién?

—Joder, el de la última fila, el que se sienta detrás de ti —gruño molesto.

—Ah, ese... Se ha ido con Ray hace un rato.

No me lo puedo creer, ¿cómo he sido tan gilipollas? Soy un puto inconsciente de mierda. Se me nubla la vista y todo mi cuerpo tiembla, es lo que suele pasarme cuando estoy a punto de perder el control como en este preciso momento. Doy un par de rodeos, abro diversas puertas para mirar dentro, hasta me he acercado a los vestuarios cuando una luz se enciende en mi cabeza. El laboratorio.

Correr por el pasillo, falta leve.

Gritar, falta leve.

Empujar a todos los que se interponen en mi camino, falta leve.

Matar a Ray, algo que nadie evitará que haga.

De pronto un alarido, un grito desgarrador llega hasta mis oídos, es como si a alguien lo estuvieran despellejando vivo, y entonces me temo lo peor, cuando abro la puerta del laboratorio espero encontrar a Kenzo medio muerto, esa es la imagen que golpea con saña mi cabeza pero, nada más lejos de la realidad.

—¡Kenzo! —grito buscándolo con la mirada.

La escena es dantesca, Ray yace en el suelo con una horrible expresión de dolor en el rostro, dos de los chicos se han apartado de lo que sea que haya sucedido, como si la magnitud del hecho les hubiese superado. Yuto y Levi están arrodillados en el suelo, al lado de Ray, todos ellos ensangrentados, y Kenzo... Él está tirado en el suelo con ambas manos cubriendo su rostro y cuando escucha su nombre y se gira para mirarme, la expresión de terror de sus ojos hace que por un solo segundo me paralice.

No obstante solo es un momento, enseguida entro en escena como un huracán pisando tierra, dispuesto a arrasarlo todo y llevármelos a todos por delante, el primero que se cruza en mi camino termina estampado contra uno de los mostradores, estoy a punto de llegar al segundo cuando Kenzo se abalanza sobre mí.

—Vámonos —me insta tirando de mi brazo.

—Joder, estás lleno de sangre... —digo al fijarme en él.

—Estoy bien, no es mía, venga, vamos... —vuelve a decir.

De pronto me veo arrastrado fuera del laboratorio, con las ganas de partir cuellos casi intactas, pues apenas he podido golpear a uno, cuando lo único que ocupa mi mente es matar a Ray... No, miento, eso no es lo único en lo que estaba pensando.

Por suerte, o por desgracia, el ala del laboratorio está vacía, hace unos años que solo se usa eventualmente.

—¿Estás bien? —pregunto tirando de él, para que se detenga un segundo.

Kenzo no dice nada, suelta mi mano por donde estábamos cogidos y corre en dirección a uno de los baños. Por el pasillo algunos miran extrañados, otros cuchichean, y yo siento que por primera vez en mucho tiempo no sé que demonios hacer. Miro hacia atrás, en dirección al laboratorio, el elevado tanto por ciento de ganas que tengo de volver sobre mis pasos y terminar metido en una épica batalla campal contra todos ellos, va disminuyendo al mismo ritmo que crece la necesidad de ir con Kenzo.

—¡Maldita sea!

No me hace falta preguntar dónde está, al entrar en el baño de chicos lo único que se escucha es el sonido del vómito mezclado con un ligero llanto. No digo nada, solo me quedo parado tras la puerta esperando a que salga. El sonido del agua de la cisterna me indica que ya ha acabado, sin embargo parece que Kenzo no tiene prisa por salir, y yo no tengo intención de metérsela. Solo me quedo allí de pie, esperando. No he visto qué ha pasado, pero no me hace falta ser muy listo para, con un simple vistazo, haber sacado mis propias conclusiones.

Cuando abre la puerta lo primero que capta mi atención son sus ojos bicolor, esos que ahora puedo ver, pues ha echado todo su pelo hacia atrás. Sus labios muestran una mueca amarga y sus ojos escupen tanta tristeza que sobrecoge, de nuevo esa mirada, esa expresión, esa desolación casi palpable que emana de él para clavarse en mí. Estoy tentado de alargar la mano para intentar infundirle ánimos, aunque después de lo que ha ocurrido, no sé cómo podría reaccionar a mi contacto, así que simplemente nos quedamos uno en frente del otro mirándonos en silencio. Kenzo aguanta mi mirada y de nuevo rompe a llorar de manera más convulsa, y yo no sé cómo reaccionar.

—¿Te abrazo? —le pregunto.

—Tendrías que haberme dejado saltar —suelta sin que le tiemble la voz.

—Y una mierda —gruño, cogiéndolo de los hombros para zarandearlo—. Ni de coña, ¿me oyes?

—No puedo más —gimotea, dejando que todo lo ocurrido, toda su angustia se licue por sus ojos.

Tiro de él para rodearlo entre mis brazos cuando de pronto me empuja para apartarme, lo hace con gesto serio y parece que está intentando dejar de llorar.

—No me abrasces —dice de manera seca. Con un tono de voz tan frío que hiela.

—Está bien —replico apartándome un poco, dejándole espacio—. Perdona.

—Lo siento —empieza, y de prono baja la cabeza, como si estuviese avergonzado—. Haru, por favor, ¿puedes acompañarme a casa?

—Claro.

Me temo lo peor, no creo que Ray vaya a dejar el tema, de hecho, creo que tanto Kenzo como yo corremos peligro, pero no digo nada. Ambos caminamos en silencio, no hay mucho que podamos decir, al menos a mí no se me ocurre ninguna frase mágica que pueda aliviar un poco su dolor. La verdad nunca he sido muy bueno con las palabras, he sido más de pegar y después preguntar. La fragilidad de Kenzo en ese momento hace que sepa ya de antemano, que no soy la persona indicada para decir nada reconfortante, espero que sus padres estén en casa, o no... no lo sé, ¡maldición! Que inútil me siento.

—¿Vas a estar bien? —pregunto cuando paramos frente a su portal, lo recuerdo del día que lo seguí.

No dice nada, solo mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca las llaves y abre la puerta, sin embargo antes de entrar detiene el paso y se gira para mirarme.

—No quiero volver a hablar de esto —dice.

Le entiendo, sin embargo que él pretenda olvidar lo que ha pasado no significa que el resto vaya a hacerlo, de hecho, va a traer consecuencias, no sé hasta qué punto, pero las habrá.

—Vale —respondo, a veces las mentiras son necesarias para seguir.

—¿Quieres subir? —pregunta alzando un poco la voz, pues el sonido de la calle nos dificulta hablar, sobre todo teniendo en cuenta la distancia que hay entre los dos.

—Sí. —No puedo evitar sentirme algo contento con eso.

La primera vez que lo seguí no reparé en los detalles del edificio donde vive Kenzo, es una zona bonita de la ciudad, de esas funcionales de gente que solo va a dormir, barrios dormitorio creo que los llaman. El edificio es bastante alto, comparado con el que vivo yo, y bastante más moderno y cuidado. El apartamento de la familia de Kenzo es pequeño pero funcional, decorado de manera sobria, todo con tonos neutros, la verdad es que mirándolo bien, es un piso bonito pero que no parece un hogar. Kenzo sale de la cocina con dos latas de refresco.

—Aquí no puedes fumar —me informa, antes de nada.

—Tranquilo, en mi casa tampoco puedo.

La verdad es que dejé de hacerlo hace unos meses, cuando Maiko nos dio la «feliz» noticia. Es lo mínimo que podía hacer en ese momento. Eso y estar a su lado, mientras nuestros padres solo le lanzaban reproches y culpas.

—Voy un momento al baño —dice Kenzo, encaminándose al final del pasillo.

No hay fotografías, al menos a la vista, tampoco objetos demasiado personales. Es como si se acabaran de mudar llevando con ellos solo lo justo e indispensable, como si huyeran de algo, esa es la sensación que me da. Me gustaría tener la confianza suficiente como para poderle preguntarle, pero no la tengo y tampoco creo que sea el momento. Cuando Kenzo regresa lo hace con el pelo mojado y ropa limpia, lo que me da a entender que se ha dado una ducha, no lo culpo, si ha ocurrido lo que creo yo habría hecho lo mismo. Toma la lata y da un gran trago, hace un gesto para que le siga y así lo hago.

—Mi habitación —declara al entrar y cerrar la puerta.

—Ya veo. —Es igual que el resto del piso, no hay absolutamente nada, salvo la cama y las cosas del instituto sobre la mesa, como si no tuviese una vida, sin pasado ni recuerdos, es algo...

—¿Estás en el programa de protección de testigos o algo por el estilo? —Lo miro, pero no dice nada—. ¡Eh! Puedes confiar en mí, no se lo diré a los malos —bromeo.

—No, no estoy en protección de testigos.

—¿Estás bien?

—He dicho que no quiero volver a hablar de eso —replica de manera seria.

—Perdona —me disculpo, dando un trago de la lata—. Me gustaría poder decirte algo que te hiciera sentir mejor.

—Nada puede hacerme sentir mejor, aunque te lo agradezco.

Vuelvo a mirar a mi alrededor, pero no digo nada, la verdad es que se hace extraño estar ahí, apenas le conozco, no, para ser sinceros no sé nada de Kenzo. Sin embargo he dado la cara por él frente a mis amigos, y ahora no sé si lo he hecho por que es él o porque era lo que se tenía que hacer. Solo sé que sus ojos bicolor empiezan a aparecérseme cada noche en mis sueños, y eso me tiene un poco alterado.

Kenzo

Se hace raro ver a otra persona en mi habitación. Nunca he sido chico de muchos amigos, puede que siempre me haya retraído por el hecho de considerarme algo diferente al resto, aunque antes de que todo lo de mi madre pasara, tampoco era el tipo solitario que soy ahora. Contaba con algunos compañeros más afines que otros, me gustaba jugar al fútbol, hacer deporte... Siempre me costó entablar relaciones de confianza, sin embargo desde que mi madre enfermó, todo fue a peor. Así que ver a Haru allí es desconcertante. No solo por ser alguien ajeno a mí en mi habitación, sino por quién es él y todo lo que ha hecho por mí. Si no fuese por Haru estaría muerto, es algo que no puedo ni quiero obviar.

Haru es un amigo, ahora mismo el único. Suspiro. Ya no recuerdo cómo era eso de tener amigos, pero se siente agradable, los que hemos experimentado la soledad solemos apreciar más la compañía. Observo como él, a su vez, lo mira todo con ojos expectantes. Supongo que le parece extraño, pues en esa habitación no hay nada que me represente, nada que diga quién o cómo soy. Dejé todo atrás, menos la sensación de derrota.

—Es el piso de mi hermano, vivo con él. —No sé porqué le digo eso, pues vivir con mi hermano llega a la inexorable pregunta de «dónde están mis padres» y, ese es un tema del que tampoco me apetece hablar.

Haru me observa con una curiosidad creciente, como si estuviera intentando averiguar a través de mis ojos qué hay de real en mí. No sé por qué al salir de la ducha, he recogido y enganchado mi pelo hacia atrás con un par de horquillas. Supongo que me gusta que a Haru le fascinen mis ojos, a pesar de que yo siempre los haya odiado, ahora empiezo a verlos de una forma diferente a como lo hacía antes.

—¿En serio? ¿Vives con tu hermano? —pregunta sentándose sobre la cama y, clavándome la mirada—. Tengo ganas de terminar el instituto, quiero irme a vivir con mi hermana —añade con media sonrisa.

La sensibilidad de Haru es asombrosa, pues ha sabido entender sin necesidad de haberle dicho nada. En realidad, todo él lo es. De manera sencilla, sin preguntarme ni forzarme a nada, parece darme pie a sincerarme con él si así lo necesito. Y por un segundo me siento tentado a abrirme, a hablarle de todo lo que encierro dentro, pero creo que no es el momento de abrurarlo con tantas mierdas como guardo. Haru es muy diferente a mí, él es fuerte, seguro de sí mismo, amable... Tengo que sacudir todos esos pensamientos de mi mente. También yo podría preguntarle por qué quiere vivir con su hermana, no obstante me obligo a respetar su intimidad, igual que él está haciendo con la mía. Me siento a su lado en la cama y, por primera vez en mucho tiempo siento que esto puede funcionar. Puede que algún día ambos estemos preparados para hablar. Creo que en el fondo Haru está tan roto y perdido como yo, aunque él logra disimularlo mucho mejor, lo envidio por eso y por su capacidad de sonreír siempre, es admirable.

—Tu hermana era la chica del otro día, se llama Maiko, ¿verdad? —Doy un trago del refresco.

—Sí —afirma, mientras sonríe con ternura y en sus ojos hay un brillo especial que lo hace tremendamente enternecedor—. Antes no nos llevábamos muy bien, ya sabes, soy el pequeño, me he llevado muchas collejas, pero creo que ahora es lo que tengo que hacer, lo que los dos queremos hacer.

—Envidio lo claras que tienes siempre las cosas —digo con una nota de asombro en la voz.

—Yo creo que te envidio por ser capaz de llorar —suelta sin más, haciendo que me dé un

vuelco el corazón.

Una vez más me ha sorprendido, por su forma tan natural de decir siempre lo que piensa. No puedo evitar soltar una carcajada, es una locura, a mí me gustaría ser tan fuerte como él, y Haru sin embargo, envidia esa debilidad que me hace llorar cada vez que se me presenta una dificultad. Es una locura, aunque sin duda hacemos un buen tándem.

Algo me atrae a él, es como una fuerza, algo que no puedo explicar pero que siento en medio del pecho, como un hilo que me atara a ese chico.

—Lo siento —digo de pronto—. No me odies por lo que voy a hacer, por favor.

—¿Qué? —pregunta confundido.

No puedo evitarlo, de hecho ni quiero ni puedo. Porque cuando todo puede ir bien en mi vida algo me obliga a estropearlo, es intrínseco en mí, una característica innata que me hace boicotarlo todo. Y esta no iba a ser la excepción. De pronto, mi mano se aferra al jersey de Haru para acercarlo, y mis labios se unen a los suyos en un suave roce sin más pretensión que esa, sentir un beso aunque sea robado. No lo hago por maldad, no pretendo que se enfade, realmente no sé qué me motiva a hacerlo, pero ahí estamos. Puede que lo haya hecho porque los verdes ojos de Haru me han deslumbrado desde el primer día, y me doy cuenta de que todo ese tiempo he querido besarle.

—¡Joder! —exclama Haru, al tiempo que me empuja con fuerza para levantarse de manera apresurada de la cama—. Vuelve a hacer algo como esto y te juro que te pateo las pelotas —bufa.

—Lo siento —digo sin moverme, entiendo que cualquier gesto por mi parte puede ser tomado por hostil.

—Me largo —anuncia, dejando la lata de refresco sobre mi escritorio.

—Lo entiendo —contesto con un hilo de voz.

Sigo a Haru hasta la entrada, soy un gilipollas que lo ha estropeado todo, supongo que lo único que va a sentir a partir de ahora cuando me mire va a ser el asco que le ha producido ser besado por otro chico. No puedo evitar sentir ganas de llorar, he hipotecado una amistad por unos segundos de felicidad robada, siempre he sido amante de los espejismos. Está a punto de abrir la puerta y de pronto algo me impulsa a detenerlo, dejando caer el peso de mi cuerpo contra la madera, impidiéndole que pueda abrirla, él se sorprende, lo dicen sus ojos, también como aprieta los puños y la manera que tiene de mirarme ahora mismo.

—Soy asqueroso, lo sé, pero si puede ser, me gustaría que siguiéramos siendo amigos —le pido con cautela, esa palabra sigue sin resultarme del todo cómoda.

No sé que es lo que pasa por su mente ahora, sus ojos tan verdes, como siempre me escrutan y en su rostro la sonrisa se ha congelado, pero tampoco podría decir que su gesto sea de extrema repulsa o monumental enfado, a decir verdad, se mantiene bastante neutro y sereno, y esa es otra cualidad que lo hace ser fantástico. Esa manera de aguantar el tipo ante cualquier cosa sería un gran jugador de *póker*.

—No eres asqueroso —dice relajando su rostro—. Te va a hacer falta algo más que un beso para que me rinda contigo —anuncia a media voz.

Abre la puerta y se marcha, dejándome solo y totalmente descolocado. El poco aprecio por mi vida hace que, ahora mismo, con todo lo que sé que se me viene encima, la reacción de Haru sea lo único que realmente me importe. Me da rabia saberme un inútil, quiero hacerme fuerte y enfrentarme a todo, solo o con Haru.

Shouta

Llevo más de treinta minutos de reloj escuchando las quejas de Aiko, que han ido ascendiendo en velocidad, volumen y también grosería. La verdad es que no sabía que era capaz de soltar tantos insultos seguidos, realmente está muy enfadada, y creo que el hecho de que no haya ni pausado el juego para escucharla la ha puesto aún de peor humor, pues cada pocos minutos me pregunta eso de «pero ¿me estás escuchando?» aunque creo que realmente no le importa si lo hago o no, solo necesita hablar y yo soy el mejor para escucharla, lo llevo haciendo toda la vida.

La verdad es que es divertido tenerla ahí refunfuñando, de vez en cuando la observo de reojo cómo se mueve inquieta encima del mi colchón, sus ojos se cierran y se abren tan rápido, es tan expresiva... Y tan guapa. Por la noche mi cama sigue oliendo a ella.

—Imbécil asqueroso, te juro que mañana cuando lo vea pienso ir directa a él y... y... — Golpea el puño de la mano derecha contra la palma abierta de la izquierda—. Lo voy a machacar, le voy a dar hasta que su familia no lo reconozca y... y... Aaaarrgg, pero ¿me estás escuchando?

Y cuando Haru se la devuelva, porque dudo que tenga la consideración de pensar que Aiko es una chica, me va a tocar ponerme por medio, algo que no me apasiona demasiado, de hecho detesto la idea, así que finalmente guardo la partida y suelto el mando, me levanto del suelo y me siento en mi cama al lado de Aiko, soltando un suspiro. Tiene las mejillas encendidas y los ojos vidriosos del cabreo, eso me hace gracia, la verdad.

—Ya sabías que esto pasaría —le recuerdo con paciencia.

—¡Claro! Sabía que serían de poca o ninguna ayuda, no que ni se presentarían el primer día, joder... un poco de disimulo ¿no? Al menos fingir unas pocas semanas y después hacerse el tonto y escaquearse, pero ¡el primer día! Es... es... es... es demasiado descarado hasta para él — replica Aiko.

—Has dicho que sus mochilas seguían en la clase, a lo mejor les ha pasado algo, o han tenido que irse o...

—Perdona, espera... para un momento que creo que me he perdido algo... ¿Intentas defender a Haru? —pregunta horrorizada.

—No, lo que intento es que no me parta la cara —me sincero.

—Oye, yo no necesito que tú me defiendas —dice molesta, levantándose de la cama de manera tan apresurada que tropieza con todo lo que hay por el suelo—. Al contrario, aquí la defensora soy yo.

—Ya, claro, claro... —respondo con evasivas.

—Oye, ¿tengo que recordarte la niña esa que te tiraba del pelo? —inquire furiosa.

—Aiko, eso fue en la guardería.

—Bueno, pero yo te defendí y me peleé con ella, ¿a que no volvió a molestarte? —Niego con la cabeza, es inútil discutir con Aiko—. Pues eso —sentencia al fin convencida—, lo que me faltaba, tú defendiendo al impresentable ese.

—¿Dónde vas? —cuestiono al verla caminar hacia el balcón.

No dice nada, solo abre la corredera y la veo saltar el muro que nos separa. Joder, que poético, el muro que nos separa, ojalá ese otro muro fuera tan fácil de saltar como el de los balcones. Pero siento que cada día que pasa la distancia entre nosotros crece y crece, y sé que es todo culpa mía, porque soy tan cobarde y tengo tanto miedo que soy incapaz de decirle lo que siento por ella: que cada vez que estamos juntos tengo que reprimir el impulso de cogerla de la

mano, de abrazarla, de devorarla a besos... Suspiro, joder se me está poniendo dura solo de pensarlo, soy un imbécil. Me dejo caer sobre la cama. He tenido cientos, ¡qué digo!, miles de ocasiones para decirle que la quiero, de hecho lo he llegado a hacer, a veces lo susurro en voz baja, sabiendo que ella no puede escucharme. Se lo grito cada noche, mientras miro la pared que hay entre nosotros, sin duda soy patético.

Siempre pensé que me valía con ser solo su amigo, pero ahora el sentimiento de querer monopolizarla ha crecido tanto en mí, que en cualquier momento va a estallarme entre las manos. No hay noche que no sueñe con ella, y cada mañana cuando la veo salir por la puerta quiero decírselo, aunque nunca soy capaz, y llegará el día que definitivamente se alejará de mí y solo me quedará lamentar la pérdida de lo que siempre he tenido a mi lado y no he podido conservar.

—Shouta, a cenar. —La voz de mi madre llega alta y clara a pesar de la puerta cerrada, esa mujer debería haberse dedicado a cantar ópera.

—Voooooooooy —respondo a voz en grito saliendo de la habitación.

—Oh, pensaba que estaba Aiko.

—Ya se ha ido —contesto sentándome a la mesa, mi madre empieza a recoger el plato que había puesto para Aiko—. Oye papá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dispara —dice mi padre sonriendo, creo que lo pilló de nuevas que quiera pedirle algo, algo que no sea dinero.

—Tengo un amigo... —comienzo, y veo que mi padre alza una ceja y me mira.

—Ya, un amigo.

—Sí, joder un amigo, ¿tan raro es? —me quejo molesto.

—No, claro que no —se apresura a decir mi madre, que golpea en el brazo a mi padre para que se calle.

—Bueno, pues eso —prosigo—, tengo un amigo que le gusta una chica, sin embargo no sabe cómo decírselo —suelto de carrerilla.

—Pues... a ver... la verdad es que parece difícil, pero... solo necesita hablar con ella y confesarle lo que siente —comenta mi padre, lo ha dicho tan rápido que me hace pensar que es una de esas respuestas ensayadas que tienen los adultos, como cuando llamas al servicio de atención al cliente.

—Ya, pero no es tan fácil —replico, mi madre toma asiento frente a nosotros—. ¿Y si ella no siente lo mismo? ¿Y si se enfada?... Cómo podrá mi amigo seguir mirándola a la cara, tienen que verse todos los días.

—Ya, es una situación realmente complicada y más siendo vecinos —dice mi padre rascándose la cabeza pensativo.

—¿Qué? —exclamo levantándome de golpe—. Oye... que yo... no...

—¿Quieres que hable con Aiko? —propone entonces mi madre risueña.

—¡Joder no! ¡Claro que no! —grito alterado, esta mujer se ha vuelto loca—. Y no estaba hablando de mí —intento convencerles.

—Cariño, entonces la próxima vez no empieces con un «tengo un amigo», porque entonces no hay por dónde cogerlo —argumenta mi madre sonriendo.

—Claro, habría sido más convincente, «el personaje del cómic que estoy leyendo ahora...» —apunta mi padre.

—¡¿Veis por qué nunca os cuento nada!?! —exclamo cabreado.

—Shouta, no te enfades —dice mi padre entre risas—. ¡Oye! Pero vuelve... —Escucho que dice, pero ya estoy en el pasillo camino a mi habitación.

—¿No cenas? —pregunta mi madre.

—Me habéis quitado el hambre —gruño a voz en grito antes de pegar un portazo.

Que fácil lo ven todo ellos, ya no recuerdan lo que era tener diecisiete años. No puedo decirle a Aiko lo que siento por ella, porque me moriría de vergüenza cuando ella me rechazara y sería el fin de nuestra amistad, ya me duele pensar que nunca va a quererme como yo la quiero a ella, pero me moriría si la perdiera y desapareciera de mi vida. Soy así de patético.

Al fin y al cabo creo que tendré que conformarme con ser siempre su amigo, sin esperanzas de poder llegar a nada más.

Haru

Me va a estallar la cabeza, siento un dolor lacerante desde la frente hasta la nuca que se expande por las cervicales y, a eso debo sumarle toda la noche en vela dándole vueltas y más vueltas a la cabeza. Voy a volverme loco. Para empezar, tengo que pensar qué hacer con Ray y el resto de chicos, hasta me he planteado ir a hablar con el tutor, pero yo no soy de esos, prefiero solucionar las cosas a mi manera. En el instituto impera la ley del más fuerte, a pesar de que tengo gran confianza en mis habilidades para las peleas y, podría machacar a cualquiera de ellos por separado, no soy más fuerte que todos en conjunto. No debo subestimarlos. Igualmente estoy casi seguro que después de lo que ha pasado con Kenzo, al menos por unos días, dejarán el tema en paz, pues es demasiado vergonzoso, además si Kenzo se decidiera a hablar estarían en serios problemas. No hablamos de tirarle el desayuno o robarle el dinero de la cartera, sino de algo más grave como un intento de violación. Son palabras mayores. Hasta un descerebrado como yo sabe que, ahora mismo les conviene no armar mucho revuelo, al menos dentro del instituto.

Pienso en Kenzo y me estremezco, me pregunto si toda su vida ha sido así, teniendo que luchar contracorriente con todos los gilipollas con los que se debe haber cruzado. También he estado pensando largo y tendido sobre qué habría pasado si su llegada no hubiera coincidido con mi epifanía y mi gran empeño en cambiar y ser una mejor persona, ¿habría estado yo en ese laboratorio riendo y animando a Ray? Un escalofrío recorre mi espinazo solo de pensarlo. He llegado a hacer cosas deleznable de las cuales me arrepiento enormemente.

—¡Haru! —grita Maiko, golpeando la puerta—. ¡Joder, Haru vas a llegar tarde!

—Mierda —murmuro entre dientes.

Me dejo caer de la cama, con el sonoro porrazo incluido, me deslizo como alma en pena hasta la puerta y cuando la abro Maiko sigue tras ella, con una taza de café en la mano que tiende en mi dirección con una enorme sonrisa. Quiere algo, la conozco demasiado bien.

—¿Qué? —gruño mirándola.

—No lo aguanto más —me informa escueta y sé a qué se refiere.

No la culpo, desde lo de su embarazo nuestros padres han estado más insoportables de lo normal. Mi padre siempre ha sido un gilipollas que aparecía por casa solo cuando necesita que le laven la ropa, pero desde que este verano Maiko dio la noticia, no le hemos vuelto a ver. Mi madre es una egoísta de mierda que nunca nos ha querido, y si lo ha hecho, ha sido de tal manera que no nos hemos dado cuenta ninguno de los dos. Desde hace mucho tiempo somos conscientes de que solo nos tenemos nosotros, para mí Maiko es mi única familia.

—¿Qué necesitas? —pregunto, dando un trago al café y devolviéndole la taza, entro en la habitación de nuevo para poder vestirme, ella me sigue y me va tendiendo la taza cada vez que alargo la mano.

—Tengo una amiga que se marcha a estudiar al extranjero, deja su piso, no es gran cosa, pero está amueblado y es barato —comenta.

—Joder Maiko... —La miro, ¿va a irse? No, lo que es peor, va a irse sin mí.

—Tengo algo ahorrado, pero...

Vale, no es momento de pensar en mí, yo sí lo puedo soportar unos meses más, ella debe irse cuanto antes.

—¿Cuánto te hace falta? —cuestiono con un tono serio.

—Para la fianza y un par de meses —dice agravando la voz.

Resoplo, solo serán unos meses, pienso, dentro de medio año voy a ser mayor de edad y podré irme con ella y su hijo. Termino de abrocharme las deportivas y doy un profundo suspiro clavando la mirada en mi hermana, tiene ya una barriga considerable, imposible de disimular ni con el jersey. Miro el reloj, ahora sí llego tarde. Me acerco al armario y remuevo por dentro entre todo el desorden y la ropa ahí tirada, hasta que doy con una vieja caja de zapatos donde tengo parte de lo que he ido ahorrando, la saco y la abro.

—Toma —digo alargándole una nada despreciable suma de dinero.

—Hostia puta Haru... —exclama con los ojos abiertos como platos.

—No preguntes —le pido.

—No quiero que te metas en un lío por mi culpa. —Parece afligida, como si le diera reparo aceptarlo, aunque ella lo ha pedido.

—Hermanita, para meterme en líos no necesito a nadie —respondo guiñándole un ojo.

No es un secreto que tengo mis chanchullos por ahí, ella lo sabe aunque supongo que no imaginaba la magnitud de mis pequeños trapicheos. Paso algo de hachís y maría, y ayudo a veces en algunos asuntillos un poco más ilegales. Pero no importa, aunque ahora mismo no estoy orgulloso de cómo he obtenido ese dinero, si sirve para que podamos largarnos de esta casa, no voy a ponerme remilgado, de hecho, aún tengo un par de cosas por ahí que, si funcionan, me pueden dar bastante más pasta. Nada legal, por supuesto.

—Oye, ¿estás bien? —inquire Maiko, realmente preocupada.

—He tenido una bronca bastante chungu con Ray —reconozco, siendo consciente que esas movidas no son las únicas que me han quitado el sueño durante la noche.

—Nunca me ha gustado ese imbécil —suelta y, puedo notar cómo paladea el odio hacía hasta el que hace poco era uno de mis mejores amigos, al menos eso era lo que yo creía que era.

—Me consta.

—Ten cuidado —me pide, y puedo ver el temor en sus ojos—. No me parece un tipo razonable.

—Puede que no, pero sé cómo manejarlo, no te preocupes.

—Oye, gracias —dice alzando el dinero—. Solo será un tiempo, ¿podrás aguantar sin mí?

—No me queda otra —replico y sonrío, no quiero que se preocupe más de lo necesario, ya tiene bastante con lo suyo—. ¿Cuándo tienes la próxima cosa esa? Quiero ir contigo.

—¿Ecografía? —sonríe—. En un par de semanas me harán la última y, ya solo quedará esperar a finales de primavera —me explica con los ojos iluminados. Su embarazo ha sido un puto mazazo, sin embargo ahora la veo feliz—. He pensado que lo voy a llamar Haru, para que se parezca a su tío.

—Ni de coña... —contesto negando categóricamente—. Ponle un nombre de alguien importante, no el de un macarra de barrio que terminará el instituto a duras penas. —Maiko no dice nada, sonrío y me besa antes de irse en dirección a la cocina con la taza de café.

Salgo corriendo, como la mayoría de mis mañanas empiezo con un *sprint*, pero esta vez, además de no querer llegar tarde, no quiero dejar solo a Kenzo, debería haberlo llamado o mandado un mensaje, no obstante después pienso en lo que pasó en su habitación y... ¡Mierda! No es motivo, debería haberle llamado advirtiéndole que tenga cuidado, aunque supongo que debe ser consciente de ello, no es estúpido... Entonces pienso en el beso, bueno puede que un poco gilipollas sí sea ¿a quién se le ocurre besarme?

—¡Tú! Eres un capullo, un impresentable de mierda y...

—Buenos días, Aiko, lo siento —la saludo dejándola con el insulto en la boca.

—¡Ehh! ¡No he terminado! —se queja.

Entro en la clase como una exhalación y allí está Kenzo, sentado en su mesa como todas las mañanas, bueno, como todas las mañanas no, parece mucho más enfermizo de lo normal, y tiene unas marcadas ojeras bajo sus ojos. Supongo que no soy el único que no ha pasado buena noche, lo que me sorprende es que haya sido capaz de venir hoy a clase, creo que en el fondo es mucho más fuerte de lo que piensa que es.

—¿Todo bien? —le pregunto al llegar a su altura, intentando controlar mi agitada respiración.

Alza la cabeza y me mira sorprendido, como si yo no fuera real o estuviese a punto de esfumarme frente a sus ojos, me mira como si viera una puñetera visión.

—¿Me hablas? —Su tono de voz mezcla la sorpresa con la esperanza, definitivamente es un tipo muy raro.

—Claro.

—Haru yo... quería disculparme apropiadamente por lo de ayer, no sé qué me pasó, supongo que demasiadas emociones contenidas y...

—Deja eso ahora —le digo agachándome a su lado—. No has visto a ninguno de esos, ¿no? —Niega con la cabeza—. Está bien.

—Hoy tampoco has podido dormir —afirma.

Supongo que es evidente, ya me lo ha dicho mi hermana que tengo muy mala cara. Aunque no creo que sea peor que la de Kenzo.

—Hay un gilipollas que se ha empeñado en quitarme el sueño —comento intentando restarle importancia.

—Espero que no sea el mismo de la otra vez, porque eso ya sería demasiado —bromea a media voz.

—Oye, no quiero que te preocupes por nada, ¿vale? Lo tengo todo bajo control.

—Mientes fatal —susurra.

Kenzo

He llegado temprano al instituto y como cada mañana me he dirigido directo a mi aula, sentándome en la solitaria clase a esperar que toda la tediosa y asfixiante rutina dé comienzo. De pronto la puerta se abre y aparece Haru. Parece acalorado, con el pelo revuelto y cara de estar agotado. Camina directo hacía mí, lo observo de reojo y cuando creo que pasará de largo, se queda parado frente a mi mesa. Me quedo sin saber muy bien qué decir, cualquier excusa que pueda ofrecerle será vana y vacía, decir lo siento cuando en realidad no es así hace que mis palabras suenen huecas. Siento haberle hecho sentir incómodo, producirle asco o rechazo, pero para nada siento haberlo besado, pues realmente sentía que quería hacerlo desde hacía tiempo.

Pero no parece molesto, simplemente desvía el tema como si no le importara y se centra en lo que creo que para él es realmente lo importante: Ray. Me recuerda que debo ser cauteloso, quiero replicarle que llevo siéndolo desde que tengo uso de razón, puede que él tenga menos presente lo de ser la víctima y no el verdugo, sin embargo no digo nada, porque a pesar de quererlo, la voz se niega a salir. De nuevo me sorprende, me pregunto si siempre ha sido así, si bajo esa fachada de la que todos hablan siempre ha estado prisionero ese Haru amable y protector, me pregunto si solo yo soy capaz de verlo de ese modo y, la verdad es que me gustaría que fuese así, pues si alguien más lo viera como lo hago yo estoy seguro que se enamoraría de él, como me estoy enamorando yo. Sigue agachado a mi lado mientras hablamos en un susurro, de pronto la puerta se abre y Haru reacciona con extrema rapidez, como si un sexto sentido lo alertara.

—Tenemos que hablar. —Ryu se sitúa frente a Haru, y este en una milésima de segundo ya está agarrando a su «amigo» por la solapa de la cazadora, todo ha sido tan rápido que no me ha dado ni tiempo a reaccionar—. Cálmate Haru, sabes que yo no he tenido nada que ver —dice Ryu intentando hacer que Haru le suelte, el resto de compañeros del aula se apartan y simplemente se disponen a mirar—. Kenzo, lo siento —empieza a decir Ryu desde su posición, siendo casi estrangulado por Haru. Y solo es entonces, después de esa disculpa, que Haru parece dispuesto a soltarlo.

—Habla —exige Haru con una voz tan fría que hasta me estremece.

Ryu se recoloca la ropa, se toma su tiempo, a mí me parece que intenta recobrar la compostura, pues por un momento la ha parecido perder, puede que conozca lo suficiente a Haru como para saber que sería capaz de todo y más, esa faceta de Haru aún me es desconocida.

—Te juro que no sabía nada —comienza y, parece que me mira... ¿a mí?—. Kenzo de verdad, lo siento mucho...

—No... no pasa nada —consigo decir.

—¡Claro que pasa! —exclama Haru mirándome molesto.

—No, de verdad, todo está bien —digo de nuevo.

Tres palabras que sueltas no representan mucho y juntas en esa frase tampoco significan gran cosa, pues es solo una mentira, una respuesta de esas ensayadas para cuando todo importa demasiado pero no quieres dar ninguna explicación. ¿Cómo no va a importar? Claro que lo hace... gente como ellos, acciones como esas son las que poco a poco me han hundido y han minado mis ganas de seguir adelante.

—¿Dónde está Ray? —pregunta Haru entonces, mirando a su amigo.

—Expulsado, se armó bastante alboroto ayer después de que desaparecierais, como el director no sacó en claro sobre qué había ocurrido realmente, decidió expulsar a Ray y Yuto, los

otros quedamos sobre aviso, así que tenéis unas semanas de relativa tranquilidad, nadie se atreverá a armar bronca ahora —nos explica.

—¿Y después? —cuestiona Haru, a lo que Ryu simplemente se encoge de hombros.

Me siento como el espectador de un duelo de titanes, aunque sin duda, en esta batalla, Haru tiene el as de ganar, solo sea porque es más alto y tiene mucha más presencia que su contrincante. Me pregunto que clase de chicos han sido, son y podrían llegar a ser, pues en cierto modo, sus duras miradas, sus palabras frías y sus gestos calculados hacen que me estremezca. Cuando se separan para ir a sus asientos aún saltan chispas entre ellos. Durante las horas de clase no puedo evitar observar a Haru, pasa la mayor parte del tiempo mirando a través de la ventana, moviendo el pie, tamborileando con los dedos sobre la mesa, moviéndose inquieto... Actúa como un niño con hiperactividad, como si le fuera imposible estar quieto o centrar la atención en nada.

Es guapo, realmente muy guapo, no es algo en lo que me haya fijado ahora, es que simplemente llama la atención. Me gustaría tener la oportunidad de conocerlo mejor, y ese pensamiento a medio-largo plazo hace que me dé cuenta de que Haru ha logrado su objetivo, hacerme aguantar un poco más. Siempre me han gustado los chicos, desde que era pequeño, siempre me sentí más atraído por los de mi mismo sexo, nunca pensé que eso fuera raro hasta que un día mi mejor amigo me golpeó por cogerle de la mano. Ese día la realidad me abofeteó de manera cruel y descubrí que eso que para mí era tan normal, para otros nunca lo sería. Aprendí a base de desprecios a esconder lo que sentía y a atesorar a aquellos que no daban importancia a mi «condición». Las reacciones como las de Ray siempre han abundado más que la comprensión como la de Haru.

Nunca me he enamorado hasta ahora, me da miedo estar confundiendo todo esto que siento por Haru, ese chico de profundísimos ojos verdes. No quiero pensar que solo es admiración, gratitud o necesidad. Mi corazón y mi mente no lo soportaría, porque realmente necesito que alguien me tienda una mano, aunque jamás pensé en que fuera alguien como él quien me sacaría del profundo pozo en el que me he ido hundiendo con el tiempo.

—Tsss, Kenzo, vamos —dice apareciendo a mi lado, apoyando las palmas de las manos sobre mi mesa y dejando caer el peso de su cuerpo hacia delante.

—¿Por qué? —pregunto sin poder esconder más mi contrariedad.

Necesito saberlo, que arroje algo de luz a ese quebradero de cabeza en que se han convertido mis días, me estoy volviendo loco. Clavo la mirada en él, en esa media sonrisa ladeada que le da un aire de travieso, estoy seguro que ha sido la locura de sus padres. Nos observamos, sin embargo no dice nada, como si meditara la respuesta, o porque es tan simple que cree que no debe ni contestar.

—Porque no pienso dejarte solo —alega, como si fuese lo más obvio y mi pregunta una de esas estúpidas.

—¿Por qué me ayudaste ese día en el vestuario?, ¿por qué apareces siempre como un super héroe para salvarme de todo?

Me mira con severidad, en ese preciso momento sus ojos desprenden un brillo diferente, una nueva mirada que no había conocido hasta ahora, su rostro se ha endurecido también, está muy serio, juegos y bromas aparte parece que esto para él es importante. Puede que salvarme se haya convertido para Haru en algo... ¿vital?

Me pregunto cuántas expresiones tuyas me quedan por conocer.

—Porque me da la puta gana —suelta. Y no parece tener intención de ofrecerme más explicación.

Ante tal revelación no puedo añadir nada. Así que la única opción que me deja es levantarme y seguirle hacia fuera de la clase, por el rumbo que ha tomado intuyo que dirección a la azotea.

—Haru...

—Aja... —responde vagamente sacando un cigarrillo para encenderlo—. Supongo que tú no fumas, ¿no? —Niego con la cabeza—. Yo tengo que dejarlo —susurra.

Da una calada que retiene en sus pulmones para soltar el humo de manera pausada después, tiene la mirada perdida en algún punto del cielo, puede que en alguna de esas densas nubes con las que hemos amanecido hoy y que, de bien seguro, descargarán en cualquier momento una buena tromba de agua.

—Siento haberte metido en un lío —digo sentándome a su lado.

Haru suelta una risotada, como si acabara de recordar algo y se gira para clavar su mirada en mí, sonrío de manera tierna.

—¿Tú también? Llevo mucho tiempo metiéndome en líos. —Da una calada para soltar el humo de manera casi inmediata—. Siempre he hecho elecciones de mierda.

—¿Por qué? —le pregunto.

—No lo sé... supongo que no he sabido hacerlo mejor —argumenta, pero creo que ni a él le convence esa vaga explicación.

—Yo siempre he intentado asegurar bien mis pasos, y me han llevado a un punto muy diferente de lo que pretendía —comento con aire ausente.

—No tienes de qué preocuparte —dice aplastando el cigarrillo contra la suela de la deportiva —, sé como solucionar esto —añade guiñándome un ojo—. No obstante hasta que pueda hablar con Ray, no te confíes.

—Nunca lo hago —afirmo rotundo.

La verdad es que llevo mucho tiempo mirando siempre por encima de mi hombro, aunque muchas veces no ha servido demasiado.

—Entiendo —responde de manera escueta.

—Eres un buen tío Haru —sentencio. Esta declaración sale sin ni siquiera pensarla, puede que me haya dejado atrapar por sus ojos o esa media sonrisa embaucadora.

—Como vuelvas a besarme te tiro azotea abajo —me advierte, sin apartar la mirada de la mía.

—Lo sé.

Ambos nos quedamos mirándonos en silencio, pero no se me hace incómodo, solo que me temo que en cualquier momento el latido de mi corazón vaya a delatarme.

—¿Puedo? —pregunta Haru señalando mi pelo.

No entiendo qué pretende hacer, pero asiento con un leve gesto de la cabeza. Haru alarga una de las manos en mi dirección y noto como a cada centímetro que él adelanta, mi corazón aumenta un latido por segundo, cuando la yema de sus dedos roza mi pelo se me olvida hasta respirar. Haru enreda sus dedos en mi cabello para apartarlo después de delante de mi ojo y mirarme por unos segundos que se me hacen interminables, esboza una sonrisa y deja caer de nuevo mi flequillo a su posición habitual. Creo que está a punto de darme un ataque al corazón y he empezado a sudar.

—Me gustan tus ojos —asegura levantándose.

Me gustaría decirle que a mí me gustan los suyos, sin embargo no puedo decir nada, encajo la mano con la que me tiende y dejo que me alce del suelo con un simple tirón.

Mierda. ¿Qué cojones me pasa? ¿Qué es esa reacción? Creo que es inevitable, me estoy enamorando de Haru.

Aiko

Jolines, pesan un montón... Intento recolocar las cajas cogiéndolas mejor, pero me duelen los dedos y en nada se me van a caer ¡maldita sea! Shouta tiene razón, no tengo nada de fuerza, ¡son solo dos malditas cajas! Soy la tonta de turno a la que los profesores siempre piden este tipo de cosas, porque nunca he sabido decir que no. Debería aprender a escaquearme como hace el resto.

—Espera, te ayudo —dice alguien detrás de mí.

No me he girado, no sé quién es, pero no me importa mientras me quite una de esas cajas de encima.

—Oh Ryu, gracias —comento al ver cómo se coloca frente a mí.

Sacudo los brazos cuando me veo liberada del peso, que descanso. Ryu ahora sostiene esas cajas como si no pesaran nada, definitivamente debo tomarme las clases de educación física un poco más en serio.

—¿Qué hago con ellas? —pregunta con tono divertido.

—Tengo que llevarlas al aula de música —le respondo.

—Está bien, vamos —dice, empezando a caminar en dirección al lugar indicado.

—Oye... —Lo sé, no debería meterme pero, me puede la curiosidad, él y Haru han sido amigos desde el primer año y verlos discutir esta mañana ha sido algo extraño—. ¿Ha pasado algo con Haru?

—¿Me abres la puerta? —inquire cuando llegamos a nuestro destino.

—¡Claro! Perdona. —Me apresuro a abrirla y lo ayudo a dejar ambas cajas sobre la mesa del profesor.

No ha respondido a mi pregunta, la ha eludido de manera magistral, así que me toca quedarme con las ganas de saber qué ha pasado en realidad, los rumores apuntan a que han peleado por una chica, sin embargo me parece demasiado estúpido hasta para ellos. Mi teoría va algo más allá, aunque aún no tengo muy claro a dónde me lleva mi imaginación, ¿una pelea por una chica? Ni hablar.

—Gracias por la ayuda —digo una vez comprobado que todo está en orden.

—Aiko —me llama Ryu de repente, parándose en medio de la puerta por la que ya íbamos a salir—, ¿quieres ir conmigo al cine este fin de semana? —suelta casi de carrerilla.

Abro desmesuradamente los ojos, pues me ha pillado totalmente por sorpresa. Acaba de descartarme por completo que lo de Haru y él sea un «lío de faldas». ¿Qué les pasa a los chicos este año? ¿Se han vuelto todos locos? Ryu no parece la clase de chico que se fijaría en mí, él siempre anda con Ray y Haru y, con otra clase de gente totalmente opuesta a como soy yo. Tampoco entiendo por qué Haru se ha presentado voluntario para ayudar en el baile, no encaja. No comprendo por qué Ryu me ayuda a llevar cajas o me pide una cita, este año nada se ajusta a lo normal. Si fuese Shouta diría que la explicación más verosímil es que hemos caído en algún tipo de bucle y nos hemos trasladado a una dimensión desconocida, una realidad paralela... una distopía.

—¿Hola? —escucho a Ryu moviendo las manos frente a mi cara, para sacarme de mi ensoñación.

—Aahhh —empiezo a decir.

Soy consciente de que me he quedado callada demasiado rato, pero ese monosílabo es lo único que atino a pronunciar, hasta ahí todos mis argumentos. ¡Bien Aiko! Así se hace, con

convicción.

—Vale, perdona... —dice él sin perder la sonrisa—. Ha sido una estupidez.

—No, bueno yo... lo siento. Es que me has pillado por sorpresa.

—¿Una sorpresa buena o una sorpresa mala? —pregunta con cierto tono de esperanza en la voz, o eso es lo que a mi me parece.

—Nunca hemos hablado mucho y la verdad es que creo que somos muy diferentes y... pensaba que te gustaban «otra clase de chicas». —Mierda, ¿por qué hablo sin pensar? Siento como mi cara se ha puesto roja como un tomate—. Que no quiero decir que yo te guste eh... yo no... no pretendía decir... es que... al decir eso y... mierda, me estoy haciendo un lío, perdona.

Ryu sonríe divertido y se aparta de delante la puerta para dejarme escapar, cosa que agradezco enormemente. Pero cuando ya la he abierto y estoy a punto de echar a correr por el pasillo, me doy cuenta de que es cruel irme sin decirle nada, al menos nada claro y con sentido. Si fuese yo, me gustaría una respuesta, aunque fuese negativa.

—Lo siento —artículo girándome—. Es que me gusta alguien.

Su cara muestra una mueca de decepción, creo, no puedo estar segura, sin embargo no dice nada ni pierde la sonrisa, aunque ahora se ve algo más forzada que hace un momento.

—El *friki* es un chico con suerte —murmura pasando por mi lado y, perdiéndose por el pasillo.

¿*Friki*? ¿Shouta? ¿Qué? ¡No! Sacudo mi cabeza totalmente aturdida, ¿por qué todo el mundo piensa que Shouta y yo somos pareja?

—Arrgg... —gruño molesta antes de dirigir mis pasos de nuevo al aula.

Lo que me faltaba hoy, en serio no es mi día, creo que me he levantado con mal pie... En ese instante alzo la mirada y es cuando los veo a lo lejos. Así que acelero el paso para encararlos, aunque sea por la espalda.

—Mira tú que bien... ¡Capullo! —le grito dándole un empujón, mierda de impulsividad que algún día me valdrá que me den un tortazo, inmediatamente me arrepiento de ello y me aparto un poco de Haru, ¿y si me golpea como ha insinuado Shouta?

—Perdona —dice él al girarse—. Surgió algo inesperado, pero estaré ahí en la próxima reunión.

Lo miro entrecerrando los ojos con absoluta desconfianza, no entiendo nada, este curso parece que todos se han empeñado en hacer lo contrario a lo de siempre. ¿Se está disculpando? Haru está pidiendo perdón. Inaudito. Si me pinchan no me sacan sangre.

—Yo también lo siento —añade Kenzo que está a su lado.

Vale, a eso se le llama ganarme por la mano. Esperaba malas excusas y justificaciones vagas, incluso una renuncia formal alegando que se habían apuntado solo para quedar bien frente al tutor. No, no me esperaba una disculpa, para nada y eso me rompe por completo los esquemas.

—Ahhh... —Abro la boca, pero no consigo articular palabra, genial, es la segunda vez hoy que me quedo sin saber qué decir—. La próxima reunión es mañana —murmuro.

—Ahí estaremos —dice Haru, dándose la vuelta para alejarse.

No entiendo nada. Observo cómo se marchan ¿desde cuándo esos dos son tan amigos? ¿Qué está pasando? El *status quo* del instituto se está yendo a la mierda, ¿se acerca un apocalipsis *zombie* y no me he enterado? Ahora solo me falta ver a Shouta rodeado de un montón de gente siendo sociable y normal, para definitivamente poder pensar que me han abducido unos alienígenas y estoy en un universo paralelo. Nos estamos volviendo todos locos, pienso cogiendo la mochila para irme a casa.

—Te espero a la salida, si tardas me marchó sin ti —gruñe Shouta pasando por mi lado

arrastrando los pies y, mirando la pantalla de su móvil como viene siendo habitual.

Gracias a Dios, suspiro aliviada. Al menos queda algo de normalidad a la que aferrarse.

Haru

Vaya peñazo de reunión y vaya mierda de baile que quieren organizar. Estas cosas solo sirven para que gente como ellos se pegue un panzón a trabajar, y gente como yo lo boicotee todo. Al final unos por otros nadie disfruta y todo termina siendo un asco. Un baile de duendes y no sé que pollas más. «Sueño de una noche de verano» lo han llamado, quieren que haga frío y haya humo, purpurina y dulces estrellitas plateadas refulgiendo, luces de colores por doquier... Voy a vomitar. En el reparto de tareas parece que hemos tenido algo más de suerte y nos toca el tema de la música, aunque pringaremos ayudando en la decoración, pero bueno. Mantenerme ocupado no me parece mala idea, jugar con purpurina un poco más, sin embargo creo que podré soportarlo sin morir en el intento.

Todos parecen entusiasmados con la idea del baile, bueno todos menos Kenzo y yo, que estamos claramente fuera de lugar, bueno... Miro a mi derecha, Shouta tampoco parece estar pasándose demasiado bien, me pregunto qué diablos hace allí, no parece la clase de tíos que se deja liar en esas tonterías.

—Ya hemos terminado —anuncia Aiko, sentándose en la silla que hay frente a mi y alargándome un papel en el que observo que tengo que firmar—. Toma. Es el control de asistencia —me informa—. Participar activamente está... digamos que recompensado de algún modo.

—¿Por qué está mi nombre en la reunión anterior si no fui? —Señalo en el papel justo donde aparece mi «firma».

—De nada —dice Aiko levantándose, Shouta la está esperando en la puerta, y ahora me encaja un poco más todo.

Ha empezado a chispear justo cuando apenas hemos empezado a regresar a casa, poco a poco esa fina y fría lluvia nos va calando, somos dos tontos sin paraguas, no obstante a mi lado Kenzo no parece tener más prisa que antes de empezar a llover, y yo... Bueno, yo no tengo prisa en llegar a casa nunca.

—¿Has ido a algún baile de esos? —pregunto, aunque no sé muy bien porque, tampoco es que me interese mucho la respuesta.

—No, ¿tu?

—¿Yo? Nunca —digo—. Tiene pinta de ser un peñazo.

—Coincido.

La ropa empapada poco a poco empieza a pegársenos en el cuerpo, paso de manera distraída la mano por el pelo para echarlo hacia atrás, salpicándolo todo al hacerlo, a mi lado Kenzo parece mirarme de reojo, creo que va a decir algo, pero ninguna palabra más sale de entre sus labios apretados. Suelto una carcajada.

—¿Qué? —pregunta.

—Hace un frío de cojones —anuncio, aunque creo que él debe ser igual de consciente que yo de ese detalle.

—Quieres... ¿Quieres subir a mi casa? —inquire, cuando llegamos frente al portal de su edificio.

—No.

—No voy a intentar nada, si es lo que te preocupa. —Al decir eso sus mejillas se han enrojecido un poco.

—¿Crees que me preocupa eso? —exclamo divertido, verlo tan apurado y avergonzado me

divierte.

—Supongo que no.

—Nos vemos mañana —me despido.

Cuando estoy con él soy y me siento diferente, todo a mi alrededor se vuelve extraño, aunque no de un modo malo, sino de manera terrorífica. Siempre he sido un tío de acción, pero ahora hay cosas en las que dudo, que me irritan cuando antes no lo hacían, que me preocupan. Cosas que me dan miedo.

El sonido del despertador taladrándome el cerebro hace que esta mañana me despierte de bastante mal humor, esas cosas que pasan a veces, sin embargo este día tiene un componente especial para que mi carácter se agrie todavía más, y es que Maiko ya no está en casa, tenía prisa en marcharse, cosa que puedo entender. Como era de esperar, mi madre pareció colapsar con la noticia y obviamente, toda la culpa era mía. Soy un mal hijo y un desagradecido, un bastardo bueno para nada que caeré muerto en cualquier cuneta y nadie va a echarme de menos. Algún día le demostraré a esa vieja lo equivocada que está.

Me incorporo sobre el colchón pesadamente, arrastro las palmas de las manos por el rostro terminando el proceso sacudiendo un poco mi pelo. Intento levantarme, pero termino cayendo de nuevo sobre la cama, marco mentalmente un día más en el calendario de la revisión de mi condena, cuando cumpla la mayoría de edad ya nada va a retenerme entre esas paredes. Sin embargo esa mañana algo más ocupa mi mente, y no es otro que Ray y su vuelta al instituto. Terminada la tregua empieza una nueva batalla, aunque tengo mi contraataque bien preparado, no soy muy bueno con las estrategias, de hecho suelo golpear y después preguntar, pero esa vez creo tener una baza en mi favor. Suspiro, espero que todo salga como he planeado.

Me enfundo los vaqueros y las deportivas. El silencio reinante me informa que estoy solo en casa, y lo confirmo cuando al salir nada huele a café. Vuelvo a entrar en mi dormitorio para elegir una camiseta y un jersey cualquiera, tiro de la mochila que cuelgo de un hombro, al pasar por el recibidor cojo las llaves al vuelo y cierro la puerta tras de mí echando a correr escaleras abajo camino del instituto.

—¡Ray! —La suerte me sonríe y puedo interceptarle antes de que haya alcanzado siquiera la avenida.

Sabía que no sería un buen recibimiento, pero de pronto dos de ellos se abalanzan sobre mí, haciendo que mi mochila caiga al suelo y mi espalda impacte contra la pared de esa calle cualquiera, poco transitada debido a la hora que es.

—Voy a matarte —anuncia con voz calmada caminando en mi dirección, donde me tienen agarrado.

—Vengo a proponerte un trato —digo, logrando así que su puño se detenga a pocos centímetros de impactar en mi cara.

—Tienes un minuto para convencerme —replica, haciendo un gesto para que me suelten.

—Hablo rápido, seguro que me sobran —chuleo.

—Entonces que sean solo treinta segundos.

—Necesitáis ayuda con lo de los *iPhone*, ¿no? —Su cara me dice que no había pensado en ese tema y yo no puedo evitar sonreír—. Este es el trato, os ayudaré con eso, además renuncio a mi parte, a cambio quiero que dejéis a Kenzo en paz, cómo alguien le toque un pelo tiro de la manta, me hundo yo pero vosotros conmigo.

—No serás capaz —gruñe entre dientes.

—Sabes que sí. —La voz no me tiembla, mi determinación es demasiado fuerte para que haya ninguna duda en lo que digo. Sacudo esas manos que me agarran y me yergo.

—¿No necesitabas la pasta? —inquire Ray.

—La necesito, pero ya me buscaré la vida por otro lado... Ese no es problema tuyo.

—Vaya —comenta, y su sonrisa se vuelve sardónica, se acerca un paso en mi dirección, quedando muy cerca de mi cara, creo que intenta intimidarme—. Sí que te ha dado fuerte con esa putita.

—No te pases Ray —murmuro, adelantando yo también un paso, en eso de amedrentar tengo un puto master—, no me busques porque me encuentras.

—¿Crees que podrías con los cuatro? —cuestiona, consciente de que la superioridad numérica juega en su favor.

—No necesito poder con los cuatro, solo necesito darte fuerte a ti, después todo lo demás me la suda. —Ray retrocede y me mira de arriba a abajo con una mueca de fastidio, sabe que lo tengo pillado por los huevos, aunque no quiera reconocerlo, yo gano: Haru 1 Ray 0. Lidero el marcador y voy a seguir haciéndolo—. ¿Y bien? —pregunto, aunque es una mera formalidad, sé cual va a ser su respuesta.

—Eres un jodido traidor —dice alargando la mano con una enorme y falsa sonrisa decorando su maldito rostro.

—No seas absurdo, la amistad nunca nos ha unido —replico, al tiempo que encajo la mano con la que él mantiene suspendida en el aire—. Tómalo como que los dos hemos sacado provecho de esta unión mientras nos ha sido favorable.

Así cerramos ese «trato», cuando llegue el momento, yo haré mi trabajo, espero que él cumpla con su promesa también.

PRIMAVERA

Kenzo

He estado evitándolos todo lo que he podido, pero cuando los veo aparecer esta mañana todo mi cuerpo se tensa. ¿Es miedo? Puede, aunque prefiero pensar que simplemente es el instinto de supervivencia que me insta a seguir vivo un poco más. Me obligo a no hacer nada, podría huir o esconderme, sin embargo me quedo quieto, ahí de pie, frente a la puerta del instituto donde cada mañana me encuentro con Haru, observando como poco a poco se van acercando a mí. Al pasar por mi lado, no me pasa inadvertida la mirada de asco, no obstante sorprendentemente no dicen nada, ni una sola palabra, ningún insulto, golpe o empujón. ¿Puede Haru haberse ocupado de eso como dijo? No puedo salir de mi sorpresa, Haru es asombroso, un jodido super héroe capaz de solucionarlo todo.

—Buenos días —dice a mi espalda, cogiéndome por sorpresa, no lo he visto llegar.

—¡Buenos días! —exclamo sobresaltado.

Cuando me giro temo que la expresión de mi rostro revele más de lo que la razón me dice que debo decir, pero sin duda mi cara debe reflejar el aturdimiento que siento en ese instante ante Haru... En estos meses él se ha convertido en alguien imprescindible en mi vida, y yo pienso que me he enamorado perdidamente de él. Vale, estoy totalmente sobrepasado, soy incapaz de hilar un pensamiento cuerdo. Enamorarse de un hetero es un error de novato, además hacerlo de uno como Haru es un suicidio emocional sin precedentes.

—¿Estás bien? —me pregunta, dándome un manotazo en el brazo—. Estás distraído.

—Ellos han pasado y no me han dicho nada, ¿cómo has...? —Me quedo callado mirándolo y como cada vez que lo hago, se me acelera el corazón—. Dime que no has hecho nada ilegal, por favor —le suplico.

—Aún no —responde sonriendo.

—¿Qué quiere decir «aún no»? —inquiero angustiado.

—¿Vamos? —Señala el instituto ignorando mi pregunta, y a pesar de que él da un par de pasos, mi cuerpo ha decidido no moverse, solo puedo mirarlo embelesado—. Kenzo, no me mires así, me pones nervioso.

—Lo siento —me disculpo, seguro que todo yo he enrojecido, así que me veo obligado a descender la cabeza para evitar que se dé cuenta—. Lo de que vas a hacer algo ilegal... era broma ¿verdad? No te vas a meter en un problema por mi culpa, ¿no? Haru, sé que sois amigos, pero Ray no creo que sea de fiar y...

—Deja de preocuparte por tonterías. —Me corta de manera seria.

—No son tonterías —murmuro siguiéndolo un par de pasos por detrás—. Me parece un detalle bastante importante a tener en cuenta.

Haru detiene el paso en medio del pasillo, voy tan distraído con mis pensamientos recurrentes que no freno a tiempo y choco contra su espalda, que por cierto es ancha y fuerte como una roca. Alzo la mirada para encontrarme con sus verdes ojos y su pelo enmarañado, puede que algo más despeinado de lo habitual.

—Me miras como si me debieras algo... —dice bajando la voz y acercándose tanto a mí, que puedo respirar el aroma de su piel—. Puede que no sea tan bueno como crees, de hecho, mis motivos no son nada altruistas, solo te estoy utilizando para limpiar mi conciencia, eso es todo —argumenta y alza los hombros con gesto de culpabilidad, como si acabara de confesarme que es el mismísimo Jack el Destripador. Me parece entrañable de un modo que no puedo ni expresar.

—No sé nada de cómo eras antes, ni qué es lo que te atormenta tanto. Solo conozco lo que veo ahora, te debo la vida y no es solo una manera de hablar. Por lo que a mí respecta, ya has expiado todos tus pecados...

—¿No te importa que te utilice? —pregunta extrañado.

—¿Crees que algo así me dolería después de todo lo que he pasado? —cuestiono de vuelta.

—Eres más fuerte de lo que crees —dice Haru, su voz llega como un ligero susurro, como si no quisiera que nadie más que nosotros pudiese ser partícipe de esa conversación.

—Eso no es verdad, te sigo necesitando —confieso.

—¿Me necesitas? —murmura, y puedo advertir un ligero cambio en su rostro.

—Demasiado —reconozco.

No puedo evitar encogerme, recogiendo ambos brazos a la altura del pecho, me siento vulnerable, pero de un modo totalmente distinto. Había bloqueado mi corazón acostumbrándolo a la soledad, pero ahora siento que no podría volver a esos días, ahora ya no. Me acabo de dar cuenta de que necesito a Haru más de lo que pensaba, más de lo que jamás he necesitado a nadie, no es solo por la manera en la que me trata y me protege, sino por cómo me hace sentir.

La sonrisa de Haru se amplía y me desarma, su gesto es suave y calmado, como si estuviese en paz consigo mismo y sin añadir nada más se marcha en dirección a nuestra clase, dejándome ahí plantado como siempre, en silencio viéndolo alejarse.

El día transcurre de manera habitual, el miedo de mi corazón poco a poco se ha ido transformando y cambiando, que no desapareciendo, pero día tras día tengo más ganas de seguir adelante, o eso es lo que me digo cada mañana al despertar. Lo que sí es cierto es que poco a poco he ido olvidando las ganas de llorar.

Por la tarde después de las clases, todo ocurre de la manera acostumbrada, como ha ido pasando las últimas semanas. Empieza a agradarme tener compañía y alguien con quien poder hablar, mi voz ha ido cogiendo fuerza y saliendo de manera más natural, y aunque todavía me siento culpable cada vez que me río, los últimos días lo hago con más frecuencia. Siento que puedo volar, lo que implica que cuando caiga, voy a hacerlo desde mucho más alto, sin embargo he decidido que eso no me importa, podría confiar en no caer, pero prefiero hacerlo en que cuando ocurra, él me sujetará.

Como todas las tardes nos despedimos frente a mi portal, este día tiene el agravante de que es viernes y no voy a poder verlo en todo el fin de semana. Lo observo alejarse calle abajo, los primeros días lo hacía con agradecimiento en la mirada, no obstante soy consciente de que ahora esta no solo transmite devoción y admiración, también toneladas de amor. Hasta mi hermano se ha dado cuenta de ese pequeño cambio que hace que incluso haya empezado a sonreír, aunque aún cuesta, ahora sé que soy capaz de volver a hacerlo. Taiki piensa que una chica es la causante de mi repentino cambio de humor. Mi hermano y yo nunca hemos estado demasiado unidos, nos queremos, pero no sabe nada de mí, como yo tampoco me he preocupado en conocer mucho de él, puede que se deba a la gran diferencia de edad que nos separa.

Cuando me acuesto en la cama pienso en Haru, que se ha colado en mi mente y mi alma como una droga de la que no me quiero desprender, aunque sepa que me va a terminar matando. Cuando estaba solo no necesitaba nada más, pero los lazos con las personas son eso, pura droga, antes de que puedas darte cuenta ya eres dependiente y necesitas un poco más cada día, cada instante.

Me gusta soñar, sobre todo cuando lo hago con él. Esta noche no es diferente a las otras, sus ojos verdes me están acompañando en una nueva aventura onírica cuando de pronto un molesto zumbido se cuela en mi subconsciente materializándose hasta en mi sueño. Al intentar abrir los ojos, lo primero que siento es un enorme cabreo, ¿por qué algo tan absurdo interrumpe mis

sueños? Tardo un buen rato en ser lo suficiente consciente como para saber que se trata de mi teléfono. Me despierto alterado, tengo los ojos pegados y las manos me tiemblan cuando atino en coger el móvil y responder.

—¿Diga? —gruño con la voz pastosa, de reojo puedo ver el despertador de la mesa, que con luces rojas anuncia que son las dos de la mañana. Entonces es cuando tomo conciencia y me altero, centrando toda mi atención en la voz que llega de mi interlocutor.

—Kenzo... Lo siento, necesito tu ayuda —dice Haru, desde el otro lado y, su voz suena a derrota.

Haru

Era un golpe planeado el milímetro, no de esos de «conozco a un tipo, que conoce a otro tipo...», en este caso era información certera y veraz.

Hasta el último momento cada sucesión de acontecimientos había ocurrido como estaba planeado. Todo iba bien. Iba, pretérito imperfecto, casi tan imperfecto como ha resultado terminar la noche. Supongo que eso es lo que pasa cuando un vínculo se rompe y se pierde la confianza en el que tienes al lado, o puede que simplemente era lo que tenía que pasar, puede que me lo merezca por gilipollas, por que se tiene que ser estúpido para amenazar a Ray y no pensar en que intentará jugártela. Cuando de pronto todo se tuerce y sabes que va a terminar mal ya es tarde y no puedes hacer nada, bueno, sí podría haber hecho algo, siempre hay salida para una rata como yo pero, me han cortado toda posible reacción con una sola frase en mi oído: «Déjate pillar y Kenzo gozará de una vida escolar tranquila y feliz. Sé buen chico Haru y diviértete en comisaría, dicen que a la tercera va la vencida». Los ojos de Ray han brillado de felicidad cuando ha podido leer en los míos la derrota. No he podido hacer nada, cuando he querido darme cuenta, ya estaba esposado y en el asiento trasero de ese coche patrulla. Lo habían preparado para joderme.

No importa, no sé cómo, ni dónde, mucho menos cuando, pero se lo voy a hacer pagar, la escoria no puede conseguir lo que se propone y Ray es basura, algún día caerá y yo estaré ahí para verlo y disfrutarlo. Ya lo creo que voy a disfrutar, será como tener un puto orgasmo viendo su caída en picado. Algún día podré disfrutar de eso, estoy seguro.

Pero ahora mismo me siento un completo idiota, además estoy cansado, desesperado, sobrepasado y muchas otras cosas que como tengo sueño no puedo ni pensar. Cuando cuelgo el teléfono de esa única llamada que me han dejado hacer, me obligan a sentarme de nuevo en el banco de madera en donde simplemente me dispongo a esperar, esas esposas me están haciendo heridas en las muñecas. Detenido. Una vez más. No podía llamar a mi casa, tampoco a Maiko, por lo que de pronto me he dado cuenta que Kenzo es el único que ahora mismo está en mi vida y, no sé si alegrarme o deprimirme por ello. Es extraño, la manera poco ortodoxa de conocernos, esa desesperación palpable en sus ojos inundados por las lágrimas, esa desesperanza manifiesta... Somos tan parecidos y a la vez tan diferentes.

—¡Tú! —exclama alguien hacia mí—. ¡Muévete! —dice empujándome hacia la derecha para dejar parte del banco libre.

—Si no vienen a buscarlo, tenemos libre la celda dos para él —comenta alguien señalándome.

En comisaria carecen de modales, desde que me han detenido hasta ahora solo me han tratado como basura. Puede que lo sea. Dejo caer la cabeza hacia atrás, dejándola apoyada contra la pared y cierro un momento los ojos, me siento tan agotado que podría dormirme. Pero así, en esa posición, con la tranquilidad que ofrece la oscuridad de mi mente, de pronto los ojos bicolor de Kenzo se me aparecen y no sé por qué en ese momento pienso en ese fugaz beso que me dio. Es un pensamiento absurdo, sin embargo ahí está, reapareciendo en el peor momento. He tocado fondo y soy consciente de eso, ponerme a pensar en ese jodido beso no va a solucionar nada, al contrario, solo lo empeorará. No puedo evitarlo y no es la primera vez que pienso en ello. Tan roto, tan solo y confundido... Y ese beso, ese sutil y casi efímero roce de sus labios, que me pilló por sorpresa pues no me lo esperaba. ¿Quién podría esperar algo así? Tan solo fue un instante, pero desde ese día continuamente he pensado en eso, sin saber muy bien por qué.

—¿Qué te trae por aquí, guapo? —Escucho que preguntan muy cerca de mí.

Abro un ojo sorprendido, casi asustado, ¿me he dormido de verdad? Sentada a mi lado hay una mujer de mediana edad con pintas de fulana. La repaso de arriba debajo de manera bastante descarada, y me corrijo inmediatamente, no son pintas de, es una fulana y debe tener más o menos la edad de mi madre, cosa que me altera un poco, todo hay que decirlo. No creo que sea la primera vez que pisa una comisaría, se la ve suelta y resuelta, no como a mí, puede que por eso haya decidido hablarme.

—Estaba en el lugar y el momento equivocados, pero es todo un error —respondo con media sonrisa.

—Claro, y yo no follo por dinero —susurra muy cerca de mi oído.

—Lo sé, se nota que lo haces por amor —le confirmo, y vuelvo a sonreírle de manera embaucadora.

—¡Claro! —exclama de manera teatral, alzando la voz y ambas manos unidas por las esposas—. ¿Que culpa tengo yo de ser tan enamoradiza? —dice soltando un suspiro—. El problema son los hombres, que no saben comprometerse con nada ni con nadie, es su naturaleza.

—Cierto, los tíos tenemos fobia al compromiso —corroboro.

—Bah, que vas a saber tú, solo eres un niño.

—Pues también es verdad —contesto con una mueca, volviendo a dejar caer la cabeza hacia atrás y cerrando de nuevo los ojos.

¿Qué voy a saber yo? Solo soy un crío, un niño sin futuro que se ha dedicado sistemáticamente a joderlo todo. Aunque ahora me estaba esforzando por hacer lo correcto, o eso es lo que me gustaría creer.

—¿Has llamado a tus padres? —pregunta la mujer a mi lado y cuando vuelvo a mirarla la expresión de su rostro ha cambiado totalmente—. Deben estar muy disgustados.

—Ohh, ya lo creo que lo están, pero llevan así desde el día en que nací, la llamada no ha tenido nada que ver en eso. —Sonrío con sincera amargura—. La verdad es que he llamado a un amigo, espero que él pueda venir a salvarme de esta, y sino... —Me encojo de hombros, pasar la noche en comisaría no me hace especial ilusión.

—Es un buen amigo entonces si confías tanto en él.

—Como en un super héroe —susurro.

A veces las amistades nacidas de lo más profundo de las tinieblas son las más verdaderas, a las buenas todos son amigos, los auténticos son los que están dispuestos a compartir la desgracia del otro y permanecen aún cuando les has mostrado tu lado más oscuro y, les has dejado conocer lo que te hace más vulnerable. Me queda mucho por compartir con el tipo raro, pero algo me dice que estará ahí, pase lo que pase, y eso en este momento me supone un gran alivio. Puede que me guste estar con él, el hecho de sentir que me necesita empaña un poco la sensación de que yo lo necesito también a él, y ese empate técnico es lo que me ofrece la posibilidad de reinventar quien soy o mejor dicho, intentar ser quien de verdad quiero ser.

—Tú —escupe un hombre uniformado frente a mí—. Han pagado la fianza —me informa con un tono de voz cercana al fastidio más absoluto—. Ahora vendrán a quitarte las esposas, a la salida podrás recoger tus efectos personales y espero que no tengamos que volver a verte por aquí pronto.

—Gracias —susurro.

—Vaya, tu amigo se ha dado mucha prisa —dice la mujer sonriendo—. Me alegra que tengas tan buenos amigos —añade, y se le nota que es sincero su comentario.

—A mí también —digo impaciente por poder salir.

Joder, por primera vez en mucho tiempo siento ganas de llorar, pero no estoy triste ni me

encuentro mal, la verdad es que me siento de puta madre.
Además, tengo muchas ganas de verlo.

Kenzo

Cunando he colgado el teléfono me ha llevado solo dos segundos reaccionar, no podía creérmelo, sin embargo no he dudado ni un instante. Despertar a Taiki ha sido un poco más difícil, explicarle la situación bastante complicado, me ha costado mucho hacerle entender por qué tenía que venir conmigo a comisaría y por qué necesitaba que él, como adulto, firmara los papeles de alguien que no conoce. Pero supongo que la desesperación en mi voz y las lágrimas han ayudado a terminar de convencerlo. Hemos hecho el camino en silencio, él ha preguntado y yo no he sabido responder, así que ambos hemos optado por permanecer callados.

Cuando por fin Taiki ha terminado todo el papeleo y ha pagado la fianza nos han dicho que teníamos que esperar. Jamás los minutos me habían pasado más despacio, ha sido una auténtica tortura. Pero esos instantes antes de verlo aparecer me han hecho pensar en algo ¿por qué yo? ¿Por qué a mi? Y pensar que Haru puede que no tenga a nadie más me ha hecho entender un poco sus palabras y ciertos comentarios. He sabido entonces, que no sé nada de él y quiero conocerlo todo.

—¡Haru! —grito, puede que un poco demasiado fuerte al verlo aparecer.

Camina despacio, frota con la mano derecha su muñeca izquierda, tiene los ojos enrojecidos y se marcan unos profundos surcos bajo sus cuencas, presenta un aspecto bastante lamentable, aún así mi corazón da un vuelco y se me acelera la respiración.

—Gracias —dice cuando llega frente a mí—. Te juro que te devolveré el dinero, yo...

—No pasa nada —me apresuro a decirle. Taiki carraspea a mi espalda.

—Vamos —gruñe mi hermano con voz grave.

Una vez fuera Haru toma una gran bocanada de aire, parece nervioso, inquieto ¡joder! No es para menos, yo en su situación no habría sabido mantenerme tan entero.

—Taiki, él es Haru es...

—Sé quién es, es el tío que hace que mi hermano pequeño me despierte a las dos de la madrugada para ir hasta una comisaría a pagar una fianza —comenta con molestia en la voz.

—Lo lamento mucho —se disculpa Haru, agachando la cabeza casi haciendo una ligera reverencia frente a mi hermano—. Prometo que devolveré el dinero.

—El dinero no es lo que me preocupa —suelta Taiki con severidad—. Kenzo, sube al coche, nos vamos.

—Sí —respondo—, vamos Haru...

—No —corta mi hermano—. Hasta aquí ha llegado nuestra obra de caridad.

No me lo puedo creer, miro a mi hermano enfurecido y con las lágrimas a punto de saltar de mis ojos, sin embargo las retengo, porque llorar ahora no soluciona nada. Haru es fuerte, y estoy seguro de que está en esta situación por mi culpa, que esta ha sido la solución a «mi problema», Ray es un mierda que no merece vivir. Estoy tan nervioso que me cuesta hasta respirar y todo mi cuerpo empieza a temblar.

—Eh, tranquilo tipo raro, yo me voy por mi cuenta —dice Haru.

—De eso nada —exclamo cogiéndolo de la manga de la chaqueta para retenerlo—. También es mi casa —suelto mirando a Taiki, que abre desmesuradamente los ojos.

—¿Intentas jugarme un pulsito Kenzo? —replica mi hermano levantando una ceja

—No, pero llevo meses ahí y jamás te he pedido nada, no he interferido en tu vida y creo no haber sido una molestia para ti, eres mi hermano joder, ¿no puedes hacer esto por mí? Haru es mi amigo y me necesita, eso debería ser suficiente.

Taiki abre la boca, aunque la vuelve a cerrar, creo que quiere decir algo pero no encuentra las palabras, así que finalmente todos subimos al coche y nos mantenemos en silencio hasta llegar al apartamento. Entonces Taiki me dedica una de esas miradas de «ya hablaremos», y se mete en su habitación sin añadir nada. Puede que esté preocupado por si el joven delincuente nos roba lo poco que tenemos, no puedo evitar sonreír ante tal pensamiento.

—¿Quieres darte una ducha? —le pregunto a Haru, una vez entramos en la habitación.

—Si no es mucha molestia...

Cuando Haru se encierra en el baño dejo que todos mis nervios afloren, las piernas me tiemblan tanto, que tengo apoyarme en la pared para sostenerme y no venirme abajo. Esta noche, todos esos nervios, la policía... Me han hecho revivir una noche de meses atrás, cuando encontré a mi madre muerta. Sé que no se puede comparar una cosa con la otra, pero desde que el sonido del teléfono me ha despertado hasta que lo he visto aparecer me he temido lo peor, y una y otra vez los recuerdos de esa noche han vuelo a mí a modo de tortura lenta y agónica. Ha sido horrible, sin embargo ahora puedo respirar. Mañana hablaré con Taiki y me disculparé apropiadamente, no puede estar toda la vida enfadado conmigo, estoy seguro de que si le cuento un poco la situación será capaz de entenderlo, al menos eso espero. Tiro de la sábana para empezar a desarmar la cama.

—¿Qué haces? —Haru está en el quicio de la puerta y me observa, lleva puesto uno de mis pijamas que le queda visiblemente pequeño y eso me hace gracia.

—Cambiarle las sábanas —digo—. Yo dormiré en el sofá.

—Ah, no joder, no voy a dejarte sin cama —replica Haru adentrándose en la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

—Estás diciendo que... ¿durmamos juntos? —pregunto sin poder esconder mi incredulidad.

—¿Eres capaz de dormir conmigo sin meterme mano? —cuestiona Haru con una sonrisa de medio lado.

—Puedo intentarlo —reconozco, y a pesar de que lo digo en tono de broma, hay algo de verdad en eso.

—Consíguelo o te juro que te parto la cara.

—Entendido.

Dios mío, tengo que lograr calmarme o voy a pasarlo muy mal, solo de pensar en dormir al lado de su cuerpo me entran calores. Respiro para intentar serenarme, pero me temo que no lo voy a lograr. Haru se sienta sobre el colchón, la última vez que estuvo allí lo besé, ¡mierda! No debería pensar en eso.

—Oye —empiezo a decir, necesito preguntárselo y este me parece tan mal momento como cualquier otro. Así calmo mis agitados pensamientos.

—No ha sido culpa tuya —se anticipa, como si fuese capaz de leerme la mente—. He pecado de ingenuo.

—Ray —gruño, y me siento a su lado. Maldito bastardo, todo eso es culpa suya—. Dijiste que no querías seguir siendo «esa clase de tío», ¿a qué clase de tío te referías? —pregunto de pronto, estoy seguro que volver a comisaría no entraba dentro de sus planes de cambio.

—Pues está claro que no de la clase que tiene que llamarte para que pagues su fianza —bromea—. Mi hermana está preñada —dice de pronto y, al hacerlo puedo ver en sus ojos que es algo que puede que no le haya contado a nadie.

—Vaya. —Es lo único que atino a decir, y me arrepiento de no ser capaz de formular una frase un poco más inteligente, al menos una frase entera.

—No quiero ser la clase de tío que deja embarazada a una chica y elude su responsabilidad,

de la clase de hombre en el que no se puede confiar.

No lo conozco mucho, así que no puedo asegurarlo, sin embargo el pesar que noto en su voz me hace entrever que Haru es alguien casi tan roto como yo, puede que por motivos totalmente distintos, pero... el resultado a largo plazo ha sido el mismo, la tristeza pesa sobre nuestros hombros y puede que estemos tan acostumbrados a ella que nos cuesta desprendernos.

—Yo confío en ti ciegamente —digo de pronto, y en un acto impulsivo cojo su mano entre las mías—. Puede que seas el único en quien lo hago.

—Entonces, cuéntamelo —me pide clavando su mirada en la mía.

Y no hace falta decir más, sé qué es lo que quiere que le explique, y por primera vez en todo este tiempo estoy preparado para ello.

—Mi madre murió hace casi un año.

No sabía que decirlo me supondría tal alivio, pero la verdad es que hacía tiempo que necesitaba expresarlo en voz alta, es como que escucharlo lo hace más real y a pesar de que duele, es mejor así.

—Lo siento.

—Ella estaba enferma —sigo, pero me doy cuenta que mi voz ha perdido fuerza—, un día llegué tarde, había estado con unos amigos del club de fútbol y la encontré tirada en el suelo, llevaba horas muerta.

—Joder.

Haru pega un tirón de mi mano y de pronto me siento rodeado por sus brazos. Siempre pensé que odiaba los abrazos, tal vez porque cuando más los necesité nadie me los dio. Haru es cálido y reconfortante, además huele a mi champú. Cierro los ojos y me dejo acunar por su respiración. ¡Maldita sea! No quería llorar, pero creo que no lo voy a poder evitar, soy un llorón.

Haru

Dormir en una habitación diferente hace que te despiertes de manera extraña. No sé que hora es, pero por la intensidad de la luz debe ser cerca del mediodía. Me giro sobre mí mismo esperando encontrar a Kenzo, sin embargo la cama está vacía y fría. Me incorporo sobresaltado.

—¡Eh! —exclamo al verlo—. ¿Qué haces en el suelo? ¿Tan irresistible soy?

—Sí, mucho, pero aparte es que no parabas de moverte.

Puede que tenga razón, a pesar de que enseguida me quedé dormido, he tenido pesadillas toda la puta noche, no he descansado nada y la verdad es que me siento agotado, aunque Kenzo, tumbado en el suelo, creo que se ha llevado la peor parte.

—Lo siento —digo levantándome y sentándome a su lado.

—Bueno, no importa —miente, y lo hace dando un bostezo y estirando todos sus miembros—. Mi hermano se ha ido a trabajar —me informa, yo solo suspiro, vaya buena primera impresión le he causado—. Eh, no te preocupes... es solo que, desde lo de mi madre, no hemos pasado una buena racha.

—Ya imagino —afirmo.

Joder el tema de su madre, no quise entrar en demasiados detalles, pero ahora me encajan muchas cosas, y puedo entenderle un poco mejor. No ha tenido una vida fácil.

—¿Quieres un café? —me ofrece levantándose.

—Eso sería genial.

Lo sigo en silencio hasta la cocina y, me siento en una de las sillas de la pequeña mesa acristalada que hay pegada a una pared. No es un piso muy grande pero es bonito, creo. Kenzo toma dos tazas de uno de los armarios y sirve un poco de café, después deja la taza frente a mí, junto con azúcar y leche. Me siento incómodo, aunque no es esa clase de incomodidad insalvable, sino que tengo la necesidad de hacer o decir algo para agradecerle todo lo que ha hecho por mí, sin embargo me temo que nada de lo que haga o diga va a poder expresar suficiente gratitud. Paso las manos por mi pelo y suelto un suspiro, creo que si volviera a tumbarme en una cama, podría dormir durante horas.

—¿Vas a explicármelo? —pregunta al fin, como si eso le llevara quemando horas, puede que lo haya hecho.

—Me han pillado —respondo con media sonrisa burlona—. No soy tan bueno como pensaba.

—Mientes —suelta sin más, y me sorprende, ¿tan transparente soy?

—Hice mi parte y Ray me la jugó —confieso—, pensaba que lo tenía pillado por las pelotas, pero me ha dado dónde más me duele. Aunque no debes preocuparte, ¿vale? Es cosa mía.

—No —dice clavando la mirada en mí.

Me sorprende ver cómo lleva todo el pelo recogido hacia atrás, sujetado con dos horquillas, me encantan sus ojos aunque no me dejan pensar con claridad. Lo busqué en internet, se llama heterocromía y en humanos no es nada habitual, lo que me hace reafirmarme en la idea de que Kenzo es, sin duda, muy especial. Paso las manos por mi rostro, intentando arrastrar el sueño, el cansancio y las legañas, y finalmente doy un trago al café.

—Siento haberte preocupado, pero te aseguro que Ray me las va a pagar, no voy a dejar que las cosas queden así.

Kenzo mueve la cabeza negativamente y en sus ojos veo algo cercano a la... ¿decepción? ¿Puede que Kenzo no me crea capaz de lidiar con todo esto?

—Quiero ver como se hunde igual que tú, pero estoy harto de todo esto —dice—. ¿Tú no?

Claro, claro que lo estoy, pero tengo que poner punto final, si dejas que las cosas queden así será dejarme vencer, me habrá ganado y mi orgullo no me lo permite, yo... Joder, cuanto más lo pienso más ridículo me parece. Puede que Kenzo tenga razón, puede que este sea uno de esos pasos que debo dar para acercarme a mi redención, que eso sea parte de «madurar» reconocer una derrota y seguir adelante. Me siento furioso e instintivamente me rasco la cabeza tirando de mi pelo hacia atrás.

—¿Qué propones, ¿qué no haga nada? ¿Qué lo deje pasar? ¿Lo que te hizo a ti? ¿Lo que acaba de hacerme? ¿Dejar que se salga con la suya?

—No lo sé Haru, ¿y si eso fuese lo mejor? Cuando nada va como quieres, a veces es importante saber cuándo rendirse.

—¿Y eso me lo dices tú? —gruño molesto—. Está claro que entendemos algo diferente por rendirse.

—Puede ser —replica apesadumbrado—. Pero no lo hice, ¿no? He aguantado hasta aquí, he aguantado mucho... —Kenzo se levanta de pronto, esquivando mi mirada—. He aguantado por ti.

¿Por mí? Esa declaración hace que se me erice la piel, vuelvo a mirarlo y joder, sus ojos no me dejan pensar en nada más, y de nuevo a mi mente llega ese beso ¡maldita sea! Pero también recuerdo entrar en el laboratorio y verlo en el suelo todo ensangrentado... Sacudo la cabeza para deshacer todos esos pensamientos. Se mueve por la cocina inquieto, puede que esté tan nervioso como yo...

—Ray no va a parar —digo con la voz entrecortada.

—Y si tú sigues por ese camino, un día una pequeña fianza no será suficiente. —Cuando se gira puedo ver como sus ojos se han humedecido ¿va a llorar? Me estremezco.

—Vale, perdona... —replico terminando el café—. Lo pensaré, es lo único que puedo decirte ahora.

—Suficiente —asegura sonriendo. Tiene una sonrisa preciosa.

Pero sé que no puedo dejarlo pasar, aunque de momento no vaya a hacer nada, en algún momento veré mi oportunidad y ese día no pienso desaprovecharla. A pesar que dicen que solo la peor escoria se aprovecha de la debilidad de otros, un día, espero que no muy lejano, encontraré ese punto débil de Ray, y golpearé donde más le duele, como él ha hecho conmigo.

—Mi hermano no regresa hasta la noche —comenta cogiendo mi taza y dejándola en el fregadero—, yo no tengo prisa por que te vayas —añade girándose para mirarme.

—¿Te has recogido el pelo así por mí? —pregunto de pronto, levantándome para acercarme a él.

—¿Qué? ¡No! Claro que no... —Las mejillas de Kenzo enrojecen y se lleva las manos hacia el pelo, tocándolo y recolocándolo bien—. ¿Por qué debería?

—A lo mejor porque sabes que me encantan tus ojos —le digo, y no puedo evitar soltar una risotada que creo que no termina de encajar, pues de pronto su rostro se endurece y clava en mí una mirada furibunda.

—En casa siempre lo llevo así —afirma girándose para fregar las tazas.

—Vale, vale... —respondo alzando las palmas de las manos—. Oye, ¿te importaría dejarme algo de ropa?

—Claro, coge lo que quieras del armario.

Bueno, no es como si invadiera su intimidad, él me ha dicho que podía coger lo que quisiera del armario, pero mi atención no se ha ido a la ropa, que por cierto tiene bastante, sino que una caja mal cerrada ha sido lo que ha captado mi interés. Son fotografías y lo que intuyo viejos

recuerdos, bueno, no tan viejos, aunque entiendo que para Kenzo la vida cambió hace unos meses, y ahora todo aquello haya quedado muy atrás. No puedo evitar centrar mi atención en él, en la enorme sonrisa que muestra en muchas de las imágenes, en algunas está con amigos, o jugando al fútbol, es un Kenzo totalmente desconocido para mí. Me habría gustado llegar a conocerlo en esa época. Algunas fotografías son de partidos, parece que era bueno y en sus ojos se ve que le encantaba jugar, a pesar de verse tan diferente, la esencia es la misma, sus ojos son los mismos, puede que la expresión de su cara ahora sea mucho más triste, sin embargo es igual de guapo. ¡Joder! ¿Pero qué mierda estoy pensando? Dejo las fotos en la caja cerrándola de golpe antes de levantarme para coger un pantalón tejano y una camiseta cualquiera.

—¿Te van bien? —pregunta al entrar—. Eres un poco más alto que yo...

—Sin problema, bueno, el pantalón me aprieta un poco, pero soportable —sonríe—. ¿Eras bueno jugando al fútbol? —comento como de pasada.

Kenzo se sienta sobre el colchón y empieza a calzarse las deportivas.

—Eso fue hace tiempo, no me gusta mucho pensar en eso —dice con una sonrisa—. ¿Te gusta el fútbol?

—No demasiado —reconozco—. No es un deporte que me apasione la verdad, me gustan más los deportes de contacto. Tienes pinta de que jugabas bien.

—Bueno... No se me daba mal del todo, la verdad.

—¿Te gustaría volver a jugar?

—No, eso forma parte de un pasado que no puedo recuperar —asegura, perdiendo la mirada en la nada—. ¿Estás incómodo? —inquire levantándose.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces incómodo —Su tono refleja algo así como un lamento.

—Hacen falta más que un par de ojos bonitos para incomodarme —suelto acercándome de nuevo a él, anulando la distancia.

¿Qué mierda estoy haciendo? ¿A qué estoy jugando? Está claro que Kenzo me está contagiando algo, algo malo. Me aparto de él antes de que diga o haga algo de lo que me voy a arrepentir. Paso las manos por mi cara y me quedo con la mirada fija en sus jodidos ojos, él sonrío, lo hace de manera tímida y seductora, joder, ¿me está intentando conquistar? Me sacudo de arriba abajo, tengo que dejar de pensar estas cosas o la voy a liar.

—¿Quieres que salgamos? ¡Joder! —rectifico de pronto—. Quiero decir a dar una vuelta, necesito tomar el aire.

—Está bien, voy a peinarme.

—Sí, claro... —Joder, estoy empezando a decir y hacer muchas estupideces.

Cuando Kenzo sale del baño lo hace de nuevo con su pelo cubriendo parte de su rostro, escondiendo uno de sus ojos. Sonríe, aunque es bastante absurdo, me gusta ser el único que conoce el secreto que esconden sus ojos.

Kenzo

Es curioso cómo el destino juega con nosotros, a veces pienso que hagamos lo que hagamos nada está a nuestra elección, no movemos los hilos, sino que alguien nos empuja en cierta dirección. A mí me empujaron al fondo, mientras a Haru lo instaron a sacarme de allí.

Cuando salimos es casi la hora de comer de lo que a simple vista y para cualquier mortal es un sábado cualquiera, aunque no para nosotros. Hay cosas que me gustaría decirle, pero no encuentro las palabras adecuadas para expresarme, puede que haya pasado demasiado tiempo escondiendo mi verdadero yo, pues ahora no tengo ni idea de que manera poder decir lo que quiero o siento. Esa sensación es frustrante, porque no me gusta sentirme así con Haru, porque sé que con él puedo ser quien quiera ser. Puedo ser yo mismo sin problemas.

—¿Qué piensas? —inquire, mientras caminamos sin rumbo fijo.

—¿Te apetece una hamburguesa? —comento sin pensar. Eso es lo que pasa cuando dices lo primero que se te viene a la cabeza, que sueltas una gilipollez.

—Pero ¿tú no eres vegetariano? —exclama, lanzando el cigarrillo al suelo y mirándome sorprendido. Adoro como le cambia la mirada, ese brillo que apenas solo veo yo.

—Bueno, yo comeré una ensalada —aclaro bajando la cabeza, para evitar que vea la vergüenza que siento.

—Oye, ¿cómo es... eso? —pregunta de pronto, desviando la mirada y perdiéndola en un punto inconcreto del paisaje que nos rodea.

—«Eso», ¿qué? —No sé a qué quiere decir o tal vez sí, pero quiero que me lo aclare.

No termino de entender a qué se refiere, puede que porque estoy demasiado ensimismado mirándolo como para poder mantener una conversación decente. Haru me pone muy nervioso, hace que sin ningún motivo, mi corazón se acelere de un modo tal, que temo sufrir una arritmia. Observo la manera en la que pasa ambas manos por su pelo echándolo para atrás, suele hacerlo siempre que está incómodo o alterado por algo, y a mí es un gesto que me parece adorable. Está claro que en este preciso momento, Haru está casi tan nervioso como yo, eso en el fondo me resulta hasta un poco gracioso. Verlo así, fuera de su zona de confort es una sensación maravillosa, al menos no soy el único que pierde los papeles con él.

—Ser... —sigue, pero parece dudar, lo veo mover las manos, como si pretendiera explicarme con esos movimientos lo que quiere decir, hasta que se rinde alzando los ojos al cielo y soltando un suspiro.

—¿Vegetariano? —intento ayudarle, ahogando una risa.

—No, gilipollas —espeta, volviendo de nuevo la mirada a mí—, ser homosexual. —Lo dice mirándome a los ojos, pero con un halo de vergüenza alrededor que denota su incomodidad.

En este preciso instante no puedo evitar soltar una carcajada, creo que es la pregunta más brillante que me han hecho nunca. Siempre están las típicas: ¿te gusta chuparla? ¿Das o recibes? ¿Te mola que te den duro?... Esas suelen ser preguntas más frecuentes y, con un tono mucho más dañino. Le hago una señal para entrar en un local de comida rápida que tenemos apenas a medio metro. No puedo evitar seguir riéndome hasta después de ya haber entrado en el pequeño local del centro de la ciudad.

—Me jode que te rías de mí —gruñe, verdaderamente molesto.

—Perdona —me excuso—, no me río de ti, pero la pregunta me ha cogido desprevenido, lo siento.

—Un menú de hamburguesa grande y una ensalada —dice mirando a la chica que nos atiende, creo que me suena del instituto.

—¿Para beber? —pregunta la chica esbozando una sonrisa sexy y dirigiéndose solo a Haru.

—Coca-cola —dice Haru—, ¿tú? —inquire, mirándome aún con el entrecejo fruncido y cara de pocos amigos.

—También —confirmo, dejando de prestar atención.

La voz de Haru me llega como un murmullo mientras sigue pidiendo comida, sin embargo mi atención se ha desviado al local, a esas horas poco concurrido, aún así reconozco algunas caras, que nos miran con curiosidad. Supongo que, el que alguien como él y un pringado como yo estemos juntos es algo verdaderamente sorprendente. Sigo a Haru por entre las mesas, lleva un menú de los más grandes, más un montón de complementos, no entiendo cómo puede comer tanto y tan mal.

—¿Cómo sabes que eres gay? —pregunta entonces retomando el tema, dando un primer bocado a la hamburguesa.

—Porque siempre me han gustado los chicos y, no me gustan las chicas —respondo aliñando mi ensalada.

—¿Pero has follado con alguna chica? —inquire con curiosidad, mientras devora las patatas fritas embadurnadas en *kétchup*.

—No —reconozco—. Tampoco con ningún tío, si era tu siguiente pregunta —añado mirándolo a los ojos.

—Lo era —confirma—. Entonces, realmente no sabes qué te gusta —sentencia con una convicción aplastante y esbozando una sonrisa.

—¿Te gustan las chicas? —cuestiono yo entonces, él tan solo asiente con un gesto de cabeza, pero no dice nada más—. La pregunta de si has follado con alguna supongo que es absurdo hacerla, pero... Antes de hacerlo, ya sabías que te gustaban, ¿no?

—Supongo.

—Y, no has follado con ningún tío, pero sabes que no te gustan. —Vuelvo a dar por sentado sin desviar mis ojos de los suyos.

Él sigue masticando lo que acaba de meterse en la boca. Parece que engulle más que come, es como un animal sin dar tregua a la carnaza, Haru todo lo hace a lo grande y de manera exagerada, o blanco o negro, sin matices de tonos grises.

—No, no me gustan —dice después de un rato.

—Pues ahí lo tienes, funciona igual para heteros que para homos —respondo sonriendo, aunque la expresión de Haru es mucho más seria de lo habitual.

—Entonces es algo en lo que no hay dudas —acota.

—Yo no las tuve —afirmo, joder, no sé que le pasa, de pronto parece como angustiado por algo—. Bueno, en mi caso no existieron, sin embargo hay mucha gente que sí las tiene, es complicado... Cuando te sales de la tónica habitual y de lo socialmente aceptable, siempre todo se complica y cuesta aceptar las cosas un poco más —añado con cautela, no sé de que manera la conversación ha terminado siendo tan... profunda y seria.

—Ya veo —remuga pensativo.

Pasamos el resto de la tarde sin hacer mucho más, con conversaciones más triviales, sin volver al tema de porqué lo han detenido, porqué me ha llamado a mí y mucho menos retomamos el tema de porqué sé que soy gay o cómo sé que lo soy.

—Oye tipo raro —dice de pronto, después de haber consultado el móvil un par de veces—. Tengo un par de cosas que hacer en el centro y debería que ir a ver a mi hermana —comenta, justo

en el momento que su móvil vuelve a sonar.

—Está bien —replico y, no puedo evitar que eso me cause cierta desazón, me hubiera gustado pasar más rato con él.

—Mañana vendré a devolverle el dinero a tu hermano.

—Oye, de verdad, no hace falta si no lo tienes o...

—Tranquilo. —Sonríe de manera embaucadora, ¿es consciente que tiene esa sonrisa? Podría conseguir cualquier cosa de cualquier persona solo sonriendo de ese modo.

—Entonces, nos vemos mañana —digo, sin poder esconder cierta ilusión.

Nos despedimos y lo hacemos a desgana, al menos yo. Podría acostumbrarme a esto, a tenerlo siempre al lado, a tener con quien hablar, a sentirme a gusto y con ganas de vivir. Haru es una inyección de adrenalina que me hace flotar.

Como había prometido, Haru regresó al día siguiente con el dinero para devolvérselo a Taiki y se disculpó con él por todo lo ocurrido, pero no entró en detalles, no le dijo nada a mi hermano sobre Ray, o del infierno que me estaban haciendo pasar entre todos. Haru cargó con toda la responsabilidad, lo achacó a un lamentable error y le aseguró que no volvería a traermé problemas. Casi solté una carcajada al escuchar eso, cuando es evidente que Haru no es mi problema, sino mi solución. El resto del domingo fue una sucesión de horas tediosas y aburridas, con un hilo conductor a todos mis pensamientos: él.

Los fines de semana son demasiado cortos cuando el lunes se presenta de un modo tan desgarrador. Por delante ya solo quedan unos pocos meses y habremos terminado, después podré despedirme de todo esto. Este domingo, cuando me meto en la cama, lo hago sin tanta ansia, puede que sea porque he pasado gran parte del fin de semana con Haru, y él es como el bálsamo que alivia todo lo que oprime mi corazón. Está mal, es un riesgo, voy a darme una hostia sublime, sin embargo no lo puedo evitar, mi parte amante de los imposibles me dice que ¿por qué no? Aunque mi parte más racional sabe que eso jamás ocurrirá.

Haru

El fin de semana es demasiado corto, sobre todo cuando pasas parte del viernes noche en comisaria. Por suerte esta vez he podido solucionarlo, pero puede que Kenzo tenga razón, y algún día no baste con una simple fianza, o puede que un día, al llamar, al otro lado ya no quede nadie, cansados todos de alguien como yo. Ese pensamiento me ha acompañado gran parte del domingo, nublando mi humor y haciendo crecer mi enfado con el mundo en general y, conmigo en particular.

Después de acercarme a casa de Kenzo, y disculparme de nuevo con su hermano, he ido a pasarles un poco de hierba a esos niños pijos de colegio de pago cuando, de pronto, esa morena se me ha puesto a tiro, y no soy hombre de desperdiciar oportunidades. Así que noche redonda, me he sacado algo de pasta y tengo a una morena para un revolcón rápido en ese hotel por horas que encima paga ella, ¿qué más se puede pedir?

Y ahí estoy, dispuesto a quitarme todos los malos rollos de encima con un poco de sexo. Huele bien, es suave y caliente, sus caricias hacen que se me erice la piel, y sí, se me ha puesto dura. Esto va bien, pienso mientras beso los labios de esa chica, creo que me ha dicho su nombre, pero no lo recuerdo. Deslizo las manos por sus caderas y busco, entre beso y beso, los botones de su camisa para empezar a desabrocharlos poco a poco, no tengo prisa, quiero disfrutar el momento. Siento un ligero cosquilleo cuando ella clava los dientes en mi garganta, esa ligera punzada de dolor hace que me excite mucho más... Dejo caer su camisa al suelo. Tiene los pechos grandes, las copas del sujetador apenas abarcan a cubrirlos, los aprieto para descubrir que son duros y firmes, y una zona muy sensible, pues desde que los estoy tocando ella gime con mayor intensidad.

La beso, lamo sus labios y voy directo al cuello, mordisqueándolo, sus manos me sorprenden agarrándome fuerte en la entrepierna, ni tan siquiera he advertido cómo desabrochaba mi pantalón, pero con maestría ya la tiene entre sus manos y la masajea a un ritmo endiabladamente lento. Sigo mi labor, del cuello a la clavícula y de ahí directo a sus pezones, que siguen cubiertos por la fina tela del sujetador. En un ágil movimiento se me escapa, gruño cuando su boca rodea mi polla y empieza a lamerla como si no hubiera un mañana, lo hace con soltura y agilidad, tiene una buena técnica, realmente se siente bien, es placentero, es... Me gusta ¿cómo no me iba a gustar que una linda chica esté arrodillada comiéndomela? Siempre me ha gustado el sexo oral, una buena mamada no tiene nada que envidiarle a todo lo demás, a veces es lo mejor.

Creo que podría correrme. Enredo los dedos en su cabellera para marcar el ritmo, tengo ganas de terminar en su boca, después ya iré a por un segundo asalto, sin embargo ahora necesito tenerlo, quiero que se mueva más rápido, que me lo haga más profundo... tiro ligeramente de su pelo, entonces alza la cabeza y clava en mí sus oscuros ojos marrones, sus dos preciosos pero iguales oscuros ojos marrones.

Put a mirada monocolor.

—Mierda —gruño apartándola de mí—. Lo siento.

—¿Qué? —pregunta contrariada, mientras pasa el dorso de la mano por encima de sus labios para limpiarlos.

—Nada, sigue —la animo.

Pero algo está mal. De pronto su lengua repasando la envergadura de mi polla no me provoca el placer que debería, y verla allí arrodillada no me excita como tendría que hacerlo.

—No puedo —digo y, me sorprende a mí mismo con esas dos palabras que han salido sin siquiera ser pensadas.

—Estás de coña, ¿no? —cuestiona la morena, alzando la mirada.

¿Estoy de coña? ¡Claro que sí! Cómo voy a decirle que no a esa belleza, sería un auténtico gilipollas si desperdiciara esta oportunidad de tener algo de sexo con ella... No, voy a seguir, voy a hacerlo hasta el final, porque a mí me gustan las tías, me gustan sus pechos, me gustan ellas, me gusta hacerlo con una mujer, no con un hombre... Sacudo la cabeza, creo que se me ha acelerado la respiración y ese nubarrón oscuro que se estaba disipando vuelve con mucha más fuerza.

—No, creo que no estoy de coña. —¿Pero qué diablos estoy diciendo? ¡Qué cojones me pasa!
—. De verdad que lo lamento —añado, tendiéndole una mano para que se levante, aunque de un manotazo me aparta. Si las miradas mataran, alguien tendría que darle el pésame a mi hermana.

—Eres un maldito desgraciado —explota de pronto, elevando mucho el tono de voz.

En ese momento yo lo que elevo es mi ropa interior, no es plan de hablar con los calzoncillos por los tobillos. Puedo entender que esté furiosa, supongo que yo también lo estaría, sin embargo, no puedo seguir con esto.

—Es que creo que me gusta alguien y no puedo hacerle esto... —intento explicar, no sé si a ella o a mí mismo.

—Oh, que tierno... —Su tono es sarcástico e hiriente.

—Joder, de verdad que... es que... —Sigo intentando justificar, pero no sé qué mierda decirle, si no lo entiendo ni yo.

—No sí, al final voy a tener que aplaudirte —gruñe cabreada, mientras se termina de abrochar la camisa.

—Perdona —repito.

—Vete a la mierda —suelta antes de desaparecer.

Dios mío, ¿qué me está pasando? Paso las manos por el rostro. No puede ser, ¿qué es lo que me pasa...? Es solo que tengo un mal día. Estrés, eso es todo. Un mal día lo tiene cualquiera, vale sí, tengo diecisiete y la mayor parte de mi tiempo me lo paso pensando en sexo, aunque no es tan raro que no me apetezca ¿no? He dicho que me gustaba alguien, mera excusa. Solo que no me apetecía hacerlo con ella... Por cierto ¿dónde se ha ido? Bueno no importa, mejor así. Porque realmente no me apetece, es simple... Mejor no darle más vueltas, y por supuesto no tiene nada que ver con él, no es por Kenzo ¡claro que no! Entonces, ¿por qué pienso en él?

—¡Mierda! —Subo mis pantalones y miro alrededor—. Mierda, mierda, mierda...

Me dejo caer sobre la cama de ese hotel por horas del que solo he disfrutado veinte minutos. Necesito calmarme y pensar las cosas con claridad, no tengo que precipitarme. Que haya pensado en Kenzo mientras alguien me la chupaba, no significa nada, es como si hubiera pensado en una galleta, eso no significa que me gusten las galletas, bueno, en este caso sí me gustan, pero no me las follaría... es...

—Me estoy volviendo loco —sentencio en voz alta, que es como mejor se decretan las cosas.

Salgo a la calle envuelto en el humo de un cigarrillo, necesito caminar un rato y despejarme, sin embargo cuando me quiero dar cuenta estoy frente al piso de mi hermana aún sabiendo que es un puñetero error, pero es el único sitio dónde puedo ir.

Me abre la puerta en pijama, hay que joderse con lo gorda que está ya, apenas puede caminar con las piernas juntas y la espalda se le arquea como si fuese una vieja. Me sigue por el pasillo sin decir nada, me tiro en el sofá, y ella sigue sin decir nada. Me quito las deportivas y entonces arruga el morro, maldita nariz de embarazada, aunque sigue sin decirme nada, solo me mira. Me escruta. Me inspecciona como si fuese un bicho en un microscopio.

—¿Duermes aquí? —pregunta finalmente.

—Si no te importa...

—Tienes cara de haber visto a un fantasma —bromea sentándose a mi lado.

—Pues casi que lo preferiría —refunfuño.

—¿Necesitas ayuda con algo? —inquire alzando una ceja. Sigue haciéndolo, intentando adivinar a través de mis expresiones.

—No lo sé, puede que una lobotomía —respondo sarcástico.

—Oye, oye, no me mientas con eso, sabes que siempre he querido perforarte la cabeza a ver que clase de serrín guardas dentro.

—¡Ja! Muy graciosa —me quejo—. Déjame dormir, ¿vale? —digo tumbándome en el sofá.

—Esto no es por Ray, ¿no? —Niego con la cabeza—. ¿Por una chica? —Vale, creo que el tono de mis mejillas debe haber cambiado de pálido vampiro, que es su tono habitual, a rosa culpabilidad—. Vale, es por una chica... —Juega a adivinar, y me voy a cagar en todo, siempre ha sido muy buena con ese juego—. Una chica que te gusta. —Aguarda observándome y finalmente chasquea la lengua—. No, eso no es... Entonces... Una chica que «no» te gusta... Oooh puede que...

—¡Déjalo! —exclamo, cogiendo uno de los cojines del sofá y cubriéndome la cabeza con él—. Solo necesito dormir ¿vale? —gruño desde debajo del cojín.

—Vale —dice levantándose—. Mañana quiero que me prepares tortitas con sirope y mermelada, y que no llegues tarde al instituto, claro.

—Vale —murmuro medio dormido.

—Haru, sea lo que sea, seguro que, si te paras a pensarlo bien, no es tan malo.

Maldita sabiduría de embarazada, no se vale, juega con ventaja, piensa con dos cerebros.

Kenzo

Haru ha estado muy raro estos días, como ausente y nervioso, supongo que no es para menos con todo lo que ha pasado, sin embargo a veces tengo la sensación de que hay algo más.

—Entonces pondremos la Luna grande aquí —dice alguien a mi espalda, haciéndome regresar al presente, a la organización de ese maldito baile.

—Y pondremos los cañones de humo allí y allí y, habremos terminado —añade la que desde el primer día ha cogido las riendas de todo, una chica de la clase A.

Aún faltan más de dos meses para «el gran día», pero ya están pensando donde colocar todo, cómo organizarlo y demás gilipolleces que me traen sin cuidado, aunque he descubierto un placer especial en ver la manera en la que Haru se esfuerza por no mandarles a todos a la mierda, a veces hasta puedo ver cómo la vena de su cuello se hincha por momentos y parece estar a punto de estallar. Es realmente muy divertido.

Desde la detención de Haru he podido respirar tranquilo, ni Ray ni ningún otro se han acercado a mí, y eso ha permitido que, poco a poco, haya podido empezar a actuar con un poco más de normalidad. Tener a Haru a mi lado ayuda, eso es un hecho irrefutable, él me da fuerza y valor, me hace sonreír y me siento más... Normal, esa es la palabra. Esta tarde cuando salimos del instituto ya está anocheciendo, aunque ya empiezan a percibirse los días un poco más largos y, el frío y la nieve van dando paso a una temperatura algo más soportable.

—¿Qué le has hecho al chico ese? —pregunto, mirando en dirección por donde Shouta y Aiko se marchan juntos cada tarde.

—Que yo recuerde nada —dice Haru encogiéndose de hombros—, ese tío es más raro que tú.

—¿Cómo me tengo que tomar eso, insulto o halago?

—Tómalo como quieras —responde sonriendo—, ah mierda... tengo el móvil petado de mensajes y llamadas —se queja.

—Será la novia, que te echa de menos —bromeo.

Sigo caminando cuando me doy cuenta que Haru se ha detenido, el cigarrillo que lleva casi siempre entre los labios ha caído al suelo y, en su rostro se refleja una mueca cercana al terror. Verlo tan alterado me asusta. Alargo la mano pero antes de poder tocarlo Haru gira sobre sí mismo y echa a correr, dudo un instante aunque finalmente salgo corriendo detrás de él, no sé qué más podría hacer, todo ha sido tan repentino.

—¡Haru! —grito para que se detenga, sin embargo no parece escucharme hasta que de pronto frena en seco en una de las calles más transitadas de la ciudad.

—¿Tienes dinero? —me pregunta casi sin aliento.

—Algo —respondo de igual modo, con la voz entrecortada por la agitada respiración.

Haru alza una mano para detener a un taxi y, sin darme derecho a réplica tira de mí para hacerme entrar con él en el vehículo.

—Maiko está en el hospital —dice con voz rota—. Joder... ¡mierda! —gruñe enfadado.

—Eh, tranquilo, seguro que no es nada —suelto, una de esas frases echas que pretenden servir de consuelo a gente que lo único que necesita es que les dejes en paz.

Todo pasa muy deprisa, pero en el tiempo que saco la cartera para poder extenderle el dinero al taxista Haru ya se ha perdido en dirección a la entrada principal, no llego a tiempo de ver qué ha pasado o por dónde se ha ido. Nunca lo había visto tan alterado, aunque lo entiendo, en estas semanas he ido conociéndolo algo mejor y sé que tiene muy mala relación con sus padres, pero

que está muy unido a su hermana. Ambos planean vivir juntos cuando Haru termine el instituto y es algo que me gusta de él, ese sentido de la responsabilidad es una faceta suya desconocida por todos, me gusta pensar que solo yo conozco esa pequeña parte suya que lo hace ser tan especial.

Camino de un lado a otro del *hall* del hospital, fuera la noche ha caído y hace bastante frío, así que finalmente decido acercarme a la máquina para sacarme una bebida caliente, ya he avisado a Taiki que no llegaría a cenar y puede que tampoco a dormir. Espero que Maiko y su hijo estén bien. Salgo a la fría noche, vivir en la ciudad es una mierda, creo recordar que en el cielo había estrellas, a pesar de que hace ya tanto tiempo que las luces no me las dejan ver, que apenas las recuerdo. Camino hasta el principio del muro que delimita la calle con el hospital y me quedo allí sentado, calentando mis manos con esa taza de chocolate y mirando al cielo, intentando ver alguna estrella, aunque sin ningún éxito en esa misión. No sé cuántas horas habrán pasado desde que llegamos, compruebo mi móvil, sin embargo no tengo ningún mensaje de Haru y yo tampoco quiero molestar.

—Joder Kenzo... ¿sigues aquí? —La voz de Haru llega desde arriba, no sé en que momento he terminado sentado en el suelo.

—No podía marcharme —digo levantándome y sacudiéndome—. ¿Cómo está tu hermana?

Todo él tiembla de arriba abajo y no es por el frío. Sus perfectos y grandes ojos se clavan en los míos y, a pesar de que hay un inusual brillo húmedo en ellos, no parece dispuesto a dejarse vencer, seguramente hace falta mucho más que eso para doblegar al gran Haru y hacerlo llorar.

—Ha perdido sangre y no sé que mierdas más, pero ahora ella y el bebé están bien —me explica soltando un soplo de alivio—. Va a quedarse en observación un par de días.

—Eso está bien, aquí la cuidarán.

—Sí...

Sus manos tiemblan cuando rebusca entre los bolsillos para sacar el paquete de cigarrillos y sus dedos casi no atinan en coger uno del interior. Lo miro conmovido por esa fragilidad que ahora mismo muestra, y sé que me he enamorado de él. Puede que sea la peor elección de mi vida, pero amar a alguien carece de lógica y de razón, es simplemente algo que nos dicta el corazón y el mío ha elegido a Haru. Enredo la mano en su pelo para acariciarlo, lo tiene tan suave como pensaba, y soy consciente de que su siguiente paso puede ser romperme todos los huesos del cuerpo, sin embargo necesito hacerlo, tiro de su nuca hacía a mí y cuando está tan cerca que puedo sentir su aliento, termino de anular la distancia que nos separa para poder besarlo. Tiene los labios fríos y tiemblan ligeramente, a pesar de eso, no siento que me rechacen.

—Lo siento —susurro cuando pasados unos segundos consigo apartarme de él, por mí seguiría besándolo toda la noche—, besarte ha sido la única manera que se me ha ocurrido para hacerte sentir mejor.

—Por hoy no voy a decirte nada —murmura dejando caer su cabeza sobre mi pecho y aferrándose a mi cintura.

—¿Quieres que te abrace? —pregunto confundido.

—Está claro que sí, ¿no? —replica en un murmullo.

—Está bien.

Tener a Haru entre mis brazos se siente tan bien que podría explotar de felicidad, rodeo su cuerpo y dejo que Haru se abandone un poco sobre mi pecho, me gustaría poder hacer mucho más por él, pero me conformo con ser ese hombro sobre el que «llorar» cuando le haga falta, no necesito más. Me gusta pensar que puedo llegar a ser tan imprescindible para Haru, como él se ha convertido para mí.

No sé qué decirle para hacerlo sentir mejor, así que simplemente lo abrazo con fuerza, me

gustaría que supiera que siempre voy a estar a su lado cuando me necesite. Quiero estar ahí para él.

Haru

No sabía que los nervios pudieran jugármela de ese modo, que el estrés y la angustia de no saber qué iba a pasar con Maiko y su bebé podrían terminar haciéndome tanto daño, dejándome tan expuesto y vulnerable.

He salido del hospital porque necesitaba tomar aire fresco, respirar unos instantes antes de disponerme a pasar la noche sentado en una silla. Y al hacerlo, cuando he salido, realmente no esperaba encontrarlo allí, pero al verlo mi corazón ha dado un vuelco, ¿Cuántas horas han pasado, tres, cuatro? ¿Ha esperado en la calle todo ese tiempo? Kenzo es sorprendente y supone un alivio a mi corazón, como si aligerara la carga del mismo.

Y cuando me besa... Me coge totalmente desprevenido y con la guardia baja, sin embargo, no se siente raro, no se siente mal y eso es ¿extraño? Es un chico, yo soy un chico, eso no debería ser así, no obstante, la verdad es que tener a Kenzo al lado me aporta paz y tranquilidad, así que aferrado a su cintura me dejo caer sobre su pecho e intento no llorar. Si le pasara algo a mi hermana o a ese niño yo... yo... Ahora me doy cuenta de lo verdaderamente fuerte que es el hombre que tengo frente a mí, y lo admiro por ello, pues perder a alguien que quieres es tan doloroso...

—Tranquilo, ellos están bien —me susurra, como si pudiera adivinar todo lo que está pasando por mi agitada mente.

Me aprieto un poco más contra su cuerpo, a pesar del frío que nos envuelve él es cálido y además huele dulce, como a chocolate a la taza, ¿he sido gay todo este tiempo y no lo sabía? Sacudo mi cabeza y me obligo a hacer un gran esfuerzo apartándome de Kenzo para intentar recuperar el aplomo, su olor y su calidez me confunden y no lo puedo permitir. Solo ha sido un momento de vulnerabilidad que no se volverá a repetir, al menos eso es lo que me prometo. Clavo la mirada en él, voy a decirle algo, voy a amenazarlo, si vuelve a hacer algo como lo que ha hecho, si vuelve a besarme yo... voy a... yo lo... yo... lo golpearé hasta cansarme, sí, eso es lo que me veré obligado a hacer, debería decírselo.

—Kenzo —empiezo, recuperando el cigarrillo.

—Tranquilo —se adelanta, alzando las palmas de las manos en señal de inequívoca rendición incluso antes de presentar batalla—. No volverá a pasar, no volveré a besarte —añade sin apartar su mirada de la mía.

Yo solo atino a asentir con un ligero golpe de cabeza y no soy capaz de añadir nada más, antes de darme la vuelta para volver dentro del hospital.

—Oye —digo girándome de nuevo hacia él—, eres un puto temerario —le suelto antes de empezar a caminar hacia la entrada.

—Supongo —responde con una tímida sonrisa.

—Gracias.

—No hay de que.

He salido angustiado y sobrepasado por lo ocurrido con Maiko y, vuelvo dentro confundido y alterado por lo que empiezo a sentir por mi nuevo amigo. No es justo, las cosas deberían ser más sencillas, ¿por qué se tiene que complicar todo? Además, todo a la vez: Maiko, Ray, Kenzo... maldita sea, voy a volverme loco.

—Haru, ¿no ibas a por algo de comer? —pregunta mi hermana, dejando el móvil sobre sus piernas.

—Se me ha quitado el hambre —murmuro, la verdad es que no podría comer absolutamente nada, estoy demasiado alterado.

—Oye, puedes irte a casa, yo estoy bien ahora.

—Ni de coña —contesto con rapidez, sentándome en el colchón a su lado—. Han dicho que necesitas reposo, así que considérame tu esclavo.

—Ooohhhh —suelta Maiko entre risas—. No sabes el gravísimo error que acabas de cometer.

—Bueno... uno más... podré lidiar con él, creo.

—Uy, suena a que te ha pasado algo, ¿quieres hablarlo? Soy tu hermana mayor, por lo tanto más lista...

—Maiko, si alguno de los dos fuese listo, no estaríamos donde estamos.

—*Touché*. —Sonríe—, somos un par de tontos.

—Lo somos —confirmo con una sonrisa, acomodándome a su lado—. Duérmete, el médico ha dicho que tienes que descansar mucho.

—Oye, últimamente pareces muy alterado, empiezas a preocuparme —dice, acariciando mi cabeza.

—De verdad que no es nada, problemas de adolescentes... —Sonrío, poniendo mi mano sobre su vientre.

—No has dejado preñada a ninguna chica, ¿no? —cuestiona de pronto.

—¡Estás loca! —exclamo sobresaltado—. Anda, calla y duerme.

—Está bien, pero mañana irás al instituto.

—Mañana ya veremos lo que hago —sentencio, besando su frente.

—Gracias por estar aquí —murmura antes de quedarse dormida.

Putas pesadillas, porque... lo que he tenido han sido pesadillas, ¿no? Me despierto alterado, con dolor de espalda y cervicales de esa maldita silla que no podría resultar más incómoda, y encima estoy muerto de hambre por haberme saltado la cena. Me comería un bocadillo enorme de jamón y una Coca-Cola de litro y medio. Las tripas me gruñen solo de pensarlo.

—Eh, buenos días hermanito —dice Maiko desde la cama—. Roncabas como un tronco, hasta han venido las enfermeras pensando que te habías tragado a un orco.

—Serás imbécil —gruño, mientras realizo el inútil intento de masajearme el cuello a ver si soy capaz de desentumecerlo—. Tengo hambre.

—Qué bien que digas eso, porque hace un rato ha venido el chico ese que te trajo los apuntes y ha dejado aquí el desayuno para nosotros —comenta alargando el dedo para señalar una bolsa—, es esa bolsa que está en la mesa.

—¡Qué! —exclamo levantándome de la silla de golpe—. ¿Kenzo ha estado aquí? ¿Dónde está? —pregunto, abriendo la puerta y saliendo al pasillo, pero no hay rastro de él.

—Ha venido hace una media hora, dormías tan profundamente que no te ha querido despertar, ha dicho que si necesitas algo solo tienes que llamarle.

—Maldita sea —refunfuño entrando de nuevo y cerrando la puerta.

—Parece buen tío —apunta Maiko, intentado alargarse la mano para hacerse con la bolsa de encima de la mesilla, aunque sin llegar a conseguirlo—. No tiene pinta de ser amigo tuyo —añade con maldad.

—Lo sé —afirmo, acercándome a ella para ayudarla—. Es un gran tipo... —Le acerco la bolsa dejándosela sobre las piernas.

—Tendrías que ir al insti —dice dando un primer mordisco a un bocadillo—. Uuuhh no sé qué es, pero está rico.

Rebusco en la bolsa esperando encontrar un bocadillo de jamón, sin embargo al abrirlo veo entre el pan una incomedible masa verde con algo que parece mahonesa, no puedo evitar soltar una carcajada, maldito vegetariano.

—Al menos hay una lata de Coca-Cola —exclamo contento dando un primer sorbo.

—¿Y el insti? —insiste Maiko.

—Prefiero quedarme aquí contigo.

—Bueno, puedes estar tranquilo que no me voy a marchar, vete a clase y cuando salgas seguro que sigo aquí.

—Es que no te quiero dejar sola.

—Haru —me llama dejando el bocadillo en la bolsa de nuevo y, tirando de mí para que me sienta a su lado—. Esto de aquí —dice señalando su abultado vientre—, no es responsabilidad tuya. —Estoy a punto de interrumpir, pero Maiko alza la mano para cubrirme la boca con ella—. Te agradezco todo lo que haces por mí, sin embargo no puedes dejarlo todo de lado por mi culpa, no voy a permitirlo.

—Pero...

—Haru, he sido una hermana mayor lamentable...

—Has sido la mejor —me apresuro a decir.

—Te quiero hermanito, pero tienes que pensar en ti, nosotros estaremos bien —añade acariciando su barriga.

—Está bien —concedo al fin acariciando también su vientre—, cuando terminen las clases vuelvo aquí.

—Vale, y me traes una hamburguesa.

—Hecho.

Tres días después y con Maiko ya en casa, parece que todo va volviendo a la normalidad y por suerte, todo ha quedado en un jodido susto de esos que vamos a recordar por el resto de nuestras vidas. Me rasco la nariz entrecerrando los ojos por el cansancio, me he dedicado los últimos días en buscar una alternativa a lo de los *iPhone* para sacar algo de dinero extra, y he llegado a la conclusión de que el dinero fácil y lo legal no suelen llevarse bien. Necesito encontrar un trabajo a tiempo parcial, que me permita seguir con las clases y ayudar a Maiko lo más posible. Aaahhhh me voy a volver loco, tiro el móvil sobre el colchón y me doy la vuelta, solo son las siete de la mañana debería intentar dormir un poco más, aunque solo sean un par de horas antes de ir a ver a mi hermana. Me doy la vuelta a un lado y a otro, me duele la cabeza, quiero un café y un donut, puede que dos... Recupero el móvil y deslizo el dedo sobre la pantalla. Le escribo un mensaje y dejo el móvil sobre la cama, mientras empiezo a quitarme el pijama.

«Hola, ¿estás despierto?»

«Ahora sí, ¿pasa algo?»

Sonríó al ver su respuesta, me lo puedo imaginar, remoloneando entre las sábanas... ¡joder! Puta imaginación la mía. Me gustaría pedirle que si quiere venir conmigo, sin embargo no me atrevo, así que le mando un mensaje ambiguo.

«Voy a salir a desayunar y después iré a ver a Maiko...»

«¿Dónde nos vemos?»

Su respuesta hace que me de un vuelco el corazón y sonríó cual estúpido.

«En el parque»

Shouta

Es sábado, los sábados son para descansar, pero al levantarme esa mañana encuentro una nota de mi madre con diferentes encargos que espera que realice a lo largo del día mientras ellos no

están. Por más que decore la notita con corazones y emoticonos sonrientes no deja de ser un peñazo. Mientras ellos se divierten en un fin de semana romántico, yo tengo que... ¿llenar la nevera? ¿Qué clase de padres se marchan de fin de semana y dejan a su hijo adolescente sin comida?

El tiempo ha cambiado de manera casi radical, estamos ya cerca del final del segundo trimestre y empieza a notarse ya un ligero calor, aunque las mañanas siguen siendo frías. Ajusto bien la cazadora antes de abrir la puerta. Compruebo que lo llevo todo, cartera, móvil y auriculares, lo básico para poder sobrevivir ahí fuera, aunque reconozco que la cartera cada vez más se está convirtiendo en un prescindible. Ajusto el volumen antes de dar al *play* para que la música empiece a sonar. No solo vivo de videojuegos, también me gusta la música, sobre todo las *play list* de las mejores canciones de juegos de la última década.

Podría haberle pedido a Aiko que me acompañara, aunque ella no suele estar despierta a esas horas, los fines de semana tiende a remolonear en la cama bastante, lo sé porque a veces la escucho desde el otro lado. Soy como un maldito acosador, siempre pendiente de ella.

Bajo la cuesta directo a atajar por el parque cuando algo llama mi atención, son Ray y sus amigos armando bronca, miro el reloj y por las horas dudo que sea una pelea mañanera, más bien parece que aún no hayan regresado a casa. Maldita la hora que he decidido ese itinerario. Estoy a punto de dar la vuelta cuando algo pasa por mi lado dándome un empujón, no puedo verlo bien, ha sido muy rápido, alguien que corría en dirección a donde yo pretendo alejarme, solo un estúpido iría hacia el peligro en vez de huir de él. Sin embargo, la curiosidad me puede y me giro sobre mí mismo para ver como es Kenzo el que corre, y cuando me fijo un poco más, me doy cuenta de que el que está en el suelo rodeado por seis o siete tíos, no me detengo a contarlos, es Haru.

No tiene nada que ver conmigo, pienso al tiempo que me pongo a caminar para salir del parque y tomar la ruta alternativa... ¡mierda! No, no tiene nada que ver conmigo, es cierto pero... Vuelvo a girarme, ahora alguien tiene sujeto a Kenzo por los brazos, aunque parece que no tienen nada contra él, pues el blanco de su ira sigue siendo Haru.

—Seré gilipollas —me reprendo a mí mismo.

Saco el móvil y empiezo a grabar mientras camino en esa dirección.

—¿Lo ves? —escupe Ray iracundo—. No le estamos tocando un pelo, mantenemos nuestra palabra —ríe casi al borde de la histeria—. Pero empezaba a ser aburrido.

—He llamado a la policía —digo alzando la voz, aunque manteniéndome a cierta distancia, aún con el móvil en alto.

La escena se detiene, y no sé si eso es mejor o peor, ahora temo por mi vida. Trago saliva con dificultad, ¿quién me manda a mí meterme en esto? Yo iba tan tranquilo a llenar la puta nevera. Creo que hay un terremoto, pues todo se sacude, veo hasta como las imágenes grabadas con mi móvil empiezan a verse poco nítidas, hasta que me doy cuenta que nada tiene que ver con un fenómeno natural, sino que soy yo, que tiemblo de arriba a abajo. Este es mi fin, van a darme una paliza, y no he podido decirle a Aiko que me gusta.

—¿Tú también quieres morir? —pregunta Yuto haciendo crujir sus nudillos.

Es la pregunta más absurda que me han hecho en la vida, pero si le respondo eso supongo que no le va a sentar muy bien.

—No, solo quiero que los dejéis en paz y nos larguemos todos antes de que llegue la policía.

—¿Y el video? —pregunta uno de los chicos adelantando en mi dirección.

—Lo borro si dejáis que nos marchemos —digo, aunque soy consciente de que me tiembla la voz.

—También podría darte una paliza y romperte el móvil —comenta Ray, como si fuese lo más

lógico.

Vale, no era un plan muy elaborado, sin embargo en mi defensa diré que no he tenido mucho tiempo para pensar. Y de pronto, como caído del cielo, como si por una vez en la vida el destino, el karma o Dios todo poderoso me sonriera, a lo lejos empieza a sonar una sirena. Estoy tan contento que casi me pongo a gritar de alegría. De pronto es todo una estampida, ellos corren, Kenzo cae al suelo y yo me tengo que obligar a dejar de temblar, me encantan las peleas aunque en la pantalla de un ordenador. Detrás mío una ambulancia pasa a toda prisa, es una suerte que todo suene más o menos igual. Voy a girarme para volver a casa y morir de un infarto cuando de nuevo, algo me impide hacerlo, creo que estoy desarrollando el complejo de héroe y no mola nada. Tengo que dejar de leer cómics, puto Marvel.

—Vamos —digo al acercarme a ellos y ayudar a Kenzo a cargar con Haru—. Vivo aquí al lado.

—Gracias, has sido muy valiente —dice Kenzo.

Yo solo puedo pensar en que tengo que poner una lavadora antes que lleguen mis padres, porque estoy cagado de miedo. ¿Valiente? No, valiente no, lo que soy es un completo gilipollas. Las manos me tiemblan cuando abro la puerta y les conduzco a mi habitación, entre los dos logramos tumbar a Haru sobre mi cama.

—¿Podrías traernos un poco de agua? —pregunta Kenzo, que se ha quitado la chaqueta y ayuda a Haru a hacer lo mismo.

—Ssssí —titubeo.

No entiendo nada, ¿Ray y Haru no eran amigos? Y qué pinta el nuevo en todo esto... Cojo una botella de agua, vasos y regreso a la habitación, haciendo una parada de abastecimiento en el baño para coger gasas y desinfectante, que no sé si va a estar ya caducado, creo que era el que me ponía mi madre cuando me caía de la bicicleta... En esa lejana época en que me gustaba el aire libre. Cuando entro Haru está sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre el colchón y Kenzo arrodillado frente a él, le está quitando la camiseta con cuidado.

—No queríamos mancharte la cama —dice Kenzo.

Ahí hay algo muy raro, algo que no entiendo y que se me escapa por completo, y si el *show* que se ha montado en mi dormitorio no fuese suficiente, de pronto el helado frío de la mañana se cuele por la corredera recién abierta y Aiko aparece como una exhalación. ¿Qué cojones hace despierta a esas horas de la mañana?

—Joder Aiko —me quejo al verla entrar en pijama.

—Pero... ¿qué pasa aquí? —chilla sobresaltada.

Supongo que es un *shock* ver a tanta gente en mi habitación, a mí también me ha pasado cuando he entrado con el agua, ¡ah! Mierda, el agua, y me apresuro a rellenar un vaso y tenderlo en dirección a un bastante malherido Haru. Los ojos de Aiko se han abierto tanto que parece que se le vayan a salir de las cuencas, nos mira alternativamente con la duda instaurada en sus ojos, pero al final me arrebató las cosas de las manos, hace a un lado a Kenzo y se pone a curar a Haru. Parece como si llevara haciendo eso toda la vida.

Poco a poco va limpiando la sangre del rostro de Haru, mientras termina por depositar algo de antiséptico en cada herida.

—Esta de aquí es profunda —le dice señalando su ceja—. Deberías ir a que te pusieran puntos.

—No, es igual, ya cerrará —le rebate Haru.

—Pero, si no cierra bien va a dejarte cicatriz —insiste Aiko.

—No importa —responde Haru con un susurro.

—Creo que tengo puntos de esos de papel en casa —comenta Aiko mirándome—. Ahora vuelvo —informa.

Y dicho eso se dirige a la puerta del balcón y desaparece. Ambos chicos me miran desconcertados.

—Vive en la casa de al lado —explico, dejándome caer sobre la silla y mirando la cara de Haru, le han dejado hecho un Cristo.

—Supongo que te preguntarás porqué me ha dado una paliza el que se supone es mi amigo.

—La verdad es que no —digo.

Cuanto menos sepa mejor, y cuanto antes se vayan de mi habitación también. Quiero recuperar mi sábado, comer guarradas aprovechando que estoy solo y, jugar a la *play* hasta que me duelan tanto los ojos que quiera arrancármelos. Los tres estamos sentados y en silencio, yo en la silla de mi escritorio, Haru en el suelo apoyado en el colchón y Kenzo a su lado. La verdad es que hay algo que ha cambiado, el Haru de antes no estaría en el comité del baile, ni mucho menos iría de aquí para allá con alguien como Kenzo pero, sobre todo, no sería el que estuviera en el suelo recibiendo una paliza, sino el de arriba propinándola.

—¿Crees que puedes tener algo roto? —le pregunta Kenzo alargando la mano y señalando en uno de los costados de Haru, dónde empieza a salirle un moratón.

—Creo que no. —Haru cierra los ojos muy fuerte y toma una bocanada de aire para expulsarla poco después, al abrirlos su rostro refleja dolor, o eso es lo que me parece—. No puedo ir así a ver a Maiko —se lamenta.

—Puedo ir yo —se ofrece Kenzo, y yo no tengo idea de qué demonios hablan.

Cuando Aiko abre de nuevo la puerta puedo ver que fuera está lloviendo y que Aiko se ha vestido. Camina sin titubear hacía Haru y se arrodilla entre sus piernas para terminar lo que había empezado, no tenía ni idea de que Aiko supiera hacer eso y que estuviera tan tranquila en una situación como esta, aunque de bien seguro, si hubiera visto lo que yo, ahora estaría temblando. Y al pensar eso el miedo vuelve a nublar me la cabeza, ¿qué haré el lunes cuando me cruce con Ray en clase? Va a matarme. Trago saliva con dificultad, estoy acabado, he firmado mi sentencia de muerte.

—¿Ahora me explicáis que ha pasado? —pregunta Aiko poniéndose en pie.

Aiko

Es una situación del todo surrealista, ver a Haru metido en una pelea no, con eso estoy más acostumbrada, no sería la primera vez que llega a clase con marcas y moratones, pero verlo en la habitación de Shouta... Eso no es que sea raro, es casi inconcebible. Sobre todo porque mi mejor amigo siempre ha parecido odiar a Haru y todo lo que le rodea. Terminó de colocar los puntos de papel sobre su ceja, Haru no ha dicho nada en todo el proceso, y estoy segura de que le he hecho daño, no soy muy delicada y a decir verdad he ido de valiente, puesto que no tengo ni idea de qué estoy haciendo. Paso los dedos a modo de peine por su flequillo para echarlo hacia atrás, no sería bueno que se le pegara el pelo a la herida. Joder, cómo le han dejado la cara, el ojo izquierdo está tan hinchado que a penas lo puede abrir

—¿Ahora me explicáis que ha pasado? —pregunto al ponerme en pie.

Instintivamente mis manos se poyan en las caderas, quedando los brazos en jarra, como si fuese una madre reprendiendo a sus retoños. Los miro alternativamente, sin embargo se mantienen callados, así que mis ojos se desvían a Shouta, el eslabón más débil, solo sea porque somos amigos de toda la vida y siempre nos lo contamos todo.

—Yo no tengo ni idea —empieza él, alzando las manos en plan «a mí no me mires»—, yo iba a comprar cuando los he visto y...

—Unos tíos me estaban golpeando —se apresura a cortar Haru—. Le estaba vacilando la novia a uno y no se lo ha tomado muy bien.

—¿En serio? —cuestiono enarcando una ceja.

Hay algo extraño, no me lo termino de creer. Bueno sí veo capaz a Haru de tontear con la novia de alguien, de hecho siempre ha ido tonteando con todas las chicas del instituto, pero... Vuelvo a mirar a Shouta y desciende la mirada hasta clavarla en el suelo. Mienten, lo sé, aunque por el momento no voy a decir nada más.

—¿Puedo pedirte un favor? —dice Haru mirándome directamente a mí.

—¿Otro? —bromeo—. Está bien, dime.

—No quiero que mi hermana se entere de esto... Pero no pudo dejarla colgada, necesita que vaya a ayudarla...

—Puedo ir yo —ofrezco—. Le digo que te ha surgido algo y que me has mandado a mí.

—¿De verdad no te importa? —inquiérese Haru sorprendido.

Haru mira a Kenzo y este vuelve la mirada a mí. Vale, eso empieza a ser muy raro y me estoy poniendo nerviosa. Haru ha cambiado mucho este curso, no parece el mismo, y la llegada de Kenzo ha sido... Vamos a dejarlo en extraña. Esa es la palabra que mejor define esta situación, estoy viviendo un momento extraño.

—¿En serio vas a ir? —me pregunta Shouta en voz muy baja.

Alzo los hombros como respuesta ¿qué diablos puedo hacer? A estas alturas de la película creo que está claro que no sé decir que no. Además, Haru parece preocupado y no se debe a que le hayan dado una paliza, creo que la fuerza de la costumbre hace que eso lo lleve por la mano, no, en sus ojos hinchados se ve verdadera preocupación por su hermana, vaya... no sabía que hasta él podía tener esa clase de sentimientos.

—¡Claro! —exclamo jovial y mi mirada de maldad se clava en Shouta—. Puede ser divertido, ¿no? Yo haciendo recados para su hermana y tú cuidándolo como su enfermera, esto sí es un fin de semana diferente.

—¿Qué? Eh... ¡No! —empieza Shouta—. Ellos se van... ¿no?

Ni Haru ni Kenzo responden a eso, a lo que Shouta suelta un suspiro y se deja escurrir por la silla llevando ambas manos al rostro para cubrirse.

—Venga, no es tan malo, solo son dos personas, podrás lidiar con ellos, además Haru es inofensivo ahora mismo —bromeo—. A ver, vamos a poner orden, dime dónde vive tu hermana, os quedáis aquí y vuelvo en un rato. —Eh, me gusta ser la que da las órdenes, podría acostumbrarme a ello—. Con Shouta solo hay que tener paciencia, tiene sus propias normas, como los Gremlins, dadle de comer chuches, dejadlo con la *Play* y todo irá bien.

Una risotada hace que me gire a mi derecha, es Kenzo, ¡joder! El nuevo sabe reírse, siempre lo había visto malhumorado y triste, pero me alegra ver que es una persona normal capaz de captar una broma. Cuando salgo de casa lo hago con la dirección de Maiko y las llaves de su piso. Justo antes de salir Kenzo me ha contado un poco la situación que están viviendo Haru y su hermana, lo de sus padres, el embarazo de ella, que se ha ido a vivir sola y también me ha explicado que ha estado en el hospital. Conozco a Haru desde hace cinco años y jamás lo había visto como lo he visto hoy, puede que sea porque hoy lo he visto a través de los ojos de Kenzo, que solo lo conoce de hace unos meses y se ha perdido muchas cosas del pasado, aunque la verdad es que ahora entiendo ese cambio tan radical en mi compañero de clase, cambio que coincide con el embarazo de su hermana. Puede que haya esperanza para la humanidad después de todo, si alguien como Haru es capaz de cambiar de ese modo solo por un bebé.

Me pregunto si ellos estarán bien, Shouta parecía a punto de llorar cuando me he marchado. Es un solitario convencido, le molesta todo de todos, puede que le vaya bien lo que ha pasado hoy, estaría genial que Shouta tuviera más amigos y alguien más con quien socializar y no solo yo. Miro el papel con la dirección y compruebo el número de la puerta, es aquí. Es un edificio muy pequeño, cerca del centro, esta zona siempre me ha gustado, es tranquila pero tiene todo cerca, meto la llave en la cerradura con algo de temor y abro la puerta con extrema delicadeza.

—¿Hola? Siento la intromisión... —Doy un paso al interior y cierro tras de mí—. Hola, soy Aiko soy...

—¿Cómo has entrado? —dice una chica apareciendo por el pasillo, wow tiene una tripa enorme, parece que vaya a explotar, no puedo evitar sonreír, se parece muchísimo a Haru y eso es raro. Es un Haru con pelo largo y embarazado.

—Perdona Maiko, soy amiga de Haru...

—¿Ha pasado algo? —exclama con nerviosismo.

—No, no —me apresuro a decir—. En realidad soy su novia y bueno, llevaba días que quería conocerte y esta me ha parecido una buena oportunidad... —miento, pero creo que no lo hago mal del todo, el primer año de instituto hice teatro y todos decían que se me daba genial.

—¡Ja! —suelta ella dándose la vuelta, veo como desaparece y corro por el pasillo siguiéndola—. Así que, la novia de Haru —añade con tono de burla.

—Sí —afirmo, ella se sienta en el sofá y después de dudar un poco yo lo hago a su lado.

—Mientes fatal —dice Maiko.

—¿Qué? ¡No! Llevamos unos meses saliendo y...

—Solo dime si tengo que preocuparme porque Haru mande a una desconocida a mi casa.

Resoplo, en serio ¿tan mala soy? Pensé que actuaba de Óscar. Me quito el pañuelo del cuello y lo dejo a un lado, después hago lo mismo con la chaqueta.

—No tienes que preocuparte, de verdad. Haru y yo somos compañeros de clase, él ha tenido un pequeño encontronazo con alguien, de verdad que no es nada grave, pero no quería que te enteraras, así que por favor, no le digas que te lo he dicho —le explico una verdad a medias.

—No se lo diré. ¿Está bien?

—Tiene un par de golpes y la ceja abierta, pero nada con lo que no lo haya visto antes —digo con sinceridad—. Que guay —señalo su tripa—. ¿Niño o niña?

—Niño —sonríe—. Entonces, mi hermano está bien.

—Sí, no te preocupes. De verdad... ¿Necesitas que te ayude con algo? Haru dice que debes hacer reposo.

—Bueno solo necesito un par de cosas de la tienda, si no te importa —comenta.

—Por supuesto que no, para eso he venido.

Me levanto y cojo de nuevo la chaqueta, Maiko me escribe una lista en un papel, me da el dinero y me acompaña a la puerta después. Es un piso muy pequeño, pero lo tiene decorado de manera muy acogedora, me encanta. Esta zona es un lujo, siempre me ha gustado, de hecho hubo un tiempo en que Shouta y yo bromeábamos con alquilar una buhardilla en alguno de estos viejos edificios, los más destartados de todos, esos que huelen a historia y humedad. Que nostálgico pensar en esas cosas. Cuando termino de comprar regreso al piso, Maiko es una chica muy agradable, preparamos un café y charlamos un rato, ella me cuenta cosas de Haru que desconocía hasta el momento, y la verdad es que me decepciono un poco, después de tanto tiempo en la misma clase realmente no sabía nada de él. Siempre me quedé atascada en ese tosco exterior, ese chico que armaba jaleo, se burlaba de los profesores, faltaba a clase y cuando venía solía ser expulsado. Ese era Haru para mí. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que bajo todo eso había más, puede que solo necesitara que alguien le tendiera una mano, supongo que ahora es Kenzo quien tira de él hacia el buen camino.

—Gracias —dice Maiko abriendo la puerta para despedirme—. Ha sido un verdadero placer conocerte Aiko.

—Lo mismo digo... Oye, una pregunta —manifiesto antes de salir—, ¿cómo has sabido que no era la novia de Haru? —La verdad es que me ha molestado un poco la negación tan categórica y tajante que ha hecho, como dando por sentado que eso era totalmente imposible.

—¿Conoces a Kenzo? —me pregunta de pronto.

—Sí, los tres vamos a la misma clase.

Maiko sonríe y cierra la puerta dejándome ahí. Vale, está claro que me he perdido algo de la conversación, no entiendo nada.

Kenzo

Me ha costado horrores tranquilizarme después de lo ocurrido, aunque frente a Haru me haya hecho el valiente, la verdad es que por un momento he temido por su vida. En el suelo, golpeado y pateado por esos gilipollas, mientras Ray reía como un loco... «Cumplimos nuestra palabra, a él no le tocaremos un pelo» maldito Haru, si a él le pasara algo yo... Tengo que sacudirme de encima todos esos malos pensamientos, porque esos llevan a otros y esos a otros y termino con una nube negra sobre mi cabeza que es casi imposible de disipar. Aunque Haru lo consiga con una sola de sus sonrisas, esas que a veces pienso que ha inventado solo para mi, soñar es gratis, y yo lo hago hasta despierto.

Haru y Shouta llevan las dos últimas horas enganchados a la consola, al final ha resultado que son jugadores, fans o cómo se diga del mismo juego, cosa que ha extrañado a Shouta y ha alegrado a Haru, como si realmente se sintiera feliz de tener algún punto de conexión con ese chico de pelo oscuro y mirada aún más negra. Vale, lo reconozco, estoy un poco celoso, aunque sepa que no tengo derecho a ello, porque realmente no lo tengo, Haru y yo solo somos amigos, nada más.

De pronto la corredera se abre, el frío se cuele en el interior de la habitación y aparece Aiko. Es muy extraña la relación que hay entre esos dos y, la manera que tiene ella de entrar y salir de la habitación de Shouta como si fuese la suya propia. Antes, por curiosidad he mirado el muro que separa los balcones y a pesar de no ser muy alto tiene una altura considerable.

—¿Cómo estaba Maiko? —se apresura a preguntar Haru, dejando a Shouta solo con el juego —. ¿Qué te ha dicho?

—Está perfectamente, he ido a comprarle algunas cosas que necesitaba, hemos tomado café y me ha contado lo de aquella vez que te negaste a ponerte pantalones durante los tres meses que duraron las vacaciones de verano.

—¿En serio? —No puedo evitar preguntar.

—Todo el día con la colita al aire —afirma burlona Aiko, parece que se divierte.

—La voy a matar —gruñe Haru, cruzando los brazos a la altura del pecho indignado y no puedo evitar pensar que está muy guapo cuando se enfurruña como un niño pequeño—. En serio, ni se te ocurra contarle esto a nadie —le advierte a Aiko, que ríe sin parar.

—¿Qué tal por aquí? —pregunta directamente mirando a Shouta.

Él solo se encoje de hombros, la verdad es que en todo este rato que hemos estado allí sus aportes a la conversación han sido monosílabos, las frases más largas han sido referentes al juego y, tampoco es que hayan sido más de dos o tres palabras juntas. Aiko tira la chaqueta sobre la cama y después se deja caer ella detrás, quedando tumbada sobre el colchón. Me sigue pareciendo extraña esa familiaridad que hay entre los dos siendo tan diferentes, Aiko siempre me ha parecido divertida con un punto alocado, además de que siempre ha sido amable conmigo, dentro de las circunstancias. A Shouta lo conozco menos, pero parece malhumorado, solitario y hasta podría decir que un pelín borde. La verdad es que son como la noche y el día. Sobre el escritorio hay un corcho lleno de fotografías, en esas dos horas que ellos han estado viciados me he entretenido en mirarlas, son amigos desde que eran pequeños, parece que siempre han estado juntos. En cierto modo me han dado un poco de envidia.

Ha sido un sábado diferente a como tenía planeado. Pensaba en desayunar con Haru, charlar un poco, ir a ver a Maiko, puede que termináramos comiendo también juntos... Pero ahí estamos, en la habitación del *friki* de Shouta.

—Deberíamos irnos —digo de pronto, mirando a Haru.

Sé que no quiere regresar a su casa, pero puede venirse a la mía, y eso me hace dar un respingo, joder soy un iluso enamorado no correspondido, aunque no me importa, solo quiero estar ahí para él cuando me necesita, igual que él ha estado conmigo.

—También os podéis quedar aquí, sus padres no están —comenta Aiko de pronto, sin siquiera levantar la cabeza de la almohada.

—¡Oye! —se queja Shouta, que ha guardado silencio hasta el momento—. Por qué no se quedan contigo —le suelta.

—Bueno, pues ¡quedaros conmigo! —responde ella risueña, ahora sí levantándose. Esa chica irradia felicidad y buen rollo, antes lo detestaba, ahora me gusta.

—Aiko, tú y yo tendremos que hablar sobre límites muy seriamente —le dice Shouta molesto, y lo sé porque ha tirado el mando de la *play* sobre la butaca.

—A ver, que nosotros no queremos causar problemas —empieza a decir Haru—. Te agradezco mucho lo que has hecho por mi, pero ya nos vamos —añade, al tiempo que me mira.

—Podéis quedaros si queréis —gruñe Shouta con los dientes apretados, como si no quisiera decirlo, igual que si se viera obligado a ello.

—¡Claro! Además ya le he dicho a mi madre que estáis aquí, nos preparará algo de comer y nos lo traerá —exclama Aiko, desde el principio lo tenía todo pensado—. Y por la noche podemos cogernos unas pizzas.

—Vosotros dos tenéis una relación muy rara —declara Haru observándolos.

—Que va, yo soy normal, el raro es él —suelta ella, dejándose caer encima de Shouta que se la sacude como si quemara.

—En serio, debemos tener una conversación muy seria —vuelve a gruñir el chico.

No puedo evitar reír, a pesar de que no quiero hacerlo se me escapa la risa. Hacía mucho tiempo que no estaba con «amigos» y puede que no lo seamos aún, pero ellos me hacen sonreír.

El día pasa asombrosamente deprisa. Mientras Haru y Shouta siguen compartiendo su basto conocimiento sobre el mundo virtual, he descubierto que Aiko y yo tenemos gustos parecidos tanto en música, como en libros y películas. Después de la cena y jugar un rato más a esos juegos que a mí personalmente me aburren una barbaridad, Aiko se ha vuelto a su casa y nosotros nos hemos repartido los lugares donde dormir: cama, suelo, sofá.

—¿Qué pasará el lunes? —pregunta Shouta desde la cama—. Ray va a matarme.

—He estado pensando en eso —dice Haru incorporándose—. Tienes que pasarme ese video, y yo me encargaré.

—No creo que sea muy prudente —apunto desde un colchón en el suelo.

—Bueno, qué puede hacer ¿darme una paliza? —Ríe divertido Haru. Aunque es una sonrisa forzada, creo que en realidad está preocupado.

Haru

No puedo dormir y el dolor, aunque un poco, no es la razón principal. Estoy cabreado, ¡indignado! Los he visto venir y me he defendido, pero eran cinco contra uno, por lo que en poco tiempo me han dejado totalmente arrinconado. Me siento un fraude, yo le prometí a Kenzo que le protegería, ¿cómo va a confiar en mí después de hoy? Ahora Shouta tiene miedo también, yo le digo que me voy a encargar de todo, pero... Soy una estafa, todo fachada, mera pose... Me revuelvo inquieto en el sofá, no puedo dormir, no hay manera.

—¿Estás bien? —La voz de Kenzo llega desde mi espalda, al girarme puedo ver como se ha incorporado y está sentado en el suelo, observándome—. ¿Te duele algo?

—El orgullo —murmuro en voz baja, Shouta hace rato que duerme como un tronco.

—Bromeas, ¿no? —Kenzo se levanta y se sienta a mi lado—. Joder Haru, ¡eran muchos! No podías hacer nada.

—No es excusa... Te dije que yo me encargaría de todo y he vuelto a cagarla. Ahora se lo he prometido a él —digo señalando en dirección a la cama—. ¿Y si tampoco soy capaz?

—¿Es que crees que tienes que salvarnos a todos? —inquiérese irritado.

—No preguntes cosas que ya sabes.

—No eres Superman.

—Una analogía al mundo de los cómic, me sorprendes chico raro.

—Este no es el único *friki* —suelta Kenzo señalando a Shouta—. Deja de darle vueltas, lo importante es que estás bien, magullado pero bien.

—Ya...

—No, ya no... es lo único que me importa, el resto... ya veremos cómo lo solucionamos, ¿vale?

¿Qué hay de esa expresión en su rostro? Si me mira de esa manera yo no puedo ni pensar en nada que no sea en él, en sus ojos bicolor, en esa sonrisa tan cara de ver, en la tristeza que desprende a veces y la determinación que muestra en ocasiones. Como cada vez que me besa. Ahí no veo vacilación alguna, aunque inmediatamente se disculpe después y diga que no pretendía hacerlo, creo que no es verdad. Él quiere besarme. A veces pienso que yo también quiero que lo haga. ¡Joder! Me estoy volviendo loco. Él me está volviendo completamente loco y desde que lo conozco soy un absoluto desastre.

—Venga, tienes que dormir —susurra Kenzo, levantándose para volver al suelo.

—Tumbate a mi lado —le pido tirando de su mano, aunque tengo que descender la mirada para que no pueda ver la turbación traducida en un casi seguro rubor en mis mejillas.

—Claro —murmura recostándose conmigo—. No te hago daño, ¿no?

Su brazo rodea mi cintura con delicadeza y sí, noto una ligera punzada de dolor en el costado, donde me ha salido un buen moratón, sin embargo el cuerpo de Kenzo pegado al mío me hace sentir tan bien que no digo nada y cierro los ojos. Antes de darme cuenta ya me he dormido.

—Esto es muuuuuuuuuuuuu raro.

Escucho que dice alguien con una voz algo pastosa. Tardo un rato en poder despegar los ojos, además de manera literal, ya que por los golpes se han hinchado un poco y me duele hasta pestañear. Me giro sobre mí mismo y Kenzo no está ahí tumbado conmigo, sino sentado en el sofá, a mis pies.

—¿Qué...? —consigo preguntar.

Pensaba que nos habría descubierto durmiendo juntos, pero en algún momento Kenzo se ha ido de mi lado, puede que como la otra vez no haya parado de moverme, no lo sé. Tengo que aprender a dormir quieto. La cabeza me da vueltas, aunque de pronto mi mirada se queda pegada a esos bucles desordenados y casi rubios del pelo de Kenzo, de pronto veo como Shouta lo está escrutando de manera curiosa. Están tan cerca el uno del otro que el mínimo movimiento terminaría con ambos juntando sus labios, y no sé por qué eso me enfurece.

—¿Has visto? —empieza Shouta, separándose por fin de Kenzo—. Tiene un ojo de cada color, ¡como un dibujo Manga!

—Eso mismo dije yo —murmuro adormilado.

—Ah, ¿ya lo sabías? —No es una simple pregunta, es un gancho directo de los que te noquean—. Jummm que raro es todo...

Mierda, soy gilipollas. Shouta nos mira con el entrecejo fruncido, como los dibujos esos del perro que sospechaba de todo y de todos.

—¡Buenos días! —La voz de Aiko llega desde la puerta corredera recién abierta cortando así toda posible respuesta por mi parte.

—Eso sí es raro —digo señalando a la chica que acaba de irrumpir con una sonrisa de oreja a oreja.

Shouta solo se encoje de hombros, parece resignado a que su vecina entre y salga de su habitación cuando y como quiere.

—¿Qué planes hay hoy? —inquieta ella divertida, dejándose caer en la silla del escritorio y recogiendo las piernas después para abrazarlas.

—¿Qué? ¿Planes? Pero... —tartamudea Shouta.

—Podríamos ir a la playa, o al cine o... —empieza Aiko.

—¿La playa? —pregunta Kenzo extrañado.

—Me voy a morir sin ver el mar, lo estoy viendo... —se queja teatralmente ella.

No puedo evitar soltar una carcajada, sobre todo viendo la cara que pone nuestro anfitrión obligado a cada sugerencia de su amiga. Está claro que Aiko es como siempre me ha parecido, una chica tremendamente divertida, ahora entiendo por qué siempre está rodeada de gente y a Ryu le gusta tanto. Ese pensamiento me lleva a observar a Shouta, ¿él siente algo por ella? Porque a veces lo parece, pero no da la sensación de que estén juntos ni nada, y Ryu en ese aspecto puede que se lance en algún momento, sobre todo estando el final de curso tan cerca. Si Shouta está tan confundido como yo me siento con Kenzo estamos jodidos.

—Creo que nosotros nos marchamos ya. —Le tiro un cable de salvación a Shouta, parecía demasiado abrumado.

No puedo negar que ha sido divertido, vale, sí, me duele todo, pero... No sé cómo decirlo, ha sido un fin de semana... normal. Sin alcohol, sin peleas (o casi), sin meterme en líos (o casi), sin hacer cosas ilegales, sin drogas... Miro el cigarrillo que acabo de sacar de la cajetilla y suspiro, bueno sin drogas (o casi). Después está la noche con Kenzo, que dicho así suena muy extraño, aunque en realidad ha sido reconfortante, esa es la palabra que se me ocurre para definirla. He dormido bien, he descansado, me he sentido... genial. Estar con Kenzo siempre hace que me sienta igual que en una nube y, de algún modo él hace que me esfuerce por intentar ser mejor.

—Bueno, no era así como había pensado que iría el fin de semana —suelta Kenzo cuando llegamos cerca de su casa—. Los fines de semana contigo siempre son una sorpresa.

—Para que no te aburras —bromeo.

—Nunca me aburriría contigo —replica con una sonrisa.

—Bueno, volveremos a hablarlo dentro de veinte años —suelto, sin ser muy consciente que esa simple frase parece encerrar una promesa a largo plazo, pero extrañamente, tampoco me parece mal.

—Dentro de veinte años seguiré pensando lo mismo —responde, clavando la mirada en mí.

¿Por qué se me acelera el corazón? ¿Por qué tengo ganas de abrazarlo? ¿Por qué consigo que hasta deje de plantearme que somos dos chicos y que esto no está bien? Doy la última calada al cigarrillo lo de tiro lejos de donde nos hemos detenido, sin embargo parece que ninguno de los dos tiene prisa por hacer una despedida, puede que sea porque nos gusta estar juntos, o porque no queremos que el domingo termine y tengamos que enfrentarnos al lunes.

—Nos veremos mañana —susurra.

Tengo ganas de decirle que no se vaya, que nos quedemos ahí un poco más, que vayamos a tomar algo, o que nos fuémos juntos y a la mierda todos y todo, sin embargo no digo nada y me quedo plantado en medio de la calle viendo como se aleja.

—Tsss... —Soy gilipollas.

Kenzo

—Te estaba esperando.

Shouta me intercepta justo cuando estoy a punto de entrar en el instituto, está más pálido de lo que viene siendo habitual en él, parece que ha dormido más bien poco y se nota nervioso, le delata el temblor en las manos.

—Iba a preguntarte si estás bien, pero creo que es una pregunta absurda —digo viendo su estado.

—¡Claro que lo es! —exclama un poco más alto de lo que sería normal, se da cuenta de ello y se encoge, me agarra del brazo y tira de mí para alejarnos de la puerta—. Te recuerdo que yo voy a la misma clase que el psicópata ese. ¡Joder! He conseguido mantenerme al margen de todas sus movidas durante años y, la cago cuando estamos a un par de meses de graduarnos y perdernos de vista... Yo no estoy preparado para que me den una paliza.

—Nadie lo está —replico—. Bueno a Haru parece que le gusten... —murmuro pensativo.

—¿Qué es lo que tenía pensado hacer? —me pregunta, pero no puedo darle respuesta a eso, pues Haru no me ha contado nada, la verdad es que nunca me cuenta nada, y eso me preocupa.

—No lo sé, solo confía en él —digo sin más.

—Sí, sí... Yo confío, aunque la hostia me la voy a llevar yo —gruñe.

—Es injusto que digas eso cuando el sábado...

—Pero eso no es mi culpa —susurra con los dientes apretados, y realmente tiene razón, no se lo puedo echar en cara—. No tengo ni puta idea porqué Haru ahora parece ir de «buen tío» y le planta cara a Ray, ya que hasta el año pasado Haru era como todos ellos, puede que incluso peor, un auténtico gilipollas.

—Ha cambiado —afirmo, y empiezo a notar un inusual calor en el rostro, así como un dolor en el bajo vientre que se expande por todo mi cuerpo.

—Los árboles también cambian con el paso de las estaciones, sin embargo siguen siendo árboles —me suelta Shouta.

No sé cómo, de pronto me veo empujándolo con todas mis fuerzas, haciendo que se tambalee frente a mí, creo que si me lo propusiera podría con él, somos más o menos de la misma estatura y corpulencia, pero mi motivación me hace mucho más peligroso.

—¿Qué haces? ¿Eres imbécil? —me increpa alzando la voz, intentando sacudírseme de encima.

—No digas eso de Haru —exijo sin querer esconder mi enfado—. ¡No tienes ni puta idea de nada!

—Tú sí que no tienes ni idea, Haru siempre ha sido como todos ellos... Un matón de mierda...

—¡Déjalo Shouta! —gruño, si continúa hablando mal de Haru no sé como voy a reaccionar.

—¡No lo entiendo! —chilla, devolviéndome el empujón—. ¿Por qué le defiendes de este modo? —pregunta Shouta a voz en grito, por suerte ambos llegamos tarde y la calle ha ido quedando desierta.

—¡Porque le quiero! —respondo alzando la voz a su mismo nivel.

Shouta enmudece, creo que lo he pillado totalmente desprevenido y esa confesión no era lo que esperaba, lo dicen sus ojos a parte de que no sabe para donde mirar, creo que está viviendo uno de esos momentos que vulgarmente se denominan «tierra trágame». Y yo no entiendo qué cojones me ha pasado, sin embargo lo he dicho sin más, y ahora ya no puedo retractarme.

—Haru no es gay —me dice, como si me estuviese haciendo un favor al informarme de algo tan obvio.

—Eso ya lo sé —gruño con los dientes apretados.

—Pues estás jodido —suelta, parece mucho más relajado que segundos antes, hasta creo que he logrado que se olvide de Ray y del video—. ¿Quieres que nos saltemos la primera hora? —propone.

—¿Tú haces pellas? —cuestiono asombrado.

—Pues a decir verdad sería la primera vez —medita.

—Sabes que esto nos convierte en amigos, ¿no? —tanteo divertido.

—Bueno no te pases —suelta, empezando a alejarse del instituto—. Nos estamos conociendo.

Es un buen tipo. Esa es mi conclusión después de todo ese rato charlando. Cuando ya nos hemos saltado dos clases mi móvil suena, Haru está preocupado por mí, y eso hace que se me acelere el corazón de un modo que creo que toda la cafetería puede escuchar, incluso siento calor en mis mejillas, seguro que están rojas. Shouta, sentado enfrente mía, mira hacia otro lado, como si fuese un poco consciente de como me siento en ese momento y quisiera darme intimidad, o esas es la sensación que tengo. Haru se sorprende cuando le digo dónde y con quién estoy, pero tras esa sorpresa inicial, creo intuir cierto tono de alivio. Todos hablan del Haru de antes, como era y lo que hacía, pocos valoran el esfuerzo que realiza día tras día por intentar cambiar, y solo por eso, yo lo admiro profundamente.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo al pedir el segundo refresco.

—Aja... —responde Shouta.

—¿Qué relación hay entre tú y Aiko? —inquiero, pillándolo desprevenido.

Al alzar los ojos puedo ver el desconcierto en ellos, no sé si es que no entiende la pregunta o que quiere meditar bien la respuesta, pues pasan unos segundos, puede que incluso cerca de un minuto en el que no dice nada.

—Lo que siento por ella es tan unidireccional que empieza a dar vergüenza ajena —suelta de pronto—. Creo que es más sencillo lo tuyo con Haru, que el que Aiko deje de verme como a su mejor amigo —me explica.

—Vaya —exclamo sorprendido—. No esperaba que fueses tan sincero, creía que responderías con evasivas y desviarías el tema.

—Tú has sido sincero conmigo —dice, como si fuese lógico corresponder—. En algún momento de nuestra amistad empecé a verla como algo más, pero para ella todo sigue como cuando teníamos diez años y eso es desesperante —suspira apesadumbrado—. ¿Por qué Haru? —pregunta de pronto.

No sé qué responder a eso, ¿por qué? ¿Acaso el amor puede tener una respuesta? ¿Una lógica? ¿Por qué Haru? Supongo que porque es la mejor persona que he conocido nunca, porque le debo la vida, porque él me ha salvado y me ha ofrecido una segunda oportunidad, porque él es lo último en lo que pienso al acostarme y el primero en quien pienso en la mañana, eso es muy estúpido, pero así es. Soy consciente de que he demorado un poco la respuesta, sin embargo Shouta me mira y creo que no le hace falta.

—Por los amores imposibles —comento, y alzo la copa para brindar.

—Por los pringados gilipollas que se quedan viéndolas pasar.

Pues también tiene razón, sonrío con pesadez.

—Por nosotros —digo clavando los ojos en él.

—Nunca pensé que fuese a saltarme las clases, y menos para estar con otro ser humano —

admite.

—Pues me siento halagado —murmuro—. Yo tampoco pensé que llegaría a gustarme estar en compañía de alguien.

—Lo sé, Aiko me ha explicado que te han estado haciendo la vida imposible. —Parece verdaderamente molesto por eso—. Ray es un desgraciado. —Las palabras salen tan cargadas de desprecio que se ven flotar a nuestro alrededor.

—¿Qué problema tienes tú con ellos? —pregunto de pronto.

—Que no me gusta la gente así, vive y deja vivir, no creo que sea tan difícil.

Realmente no lo es, pero a muchos parece habersele olvidado ese gran lema.

Haru

Toda la puta mañana pendiente del móvil y se está saltando las clases con Shouta, el destino y la necesidad hacen extraños compañeros de cama, y no estoy pensando en Kenzo y Shouta, más bien en mí. El primer año de instituto quise demostrar que yo era el mejor: el más fuerte, el más malo, el más de todo... Me pregunto qué habría pasado de elegir otro camino, otras amistades... Si en vez de juntarme con Ray y el resto de sus chicos hubiera entablado amistad con Aiko, por ejemplo. Ahora mi vida sería totalmente diferente. Aunque puede que no hubiese estado en esa azotea en el momento en que habría tenido que estar. Dicen que todo pasa por algo, y quiero pensar que ese algo era estar ahí cuando Kenzo subió.

—¿Estás bien? —pregunta Ryu agachándose frente a mi mesa. No pasa inadvertido mi encontronazo del sábado.

—Tú de esto tampoco sabías nada, ¿no? —Ryu niega con la cabeza, aunque sus ojos expresan culpabilidad—. Es el momento de decidirte Ryu, sé que da miedo, pero si sigues los pasos de Ray terminarás mal. —Ahí estoy, regalando consejos.

—O terminaré como tú si no lo hago —afirma rotundo.

—¿Merece la pena? —pregunto.

Se levanta y se aleja sin responderme nada, supongo que ha tomado su decisión y me sabe mal, siempre ha sido un buen amigo, alguien en quien he podido confiar. Cuando terminan las clases Kenzo todavía no ha aparecido, por un lado me alegro, es genial que él y Shouta puedan llevarse bien, pero por otro lado he tenido toda la mañana una extraña sensación en medio del pecho, una angustia en forma de nudo en mi estómago y un calor inusual invadiéndome todo el cuerpo. Cómo si me faltara algo. No he querido ponerle nombre por no sentirme más ridículo todavía, pero de tener que ponerle uno este sería: celos. Quiero verle a todas horas, tenerlo a mi lado siempre, mirarlo y que él me esté mirando también. Mis ganas de monopolizarlo crecen por momentos.

—¡Tú! —exclama Aiko, palmeando las manos delante de mi cara para llamar mi atención—. Tengo un mensaje de Shouta y estoy ¡flipando!

No puedo evitar sonreír, creo que Aiko aún sin saberlo está igual que yo, sorprendida, feliz, pero en el fondo algo celosa. Siempre ha tenido a su amigo solo para ella.

—Entonces... —empiezo a guardar las cosas en la mochila—. ¿Puedo tener el honor de ser yo quien te acompañe a casa?

—Oye, oye, oye... que puedo volver a casa sola, ¿eh? —suelta molesta—. Además tengo trabajo en lo del comité de fiestas —me informa.

—Yo también tengo algo que hacer por aquí y no me apetece volver solo, así que ¿qué te parece si en vez de acompañarte yo a ti, tú me acompañas a mi?

—Está bien —dice con suficiencia—. Sí, mejor que te acompañe, que está claro que no sabes defenderte.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Nos vemos en la puerta en una hora? —le digo.

—Tsss —chasquea la lengua—. Mmmmm —parece dudar, entrecierra los ojos y me mira de arriba a abajo, parece valorar algo y creo que va a decírmelo cuando cierra la boca de pronto—. Vale, en la puerta —replica simplemente, aunque por sus ojos noto que hay algo más.

Se marcha, aunque aún en la puerta se da la vuelta para mirarme y, me escruta con incredulidad, como si no terminara de creérselo. Bueno, no se lo puedo echar en cara, he sido un

capullo muchos años, no puedo pretender que vean lo contrario en tan solo unos meses.

Puesto que ni Kenzo ni Shouta están en el instituto, creo que no hay mejor momento para ir a ver a mi gran amigo Ray, que como no era de extrañar está en el parque que hay justo al lado del instituto, dónde suele pasar su mercancía.

—¿Qué te ha pasado en la cara Haru? ¿Te has caído de la bici? —pregunta, y si el cinismo fuese un arma, estaría muerto.

—¿Esto? —inquiero señalando mi ceja—. Un encontronazo con un gilipollas, nada de especial —sonríe—. He venido para tranquilizarte.

—Ah, ¿es que estaba nervioso? —Sus palabras salen mezcladas con incredulidad y altas dosis de sarcasmo.

—No lo sé, hay por ahí un video tuyo un poco comprometido.

—¿Eso? —Su actitud es chulesca y desafiante, la verdad es que espero que haga alguna estupidez para poder golpearlo—. No me preocupa, solo tengo que darle una paliza al dueño de ese móvil.

—Cierto... pero ya sabes cómo son esas cosas de las redes sociales, corren como la pólvora, yo que tú me quedaría calmadito unos días, no sabes quién puede saber qué y a quién puede llegar el video si golpeas a la persona equivocada.

—Se te acumulan los *frikis* a los que proteger —comenta con sorna.

—Otra cosa te digo Ray, la próxima vez, será entre tú y yo... y te aseguro, que no sales vivo de esa —sentencio con voz grave.

—Muy chulito te veo —replica con una sonrisa irónica.

—Tú acabas de decirlo, tengo mucho que proteger... Me has dado una muy buena motivación para que no me importe nada, solo hacerte morder el polvo.

—¿Por qué? —gruñe de pronto empujándome—. A qué viene toda esta mierda, pensé que querías hacerte con lo que estos años me he estado trabajando, pero tú realmente no quieres nada de esto, entonces ¿por qué este cambio? —pregunta clavando los ojos en mí, está verdaderamente confundido, no entiende nada—. ¿Todo esto es por Maiko?

—A mi hermana ni la nombres ¡hijo de puta! —grito, cogiéndolo de las solapas y empujándolo contra la valla, haciendo que pegue contra ella.

—Entonces es eso —sonríe de medio lado—. Bueno, aunque no te lo creas lo respeto, no tengo intención de ponértelo fácil, aunque respeto la decisión que has tomado —anuncia muy calmado—. Entonces así están las cosas, borrarás el video si te prometo estar quietecito, ¿no? Y entiendo que tengo que confiar en tu palabra porque eres un tipo de honor y esas mierdas. ¿Eso es todo? —inquiere para dar finalizada nuestra conversación.

—Lo has captado —le escupo, lo suelto y me separo de él, estoy de nuevo en minoría.

—Así de simple, yo no hago nada y tú no haces nada. —Asiento con la cabeza—. Está bien —dice—, vamos a ver dónde nos lleva todo esto.

—Siempre te escudas en los chicos, pero no eres tan fuerte, algún día voy a tener la oportunidad de demostrártelo, suplicarás por tu vida, créeme —le amenazo, haciéndome a un lado para flanquearle el paso.

Observo como se aleja, pero no se evaporan de mí las ganas de salir corriendo tras él y empezar a golpearlo hasta romperme todos los nudillos contra su cara. Sin embargo eso tendrá que esperar. Puede que sea su regalo de graduación, jamás le perdonaré lo que le ha hecho a Kenzo. Vuelvo caminando hasta la puerta del instituto, solo necesito mantenerlo controlado un par de meses, eso es todo...

—¡Hola! —Aiko aparece a mi lado dando un pequeño salto, parece contenta—. ¿Nos vamos?

—Claro —digo cogiendo mi mochila del suelo, no sé cómo ha terminado allí.

—¿Vas a ir a ver a tu hermana? —cuestiona, mientras camina a mi lado.

—Mañana, ¿por? —pregunto. El día ya se ha ido alargando y a esta hora aún podemos disfrutar de unos débiles rayos de sol.

—¿Puedo ir? —inquire de golpe, dejándome sorprendido.

—Sssí, claro, está bien —atino a responder.

—¡Genial! —Sonríe—. Le he comprado una cosita al bebé.

No puedo evitar mirarla sorprendido. De nuevo me pregunto, qué habría pasado si hace unos años hubiese elegido mejor mis amistades.

VERANO

Aiko

Todo ha quedado perfecto, ha merecido la pena tanto esfuerzo. Ya es martes y este mismo viernes es el baile. Se nota en el ambiente, todo el mundo está nervioso. Es el acontecimiento del curso, una manera de quitarnos de encima los nervios de los exámenes y la angustia de si habremos logrado nuestro objetivo o no.

—Buen trabajo —dice alguien al pasar por mi lado.

Verdaderamente ha sido un gran trabajo, el salón de actos está precioso, es mágico y abrumador, la Luna, las flores, el brillo, las luces, las decoraciones de cristal... Es verdaderamente un sueño, *El sueño de una noche de verano*. Con la música, las bebidas, las parejas bailando... aún será mejor.

Lo que me recuerda que no tengo pareja.

He intentado insinuar a Shouta que podría animarse y venir conmigo, para pasarlo bien, pero creo que le apetece lo mismo que ir al dentista y que le arranque una muela sin anestesia, bueno, no es que lo crea, estoy segura de que serían sus palabras exactas: «antes voy al dentista a que me arranque las muelas sin anestesia». Es un poco patético, no tengo pareja, sin embargo tengo hasta un vestido comprado, supongo que no me quedará otra que ir sola. Hace un rato que Haru y Kenzo se han marchado ya a casa, en el salón de actos solo quedamos unos pocos, dando los últimos retoques. Se me ha hecho muy tarde, tengo que darme prisa para poder llegar a ayudar a mi madre con la cena, aunque soy de esa clase de personas que si se comprometen lo hacen hasta el final, así que espero hasta que todos deciden marcharse para hacerlo yo también. Nos vamos juntos hasta que llegamos a la altura del parque, una vez allí me despido de Sato y me dispongo a cruzar por el sendero hasta casa. Estoy tan sumida en mis pensamientos, tan enfrascada en mis cosas que no me doy cuenta de cuándo Ray se ha puesto a caminar a mi lado. Cuando levanto la vista allí lo veo, con una sonrisa y el cigarrillo entre los labios. Es taaaan guapo que quita el hipo.

—Me has asustado —murmuro.

—Es muy tarde, no deberías ir sola —dice chasqueando la lengua.

—Estábamos terminando de decorar el salón para el baile.

—Cierto, el baile... —Coge el cigarrillo y lo lanza—. ¿Quieres ser mi pareja? —pregunta de pronto.

Detengo mi caminar y me quedo ahí plantada como si un rayo acabara de fulminarme, alzo la mirada para buscar sus ojos, esperando ver una mueca divertida, algo que me diga lo que ya sé, que me está tomando el pelo, que solo es una broma. Pero Ray sigue con la vista fija en mí y esa tan bien estudiada cara de póker. Alza la mano hasta situarla frente a mi cara y hace chascar los dedos para que reaccione. Es entonces cuando me doy cuenta de lo patética que soy.

—¿Yo? —Tengo que preguntarlo.

—No veo por aquí a nadie más —responde con voz neutra—. Nos lo vamos a pasar muy bien, te lo prometo.

—Está bien —consigo decir, con el corazón acelerado—. Sí, claro, vayamos juntos. —Estoy tan contenta que podría saltar de alegría, pero me obligo a mantener una pose de «venga va, tampoco es tan importante».

—Genial... —dice con brillo en los ojos—. Vamos, te acompaño hasta tu casa.

—Tranquilo, vivo ahí al lado.

No me lo puedo creer, ¡tengo pareja para el baile! No, no es solo eso... es que ¡es Ray! Ray es

mi pareja para el baile. Estoy flotando en una nube. Necesito hacer muchas cosas en estos tres días, como depilarme, pintarme las uñas, uuuff no sé si me daría tiempo a que mi madre me ayude a alisarme el pelo... ¡Tengo pareja para el baile! Es absurdo que me haga tanta ilusión, pero... ¡Qué demonios! Tengo ganas de divertirme y pasarlo bien... Quiero que sea como en las películas, que todo sea maravilloso, disfrutarlo y recordar la velada como algo magnífico por el resto de mi vida. Me gustaría que Shouta viniera también, estoy segura de que si no fuese tan cerrado... hay muchas chicas a las que él les gusta, porque ¡es guapo! Y es el mejor chico del mundo, solo con que se abriera un poco más, si él fuese más sociable... Además, ese aire de bohemio despistado lo hace de lo más interesante.

Una vez en la habitación doy rienda suelta a mi desbocada imaginación. El vestido es muy bonito, lo compré porque me enamoré de él nada más verlo y siempre he sido de impulsos repentinos como esos. Lo cojo y lo dejo sobre la cama, no compré zapatos, así que tendré que buscar algunos que puedan quedarle bien. Del otro lado de la pared llegan gritos ahogados, la verdad es que desde que he llegado escucho bastante alboroto en la habitación de Shouta, pensaba que estaría jugando a algo, pero ahora me ha parecido escuchar voces. Abro la corredera pues hace calor, aunque parece que va a llover, apoyo las manos en el muro y me doy impulso para saltarlo. ¡Madre mía! Tengo que tomarme más en serio las clases de educación física. Cuando caigo al otro lado, la corredera se abre sola y unos impactantes ojos verdes me aguardan al otro lado.

—Te estábamos esperando —dice Haru con una sonrisa—. Hay pizza.

No me lo puedo creer, al final Shouta ha hecho amigos, no pudo evitar que mi cara refleje la sorpresa, estoy segura de que mis ojos se han abierto de manera exagerada hasta la mandíbula. Tengo que obligarme a cerrar la boca antes de parecer una competa idiota

—La culpa es tuya —se queja Shouta cuando entro, está sentado en el suelo con el mando de la *play* en su regazo—. Ahora creen que me gusta que estén aquí.

—Oh venga, si nos has invitado tú —se queja Kenzo, dándole un manotazo en el hombro.

—Además, tus padres están encantados con que tengas amigos que entran por la puerta —añade Haru divertido.

—Vaya golpe bajo —me quejo mirándolo de reojo, a lo que él responde con una sonrisa.

—¡Vamos siéntate conmigo! —dice Kenzo haciéndose a un lado—. Estos dos me están machacando.

Cenamos, jugamos y reímos, como si fuésemos amigos de toda la vida, ¿somos amigos? Me agrada ver a Shouta así, normalmente cuando está con mucha gente se le ve incómodo, tenso y hasta angustiado, siempre a la defensiva, pero ahora juega relajado, bromea y verdaderamente parece otro, otro Shouta, otro que también me gusta mucho. Me dejo caer sobre la cama y cierro los ojos, mientras sus voces me llegan amortiguadas por el cansancio que siento: los gritos de Kenzo mezclados con la risa de Haru, las quejas de Shouta...

—Aiko, eh... Aiko...

—Mmmmm... —murmuro dándome la vuelta.

—Te has quedado dormida. —Shouta me acaricia el pelo, me cuesta un poco pero finalmente abro los ojos y lo encuentro cerca, muy muy cerca de mí, casi puedo notar su aliento en mi rostro.

—¿Qué haces? —inquiero incorporándome de pronto—. ¿Dónde están?

—Se han marchado hace un rato, te has quedado frita y me ha costado un montón despertarte.

—Joder... vaya mierda —gruño levantándome—. Estoy agotada, me voy.

—Vale —dice acompañándome hasta a corredera del balcón—. Ha sido divertido, ¿no?

—Lo ha sido —confirmo.

—Nos vemos mañana —murmura Shouta.

Tengo la sensación de que quiere decirme algo más, así que espero un poco pero no dice nada. No puedo evitar sonreírle y darle un enorme abrazo, me encanta verlo así, Shouta es como ese tesoro que hasta la fecha solo yo conocía y me alegra que ahora más gente vea lo que yo he visto siempre, que es un tío fantástico.

—Te quiero *friki* —susurro antes de saltar el muro.

—Y yo —escucho que dice, justo cuando cierro la corredera.

Haru

Los días pasan de manera lenta pero por fin puedo ver la luz al final del túnel. Solo quedan un par de semanas para que terminen las clases y los exámenes. La verdad es que a pesar de lo que ha pasado este curso, creo que podré olvidarme de todo esto por una buena temporada. Para mayor alegría, un mes después del último día de clase, cumplo la mayoría de edad y podré, por fin, largarme de casa de manera «legal». ¡A tomar por culo todo! No podría ser más feliz, y eso que Maiko me tiene cual esclavo haciéndoselo todo, con la excusa de que ya apenas se puede mover...

—¡Haru! —grita Maiko.

—Un momento —respondo, terminando de fregar el último plato que quedaba en el fregadero.

—¡Haruuuuu, ahoraaaa! —vuelve a chillar.

—Hostia puta, que pesada... —gruño, mientras voy hacia el comedor secándome las manos con el paño de cocina—. ¡Mierda!

—Creo que estoy de parto —me dice con cara de pánico.

Los pantalones de Maiko se han ido humedeciendo poco a poco e incluso hay un pequeño charco de algo viscoso en el suelo. La miro asustado, pero creo que ella me gana por la mano, sus ojos reflejan terror.

—Sabíamos que este día llegaría —informo.

—Está bien, está bien... ¿Ahora qué? —me pregunta.

—¡Yo qué sé! La preñada eres tú, ¿qué se supone que tenemos que hacer? Te llevo al hospital, ¿no? —replico comenzando a ponerme nervioso.

—¡No! Espera... primero tenemos que ver si he manchado, necesito darme una ducha y...

—No voy a volver a tener sexo sin protección —digo, mientras la ayudo a llegar al baño.

—Bueno, creo que en tu caso da un poco igual —suelta—, ayúdame con los pantalones porfa... —La miro raro, esa frase no sé qué sentido darle.

—Están mojados —me quejo—. ¿Es meado?

—¡No seas cenutrio! Es líquido amniótico —me explica.

—¿Y tengo que tocarlo? Joder, que asco...

—No me jodas Haru, peores cosas habrás tocado... Va, quítamelos y ayúdame a entrar en la ducha.

Creo que durante la jornada voy a ir acumulando traumas, el primero tocar líquido amniótico de ese, que no sé qué es pero huele muy fuerte, el segundo es tener que ver a mi hermana desnuda.

—No pongas esa cara —se queja, mientras la ayudo a ponerse las braguitas—. Antes nos bañábamos juntos.

—Sí joder, pero no tenías tetas, ni la barriga a punto de estallar.

Ella dice que nos lo podemos tomar con calma, que las contracciones son flojas y no demasiado seguidas, así que por petición suya, nos vamos caminando al hospital. Estoy flipando. Yo creo que si fuera ella ya estaría llorando y suplicando que alguien me quitara ese alien de dentro. Sin embargo Maiko parece que después del shock inicial, sabe perfectamente lo que está haciendo. Junio es un bonito mes para nacer, pienso mientras relleno los impresos que me han dado en admisiones.

Una enfermera con una cara de mala leche que tira de espaldas me acompaña hasta la habitación de mi hermana, ella parece estar descansando, no parece que le duela nada y eso me

tranquiliza, todo lo que sé sobre partos es lo que he visto en las películas, y ya sabemos que Hollywood lo exagera todo, no parece que sea para tanto.

—Nada de lácteos —dice la enfermera sin apenas mirarme—, ella dice que no quiere la epidural, pero yo recomendaría que se la pusiera, es muy joven y bueno... si después se arrepiente ya no estaremos a tiempo de ponerla...

¿Qué cojones me está diciendo esa tía? No entiendo nada, pero asiento como un capullo sin atreverme a decir que no tengo ni idea de qué me habla además, parece que vaya apegarme una hostia si le replico.

—¡Ah! Está despierta —apunta el orco ese mirando a Maiko, la cual acaba de abrir los ojos—. ¿Va a entrar el padre al parto? —pregunta señalándome.

—¿Qué? ¿Yo? Eh, eh, soy su hermano, y no, no voy a entrar.

—Sí, sí entrará —me contradice Maiko.

—¡Pero qué dices tarada! Ni de coña —replico asustado.

—Haru no me jodas ¿eh? No me dejes sola con esto —me pide.

—La madre qué...

—Bueno, basta... yo dejo esto aquí —dice dejando una bolsa de plástico con algo que parece ropa sobre la cama—, y ya ustedes deciden.

Se marcha dejándonos solos. No me lo puedo creer, esto me va a superar, trauma número tres, pienso al dejarme caer sobre la butaca que hay justo al lado de la cama.

—Vas a entrar —sentencia Maiko, sin ningún ápice de duda en la voz.

—Eres el mejor método anticonceptivo que he visto jamás —me quejo enfurruñado cruzando los brazos a la altura del pecho.

Y todo sucede deprisa. Todo es un caos, y no voy a olvidar jamás lo que esta noche he vivido, pero todo ese horror y miedo se desvanecen cuando una enfermera pone a una pequeña bola arrugada y sucia en mis brazos. Es tan pequeño que en cualquier momento se puede quebrar, si lo cojo muy fuerte, si lo aprieto demasiado, si... Es precioso. Perfecto, y tiene los diez dedos de las manos y de los pies, los he contado. Cuando le pongo el niño encima a Maiko él empieza a moverse, como dando pequeños cabezazos, no sé qué hace hasta que veo que se acerca al pezón y empieza a succionar.

—Joder, qué pasada... —exclamo tan maravillado, que incluso he olvidado que son las tetas de mi hermana.

—Instinto de supervivencia supongo —responde ella mientras le acaricia la espalda—. Es guapo, ¿verdad?

—Lo es... Oye, te importa si salgo un momento, necesito vomitar y fumarme un cigarrillo.

—Adelante, estaremos aquí.

Es un nuevo día, al final no he dormido nada desde que Maiko se puso de parto, estoy cansado y he visto cosas que un mortal nunca debería ver. Ahora siento una profunda admiración por todas las madres del mundo, son fuertes, más de lo que nadie piensa. Nacer es asqueroso, por otro lado. Llevo unas horas pensando en si debería hacerlo o no, saco un cigarrillo y lo enciendo, después de un par de necesarias caladas decido que ella debe saberlo, así que mando un corto mensaje a mi madre, para que sepa que ya es abuela y que todo ha salido bien. A pesar que enseguida el mensaje queda como «visto» ella no responde. No esperaba otra cosa.

Termino el cigarrillo con tranquilidad, mientras me deleito en esa salida de sol, cuando termino y estoy a punto de volver para dentro, saco una vez más el teléfono para mandar un segundo mensaje.

«¡Ya soy tío! Todo ha ido bien y el niño y mi hermana están genial»

Antes de llegar a la habitación Kenzo ya ha respondido.

Kenzo

—¿Habrías ido al baile? —le pregunto de pronto.

Llevamos un rato sentados en un banco del parque, simplemente dejando el tiempo pasar, hablando de todo y de nada, sobre todo del pequeño Kyo, lo mucho que llora y come y, lo flipante que es tenerlo en brazos. La verdad es que me alegra verlo de ese modo, tan feliz, aunque a pesar de eso, creo está un poco raro... Tengo la sensación de que hay algo que le preocupa, pero no soy capaz de sonsacarle el qué.

—¿Qué? —pregunta, como si regresara de otra dimensión.

—El baile, ya sabes, digo... si no hubiera pasado todo lo que ha pasado ¿habrías ido al baile? —rebusco en la mochila hasta que doy con el paquete de chicles.

—No sé, sí... Supongo —responde con vaguedad.

—¿Con quién?

Me arrepiento inmediatamente de haber hecho esta pregunta, ha salido sin más, no la he podido evitar. Maldita curiosidad. Haru siempre ha sido muy popular entre las chicas, creo que en este curso al menos he visto dos o tres declarándole su amor, aunque él siempre les ha dado esquinazo de manera magistral. Al principio no lo entendía muy bien, sin embargo después de saber lo de Maiko, todo me encajó un poco mejor, él no quiere hacerle daño a nadie, mucho menos a una chica. Suspiro, en el fondo, muy muy muy en el fondo, me gustaría pensar que no quiere salir con ninguna porque en realidad no le gustan. Soñar es gratis, al menos eso dicen.

—No lo sé —dice apagando el cigarrillo y cogiendo los chicles de entre mis manos—. Supongo que con cualquiera... Con la primera que me lo hubiera pedido.

—¿Te arrepientes? —¡Mierda! De nuevo esta jodida espontaneidad.

—De qué, ¿de no ir al baile? —pregunta, ahora sí centrando su atención en mí.

—De ser mi amigo —contesto bajando la voz.

—¿Tú eres tonto? —suelta sin más, poniéndose en pie y sacudiéndose la ropa—. Anda vamos, tengo hambre.

No es la primera vez que lo pienso. Si yo no hubiera ido a ese instituto puede que Haru no hubiera tenido tantos problemas, bueno, no es que lo crea, es que lo sé. Yo se lo he complicado todo, y a veces, pienso que para Haru solo soy una molestia de la que ahora no se puede librar. Supongo que mi nivel de autoestima aún anda arrastrándose por los suelos.

—¿En serio piensas eso? —cuestiona parándose de pronto para volverse y mirarme.

—Puede que a veces —confieso.

—Tsss —chasquea la lengua y de nuevo se gira para ponerse a caminar.

Entramos en una de esas tiendas que tienen un poco de todo y Haru arrambla con un montón de bollería industrial, de esa que tiene de todo menos cosas que alimentan. Me pregunto cómo lo hace para poder digerir toda esa mierda que engulle como si no hubiera un mañana.

Es viernes a media tarde, supongo que muchos de nuestros compañeros estarán empezando a prepararse para la gran noche, como dice Shouta «ese convencionalismo social estúpido para disfrute de gente que no tiene ni dos neuronas». Sonrío. Shouta es todo un personaje, a veces creo que incluso tiene más problemas sociales que yo, supongo que ha tenido la gran suerte de tener siempre a Aiko al lado, que en cierto modo lo ha sostenido para que no cayera aún más en su asocialidad.

—¿Qué piensas? —inquieta Haru, mientras mordisquea una galleta que es más grande que la

palma de su mano.

—Pues primero pensaba en que no sé como puedes comer todo esto, después he pensado en Shouta, y que me gustaría que Aiko se diera cuenta de lo que él siente por ella.

—¿Quieres hacer de Celestina? —cuestiona con esa sonrisa de medio lado que tanto me gusta.

—No —niego de manera tajante—. Jamás me metería en esas cosas, son demasiado delicadas y pueden terminar mal.

—El amor es jodido. —Parece reflexionar entre bocado y bocado—. ¿Has estado enamorado? —me pregunta, y no hay manera de esquivarlo, pues ha clavado sus ojos en mi de manera inquisitiva, como si no quisiera escuchar una respuesta hablada, sino escrutar la reacción de mi rostro—. ¿Lo estás ahora? —añade sin apartar la mirada de mí.

—Yo... —empiezo, pero enseguida noto como el calor de mis mejillas está aumentando—. Bueno la verdad es que... —¡Me está temblando la voz! Maldita sea—. ¿Puedo mentirte?

—Puedes —me da permiso Haru con una ligera sonrisa en los labios.

—No estoy enamorado —respondo.

—Entonces... ¿yo no te gusto? —suelta, acercándose un paso a mí.

Niego con la cabeza sistemáticamente, con un movimiento nervioso y apresurado, casi tan acelerado como late mi corazón, que parece que ha decidido delatarme sin más. ¿Cómo se ha desviado el tema de esta manera? Estoy sudando.

—No sé qué responder a eso... —murmuro.

Haru suelta una carcajada de esas ruidosas y alocadas, ¿se ríe de mí? ¿Solo ha sido una broma? Abro mucho la boca por la sorpresa y el enfado, hasta mis puños se han cerrado de la rabia de que me haya tomado el pelo.

De pronto alarga la mano y mete una galleta en mi boca entreabierta.

—No sabes mentir —suelta, mientras yo intento tragar.

—Eres un capullo —me quejo, escupiendo parte de la galleta, pues me es imposible tragar algo tan azucarado.

—Lo soy, nunca lo he escondido —se burla—. Oye, tengo que irme, voy a pasar por casa de Maiko.

—Está bien —respondo, sin poder aún difuminar del tono mi cabreo.

Haru se da la vuelta para volver por la calle por la que hemos venido, el piso de su hermana no está demasiado lejos. A veces me fastidia que sea así, tan despreocupado con todo, no sé... Es como si se lo tomara todo a broma. Pregunta si me gusta como quien pide la hora, eso no está bien, ¡claro que me gusta! Debería saberlo, ¿no? Joder... o piensa que voy besando a más tíos. Grrrrggg me siento aturdido hasta por mis propios pensamientos, esto no es justo, yo llevo semanas lidiando con todo lo que siento para que ahora venga él a burlarse de mí. Como si que me hubiera enamorado de él fuera un juego, algo con lo que divertirse y entretenerse sin importar lo que yo sienta... A veces sí creo que es un capullo integral.

Es entonces cuando tomo una decisión, no sé si es la más acertada o no, solo sé que es fruto de la rabia y los nervios que llevo acumulados dentro.

—¡Haru! —chillo llamando su atención, antes de que esté demasiado lejos—. Terminemos con esto de una vez. Sí, me gustas, me gustas mucho, me he enamorado como un gilipollas de ti, ¿contento? Ahora ya puedes rechazarme y seguimos con nuestras vidas —le suelto sin apenas pararme a respirar, porque si lo hago sé que no terminaré este discurso.

—Gracias —responde simplemente, dándose la vuelta para seguir su camino.

Se va. Se aleja como si nada, como si no acabara de declararle mi amor y todo lo que siento por él. Simplemente me ignora y se marcha como si no pasara nada.

—¡Capullo! —le grito con todas mis fuerzas.

Soy gilipollas, solo a alguien como yo se le ocurriría decir lo que he dicho. Llevo las manos a mi cara para cubrirme con ellas, debo estar rojo, tengo la respiración acelerada y me siento como un verdadero tonto. Doy la vuelta y me pongo a caminar a paso acelerado hacia casa. ¿Gracias? ¿Qué clase de respuesta es esa...? Será ¡imbécil! El muy capullo... Arrogante y pretencioso... Joder, ¿cómo me puede gustar tanto?

Shouta

¿El baile? Menuda gilipollez, no iría ni por todo el oro del mundo, aunque me pagaran, ni si mi vida dependiera de ello. Estúpido convencionalismo social que premia a los populares y relega al resto a tener que ver como otros se divierten.

—Tss ¿a quién mierda le hace falta eso? —gruño, mientras reactivo la partida. Si me lo curro un poco creo que hoy podría batir mi récord.

He estado trabajando en la organización del baile por ella, porque Aiko me lo pidió, y soy tan gilipollas que no sé decirle que no, llevo tiempo que no puedo negarle nada y me extraña que no se haya dado cuenta de eso, es tan evidente... Aiko irá al baile, ha trabajado mucho y a ella le hace ilusión asistir, o eso creo, no se lo he preguntado, ¿por qué no lo he hecho? Ah sí, porque tenía la respuesta. Me daba miedo que me dijera que tiene pareja, y me daba angustia solo de pensar que ella me pidiera que la acompañara por no tener que ir sola, porque no le habría podido decir que no a pesar de que no quiero ir. Absurdo, lo sé. No quiero ir, pero tampoco quiero que vaya con otro...

—Bueno, ¿qué te parece?

No he advertido su llegada hasta que se ha planeado frente a mi con los brazos en jarra, moviendo su cuerpo para hacer que la falda baile de un lado a otro. Lleva un vestido azul oscuro de tirantes finos, que se aprieta contra su cintura y se alarga un poco por encima de sus rodillas. No entiendo de vestidos. No tengo ni idea de moda, de cortes, o de estilos. Solo sé que está preciosa y que si no consigo cambiar la expresión de mi cara ella se dará cuenta de que me gusta más de lo que me gustaría tener que reconocer.

—Tsss —chisto sin importancia.

—¿Y bien? —insiste.

—No está mal —digo intentando modular un tono de voz indiferente—. Vas mona.

—¿Solo mona? ¿En serio? ¡Qué gilipollas eres! —se queja molesta.

—Vale, estás muy guapa —claudico, con un tono de voz neutro como si la cosa no fuera conmigo.

Aunque en realidad me gustaría decirle que está deslumbrante, que es preciosa y el vestido no tiene absolutamente nada que ver, es ella, toda ella es perfecta hasta en pijama y despeinada, cuando ríe, cuando llora, cuando se enfada o cuando se le cae el helado encima y se mancha... Que suele ser bastante a menudo. Que me he pasado toda la vida a su lado observándola y no me he cansado aún, es más, mataría por poder seguir como hasta ahora, siempre con ella. Que soy un imbécil analfabeto social y no soy capaz de decirle que la quiero, y que me gustaría que me viera como yo la veo a ella, como algo más que su vecino y amigo de la infancia.

—Voy a ir al baile con Ray —suelta de golpe, y ese castillo de naipes imaginario se derrumba frente a mis ojos. Un puto jarro de agua fría, me estremezco de arriba abajo, y creo que hasta he empezado a temblar.

—Espera, ¿qué? —No puede ser, no puede estar hablando en serio, ella no puede... Vale, creo que estoy hiperventilando—. ¡No! —exclamo en un grito, que creo que ha sonado cercano al terror, me levanto tan rápido que todo lo que tenía encima cae al suelo.

—¿Cómo que no? —suelta en una carcajada divertida, mientras de reojo se observa en el espejo y sigue haciendo bailar esa jodida falda como si fuera una campana.

—No vayas al baile con Ray, por favor —le pido cogiéndola de la mano.

—Shouta, ¿te has vuelto loco? —Su cara es de incredulidad total, pero si ella supiera lo que yo sé... si ella... Sacudo mi cabeza—. A ver si ahora vas a decidir tú con quien tengo que ir al baile.

—¡Ven conmigo! —suelto de pronto agarrándola más fuerte.

—¿Estás de broma?! No voy a ir contigo al baile —dice, como si esa fuese la mayor de las locuras.

—Aiko... vayamos juntos, tú y yo, será divertido.

Tú y yo, yo y tú, como siempre, siempre lo hemos hecho todo juntos, joder soy un imbécil, debería habérselo pedido, soy un gilipollas integral, un bueno para nada, soy tan estúpido y tan cobarde que la he empujado en dirección a ese matón sin escrúpulos.

—Shouta... —Aiko se aleja de mí meneando la cabeza en gesto negativo—. Habrá gente... mucha, el salón de actos estará lleno y...

—¡Eso ya lo sé idiota! —exclamo fuera de mis casillas.

—¡Joder! Yo te insinué que fuésemos, y dijiste qué no ¿a qué viene este cambio ahora? —cuestiona enfadada.

Aiko me mira con los ojos muy abiertos y por primera vez en la vida creo que en ellos veo, ¿lástima? No, no puede ser, cierro los ojos un momento para volverlos a abrir después, Aiko se ha girado y me da la espalda, pero percibo un ligero temblor en sus hombros.

—No voy a ir al baile contigo —dice muy despacio, pronunciando muy bien cada palabra, supongo que pretende que me quede muy claro que esa es su decisión—. Quiero ir al baile y que sea como en las películas —expone al girarse, con la mirada bajada en dirección a la punta de sus pies—. Voy a estar preciosa, quiero divertirme, bailar y crear bonitos recuerdos de esos que cuando eres mayor ateras con mimo, quiero que la noche sea perfecta —sigue con su exposición y a mí absurdamente, me da por pensar si todo eso no puede hacerlo conmigo, no veo porque no —, y quiero que me den mi primer beso...

¿Beso? ¿Su primer beso? La observo detenidamente, a pesar de que mantiene la mirada clavada en el suelo, puedo ver que sus mejillas se han enrojecido ligeramente. ¿Todo eso por un beso? Bueno, yo puedo hacerlo.

—Si solo es por un beso...

Noto como se me ha acelerado el pulso, las manos me sudan y creo que se me ha nublado la razón, porque lo veo todo borroso, Aiko frente a mí se ha vuelto brumosa, soy incapaz de enfocarla, salvo sus labios, esos aparecen nítidos frente a mí. Camino hacia ella con determinación, una que no sabía ni que tenía, alzo las manos para ponerlas una en cada mejilla, tiene la piel tersa y caliente, no le doy tiempo a más, así agarrada hago que alce la cara y busco sus labios para besarlos. Son suaves y están ligeramente humedecidos, puede que por el cacao. Mi corazón se acelera de un modo inimaginable, sigo sujetándola y alargando el beso todo lo que puedo, porque la quiero, la quiero muchísimo y no deseo que ese beso termine nunca. Pero lo hace. Termina cuando ella me empuja lejos y cuando alzo la mirada, me encuentro con unos preciosos ojos color miel, que ahora están llorosos y eso hace que me estremezca.

—¿Qué has hecho? —susurra tan flojito que apenas puedo escucharla—. ¿Cómo has podido hacerme esto? —pregunta rompiendo a llorar.

—Por favor, Aiko, no vayas al baile con Ray —repito, ese es mi máximo objetivo ahora.

—¡Vete a la mierda Shouta! —chilla fuera de sí, llorando desesperadamente.

—Aiko, espera —exclamo al verla caminar hacia la puerta de mi habitación—. Aiko por favor, lo siento —me disculpo, aunque besarla ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Suéltame Shouta —grita, cuando estoy a punto de cogerla de la mano—. ¡Te odio!

—Aiko por favor, déjame explicarte...

—Chicos, ¿qué pasa? —pregunta mi madre abriendo la puerta, momento que Aiko aprovecha para desaparecer de mi habitación y temo que de mi vida—. Aiko cariño, ¿qué pasa? —inquieta mi madre siguiéndola por el pasillo.

Se ha ido... joder... ¿Qué cojones ha pasado en esta habitación? No... en mi mente no tenía que ocurrir así...

—¡Shouta! ¿qué has hecho? —cuestiona mi madre furiosa, entrando de nuevo en mi habitación.

—Pues cagarla —escupo enfurecido—. Qué sino.

Haru

No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza sobre lo que ha pasado con Kenzo... a lo que siento por Kenzo... A lo que significa ese tío raro para mí. Jamás pensé que un día llegaría a estar tan confundido. ¡A mí me gustan las tías! ¿No? Resoplo.

Dejo las cajas de piza sobre la encimera, no es la mejor alimentación, menos para alguien que recientemente ha dado a luz como Maiko, pero es viernes ¿no? ¡Nos lo merecemos! Para nosotros los viernes siempre han sido especiales, desde que éramos pequeños, era el día que mis padres desaparecían, no acostumbraban a llegar hasta bien entrada la madrugada, incluso algunas veces hasta el sábado al mediodía o por la noche. Esos viernes éramos Maiko y yo. En ese entonces, siendo tan pequeños, nuestra máxima aspiración consistía en llegar al bote de la nocilla para comerla a cucharadas, pelearnos a puñetazos por la tele e irnos a dormir cuando ya era «el día siguiente». Cuando fuimos más grandes, esos viernes eran la oportunidad perfecta para entrar y salir sin tener que darle explicaciones a nadie. Ahora al pensar en eso siento una extraña nostalgia.

—Haru... Haru... ¡Haru! —grita mi hermana desde el sofá, lleva dos horas ahí sentada con el niño enganchado a su pecho—. ¡Te está sonando el móvil!

Sonríó al ver el nombre de Shouta, no sé cuál puede ser el motivo, pero mi fascinación por él era correcta y me alegra que hayamos podido acercarnos, aunque haya sido cuando el curso está a punto de terminar. Me gusta estar con él, aunque me gusta de un modo diferente a Kenzo... ¡Joder! Puta locura.

—¿No me digas que te has atascado y necesitas la ayuda de un *noob* como yo? —pregunto nada más descolgar el teléfono.

—Necesito tu ayuda, sí, pero no para lo que piensas —dice, por el tono de alarma no creo que se trate de ningún juego. Sonríó y le hago una señal a Maiko para decirle que me voy a la habitación, la única que tiene ese piso, tendremos que ver cómo nos las arreglamos cuando cumpla los dieciocho.

—Dime.

—Aiko está en el baile —empieza a decir, y no puedo evitar sonreír, ¡lo sabía! Está celoso. Aunque no entiendo porque me llama a mí— con Ray.

La sonrisa se congela en mi rostro. No... no puede ser. Me cuesta un poco procesar dicha información, al otro lado de la línea Shouta ha enmudecido, puede que se mantenga a la espera de cual pueda ser mi reacción. ¿Qué interés puede tener Ray en ella? Ninguno. No es su estilo, no es para nada su tipo de chica, a él le gustan estúpidas y facilonas, no lo entiendo... ¡Mierda! Debíó vernos el otro día cuando la acompañé a su casa. Involuntariamente todo mi cuerpo se tensa y, mi mano se ha convertido en un feroz puño que tiene sed de sangre y venganza. Necesito un cigarrillo.

—¿Tienes un traje? —pregunto y noto la duda al otro lado—. Tenemos que ir a buscarla, ponte un traje, nos vemos en una media hora frente al instituto.

—Está bien, ahí nos vemos. ¡Haru! —exclama para llamar mi atención—. Gracias —murmura antes de colgar.

¿Gracias? Es todo culpa mía. Se me nubla la cabeza, como le pase algo a esa chica por mi culpa no me lo voy a poder perdonar. Me tiembla hasta la última fibra de mi ser y sé que la ira puede nublar mi juicio, pero ahora mismo eso no me importa demasiado. Solo que Aiko esté bien.

—Tengo que salir —informo a mi hermana y no puedo evitar mirar a mi sobrinito, es tan

pequeño... Aún me da miedo cogerlo en brazos, creo que voy a romperlo en cualquier momento, para ella todo empezó también en una fiesta, unas cuantas palabras bonitas y a la hora de la verdad el amor brilló por su ausencia.

—¿Vas a tardar mucho? —pregunta arrellanándose en el sofá, dispuesta a mirar una película.

—Tengo que ir al baile del instituto —informo.

—Quieres decir que tienes que ir a armar una bronca. —No es una pregunta, sino que el tono es de rotunda afirmación.

—Pero por una buena causa —me justifico—. Aiko está en el baile con Ray.

Maiko se tensa, sé que nunca ha soportado a mis «amigos» y mucho menos a Ray. Su pedantería, chulería y casi desprecio por todo, sobre todo por las chicas a las que siempre ha tratado como carnaza para disfrutar o negociar, la asquea de sobremanera.

—Pártele la cara a ese gilipollas —pide Maiko, clavando la mirada en mí.

—Por supuesto —afirmo sin dudar.

Cuando llego frente a la puerta del instituto Kenzo y Shouta ya me esperan ambos vestidos de tal manera que parecen estar disfrazados, aunque pensándolo bien, como todos los que están en ese maldito baile. Tiro de mi sudadera y la dejo caer al suelo, la camiseta corre el mismo destino. Empiezo a cambiarme en medio de la calle, es una suerte que el hermano de Kenzo tenga tantos trajes. Mientras me voy abrochando la camisa, Kenzo anuda mi corbata. Maldita cursilería estúpida, pero de otro modo no nos dejarían entrar.

—Como Taiki se entere me mata —dice Kenzo al terminar de vestirme—. Procura no romperlo.

—No prometo nada —aseguro, pues no sé que va a pasar, pero voy con ganas de hacérselo pagar todo.

—Ahora, ¿qué? —pregunta Shouta visiblemente nervioso.

—Entramos y nos la llevamos —dice Kenzo.

—A mí no va a querer escucharme, he metido la pata hasta el fondo —lamenta Shouta.

No es momento de lamentos, sino de actuar y hacerlo rápido. Conozco a Ray demasiado bien y nada bueno puede esperarse de él, no es una puta frase hecha, es una certeza absoluta.

—Bueno —digo intentando sonar confiado y tranquilo—, entramos, la buscamos y ya veremos después, si hace falta me la llevo a rastras.

Cuando traspasamos las puertas de ese salón nos invade la ñoñería más absoluta y asfixiante. Maldita sea, me siento observado nada más entrar. Este traje negro me estorba, me hace sentir rozando lo ridículo, y estoy empezando a sudar. El salón está lleno a rebosar, no solo con estudiantes de nuestro curso, sino con los de cursos inferiores, e incluso gente externa, cada uno busca la pareja dónde puede. El ambiente está cargado de lo que para mí es deprimente, tanta hipocresía reunida en un solo punto, dan ganas de vomitar. A los pocos segundos pierdo de vista a Shouta, parece histérico y arrepentido por algo, no sé qué ha pasado entre ellos, aunque tampoco importa demasiado ahora. Cojo a la primera persona que pasa por mi lado y pregunto por Aiko. Nada.

Cerca de la barra reconozco a Ryu, camino decidido en su dirección, se percata de ello, y hace el gesto de intentar perderse entre la gente, pero Kenzo ha sido rápido y lo ha interceptado colocándose justo en su ruta de escape.

—¿Dónde está? —grito para sobreponerme a la estruendosa música.

—No sé de qué me hablas —se defiende.

Ya he encontrado una utilidad para la corbata, pienso en el momento al coger a Ryu de la suya y tirar de ella hasta que el nudo se aprieta tanto que le cuesta respirar.

—No me toques los cojones —le advierto acercándome mucho a su oído, para que pueda entenderme bien—. Dime dónde está Aiko.

—No lo sé.

—¡No me jodas! Dijiste que ella te gustaba, ¿y la dejas en manos de ese energúmeno? —espeto aturdido, ¿yo era así antes también? Joder...

Ryu aparta la mirada y puedo ver ese pequeño momento de duda que todos tenemos cuando sabemos que algo no está bien, y lo difícil no es seguir, sino ser capaz de detenerte justo a tiempo. Espero que hoy la razón impere por encima del resto de cosas que han ido sucediendo entre nosotros estos últimos meses.

—En la azotea —dice finalmente—, han subido hace un rato.

—Putá azotea —gruño saliendo disparado hacia el pasillo.

—¡Voy por Shouta! —grita Kenzo a mi espalda, o eso creo, he dejado de escuchar.

Aiko

A pesar de ser principios de verano hace un poco de frío, pero Ray tenía razón, desde ningún sitio se ven mejor las estrellas que desde esa solitaria azotea. Tomo una inmensa bocanada de aire, sintiendo como mis pulmones se llenan y hace que me sienta maravillosa, me encanta como huele el verano, aroma a flores y libertad. Estoy ensimismada en mis pensamientos y ese cielo estrellado que cubre nuestras cabezas, de pronto noto su mano sobre mi hombro, doy un respingo de la impresión, pues por un momento estaba tan ensimismada en las estrellas que había olvidado que no estaba sola.

—La noche acompaña —murmura—. ¿Tienes frío?

Pero antes de poder responderle pasa el brazo sobre mis hombros y me acerca a su cuerpo. Por un momento esa familiaridad me sorprende e incomoda un poco, pero me obligo a relajarme, y cuando lo consigo, pienso que tampoco está tan mal sentir el calor de Ray a mi espalda.

—Nunca había subido aquí —le digo, y no puedo evitar que el nerviosismo traspase mi voz, debo parecerle una tonta.

No sé porqué pienso en el beso que me ha dado ese maldito de Shouta. ¿Por qué? ¿A qué ha venido eso? Por más vueltas que intento darle no lo comprendo, no entiendo qué le ha llevado a hacer eso, aunque mucho menos entiendo mi reacción, a pesar de que literalmente me ha robado mi primer beso... De pronto me giro, Ray está tan cerca de mí que puedo sentir su esencia y el ligero olor a alcohol, a pesar de que obviamente, en el baile escolar no hay ni una gota de eso. Tan solo unos centímetros nos separan y me da por pensar en el beso de Shouta y, en si todos los besos deben ser iguales que hacen nacer mariposas en el estómago, como Shouta ha logrado hace tan solo unas horas.

—¿Qué piensas? —pregunta Ray, y al girar la cabeza, nuestros rostros quedan separados tan solo por unos pocos centímetros—. Te has puesto roja —dice con media sonrisa.

Cuando estoy a punto de separarme de él para llevar las manos a mis mejillas y cubrir mi rubor, Ray me lo impide cogiéndome con fuerza para que no lo haga y antes de poder ni pensar sus labios ya han cubierto los míos, de manera apresurada, como si se nos terminara el tiempo. Mis manos ascienden a su pecho e intento zafarme de su agarre, sin embargo ese gesto logra el efecto contrario, y pronto Ray me aprisiona más contra su cuerpo, mientras ese beso sigue su curso con su lengua luchando por abrirse paso dentro de mi boca. ¿Qué me pasa? Era lo que quería, ¿no? Esta es mi imagen del baile, divertirme, pasarlo bien y que todo terminara en un gran beso... Puedo notar el amargo sabor a alcohol, y ese gran beso pronto se vuelve en demasiado intenso y desagradable.

—Basta —intento susurrar, aunque la falta de aliento me lo impide.

Tan solo me ofrece una tregua de pocos segundos para tirar de mí y situarme con la espalda sobre una de las paredes del edificio, antes de poder protestar Ray vuelve a besarme, esta vez sus labios se sienten más rudos sobre los míos. Mi lengua batalla contra la suya y mis pulmones se afanan por intentar recuperar el aliento, antes de que me prive totalmente de él. Mi cabeza se nubla y no puedo pensar en nada más que en esos labios que se aprietan contra los míos, de pronto me doy cuenta de que no hay mariposas, no hay nada salvo el incipiente dolor en la comisura de los labios por la brutalidad con la que están siendo friccionados.

—Venga nena, nos lo pasaremos bien —murmura.

Eso es lo que me dijo en el parque, y lo que esa tarde me hizo flotar de alegría, ahora hace que

la sangre se congele dentro de mis venas y es en este momento en el que sé qué es lo que realmente siento. Tengo miedo. Sus ojos ya no me miran de manera dulce, sino como un león mira a su presa, como si yo fuera la carnaza a punto de ser devorada. Intento negar con la cabeza, pero apenas puedo moverme y mi voz se niega a salir. Sus manos aferran mi cintura con fuerza, clavando los dedos en mis caderas y, con un ágil y persistente movimiento de sus dedos consigue que la falda del vestido empiece a ascender, es entonces cuando de mis ojos empiezan a brotar lágrimas, mezcla de terror e impotencia. Me muevo inquieta, intento empujarlo, sin embargo eso solo consigue enfurecerlo y que clave con más saña sus dedos en mi piel.

—No te resistas o será peor —susurra en el hueco de mi oído, y esa voz que durante el baile me ha encandilado, ahora me arroja al abismo—. Venga Aiko... no seas niñaata —escupe con una sonrisa ladina.

Ni me planteo dejar de llorar, pero aún así mis ansias de salir de esa azotea hacen que todo mi cuerpo convulsione y se resista a esas forzadas caricias, que se abren paso bajo la tela del vestido. Hasta que una primera bofetada impacta en mi rostro y cuando miro a Ray, sus ojos me dejan paralizada y sin poder reaccionar.

—Por las buenas o por las malas, tú decides —afirma rotundo.

—No, por favor —consigo gimotear.

Sus labios humedecen el camino hacia mis pechos, que masajea por encima de la tela del vestido, un par de botones han saltado y creo que la falda se ha roto, pero yo ya no me muevo, tengo demasiado miedo y solo necesito que termine rápido. Parece entenderlo a la perfección pues de pronto su sonrisa se ensancha antes de volver a la carga, intentando terminar de abrir del todo el vestido, aunque sea haciéndolo jirones.

Cierro los ojos con toda la fuerza que soy capaz, solo necesito que mi mente salga de allí, pensar en otra cosa menos en lo que está a punto de suceder en esa azotea, y no sé muy bien el motivo pero mi mente regresa a esta misma tarde, en esa habitación en la que tantas y tantas horas he pasado, con ese chico que día tras día se ha preocupado por mí, convirtiéndose en el eje sobre el que pivota gran parte de mi existencia. Cierro los ojos e intento recordar cómo me he sentido con el beso de Shouta, dulce, tierno, cálido... con ese ligero temblor que le han dado los nervios y la timidez.

Frío. Siento frío y cierta ligereza, como si pudiera volver a respirar, libre del peso del cuerpo de Ray sobre el mío. No me atrevo aún a abrir los ojos, no quiero saber qué ha pasado o qué está por pasar, no quiero saber nada, solo quiero seguir con los ojos cerrados sin ver ni sentir nada más.

—¡Cómo vuelvas a tocarla desearás no haber nacido! —oigo que alguien grita.

¿Shouta? Me ha parecido escuchar la voz de Shouta, aunque puede que sea parte de mi subconsciente que, a fuerza de la costumbre se ha habituado a escuchar su voz, pues siempre ha estado ahí cuando más lo he necesitado.

Abro los ojos justo en el momento en que a unos pocos metros de mí, Shouta suelta una barra de hierro, que resuena por el impacto contra el suelo. Justo al lado de dónde ha caído esa barra yace Ray ensangrentado. Cuando Shouta se gira, y su mirada y la mía se encuentran, puedo ver el terror en los ojos de mi mejor amigo que corre hacia mí dejándose caer a mi lado para abrazarme con fuerza.

—¿Estás bien? Joder Aiko, dime que no te ha hecho nada, por favor... ¿Estás bien? —vuelve a preguntar. Sin embargo no puedo responderle. Solo puedo llorar—. No te ha hecho nada, ¿verdad? Aiko, lo siento... lo siento mucho...

Alzo los brazos para poder apretarlo contra mí y así poder sentirme a salvo, pero algo hace

que ese abrazo tan necesitado, dure demasiado poco. De pronto Shouta es arrancado de entre mis brazos, se lo está llevando lejos de mí a la fuerza y, yo no puedo ni chillar, pues mi garganta esta atorada, solo puedo llorar y llorar.

—¡Bastardo hijo de puta! —chilla Ray, llevándose las manos a la cabeza para comprobar la magnitud de la brecha—. Voy a matarte.

Veo como el que pensaba que era el hombre de mis sueños, ahora es como el malo de una pesadilla, camina en dirección a Shouta, gritando fuera de sí y estoy segura de que dispuesto a matarlo, no sé porqué pero ahora creo que sería capaz de hacerlo.

Shouta

A pesar de que nunca he sido demasiado bueno en los deportes, más bien algo mediocre, solo puedo pensar en llegar a la azotea lo más rápido que pueda, por eso corro con todas mis fuerzas, hasta que las piernas me arden y las rodillas me fallan a cada paso que doy, a cada peldaño que asciendo.

Abro la puerta de un empujón y me saluda la fría y húmeda noche, pero en mi retina impacta la visión más escalofriante a la que he tenido que enfrentarme jamás en mis diecisiete años de vida. Aiko tumbada sobre el frío hormigón aprisionada por el cuerpo de Ray, que parece querer abrir paso a empujones entre sus piernas, mientras ella gimotea y llora desconsolada. No puedo pensar en nada, todo a mi alrededor se vuelve oscuro y denso, como si pudiese cortar lo que me rodea con la afilada hoja de un cuchillo. Cuando se trata de la persona que realmente quieres no te preocupas por nada más, ni siquiera por ti mismo.

Todo ocurre muy deprisa, porque no tengo ni un segundo que perder, cada instante que pasa es un tiempo en que las manos de ese malnacido profanan el cuerpo de Aiko. Miro alrededor hasta localizar lo que parece un palo, algo parecido a un bate de *baseball* ahí olvidado, que no tengo ni idea de donde ha salido, pero doy gracias a Dios de que esté allí. Lo tomo al vuelo y lo estrello sin plantearme nada contra la cabeza de Ray, que sale despedido unos metros más allá. Estoy fuera de mí, enajenado, loco, no sé si he dicho o he hecho algo más aparte de golpearlo y lanzarme literalmente sobre Aiko, para poder acunarla entre los brazos. Ella llora desconsolada y pienso que no es la primera vez que lo hace de ese modo sobre mi pecho, y al igual que la otra ocasión, ahora también voy a acompañarla en ese llanto para lograr que poco a poco deje de doler.

La aprieto y acuno contra mí, beso su pelo e intento torpemente enjuagar sus lágrimas pero de pronto noto un fuerte dolor en la raíz de mi pelo, Ray a base de tirones, está logrando separarme de ella, sin embargo en mi mente solo se dibuja la idea de volver a su lado y abrazarla, y ni los golpes que encajo logran que detenga ese desesperado avance en dirección a Aiko. Ray grita fuera de sí, aunque he dejado de escucharlo, pues yo solo puedo ver los ojos de Aiko clavados en los míos, ese rostro transformado por el terror y las marcas de la máscara de pestañas que se han creado en sus mejillas.

Gruño como un animal enjaulado cuando de nuevo Ray me arrastra hacia el otro lado de la azotea, alejándome de mi meta, me revuelvo al sentir su peso encima de mí y como sus puños se alzan para golpearme, entonces soy consciente de que no sé pelear, nunca he sabido, pero tampoco me hace falta para lograr golpearlo un par de veces, aunque no las suficientes para sacármelo de encima. El olor a sudor y sangre nublan la poca razón que me quedaba.

—¡Basta! —chilla alguien.

No puedo ver de dónde procede la voz, pues ahora mis brazos cubren mi cabeza y se afanan en protegerme de esa lluvia de golpes. Alzo una rodilla y creo que he dado en el blanco justo, pues de pronto no siento nada encima de mí. No miro nada, solo me levanto como puedo para ir hacia Aiko, que sigue tirada en el suelo sin moverse.

—¡Aiko! —grito con todas mis fuerzas.

No sé de dónde ha salido, pero Kenzo aparece al lado de ella, ayudándola a alzarse, lo hace con delicadeza mientras creo que le susurra algo al oído. Cuando llego, Aiko se deja caer entre mis brazos y se aprieta con fuerza contra mi cuerpo, es entonces cuando siento un inmenso alivio al sentirla tan cerca. No pienso dejarla marchar, no pienso separarme de ella nunca, nada ni nadie

me la va a arrebatar y jamás voy a dejar que otro gilipollas como Ray se atreva siquiera a pensar en lastimarla.

—Llévatela Shouta, rápido —grita Kenzo, empujándome hacia la única puerta que dirige a las escaleras.

—Vamos —insto, mientras tiro de ella, que parece que no pueda moverse por el estado de *shock* en el que se encuentra.

—Largaos —insiste Kenzo a voz en grito, ayudándome a tirar de Aiko.

Cuando miro de reojo, veo a Haru midiendo sus fuerzas con la bestia de Ray. Ambos chillan y se intimidan a base de insultos y amenazas, los ojos de los dos destilan ira y creo que hasta veo que les sale espuma de la comisura de los labios. Son como dos perros de presa que cuando se enganchan no hay manera de que se suelten, hasta que uno de los dos muere. Sigo tirando de Aiko hasta alcanzar las escaleras, y ni entonces ceso en el empeño de alejarla de esa maldita azotea, así que sigo tirando con fuerza de su mano para que descienda los escalones rápidamente. Cuando vuelvo a girarme, Kenzo ya no está.

—¡Kenzo! —chillo—. ¡Kenzo! —vuelvo a vociferar, con la esperanza de que venga conmigo y no sea tan insensato de intentar detener a esos dos—. ¡Mierda! —gruño, empezando de nuevo a descender los escalones—. Venga Aiko, vamos... no te detengas, vamos por favor.

Jamás había sentido tanto miedo como hace escasos minutos, y nada ha tenido que ver con los golpes de Ray, sino con el bienestar de ella. Salimos a la calle, solitaria a esas horas, el baile hace poco que ha empezado y todos están divirtiéndose en el salón, hasta mis oídos llega amortiguada la melodía de una canción. Caminamos avenida abajo, lo hacemos despacio, con el corazón acelerado y el estómago encogido, con miedo y temor, y en mi caso con la culpa martilleándome las sienes. Sujeto su mano con tanta fuerza por el miedo a perderla de nuevo de vista, que creo que debo estar haciéndole daño, sin embargo ella no se ha quejado ni una sola vez.

—Puedes soltarme, si quieres —susurra, con un hilo de voz entrecortado por los hipidos del llanto.

—Lo sé.

Pero también sé que no voy a hacerlo, no pienso soltar su mano, tendrá que cortármela si quiere librarse de mí.

—No me has soltado —advierde.

—No pienso hacerlo —murmuro al detenerme—. Aiko... yo... ¿Estás bien? —Ella asiente con un leve gesto de cabeza.

Temo moverme, tocarla, abrazarla, preguntarle... Su cara refleja dolor, su vestido está roto y su maquillaje estropeado por el llanto. Me duele en el alma verla así. Aprieto más su mano y procedo a caminar, aunque ella lo hace de manera lenta, casi renqueante, como si todo su cuerpo le pesara una tonelada y le costara moverse. Me detengo de nuevo y la miro, intento sonreírle para infundirle valor, o simplemente para calmarla, no lo sé...

—Sube —le digo dándole la espalda y agachándome un poco—. Yo te llevo.

No dice nada, no protesta ni se queja, simplemente se deja caer sobre mi espalda y rodea mi cuello con ambos brazos. Pocos minutos después, recostada sobre mi espalda su respiración se va calmando y también el latido de su corazón. El mío por el contrario se acelera.

—Aiko... lo siento mucho.

—Yo también.

Haru

¿Siempre ha sido así? ¿Cómo pudimos ser amigos una vez? Ahora esa época se me antoja muy lejana, como si fuese otra persona y no yo quien hubiese estado ligado a ese energúmeno. No entiendo nada, ¿cómo hemos llegado a esto? Esta puta azotea de nuevo, pero no me importa porque voy a matarlo.

Estamos en el suelo. Estampo mis nudillos, una, dos, tres veces contra su cara, que empieza a verse roja y amoratada, la mano me duele aunque no importa, creo que ha dejado de importar todo a mi alrededor, solo tengo la necesidad de terminar con esto, hoy llega el punto final a esta historia que ya ha durado demasiado. Enredo mis dedos con saña en su pelo y me levanto tirando de su cabeza, arrastrándolo de ese brutal modo por el suelo en dirección a la barandilla.

—¡Ya basta Haru! —grita alguien tras de mí.

Creo que es Kenzo, sin embargo no lo escucho con nitidez, un molesto zumbido se ha instaurado en mis oídos y amenaza con hacerme estallar la cabeza. Tiro con fuerza del pelo y Ray acompaña el gesto para evitar que se lo arranque de cuajo, sus ojos han perdido brillantez y altanería, ahora su mirada se muestra asustada y suplicante. Lo agarro con fuerza del cuello, creo que sus labios se mueven, pero ningún sonido llega a filtrarse por mi embotada cabeza. Solo necesito un segundo para alzarlo y hacer que gran parte de su cuerpo traspase el límite de la barandilla, quedando al instante suspendido sobre el vacío que ofrece ese mayestático edificio.

Solo tengo que soltarlo y todo terminará.

—Por favor. —Esa suplica llega hasta a mí amortiguada por un fuerte llanto.

Ray llora, no obstante Kenzo es quien suplica mientras sus manos buscan el contacto de mi rostro, siento la calidez de las yemas de sus dedos moviéndose con firmeza por mi piel.

—Merece que lo arroje —gruño, con los dientes tan apretados que las palabras duelen al salir—. Un lamentable accidente y todo termina aquí. ¡Te lo dije! —le grito a Ray—. ¡Te dije que terminaría contigo!

—Sabes que después te arrepentirías, tú no eres así Haru... —insiste Kenzo en un tono suave.

¿De verdad no lo soy? No puedo dejar que se salga con la suya, no lo merece y lo que pase conmigo después no me importa tampoco, ya nada importa.

—Por favor suéltame —suplica Ray.

Me gustaría saber si Aiko también le ha suplicado para que se detuviera y, más aún saber el caso que él ha hecho de esa petición. Ese pensamiento me enciende y suelto un poco el agarre, haciendo que ahora sea el propio Ray el que intenten sujetarse de mis brazos para no caer de ese quinto piso.

—Sé que no te importa nada de lo que pueda pasarte —dice Kenzo, intentando llamar mi atención—. No lo hagas por él, y si no quieres, tampoco lo hagas por ti, pero piensa en Maiko y en mí, no nos dejes solos, por favor. Te lo suplico Haru, suéltale.

Maiko...

Kenzo, mi mirada se desvía a esos ojos bicolor que me tienen loco. Mi mano aprieta con algo más de fuerza a Ray, a pesar de que mi mirada se ha quedado imantada en el rostro de ese llorón que se mantiene sorprendentemente sereno en esta situación.

—Vuelve a acercarte a alguno de nosotros y juro que ni él logrará detenerme —le amenazo.

—Lo juro —balbucea—. Perdóname por favor... No me sueltes, te lo suplico.

—Te dije que haría que me suplicaras —escupo con desdén.

Tiro de él con todas mis fuerzas para hacerlo subir de nuevo, me cuesta más de lo que pensaba y necesito la ayuda de Kenzo para lograr ponerlo a salvo. Ray llora desconsolado tirado en el suelo, mientras gimotea y pide perdón como un niño pequeño, a la altura de su bragueta se aprecia una ligera y extraña mancha de humedad.

—Lárgate —gruño empujándolo con el pie—. La próxima vez te cortaré la garganta.

Lo veo desaparecer hacia la puerta metálica y en ese instante mi cuerpo cede a la presión y me dejo caer al suelo, escondiendo la cara tras mis temblorosas manos. Si Kenzo no hubiera estado allí para detenerme, lo habría matado y no sé en que lugar me deja eso. Noto movimiento a mi lado y el calor de su cuerpo sentado junto al mío. Se mantiene en silencio, mirando a un punto inconcreto del horizonte, parece tranquilo, al menos mucho más que yo. Aún con el temblor consigo sacar la cajetilla de tabaco y llevarme un cigarrillo a los labios, tres intentos son los que necesito para poder encenderlo y dar una primera calada que consiga templarme un poco los nervios.

—Casi lo dejo caer —confieso, aunque no hace falta, Kenzo lo sabe.

—Pero no lo has hecho —dice como para infundirme ánimos, como si supiera exactamente lo que ronda mi cabeza.

—Porque tú estabas aquí —susurro, dejando caer mi cabeza sobre su hombro.

—Y siempre voy a estar —añade, y si es una amenaza, espero que pueda cumplirla—. Fumar es malo para la salud —suelta Kenzo de pronto, yo levanto la cabeza y lo miro sorprendido por su entereza.

—Lo sé, pero si lo dejo tendremos un problema. Los cigarrillos son lo que mantienen a mis labios ocupados, de otra manera empezaría a besarte.

—¿Desde cuándo te gustan los chicos? —pregunta Kenzo, con lo que a mí me parece un atisbo de timidez.

—Serás gilipollas —espeto, lanzando el cigarrillo lejos y mirándolo con enfado—. Qué cojones me van a gustar los tíos, a mí me gustan tú.

Lo agarro por la corbata y lo acerco peligrosamente, tan cerca, tan cerca, que nuestros alientos se confunden, ¿qué mierda estoy haciendo? Si doy un paso más, no creo que pueda detenerme y ya no habrá marcha atrás. Estoy acojonado.

—¿Puedes dejar de pensar y besarme? —inquire Kenzo, con la mirada clavada en mis labios.

Atrapo los suyos de manera delicada, no tengo prisa, he esperado bastante, no quiero precipitarme y perderme lo mejor. ¿Qué es lo mejor? Lo mejor es la calidez que desprende su beso, la sensualidad de su rostro sonrojado, el arrullo de esa respiración pausada mezclada con ligeros gemidos que hacen que se me acelere el corazón. Besarlo con calma, disfrutando del sabor de su saliva y notando cómo todo mi cuerpo va ganando en temperatura y ganas de un poco más, de un modo que jamás he experimentado. Soy un completo gilipollas por haberme intentado negar a mí mismo que eso podría pasar, lo supe la primera vez que le vi llorar, solo él consigue que pierda la razón.

—¿Puedo tocarte? —pregunta con voz encendida y entrecortada.

No sé qué se supone que debo responder a eso, sin embargo no me hace falta hacerlo, sus manos se cuelan bajo mi camisa y empiezan un delicioso ascenso desde mi abdomen a mi torso, deteniéndose en los pezones. Estoy a punto de enloquecer.

—Te quiero —susurro, antes de que pierda de tal modo el control que pueda no acordarme de decirle algo tan importante.

—Joder —responde él sonriendo—. Jamás pensé que escucharía eso de tus labios. Yo también te quiero Haru... Más que a nada en el mundo.

Aiko

Cierro los ojos y, una y otra vez la mirada de Ray acude para hacerme ver lo realmente estúpida que he sido. Una niña tonta que acaba de recibir su primera bofetada de realidad, despertándome de golpe y haciéndome entender muchas cosas, para algunas incluso puede que ya sea tarde. Me agarro con fuerza al cuello de Shouta que camina de manera veloz en dirección a casa. Ahí subida a su espalda debo pesarle, pero no ha dado muestras ni se ha quejado ni una sola vez. Hasta me ha pedido perdón. Él me ha pedido perdón a mí... y no he podido más que volver a llorar. Yo debería disculparme con él, porque siempre está ahí para salvarme, es como un superhéroe que siempre vela por mí, mientras yo he actuado de forma egoísta y sin pensar en él.

Detiene su paso justo frente a nuestro edificio. No es demasiado tarde, aunque la calle está en calma y bastante desierta. Cuando desciendo de su espalda, no puedo evitar observarme de soslayo en el reflejo de la puerta acristalada, y me asusto hasta yo misma.

—¿Vas a estar bien? —pregunta, sin apartar su mirada como si me analizara.

No puedo responderle, solo asiento con la cabeza y le sigo en dirección al portal. Abre la puerta y me flanquea el paso, subimos los escalones de manera lenta y en silencio hasta que de nuevo quedamos parados delante de las puertas.

—¿Seguro que estarás bien? —repite de nuevo, a lo que vuelvo a asentir—. De acuerdo —murmura.

Siento su mirada clavada en mí mientras saco la llave y abro, sigue ahí parado cuando me meto en el piso y cierro tras de mí.

—¿Aiko? —La voz de mi madre llega desde el dormitorio—. Llegas pronto, ¿no?

—Me aburría y estaba cansada, Shouta me ha acompañado a casa —miento, corriendo a mi habitación—. Que descanses mami.

—Buenas noches pequeña.

Cuando cierro la puerta las lágrimas de nuevo empiezan a brotar. He sido estúpida, infantil, descuidada... absurda. Voy pasando algodones empapados en leche desmaquillante por mis ojos, arrasando el resto de máscara de pestañas, lágrimas y vergüenza. Al final, todo el maquillaje termina en el mismo sitio, el fondo del cubo de la basura. Tiro del vestido para deshacerme de él. En mis caderas las marcas de unos dedos empiezan a amarrotarse. Por suerte no ha llegado a más. Solo unos besos forzados, y cuatro caricias que me han llenado de repugnancia, pero si Shouta no hubiese llegado a tiempo... si él no hubiera venido a por mí...

He dicho que no. Creo recordar haber pedido que parara, aun así Ray ha parecido ignorarlo y ha continuado hurgando bajo la ropa. Yo he dicho que no y él me ha ignorado, me he sentido débil y asustada, de un plumazo, en menos de cinco minutos ha dinamitado toda la confianza que tenía en mí, ha machacado mi autoestima y me ha hecho sentir nada. Yo soñaba con mi primer beso y él ha convertido esta noche en una pesadilla que no sé si podré olvidar. Supongo que tengo que estar agradecida de que no haya llegado a más, sin embargo no puedo hacerlo... Me asquea pensar que unas manos que yo no quería han rozado mi piel. Entro al baño y enciendo el grifo, no espero ni a que el agua coja temperatura, me meto dentro para empezar a frotar con jabón. Me siento sucia y miserable, cuando yo no he hecho nada malo. Yo le he pedido que parara... La cabeza no deja de darme vueltas y creo que me voy a marear. Froto con ansia cada rincón de mi piel, aunque sé que esa sensación tardará en desaparecer.

Con el pijama puesto y ya recostada en la cama no puedo dejar de pensar, estoy inquieta,

nerviosa, el corazón me late con fuerza y las lágrimas aún no han cesado de precipitarse de mis ojos, que ya están rojos e hinchados. No recuerdo la última vez que lloré de ese modo. Sí, sí recuerdo la última vez que lloré con toda mi alma, y también recuerdo quién fue el que logró que las lágrimas dejaran de salir. Porque siempre ha estado a mi lado.

Abro la corredera, la noche es fría y mi pijama de manga corta, pero no importa, solo es un pequeño salto que no sé porqué me cuesta un poco más de dar, puede que sea porque estoy cansada, o tal vez porque ahora siento que he sido injusta con él y durante todo este tiempo solo he pensado en mí, me lastra el peso de la culpa. Necesito disculparme por ello.

Shouta aún no está en la habitación, me siento en la cama para esperarle. No tarda demasiado en aparecer con una toalla enrollada en su cintura y el pelo chorreando. Enciende la luz y me descubre allí sentada, sigo llorando y él, a parte de la sorpresa inicial no dice nada, solo cierra la puerta deseándole buenas noches a sus padres.

—No estoy bien —baluceo con voz queda—. Lo siento Shouta, he sido muy idiota.

—Un segundo —advierde, alzando un dedo para que calle un momento.

Veo cómo se dirige al armario y saca de dentro ropa. Instintivamente me doy la vuelta para que pueda cambiarse, cuando abro de nuevo los ojos Shouta está sentado frente a mí, lleva unos pantalones de deporte cortos y una camiseta de uno de sus juegos favoritos que le regalé hace un par de años. Lo miro entre la neblina de mis lágrimas, no sé muy bien que hago allí, solo sé que necesitaba estar con él, así que sin pensarlo mucho me dejo caer sobre su pecho, aferrándome a la tela de su camiseta y en esa posición me dispongo a seguir llorando un rato más, hasta que mis lágrimas se sequen o hasta quedarme dormida, lo que suceda antes.

—No ha sido culpa tuya —murmura Shouta acariciando mi espalda—, venga tranquila... no ha pasado nada, siempre estaré ahí para salvarte.

—Lo siento... lo siento muchoooooo —empiezo a gimotear—. Perdóname Shouta, lo siento...

—Ssshhhh tranquila, solo descansa.

—¿Puedo dormir contigo? —pregunto entre hipidos.

—Claro —me responde besando mi pelo.

Sus brazos se aprietan más a mi alrededor, puedo escuchar claramente el rápido latir de su corazón y el ritmo de su agitada respiración, Shouta me abraza, me aprieta contra su cuerpo, acaricia mi espalda y eso me hace sentir en paz. Sigue susurrando que no ha pasado nada, que esté tranquila, pero en ningún momento me dice que deje de llorar y no puedo más que quererle por eso.

El cansancio empieza a apoderarse de mí, y a diferencia de lo que ha ocurrido en mi habitación, ahora cuando cierro los ojos no es a Ray a quien veo. No veo nada. Nada me inquieta... solo siento la tranquilidad de saberlo a mi lado.

—Te quiero Shouta —susurro antes de quedarme dormida.

Shouta

Está bien y eso es lo único que importa. Se ha quedado dormida y aún así sus ojos han seguido vertiendo lágrimas, hasta el punto de hacer que se me encoja el corazón como nunca antes. Siento su cuerpo pegado al mío y como su respiración se va haciendo más lenta y pausada, mucho más profunda, cuando abro los ojos para mirarla, duerme plácidamente acurrucada contra mi pecho. No sé que hacer. Así que cierro de nuevo los ojos e intento no pensar, es ahí cuando me doy cuenta que intentar no pensar en nada es más difícil de lo que imaginaba. Pero ella está bien y eso es lo único realmente importante. Beso su pelo y me acomodo mejor a su lado dispuesto a pasar una de las noches más largas de mi vida.

Los primeros rayos de sol impactan directos en mi cara, abro los ojos despacio, cegado por la luz, nunca me ha molestado, desde pequeño aprendí a dormir con la persiana levantada y el pestillo de la corredera abierto, solo por si ella entraba. Aiko, la mujer que duerme plácidamente a mi lado. Es preciosa. Su pelo tiene los reflejos del trigo, desordenados mechones caen por su rostro, la verdad es que todo su cabello ahora mismo parece una maraña imposible de desenredar, como mis sentimientos hacia ella. Tan anudados y enrevesados que temo no poder nunca terminar de desatarlos del todo. Sé que la quiero, eso es lo único que tengo claro y sé que jamás va a cambiar.

Puede que fuera estalle una bomba atómica, o una revolución *zombie* haya empezado, pero en esta habitación, sobre este colchón yo he encontrado el paraíso, y atesoraré el recuerdo de Aiko abrazada contra mi pecho el resto de mi vida. Verla dormir y desear besarla, respirar su aroma, sentir su calor, es una puta tortura que no cambiaría por nada del mundo, podría morir en este momento y no me importaría.

Pero de pronto ese oasis de ilusoria tranquilidad se ve roto por pasos apresurados y gritos al otro lado de esa habitación, porque obviamente todo este espejismo en algún momento tenía que terminar. De pronto unos nudillos aporream fuerte la puerta, mientras mi madre vocifera mi nombre con cierto tono alarmista.

—¡Shouta! Voy a entrar —anuncia.

—¡No! ¡Espera! —le pido.

Antes de poder hacer ni decir nada más, mi madre y la madre de Aiko irrumpen en la habitación, en ese momento ella abre los ojos y los frota con los nudillos evidenciando que está recién despertada. Los dos en la misma cama, eso no es bueno, nada bueno... La mirada de mi madre muestra total incredulidad ante lo que está viendo, sin embargo los de Hinata, la madre de Aiko, reflejan el alivio que siente en ese momento.

—No es lo que parece —intento decir, aunque me doy cuenta de que precisamente eso es lo que me hace parecer culpable.

—Mamá —dice Aiko y de pronto de nuevo sus ojos se llenan de humedad a punto de dejarla salir.

—Shouta, ¿qué ha pasado aquí? —pregunta mi madre con cara de querer matarme.

—Nada... —repito, aunque va a ser difícil explicarlo todo.

—Aiko, hija... Cuando vi que no estabas, me asusté mucho —explica Hinata con voz temblorosa.

—Mamá —exclama ella corriendo a los brazos de su madre.

—Está bien pequeña, no pasa nada, vamos a casa. Tranquila...

—Hinata, lo siento yo... —empieza a disculparse mi madre.

Salen de la habitación y yo me levanto apresurado corriendo tras ellas, la madre de Aiko detiene el parloteo de disculpa de mi madre, de pronto me mira y creo intuir que susurra un «gracias». Me quedo ahí de pie en medio del pasillo viendo cómo se llevan a Aiko de nuevo desecha por el llanto, me gustaría poder hacer más por ella, me maldigo por seguir siendo el mismo cobarde de siempre.

—¿Qué ha pasado? —dice mi madre tirando de mí, para que entremos al salón y sentarnos en el sofá—. Shouta, ¿estás bien?

—Esto es una mierda —exclamo dejándome caer a su lado—. Hay tíos que apestan.

—Me estás asustando...

—No es nada —niego con la cabeza—. Es solo que la cita de Aiko no terminó demasiado bien —explico vagamente, y creo que mi madre entiende sin necesidad de que le diga mucho más.

—Aiko tiene suerte de tener a un amigo como tú —comenta, tirando de mi para abrazarme.

—Supongo, pero el disgusto no he podido ahorrárselo...

—A veces las cosas malas enseñan más que las buenas, Aiko es una chica valiente que no va a dejar que un mal chico la afecte. No te preocupes Shouta... Solo sigue a su lado como hasta ahora.

—Estoy muy enamorado de ella —replico empezando a sollozar.

—Lo sé, y ella algún día se dará cuenta de eso, solo tienes que tener paciencia.

Me pregunto qué va a pasar ahora con todos nosotros. Las vacaciones de verano están a punto de empezar y lo va a hacer de un modo totalmente diferente, y no solo porque el año que viene cada uno seguirá su camino. A pesar de que me gustaría que todo fuera como hasta ahora, creo que hoy, en cierto modo me alegra que pongamos punto final a toda esa situación. A la mierda Ray y los suyos. Además tengo el video. Debería hacerlo viral. Él le ha hecho daño a Aiko y no se lo pienso perdonar, espero que Haru le haya dado su buen merecido.

No he vuelto a ver a Aiko en todo el día, y por la noche, cuando me tumbo sobre el colchón, el aroma de su pelo está impregnado en la almohada. Hubo un momento en que no volví a saltar ese muro, pensé que era como tenía que ser, aunque nunca puse freno a que fuera ella la que saltara a mi balcón. Me levanto cansado, he pasado un día de mierda, abro la corredera y salgo fuera. La noche es estrellada y la Luna luce casi llena, iluminando todo. Miro hacia la habitación de Aiko, pero no hay luz ni se aprecia movimiento. Me recuesto contra la barandilla mirando al interior de la habitación. De pronto un ruido hace que me gire y ahí de pie está ella, mirándome.

—Aiko...

No reprimo el impulso y apoyo las manos en el muro y salto a su lado del balcón tirando de ella para abrazarla, mientras ella sollozando me reconoce el miedo que ha pasado y lo tonta que ha sido. Yo la abrazo más fuerte y la beso en el pelo, cierro los ojos y sé que haría cualquier cosa por ella, hasta ir al baile y enfrentarme a Ray si todo volviera a ocurrir.

—No se lo he contado a mi madre, al menos no los detalles, me preocupa Haru, ¿has hablado con él?

Tiro de ella hasta que los dos quedamos sentados en el suelo, con ella entre mis piernas apoyando la espalda sobre mi pecho, mientras la rodeo con los brazos con mucha fuerza.

—Hace un rato hablé con Kenzo, Ray recibió lo que se merecía y nunca más va a hacerte nada —le prometo abrazándola con más insistencia—. Si no quieres contarlo está bien, si quieres hacerlo también, decidas lo que decidas yo estaré a tu lado.

—¿Por qué? —pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque eres mi mejor amiga —afirmo con ella aún entre mis brazos, aunque para ser

sinceros del todo debería haberle dicho que es porque la quiero con locura, pero ahora eso deberá esperar.

—Siento que he sido una grandísima idiota.

—Bueno, a mí me gustas igual —sonríó.

Kenzo

Doy un bostezo de esos que te parten en dos y rasco mis ojos de manera casi compulsiva, son las siete de la mañana del primer día de las vacaciones de verano, para nada son horas de estar fuera de la cama, y menos ahora que mi colchón está ocupado por dos. Sonrío como un auténtico gilipollas, y me recuerdo a mí mismo que ese madrugón es por una buena causa. Haru aparece por mi derecha con dos vasos de café para llevar.

—Mi salvador —digo, alargando la mano para que me de mi ración de cafeína, pero cuando estoy a punto de alcanzarla él la aparta en último y suelta una carcajada—. ¿Qué haces? —exclamo molesto

—Me encanta hacerte rabiar, te pones hasta guapo —susurra, alcanzándome el vaso de café—. Están tardando —dice mirando el reloj—. Puede que Shouta no logre convencerla para venir. —La voz de Haru ahora arece apesadumbrada—. Debería haber ido yo.

—La habrías traído a rastras, ¿no?

—Claro —afirma, como si fuese lo más normal.

Aiko ha pasado las últimas semanas algo ausente, distraída y triste... No parece la misma chica que saltaba por el balcón de Shouta como un ladrón para robarnos a todos una sonrisa. Suspiro compartiendo la pesadez de Haru, puede que no haya sido tan buena idea a pesar de todo. Estas últimas semanas han sido una auténtica pesadilla para todos, pero sobre todo para ella. Ahora el curso ha terminado y si algo tiene de bueno eso es que todos nos podremos reinventar, aunque solo sea un poco. Haru vuelve a mirar el reloj impaciente, lo sé por la manera de moverse, no puede estar quieto, de hecho creo que quieto del todo no lo he visto nunca, hasta cuando duerme tiende a dar vueltas y patadas...

Soy feliz.

Pensé que eso sería imposible, que había apeado de mi vocabulario esa palabra junto con todos sus sinónimos, pero de pronto llegó él derribándolo todo, incluso a mí, de manera literal, y ahora sé que no podría volver a esos días de tristeza y soledad. Él me ha enseñado muchas cosas, aunque la más importante ha sido a pelear por aquello que más deseo, y ahora solo quiero felicidad.

—¡Ahí llegan! —exclamo al verlos aparecer por la esquina.

Observo ya desde la distancia que Aiko está siendo, casi de manera literal, arrastrada por Shouta, que carga también con las mochilas de ambos. No puedo evitar soltar una risotada cuando al llegar a nuestra altura, Aiko nos dedica una iracunda mirada.

—¿Qué encerrona es esta? —gruñe, sin querer evitarnos el tono de molestia.

—Venga va —dice Haru tomándola de la mano y tirando de ella—, el tren está a punto de llegar.

—¿Tren? ¿Dónde vamos? ¡Nadie me ha querido decir nada! —protesta Aiko—. ¡No pienso moverme!

—Es una sorpresa —replico empujándole un poco para que siga a Haru.

—Lleva todo el camino igual —se queja Shouta—, he estado a punto de tener que amordazarla.

—¡Inténtalo! —reta Aiko, mirándolo con el ceño fruncido.

El viaje empieza con mal pie, pero poco a poco el cabreo de Aiko va difuminándose, y es que alguien como ella no puede estar de mal humor muy seguido. Es una chica fantástica y entre todos

vamos a lograr que vuelva a ser la que era. Ray ha tenido lo que merecía, ni más ni menos, y nosotros simplemente tenemos que seguir adelante y si es juntos, mejor. Cuando entré por primera vez en ese instituto lo hice con la certeza de que no tenía nada, y diez meses después salgo de él teniéndolo todo, pienso mirándolos a los tres.

—¡El mar! —exclama de pronto Aiko, pegándose al cristal del tren—. ¡Es el mar! ¡Mirad es el mar! ¡El mar! —sigue gritando, y hasta se ha puesto de pie.

Shouta sonríe satisfecho y nos mira con complicidad, al final ha sido una magnífica idea, tenemos dos días por delante para pasarlo bien, nunca es tarde para empezar a crear recuerdos felices, y estos dos días sin duda lo van a ser.

—¡No tengo bañador! Ni toalla, ni...

—Tranquila, tu madre te ha preparado todo y si te hace falta algo, seguro que podemos comprarlo —la tranquiliza Shouta.

El calor es sofocante a la orilla del mar, mucho más que dónde vivimos, la humedad hace que nuestros cuerpos suden y la brisa que corre, aunque fresca, es insuficiente. En definitiva, hace calor. Mucho calor... No puedo evitar desviar la mirada en dirección a Haru, que camina hacia mí después de un baño, con todo el cuerpo empapado, el pelo chorreando... es tan...

—¿Qué? —pregunta al llegar a mi altura.

—Me estás poniendo enfermo... —respondo.

—Eres un obseso, solo me quieres por mi cuerpazo —comenta entre carcajadas, dejándose caer en la toalla que hay a mi lado, yo me pongo a tomar el sol boca abajo—. Te vas a quemar la espalda, date la vuelta.

—Va a ser que no...

—Entonces deja que te ponga crema... —dice cogiendo un bote que está sobre una de las toallas.

—Entonces tardaré más en poder darme la vuelta.

—¡Me encaaaaaaaaaaaaaaaaaantaaaaaaaaaaa! —grita Aiko corriendo hacia nosotros, seguida muy de cerca por Shouta, que no le quita el ojo de encima—. ¡Os quiero chicos! —suelta saltando encima nuestro—. ¡Esto es genial! Nunca pensé que el agua del mar estuviera tan salada —dice haciendo una mueca.

—Es que no tienes que bebértela. —Shouta toma asiento en la última toalla.

Hace más de un año que mi madre murió. Jamás pensé que pudiera ser capaz de recuperarme de ese duro golpe. Me hundí hasta que no pude llegar más al fondo, y me acostumbré a estar en ese pozo sin ver la luz del sol. Y de pronto, un brazo fuerte me tendió una mano amiga y tiró de mí de tal modo que ahora todos esos recuerdos, aunque siguen estando y siguen doliendo, sé que los puedo sobrellevar. El día del aniversario de la muerte de mi madre Haru me acompañó a visitarla, estuvo a mi lado y fue ese hombro sobre el que lloré, fue entonces cuando me di cuenta de que esas lágrimas no quemaban, que esa tristeza no me dolía tanto que ya no la pudiera soportar. Él me ha hecho más fuerte solo con el simple hecho de estar a mi lado. Puede que ese sea su super poder al fin y al cabo. Ahora sé que tengo la determinación suficiente para poder superar cualquier cosa, siempre que él esté conmigo.

Mientras Aiko y Shouta siguen discutiendo, alargo la mano y estiro los dedos para rozar los de Haru de manera disimulada, él no se mueve, pero una sonrisa aparece en su rostro y sin mirarme sé que es solo para mí. La felicidad está en las pequeñas cosas.

—¿Qué os parece si nos damos una ducha y salimos a cenar algo? —propone Aiko sonriente.

Me alegra ver que no soy el único que puede dejar atrás todo lo doloroso. Ha sido un año difícil, pero lo hemos superado, al menos yo me he llevado un premio conmigo, esas tres personas

que tengo al lado.

—También podemos ir a tomar algo luego, hay un par de locales por aquí...

—Queréis matarme, lo estoy viendo —lamenta Shouta, moviendo la cabeza de lado a lado.

Una vez en el hotel decidimos el turno de duchas, aunque no me importaría tener que compartirla, sonrío al pensarlo. Jamás pensé que Haru y yo... supongo que a veces el corazón siente lo que la razón no entiende. Si tuviera que volver a pasar por todo, decidiría el mismo camino, solo por que mi destino volviera a cruzarse con él. Puede que estuviese enredado, y que en algunos puntos incluso a punto de romperse, pero el hilo de mi destino estaba unido a esos ojos verdes que me dejan sin respiración. Ahora lo sé, y no cambiaría nada.

En la habitación han empezado a escucharse ruidos.

—¡Flipa! —exclama Haru al verme salir del baño—. ¡Que se la ha traído! —Sigue en el mismo tono de sorpresa, mientras señala en dirección al televisor.

—Solo es la *switch* —se justifica Shouta—. Esta no cuenta como consola...

—¿En serio? —digo con incredulidad—. Estás muy enfermo ¿eh?

—Enfermos vosotros, que pretendéis que me meta en un local lleno de gente borracha, con lo bien que estaríamos aquí echando unas partidas —gruñe.

No puedo evitar soltar una carcajada, dejándome caer sobre la cama. Definitivamente no cambiaría esto por nada. Soy feliz. Puedo decirlo, ya sé qué es la felicidad.

Haru

Son como niños, peleándose por cualquier tontería, creo que compiten por ver quien es el más antisocial de los dos. Los dejo discutiendo sobre algo de la cena y me escabullo a la habitación de al lado, antes de golpear la puerta ella la abre.

—Se os escucha desde aquí —dice apartándose para dejarme pasar—. Sois muy escandalosos.

—Ya sabes como son —replico sentándome en la cama—. ¿Estás lista?

—Mi madre solo me ha metido vestidos —me comenta y, parece que lamenta tal decisión.

—Bueno, estás guapa.

Realmente lo está. Lleva un vestido negro con flores de diferentes colores y, se ha recogido el pelo en una trenza que le llega a media espalda. No me había fijado nunca, pero tiene unos ojos preciosos.

—Dispara —dice quedándoseme en frente.

—Estaba pensando si...

—¿De verdad? ¿Otra vez? —pregunta antes de que pueda decirle nada—. No voy a hacerlo, si lo denuncio tú tendrás que explicar lo que pasó después, no voy a joderte de ese modo.

—Ya pero... —intento insistir.

—Estoy bien con la decisión que he tomado, fin de la historia.

Después del baile Ray estuvo ingresado casi dos semanas en el hospital por un par de huesos rotos, distintas contusiones y una hemorragia interna bastante grave. El personal médico llamó a la policía y ellos estuvieron haciendo preguntas, pero nadie había visto nada, y Ray tampoco dijo que había sido yo. De haberlo hecho tendría que haber explicado qué hacía en esa azotea. Aiko decidió no explicar nada por no causarme más problemas, pero yo... Por un lado me alivia esa decisión, sé que lo que hice está plenamente justificado, sin embargo no sé si un juez opinaría igual, y ya tengo demasiados *strikes* como para ser tan iluso de pensar que no terminaría teniendo consecuencias.

Yo protegí a Aiko y ahora ella me protege a mí, sin embargo sigo con la sensación de que eso no está bien.

—Deja de darle vueltas, por favor —me pide sentándose a mi lado y, cogiendo mi mano—. De verdad Haru, no quiero pensarlo más, solo quiero pasar página.

—Eres maravillosa —le digo y, tirando de ella la abrazo contra mí.

—Quien nos lo iba a decir hace unos años, ¿verdad? Que un día estaríamos abrazados en una habitación de hotel —suelta con picardía, y yo no puedo más que soltar una gran carcajada—. Con lo gilipollas que me habías parecido siempre —añade con maldad.

Es un fin de semana perfecto: playa, sol, comida y risas. Por la noche caminamos por el paseo marítimo, que está muy animado a esas horas, es como un sueño hecho realidad. Puede que Aiko nunca hubiera visto el mar, pero ¡yo tampoco! Estoy feliz de que mi primera vez sea con ellos. ¡Muchas cosas han cambiado este año! Ha sido un camino difícil, sin embargo estoy contento con el resultado, y sé que todavía no ha terminado, ahora empiezan muchas cosas nuevas, nuevos retos y aunque aún arrastro una maleta muy pesada que por momentos me impide avanzar, sé que voy a lograrlo, porque a cojones no me gana nadie, además ahora no solo lucho por mí, sino que tengo personas a mi alrededor a las que no quiero defraudar. Tengo que ser mejor persona, lo haré por mí y por ellos.

—Toma —dice Kenzo, entregándome un helado que acaban de comprar.

No puedo evitar mirarlo, es extraño lo que nos ha pasado, si hace un año hubieran puesto frente a mí diferentes improbabilidades, enamorarme de un tío habría sido la primera de la lista. Este sí que es un gran reto que tengo que superar, porque aún no sé muy bien cómo funciona eso de que nos queramos, soy un jodido novato aprendiendo día a día a base de ensayo-error, y estoy acojonado, como cada vez que cojo en brazos a mi sobrino y creo que lo voy a espachurrar.

—Deja de mirarlo de esta manera o vas a desgastarlo —dice Aiko dándome un empujón, mientras sale corriendo hacia unos columpios.

—¡Serás...! —exclamo, pero no termino la frese.

—¡No me tires arena! —exclama Shouta que se columpia al lado.

—¿Qué piensas? —pregunta Kenzo, situándose junto a mi.

—Esto está bien, creo que me gusta como está todo ahora.

—Pues demos lo mejor de nosotros para que nada cambie —suelta, y no puedo evitar reírme ante una frase tan peliculera, sin embargo sé que tiene razón.

—¡Esto tenemos que repetirlo cada año! —grita Aiko desde lo alto del tobogán.

—¿Voy a tener que soportaros una vez al año hasta el día que me muera? —se queja Shouta con una sonrisa.

—Lo siento *friki*, ella manda.

—Hagámoslo —dice Aiko aterrizando a nuestro lado—, una promesa, como en las películas, pase lo que pase, estemos donde estemos, cada año nos volveremos a ver en el mar —comenta alargando la mano y dejándola suspendida.

—Hecho —exclama Kenzo rápidamente poniendo la suya encima.

—Que remedio —se queja Shouta imitándolos.

Todos me miran y yo los miro a ellos. Todo puede cambiar a nuestro alrededor, pero estoy seguro de que seguiremos juntos año tras año, al menos es lo que quiero pensar.

—Esto es un poco ridículo, ¿eh? —les advierto.

—No seas capullo —gruñe Aiko.

—Vamos... —me anima Kenzo.

—Está bien —me rindo al fin, poniendo mi mano encima de la de Shouta—, una vez al año.

EPÍLOGO

1 año después

Shouta

Hay mucha gente, supongo que es lo que tiene el inicio del verano y la playa. Rebufo hastiado, me recoloco la mochila y acelero el paso, hasta que puedo verlos al final del paseo marítimo, cerca del hotel. El humo de un cigarrillo se alza por encima de la cabeza de Haru, sentado en la barandilla con la mirada perdida en el inmenso mar. A su lado Kenzo parece absorto en la pantalla de su teléfono. Cuesta creer que ya haya transcurrido un año de ese primer fin de semana en la playa, muchas cosas han pasado desde entonces. Hace poco salió en el periódico local una noticia sobre Ray, se enfrenta a un juicio por robo con intimidación, pueden caerle un par de años... Si por mi fuese, escoria como esa se pudriría en la celda más oscura.

—¡Shouta! —exclama Haru al verme, lanzando la colilla al suelo—. ¡Joder cuánto tiempo! — Y, antes de que pueda darme cuenta ya me a atrapado en un abrazo, golpeando mi espalda de un modo que parece que lo que pretenda sea partirme en dos.

—Yo también me alegro de verte, pero vas a romperme —me quejo, empujándolo para que deje de golpearme. Kenzo no puede evitar soltar una carcajada, coge a Haru y tira de él—. ¿Hace mucho que esperáis?

—Acabamos de llegar —dice Kenzo, alargando la mano que encajamos enseguida.

Me jode reconocerlo, pero los he echado de menos. El último año de instituto fue convulso, rozando lo surrealista y, los últimos meses caóticos y dolorosos. Ese verano se convirtió en muy extraño, puede que por ser el primero por mi parte en disfrutar rodeado de «amigos». Cuando terminaron las vacaciones, tenía claras dos cosas, una de ellas era que no podía seguir al lado de Aiko del modo en el que lo había hecho hasta entonces. Muchas veces intenté decirle lo que anhelaba, sin embargo después de lo que había sucedido con el hijo de puta de Ray, me sentía como si estuviera intentando colarme por una brecha, así que terminé decidiendo darle espacio, pero sobre todo dármele a mí. No obstante, la idea de declararme nunca ha terminado de desaparecer del todo, solo decidí esperar a un momento mejor.

—¿Dónde está Aiko? Pensaba que vendríais juntos —inquire Haru, sin poder evitar la cara de sorpresa—. ¿Está todo bien entre vosotros?

—La verdad es que no nos hemos visto mucho los últimos meses —lamento, porque la he echado tanto de menos, que por momentos me he sentido un estúpido.

—Vamos no me jodas, ¿aún estamos así? —se queja Haru, y su mirada burlona me resulta casi un insulto—. A estas alturas pensé que ya estaríais juntos, que por fin habrías dado el paso con ella.

¿Qué quiere que haga? Después del episodio de Ray estaba claro que entre Aiko y yo solo iba a pasar el tiempo. Aunque ahora me atormentan todos estos meses alejados y, sobre todo la idea de que haya podido conocer a alguien... Eso no me deja casi dormir por las noches. Puede que al fin y al cabo, lo nuestro estuviese condenado desde un principio. No seguirla a la universidad fue algo muy meditado, aunque me haya resultado duro no estar a su lado a todas horas como antes. Kenzo se aproxima y pasa su brazo sobre mi hombro, acercándose a él en un intento de consolarme, pero no lo necesito, es algo que, aunque me haya costado muchos meses, ya he aceptado.

—¿Y vosotros qué? —pregunto, con la clara intención de cambiar de tema, mientras me arrastran casi sin darme cuenta hacia el bar del hotel—. ¿Cómo va el trabajo? —le pregunto a Haru.

—Es divertido —responde simplemente, encogiéndose de hombros—. He alquilado un piso cerca de Maiko y estoy dejándome convencer por Kenzo de retomar los estudios, pero...

—Sabes que deberías hacerlo —interviene Kenzo, sentándose en una de las mesas.

—Opino igual —digo tomando partido.

—Bueno, es algo en lo que todavía tengo que pensar —responde vagamente Haru—. Por cierto, hemos tenido un pequeño problema con las habitaciones —comenta de pronto, al tiempo que indica a la camarera que se acerque a tomarnos nota.

La camarera viene contoneándose e impostando una sonrisa que trata de ser sexy, a Kenzo le hace gracia la forma que tiene de tratar de conquistar a Haru, y a mí me violenta que piense que tiene algo que hacer. Pedimos los tres y rápidamente retomo la conversación.

—¿Qué problema? —inquiero, pero no me pasa inadvertida la mirada cómplice entre ellos.

—Solo hemos reservado dos habitaciones —anuncia Kenzo, con una falsa sonrisa de inocencia en el rostro.

—Bueno, pues como el año pasado, nosotros tres en... —comienzo a decir, pero me cortan.

—Son dos dobles —me corta Haru.

—Pedimos una cama auxiliar —me apresuro a sugerir.

—Oye, Shouta... es que... Nos gustaría estar solos —añade Kenzo.

—Estáis intentando joderme —les acuso molesto.

—No, te estamos intentando echar un cable —exclama Haru, ampliando su socarrona sonrisa—. Parecéis gilipollas, en serio, estáis hechos el uno para el otro... es ridículo que sigáis así.

—Qué fácil lo ves tú —gruño.

—Vamos, ¿en serio? —se queja Haru, señalando alternativamente a sí mismo y a Kenzo.

Vale, fácil, lo que se dice fácil, ellos tampoco lo han tenido. Suelto un soplido, sé que lo hacen con buena voluntad, pero...

De pronto, todo a mi alrededor se detiene cuando la puerta se abre para dar paso a una acalorada Aiko que respira de manera entrecortada, mientras sus ojos peinan el local hasta encontrarnos. Su sonrisa se amplía enormemente cuando ve a Haru y a Kenzo, y de pronto, sus ojos se desvían hasta toparse con los míos, que la observan casi con temor. Se ha quedado quieta, anclada en la entrada del local mirándome, por un segundo mi corazón se detiene, y vuelvo atrás en el tiempo, cuando no podía dejar de observarla embelesado como un auténtico gilipollas, pensé que este año separados me habría servido para al menos, evitar esto. Mi corazón se acelera cuando ella camina en mi dirección, apenas atino a levantarme sin tropezar para abrir los brazos y arroparla entre ellos, cuando ella se lanza sobre mí.

—Shouta... —susurra sin apartarse de mí, y siento como sus brazos me rodean con fuerza—. Te he echado mucho de menos.

Me resisto a soltarla, aunque debo hacerlo, Kenzo y Haru sonríen emocionados mientras intercambian saludos. Después, ya sentados a la mesa, encadenamos una consumición tras otra, al tiempo que nos ponemos al día de todo lo que ha ocurrido en nuestras vidas estos últimos doce meses, en los que la oportunidad de vernos ha sido remota. Me siento feliz de que todos hayamos sido capaces de seguir nuestras vidas y perseguir nuestros sueños, aunque el mío, que está ahora mismo situado a mi derecha, parece que se me haya escapado.

Siento que no he sido suficientemente valiente para correr tras lo que más deseaba, envidio a esos dos chicos que, sentados frente a mí, no han tenido miedo de confesarse lo que sentían el uno por el otro. La mano de Haru busca la de Kenzo por debajo de la mesa y, cuando sus miradas se cruzan, hacen que las chispas salten. Me pregunto si seré capaz de tener esto alguna vez.

Ya pasada media noche, vamos andando por el paseo, hasta que nos damos cuenta que nuestros

pasos nos han dirigido al mismo parque que la otra vez, dónde prometimos vernos en ese mismo lugar una vez al año, no puedo evitar sonreír dejándome embriagar por la nostalgia.

—¿Tienes frío? —pregunto, cuando a mi lado Aiko alza las manos y las fricciona contra la piel desnuda de sus brazos.

—Un poco —admite a media voz.

—Toma —le ofrezco mi cazadora, que ella acepta sin rechistar. Alza las solapas e inspira el olor que desprende, después levanta los ojos y me sonrío de una manera que hace que se me pare el corazón—. Aiko... —murmuro confundido. Quiero decirle tantas cosas que no sé ni por donde empezar.

—Vamos a ir a por un helado —nos informa Kenzo y, justo a su espalda la mirada de Haru parece querer decirme que es ahora o nunca.

—Se les ve genial —suspira Aiko, siguiéndolos con la mirada—. Quien nos lo iba a decir...

—Me alegra que todo les vaya tan bien —comento, tirando de la mano de Aiko, hasta que nos sentamos en uno de los bancos, que ofrece una encantadora vista del mar nocturno.

—¿Y nosotros? —cuestiona de pronto ella. Y no puedo evitar atragantarme—. ¿Hasta cuando vas a esperar? —inquire encarándome de frente, con una determinación en los ojos que jamás le había visto.

—No, yo no... no sé qué quieres que diga... —tartamudeo, y me doy cuenta que mis manos han empezado a temblar.

—¿De verdad? —lamenta chasqueando la lengua—. ¿Me has echado de menos?

—Sabes que sí —respondo apresurado.

—En este año me he dado cuenta de algo —empieza a decir, desviando de nuevo la mirada, clavándola en esos dos chicos que entre risas caminan lejos de nosotros—, aunque en realidad creo que ya lo sabía, siempre me había dado miedo reconocerlo... —Aguardo mirándola a que siga hablando, sus mejillas se han sonrojado y, su mirada se ha vuelto esquiva.

Acerco mi mano a su cara para alzarle su barbilla con dos dedos y, que me mire. Le sonrío para infundirle valor, al menos uno de los dos tiene que tenerlo. Hemos perdido demasiado tiempo. Sus ojos, clavados en los míos, parecen querer decirme que espera que sea el siguiente en hablar. Los gritos de Haru y Kenzo llegan hasta nosotros, son tan felices juntos que despiertan mi envidia, yo quiero lo mismo que ellos tienen, quiero a Aiko a mi lado, no como una amiga, sino como algo más.

—¿Reconocemos ya que nos gustamos o seguimos fingiendo que solo somos amigos? —suelta Aiko de golpe, derritiéndome con su sonrisa.

En ese momento ya no puedo más y me lanzo a la piscina, acerco mi cara a la suya y pronto nuestros labios se unen en ese ansiado beso, que no nos hemos permitido. Sí, aún recuerdo aquella vez que la besé antes de la fiesta de fin de curso, y tengo todavía su sabor metido en mi alma. Sin embargo, esta vez es infinitamente mejor, porque me responde con las mismas ganas que le estoy poniendo yo.

De pronto tenemos que parar para coger aire, y porque Haru y Kenzo ya han vuelto y no paran de aplaudir y silbar. Ya podían haber tardado un poco más en volver... Aiko y yo nos miramos y sonreímos a la vez, ahora nos toca recuperar el tiempo que hemos perdido, por no ser capaces de reconocer las cosas en su momento.

Si algo he aprendido del último año del instituto es que los amores imposibles son aquellos por los que ni siquiera luchas... ¿Quién me iba a decir a mí que Haru acabaría con Kenzo? Nadie. Solo hay que ser valiente y seguir el dictado de tu corazón.